

INÉDITO

CLIVE CUSSLER

con GRANT BLACKWOOD

IMPERIO PERDIDO



DEBOLSILLO

Lectulandia

El matrimonio formado por Sam y Remi Fargo está disfrutando de unas vacaciones en Zanzíbar y de su deporte favorito, el buceo, cuando se topa con una antigua reliquia que pertenece a un barco confederado largamente desaparecido. Aventureros como son, no tardan en lanzarse de cabeza a resolver el misterio, sin sospechar que una fuerza mucho más poderosa está decidida a proteger el secreto. Desde Tanzania hasta los bosques tropicales de Madagascar, pasando por el Océano Índico, Indonesia y el enclave legendario en el que el Krakatoa entró en erupción en 1883, los Fargo y sus perseguidores van tras el mismo objetivo en una trepidante carrera en la que solo se puede vencer... o morir.

Lectulandia

Clive Cussler con Grant Blackwood

Imperio perdido

Las Aventuras de los Fargo 2

ePUB v1.0

000 01.07.12

más libros en lectulandia.com

Título original: *Lost Empire*

Clive Cussler con Grant Blackwood, 2010.

Traducción: Ignacio Gómez Calvo

Ilustraciones: El nombre del ilustrador

Diseño/retoque portada: El diseñador

Editor original: 000 (v1.0)

ePub base v2.0

ISBN: 9788499897967

PRÓLOGO

Londres, Inglaterra, 1864

El hombre conocido como Jotun atravesó con paso resuelto la niebla concentrada antes del amanecer, con el cuello de su chaquetón de marinero subido y una bufanda enrollada holgadamente alrededor de la garganta y de la boca. Su respiración formaba vaho en el aire por delante de él.

Se detuvo súbitamente y escuchó. ¿Había oído pisadas? Volvió la cabeza a la izquierda y a la derecha. Más adelante oyó un ruido apagado: una bota pisando un adoquín. Moviéndose ágilmente para un hombre de su corpulencia, Jotun retrocedió y se internó en las sombras entre las columnas de una puerta abovedada. En el bolsillo del chaquetón, apretó el puño alrededor del mango de su porra de plomo y cuero. Las calles laterales y las callejuelas de Tilbury nunca habían sido un lugar agradable, y menos aún entre la puesta de sol y el amanecer.

—Maldita ciudad —masculló Jotun—. Oscura, húmeda, fría. Que Dios me asista.

Echaba de menos a su mujer y a su país, pero allí era donde lo necesitaban, o eso decían los que mandaban. Él confiaba en su juicio, cómo no, pero había ocasiones en las que cambiaría con gusto su actual misión por un campo de batalla como era debido. Por lo menos allí sabría quién era su enemigo y qué hacer: matarlo o morir a manos de él. Muy simple. Por otra parte, a pesar de la distancia que los separaba, su mujer prefería su actual destino a los anteriores. «Mejor estar separados y vivos que juntos y muertos», le había dicho cuando él había recibido las órdenes.

Jotun aguardó varios minutos más, pero no oyó otro movimiento. Consultó su reloj: las tres y media. Las calles empezaban a llenarse de actividad al cabo de una hora. Si su presa iba a huir, tendría que ser antes de entonces.

Salió de nuevo a la calle y siguió hacia el norte hasta que llegó a Malta Road y a continuación giró hacia el sur en dirección a los muelles. A lo lejos oyó el solitario ruido metálico de una boya y olió el hedor del río Támesis. Delante, entre la niebla, vislumbró una figura solitaria en la esquina sudeste de Dock Road fumando un cigarrillo. Jotun cruzó sigilosamente la calle y avanzó dando zancadas hasta que tuvo mejor visibilidad de la esquina. Sí, el hombre estaba solo. Jotun retrocedió hasta la entrada del callejón y a continuación lanzó un tenue silbido. El hombre se volvió. Jotun encendió una cerilla con la uña del pulgar, la dejó brillar brevemente y la apagó entre el pulgar y el índice. El hombre se acercó a Jotun.

—Buenos días, señor.

—Eso es discutible, Fancy.

—Y que lo diga, señor.

Fancy miró a un lado y a otro de la manzana.

—¿Nervioso? —preguntó Jotun.

—¿Quién, yo? ¿Por qué iba a estar nervioso? Un tipo esmirriado como yo caminando por estos callejones de noche... ¿Qué podría pasar?

—Bueno, ¿qué noticias tienes?

—Está allí, señor. Atracado como los últimos cuatro días. Pero tiene las amarras sueltas. He sonsacado información a un amigo mío que hace algún que otro trabajillo en los muelles. Se dice que va a zarpar río arriba.

—¿Adonde?

—A los muelles de Millwall.

—Los muelles de Millwall todavía no están acabados, Fancy. ¿Por qué me mientes?

—No le miento, señor, es lo que he oído. Millwall. Y zarpará esta misma mañana.

—Ya tengo a un hombre en Millwall, Fancy. Dice que no empezarán a estar activos por lo menos hasta dentro de una semana más.

—Lo siento, señor.

Jotun oyó un sonido inconfundible de cuero sobre ladrillo detrás de él, en el callejón, e inmediatamente se percató de que Fancy se disculpaba por otro motivo. Jotun se consoló pensando que aquella sabandija no lo había traicionado por desprecio, sino por codicia.

—Anda, vete, Fancy... Lejos. Fuera de Londres. Si te vuelvo a ver, te abriré en canal y me comeré tus entrañas.

—No volverá a verme, señor.

—Por tu propio bien, asegúrate de ello.

—Lo siento de nuevo. Usted siempre me ha caído...

—Si pronuncias una palabra más, será la última que digas. Vete.

Fancy se marchó a toda prisa y desapareció en la niebla.

Jotun consideró rápidamente sus opciones. El hecho de que Francy le hubiera mentido sobre Millwall significaba que también le había mentido sobre el barco, lo que a su vez significaba que este iba a zarpar río abajo, no río arriba. Él no podía permitir que eso ocurriera. Ahora la pregunta era: ¿resultaba más prudente escapar de los hombres que se acercaban a él por detrás o luchar con ellos? Si escapaba, lo perseguirían, y lo que menos necesitaba era armar jaleo tan cerca del muelle. Probablemente la tripulación del barco ya estaba nerviosa, y le convenía pillarlos tranquilos y desprevenidos.

Jotun se volvió para mirar hacia el callejón.

Eran tres, uno un poco más bajo que él y otros dos mucho más bajos, pero todos tenían los hombros anchos y redondeados y la cabeza con forma de cubo. Matones callejeros. Asesinos. Si hubiera habido más luz para verles las caras, Jotun estaba seguro de que se habría encontrado con unos hombres con pocos dientes, llenos de

cicatrices y con ojillos perversos.

—Buenos días, caballeros. ¿En qué puedo ayudarles?

—No nos lo pongas más difícil de lo necesario —dijo el más corpulento de los tres.

—¿Cuchillos, manos o las dos cosas? —preguntó Jotun.

—¿Qué?

—Da igual. Vosotros decidís.

—Venga, vamos.

Jotun se sacó las manos de los bolsillos.

El más corpulento se acercó precipitadamente. Jotun vio un puñal que salió de la cintura del hombre, una cuchillada bien lanzada, pensada para abrirle la arteria femoral de una pierna o para desgarrarle el bajo vientre. Jotun no solo le sacaba al hombre cinco centímetros de estatura, sino también diez centímetros como mínimo de longitud del brazo, y se aprovechó de ello lanzando un gancho. En el último segundo, balanceó hacia delante la porra oculta en la palma de su mano. El bulbo de plomo envuelto en cuero alcanzó al hombre de lleno debajo de la barbilla. Elevó la cabeza de golpe, retrocedió dando traspiés contra sus compañeros y se cayó de culo. El puñal armó un gran estruendo al ir a parar sobre los adoquines. Jotun dio una larga zancada hacia delante, levantó la rodilla a la altura de la cintura y estampó el tacón de su bota en el tobillo del hombre hasta hacerle añicos el hueso. Este lanzó un grito agudo.

Los otros dos vacilaron por un instante. Normalmente, en esas circunstancias, una manada de lobos como aquella se dispersaba cuando el macho dominante era abatido, pero aquellos hombres estaban acostumbrados a pelear.

El de la derecha esquivó a su compañero caído, bajó un hombro y embistió como un toro. La embestida era una treta, por supuesto. Llevaba un arma blanca escondida en una mano; tan pronto como Jotun agarrara al hombre, este sacaría el cuchillo. Jotun dio un paso rápido hacia atrás con la pierna derecha, la flexionó y saltó al frente, adelantando al mismo tiempo el pie derecho. El golpe impactó al hombre en plena cara. Jotun oyó el crujido del hueso. El hombre cayó de rodillas, se tambaleó por un instante y a continuación se desplomó de bruces en la calle.

El último individuo se resistía a abandonar, y entonces Jotun vio lo que estaba buscando: el momento decisivo en que un hombre se da cuenta de que va a morir si no toma la decisión correcta.

—Ellos están vivos —dijo Jotun—. Si no te das la vuelta ahora mismo y huyes, te mataré.

El hombre se mantuvo firme con el cuchillo delante.

—Vamos, hijo, ¿tanto te han pagado?

El hombre bajó el cuchillo. Tragó saliva, negó con la cabeza y acto seguido echó

a correr.

Lo mismo hizo Jotun. Corrió calle abajo como alma que lleva el diablo hasta Dock Road, y luego atravesó una hilera de setos y cruzó Saint Andrews. Un pequeño callejón lo llevó hasta un par de almacenes. Los cruzó a toda velocidad, saltó una verja, cayó con fuerza y rodó por el suelo para luego levantarse, y siguió adelante hasta que oyó ruido de madera bajo sus botas. Los muelles. Miró a un lado y a otro, pero solo vio niebla.

¿En qué dirección?

Se volvió, leyó el número del edificio situado sobre su cabeza y a continuación dio media vuelta y corrió velozmente unos cincuenta metros hacia el sur. Oyó un sonido de chapoteo a su derecha. Torció en esa dirección. Una silueta oscura apareció ante él. Patinó y se paró, chocó contra un montón de cajas de madera, se desplomó de lado y se levantó. Saltó sobre la caja más pequeña y acto seguido se elevó un poco más. Seis metros más abajo, distinguió la superficie del agua. Miró río arriba, pero no vio nada y se volvió para mirar río abajo.

A casi veinte metros vio el tenue brillo de una luz amarilla detrás de una ventana con parteluz; encima, al otro lado de la barandilla de la cubierta, la timonera de un barco.

—¡Demonios! —gritó Jotun—. ¡Por todos los demonios!

El barco se perdió en la niebla y desapareció.

Isla de Chumbe, Zanzíbar, Tanzania

Los tiburones salían velozmente de los límites de su campo de visión, lustrosas siluetas grises que solo ofrecían a Sam y a Remi Fargo vislumbres de aletas afiladas y colas que se agitaban antes de desaparecer en la cortina de arena arremolinada. Como siempre, Remi había desaprovechado la oportunidad de hacer una foto y, como siempre, había pedido a Sam que hiciera de escala mientras enfocaba detrás de él el frenético festín con su cámara submarina de alta velocidad. Sam, por su parte, estaba menos preocupado por los tiburones que por el precipicio que tenía a su espalda, donde el banco de arena descendía casi cincuenta metros hasta las oscuras profundidades del canal de Zanzíbar.

Remi apartó la cara de la cámara, sonrió con los ojos detrás de las gafas de buceo y le hizo una señal de aprobación juntando el dedo índice y el pulgar. Sam avanzó agradecido para reunirse con ella. Se arrodillaron uno al lado del otro en la arena y contemplaron el espectáculo. Era julio, y en la costa de Tanzania eso significaba que era la estación de los monzones, que a su vez significaba que la Corriente Costera de África Oriental (CCAO) estaba apareciendo por el sudeste hasta juntarse con el extremo sur de Zanzíbar, donde se dividía en las corrientes del litoral y las de alta mar. Para los tiburones, eso creaba un «túnel de comida» en el espacio de casi treinta kilómetros comprendido entre Zanzíbar y el continente, por el cual los peces de presa eran impulsados hacia el norte. Un irresistible bufet móvil, en palabras de Remi.

Sam y Remi tenían cuidado de permanecer dentro de lo que habían denominado «la zona segura», la franja de aguas cristalinas de casi cincuenta metros a la altura de la isla de Chumbe. Más allá, el banco de arena descendía hasta el canal. La demarcación era fácil de distinguir: la corriente, que se movía a seis nudos o más, levantaba una cortina ondulada de arena al desplazarse a lo largo del banco de arena de la isla. Sam y Remi la llamaban «la zona del adiós»: si te internabas en esa corriente, te esperaba un viaje sin retorno por la costa.

Pese al peligro —o tal vez debido a él—, aquel viaje anual a Zanzíbar era uno de sus favoritos. Además de tiburones, peces, corrientes y tempestades de arena submarinas, la CCAO ofrecía tesoros: aunque normalmente se trataba de cosas que solo tenían valor como simples curiosidades, a Sam y a Remi les bastaba. A lo largo de los siglos, los barcos habían surcado la costa oriental de África desde Mombasa hasta Dar es Salaam, muchos de ellos cargados de oro, piedras preciosas y marfil con destino a las metrópolis coloniales. Incontables barcos se habían hundido en el canal de Zanzíbar y en los alrededores, y el contenido de sus bodegas se había dispersado en el fondo, a la espera de que la corriente adecuada lo descubriera o lo pusiera al

alcance de submarinistas curiosos como los Fargo. A lo largo de los años, estos habían hallado monedas de oro y de plata enviadas por el Imperio romano a España, cerámica china, jade de Sri Lanka, plata... Habían encontrado piezas que iban de lo fascinante a lo vulgar. Hasta el momento, en aquel viaje solo habían encontrado un artículo de interés: una moneda de oro con forma de rombo que tenía tantas lapas incrustadas que no podía distinguirse en ella ningún detalle.

Sam y Remi observaron unos minutos más cómo comían los tiburones y luego, de mutuo acuerdo, se volvieron y comenzaron a bucear hacia el sur a lo largo del fondo, deteniéndose de vez en cuando para agitar la arena con una raqueta de ping-pong, con la esperanza de que el bulto que habían visto fuera un fragmento de historia oculto.

La isla de Chumbe, con una longitud aproximada de diez kilómetros y una anchura de tres, tiene forma de bota de mujer, con la espinilla, el tobillo y el pie delantero mirando hacia el canal, y la pantorrilla, el tacón de aguja y la suela mirando hacia Zanzíbar. Justo encima del tobillo hay una abertura en el banco de arena, una ensenada que lleva al lago creado junto al tacón de aguja.

Después de pasear por la arena durante quince minutos, Sam y Remi llegaron a la abertura del tacón, torcieron hacia el oeste hasta situarse a diez metros de la playa y luego giraron otra vez hacia el norte para retomar la búsqueda. Ahora estaban más atentos. A lo largo de esa extensión del banco de arena, el canal principal se acercaba peligrosamente a la playa, un saliente con forma de burbuja que limitaba su zona de seguridad a doce metros escasos. Remi nadó hacia la costa y adelantó a Sam varios metros; los dos solían mirar para asegurarse de que el otro no se había dejado arrastrar hacia el precipicio.

Por el rabillo del ojo, Sam vio un destello, un fugaz brillo dorado. Dejó de nadar, posó primero las rodillas en la arena y acto seguido golpeó su botella con el cuchillo de buceo para llamar la atención de Remi. Ella paró en seco, se volvió y regresó moviendo las aletas junto a él. Sam señaló el lugar. Ella asintió. Sam se situó en cabeza, y nadaron hacia la orilla hasta que aparecieron los bancos de arena. Se trataba de un muro de arena de casi cuatro metros de altura que marcaba la ubicación de una especie de precipicio, donde el agua pasaba de llegar a la altura del pecho a tener una profundidad de seis metros. Se detuvieron delante del banco y miraron alrededor.

Remi se encogió de hombros. «¿Dónde?»

Sam también se encogió de hombros y siguió registrando el banco de un lado a otro. A seis metros a su derecha volvió a verlo: un brillo dorado. Nadaron hacia él y se pararon otra vez. Allí la zona del adiós quedaba todavía más cerca, a menos de dos metros y medio a sus espaldas. Incluso a esa distancia notaban el oleaje de la corriente, como un vórtice que intentaba arrastrarlos hacia la parte más profunda.

Algo parecido a un aro de un tonel de unos quince centímetros sobresalía del banco a la altura de su cintura. Pese a estar deslustrado y cubierto de lapas, la

corriente lo había pulido con arena en varias zonas y había dejado al descubierto un metal reluciente.

Sam alargó el brazo y abanicó la zona alrededor del aro. La parte descubierta aumentó a veinte centímetros y luego a veinticinco antes de curvarse hacia atrás y desaparecer en el banco de arena. Sam movió la raqueta hacia arriba, con la esperanza de descubrir parte de las duelas del barril en caso de que la madera no hubiera sucumbido a la descomposición.

Sam dejó de abanicar. Miró a Remi y vio que tenía los ojos muy abiertos tras las gafas de buceo. Encima del aro no había madera podrida, sino una superficie metálica curvada con una pátina de motas verdes. Sam se arrodilló y avanzó contoneándose hasta que su pecho casi tocó el banco, y entonces estiró el cuello y agitó la raqueta debajo del aro. Después de treinta segundos de trabajo, apareció una cavidad. Suave y lentamente, Sam introdujo la mano en el hueco y palpó el interior con los dedos extendidos.

Retiró el brazo y se apartó del objeto hasta que estuvo otra vez junto a Remi. Ella lo miró esperanzada. Él asintió con la cabeza. No había duda: el barril no era tal, sino la campana de un barco.

—Menuda sorpresa —dijo Remi unos minutos después de salir a la superficie.

—Ya lo creo —contestó Sam tras quitarse el tubo respirador.

Hasta entonces, el mayor objeto que habían encontrado había sido un tajadero de plata de ley de un buque clase Liberty de la Segunda Guerra Mundial.

Remi se quitó las aletas y las arrojó por la borda a la cubierta de popa de su embarcación alquilada —un yate de pasajeros Joubert-Nivelt Andreyale de siete metros de eslora con maderamen de teca lacado y ventanas como las de los metros antiguos—, y luego subió por la escala, seguida de Sam. Una vez que se hubieron despojado del resto del equipo y lo hubieron guardado en la cabina de la embarcación, Remi cogió un par de botellas de agua de la nevera portátil y le lanzó una a Sam. Se sentaron en las sillas de la cubierta.

—¿Cuánto tiempo crees que ha estado ahí abajo? —preguntó Remi.

—Es difícil saberlo. La pátina no tarda en aparecer. Tendríamos que ver el grosor de la que cubre el resto. El interior parecía impoluto.

—¿Y el badajo?

—No he podido tocarlo.

—Parece que tenemos que tomar una decisión.

—Eso parece.

El gobierno de Tanzania no solo tenía unas leyes poco ortodoxas en materia de recuperación de objetos submarinos, sino que la isla de Chumbe era conocida oficialmente como Parque Coralino Isla de Chumbe, buena parte del cual había sido

declarado, además, Santuario de Arrecifes y Reserva Forestal Vedada. Antes de que Sam y Remi pudieran hacer algo, tenían que determinar si la campana se encontraba oficialmente dentro de una de esas zonas protegidas. Si superaban ese obstáculo, podrían dar el siguiente paso en conciencia: determinar la procedencia y/o el origen de la campana, un requisito imprescindible si querían hacer una reclamación legal antes de alertar a las autoridades locales de la presencia de la campana. Caminaban sobre una cuerda muy fina. Si llegaban al otro extremo, puede que tuvieran un importante hallazgo histórico en sus manos, pero a cada lado de la cuerda había leyes que, en el mejor de los casos, podían arrebatarles el hallazgo o, en el peor, llevarlos a juicio. Por ley, podían quedarse con cualquier objeto hallado fabricado por el hombre que no requiriera «ningún método de excavación extraordinario». Con bagatelas como la moneda con forma de rombo no había problemas; en cambio, la campana de un barco era harina de otro costal.

Esa situación no era nueva para los Fargo. Juntos y por separado, de forma privada y profesional, Sam y Remi habían estado buscando tesoros, objetos y reliquias históricas ocultas durante la mayor parte de sus vidas adultas.

Siguiendo los pasos de su padre, Remi había estudiado en la Universidad de Boston y había obtenido un master en antropología e historia; sentía un especial interés por las antiguas rutas comerciales.

El padre de Sam, que había fallecido pocos años antes, había sido uno de los principales ingenieros de los programas espaciales de la NASA mientras que su madre, una mujer llena de vitalidad, había gobernado un barco de buceo de alquiler.

Sam recibió el título de ingeniero por el Instituto de Tecnología de California, junto con un puñado de trofeos de lacrosse y de fútbol.

Cuando se encontraba en sus últimos meses de estancia en el Instituto de Tecnología de California, Sam fue abordado por un hombre que, según descubriría más tarde, pertenecía a la AIPAD —Agencia de Investigación de Proyectos Avanzados de Defensa—, el brazo del gobierno centrado en la investigación y en el desarrollo. A Sam no le costó tomar la decisión, seducido por el atractivo de la ingeniería creativa más el hecho de estar prestando un servicio a su país.

Después de siete años en la AIPAD Sam regresó a California, donde conoció a Remi en el Lighthouse, un club de jazz de Hermosa Beach. Sam había entrado en el club a tomar una cerveza fría, y Remi estaba allí celebrando un exitoso viaje de investigación con el fin de confirmar los rumores sobre la existencia de un barco español hundido en Abalone Cove.

Aunque ninguno de los dos había considerado su primer encuentro un caso de amor a primera vista, ambos habían coincidido en que había sido un caso de «seguridad al primer momento». Seis meses más tarde se casaron donde se habían conocido, en una pequeña ceremonia celebrada en el Lighthouse.

Animado por Remi, Sam se lanzó a montar su propio negocio, y al cabo de un año dieron con un filón: un escáner de láser de argón que podía detectar e identificar a distancia metales mixtos y aleaciones, del oro a la plata, el platino y el paladio. Buscadores de tesoros, universidades, empresas y organizaciones mineras se peleaban por la patente del invento de Sam, y al cabo de dos años el Grupo Fargo obtenía unos beneficios netos anuales de tres millones de dólares. Al cabo de cuatro años, las empresas más poderosas llamaron a su puerta. Sam y Remi aceptaron la oferta más generosa, vendieron la empresa por suficiente dinero para vivir holgadamente el resto de sus vidas y se dedicaron a su auténtica pasión: la búsqueda de tesoros.

El motor que impulsaba sus vidas no era el dinero, sino la aventura y la satisfacción de ver que la Fundación Fargo prosperaba. La fundación, que repartía sus donaciones entre niños desfavorecidos y maltratados y la conservación de la naturaleza, había crecido a pasos agigantados a lo largo de la última década; el año anterior había donado casi veinte millones de dólares a diversas organizaciones. Una buena parte de ese dinero procedía de la fortuna personal de Sam y Remi, y el resto, de donaciones privadas. Para bien o para mal, sus hazañas atraían poderosamente a los medios de comunicación, que a su vez atraían a donadores ricos y destacados.

La duda que ahora se les planteaba era si la campana del barco podría transformarse en fondos filantrópicos o simplemente se quedaría en una fascinante distracción histórica. Claro que eso tampoco importaba. La búsqueda de la historia oculta revestía para ellos suficientes alicientes propios. En cualquier caso, sabían por dónde tenían que empezar.

—Es hora de llamar a Selma —dijo Remi.

—Es hora de llamar a Selma —convino Sam.

Una hora más tarde estaban de vuelta en su chalet de estilo colonial en la playa de Kendwa, en el extremo norte de Zanzíbar. Mientras Remi preparaba una ensalada de fruta fresca, rodajas de prosciutto y mozzarella, y té helado, Sam llamó por teléfono a Selma. Sobre sus cabezas, un ventilador de techo de un metro y medio agitaba el aire mientras una fresca brisa del exterior hacía ondear las cortinas de gasa sobre la puertaventana.

Pese a ser las cuatro de la madrugada en San Diego, Selma Wondrash contestó al primer tono. A Sam y a Remi no les sorprendió, pues creían que Selma solo dormía cuatro horas por noche, menos los domingos, que dormía cinco.

—Solo me llaman cuando están de vacaciones y si se han metido en un lío o están a punto de meterse en uno —dijo Selma por el manos libres sin más preámbulos.

—Eso no es verdad —contestó Sam—. El año pasado te llamamos desde las Seychelles...

—Porque una banda de babuinos había entrado en su casa de la playa, había

destrozado los muebles y se había llevado todos sus bienes materiales, y la policía creía que eran ustedes unos ladrones.

«Tiene razón», esbozó Remi con los labios desde el otro lado de la isla de cocina. Lanzó a Sam un trozo de pina fresca usando la punta de su cuchillo. Él lo atrapó con la boca, y ella aplaudió sin hacer ruido.

—Vale, es cierto —dijo Sam a Selma.

Selma Wondrash, una ex ciudadana húngara que no había perdido del todo su acento, era la severa pero en el fondo bondadosa jefa del equipo de investigación compuesto por tres personas que estaba detrás de la Fundación Fargo. Selma era viuda; había perdido a su marido, un piloto de pruebas de las fuerzas aéreas, en un accidente diez años antes.

Después de licenciarse en Georgetown, Selma había gestionado la División de Colecciones Especiales de la Biblioteca del Congreso hasta que Sam y Remi la captaron. Más que una jefa de investigación, Selma había demostrado ser una magnífica agente de viajes y una especialista en logística, llevándolos y trayéndolos de sus distintos destinos con eficiencia militar. Selma comía, bebía y vivía para la investigación: el misterio que se negaba a ser solucionado, la leyenda que mostraba el más mínimo atisbo de verdad.

—Bueno, ¿de qué se trata esta vez? —preguntó Selma.

—Una campana de barco —gritó Remi.

Oyeron ruido de papeles mientras Selma cogía una libreta nueva.

—Cuéntenme —dijo.

—En la costa occidental de la isla de Chumbe —dijo Sam, y acto seguido recitó las coordenadas que había introducido en su GPS antes de dirigirse al barco—. Tendrás que comprobar...

—Los límites de las reservas y los santuarios, sí —dijo Selma, mientras su lápiz hacía ruido en el papel—. Mandaré a Wendy que investigue las leyes marítimas de Tanzania. ¿Algo más?

—Una moneda. Tiene forma de rombo, más o menos del tamaño de una moneda de medio dólar. La encontramos a unos cien metros al norte de la campana... —Sam miró a Remi en busca de confirmación, y ella asintió con la cabeza—. Vamos a ver si podemos limpiarla un poco, pero ahora mismo tiene la cara tapada.

—Entendido. ¿Qué más?

—Nada más. Eso es todo. Lo antes posible, Selma. Cuanto antes podamos echarle el guante a esa campana, mejor. El banco de arena no parecía muy estable.

—Les llamaré —respondió Selma, y colgó.

Ciudad de México, México

Quauhtli Garza, presidente de Estados Unidos Mexicanos y líder del Partido Mexica Tenochca (pronunciado al modo tradicional, Me-SHI-ca), miraba a través de los enormes ventanales la plaza de la Constitución, donde antaño había estado el Gran Templo. Ahora solo quedaban unas ruinas embellecidas, una atracción turística para los que querían admirar los tristes vestigios de la espléndida ciudad azteca de Tenochtitlán y la gran Piedra del Sol, el calendario de seis metros de diámetro y veinte toneladas de peso.

—Una tomadura de pelo —masculló Quauhtli Garza, observando las multitudes que se apiñaban abajo.

Una tomadura de pelo que hasta la fecha él había podido corregir con escaso éxito. Ciertamente, desde su elección los mexicanos habían adquirido más conciencia de su linaje: habían llegado a entender la verdadera historia de su país, prácticamente borrada por el imperialismo español. Incluso el nombre, Partido Azteca, que tantos periodistas usaban para referirse al Mexica Tenochca, era un insulto, una forma de aceptación de la falsedad. Hernán Cortés y sus sangrientos conquistadores españoles habían llamado aztecas a los pueblos mexicanos, versión corrupta del nombre del legendario hogar de los mexica: Aztlán. No obstante, era un artificio necesario. De momento, «azteca» era una palabra que los mexicanos entendían y con la que podían identificarse colectivamente. Con el tiempo, Garza los educaría.

De hecho, había sido una oleada de nacionalismo precolombino lo que había llevado a Garza y al Mexica Tenochca al poder, pero las esperanzas que Garza había depositado en la difusión y en la aceptación inmediata de su historia estaban empezando a desvanecerse. Se había dado cuenta de que habían ganado las elecciones en parte por la incompetencia y la corrupción del anterior gobierno y en parte por la «espectacularidad azteca» del Partido Mexica Tenochca, como lo había definido un experto en política.

¡Menudo espectáculo! Era absurdo.

¿Acaso no había renunciado Garza años antes a su nombre de pila español, Fernando, por uno náhuatl? ¿Acaso no había hecho lo mismo todo su gabinete? ¿Acaso no había puesto nuevos nombres a sus hijos en la lengua náhuatl? Y eso no era todo: la literatura y las imágenes de la conquista española de México estaban siendo expurgadas poco a poco de los planes de estudios; los nombres de calles y plazas habían sido cambiados en beneficio de palabras náhuatl; las escuelas ahora daban cursos de náhuatl y de historia de los pueblos mexicanos; las vacaciones religiosas y las fiestas tradicionales mexicanas se celebraban varias veces al año.

Pero, a pesar de todo, las encuestas demostraban que a los mexicanos todas esas medidas les parecían novedades divertidas: excusas para no ir a trabajar o para beber o para armar jaleo en las calles. Aun así, esas mismas encuestas hacían pensar que si dispusieran de suficiente tiempo, se podría producir un cambio de verdad. Garza y el Partido Mexica Tenochca necesitaban otra legislatura, y para conseguirla tenían que ejercer más control sobre el Senado, sobre la Cámara de Diputados y sobre el Tribunal Supremo. Tal como estaban las cosas, la presidencia estaba limitada a una sola legislatura de seis años. Tiempo insuficiente para lograr lo que Garza había planeado y lo que México necesitaba: una historia propia plenamente desarrollada, desprovista de las mentiras de la conquista y del genocidio.

Garza se apartó de la ventana, se acercó a grandes zancadas a su escritorio y pulsó un botón del mando a distancia. Las persianas descendieron del techo y atenuaron la luz del mediodía; en el techo, las luces empotradas se encendieron e iluminaron la alfombra color borgoña y los pesados muebles de madera. Las paredes estaban cubiertas de tapices y cuadros que ilustraban la historia de los aztecas. Aquí, un códice de más de tres metros y medio de longitud pintado a mano detallaba la fundación de Tenochtitlán en una isla pantanosa del lago Texcoco; allá, un cuadro de la diosa azteca de la luna, Coyolxauhqui; al otro lado de la sala, sobre la chimenea, un tapiz del suelo al techo en el que aparecían Huitzilopochtli, el «Brujo Colibrí», y Tezcatlipoca, el «Espejo Humeante», unidos, vigilando a su gente. En la pared, encima del escritorio, había un óleo de Chicomoztoc —«el Lugar de las Siete Cuevas»—, el legendario origen de todos los pueblos de habla náhuatl.

Sin embargo, ninguna de esas cosas le quitaba el sueño por las noches. Ese honor le correspondía al objeto situado en un rincón de la sala. Posada sobre un pedestal de cristal en un cubo de cristal de un centímetro de grosor estaba Quetzalcoatl, el dios serpiente con plumas de los aztecas. Los retratos de Quetzalcoatl eran comunes —en cerámica, en tapices y en multitud de códices—, pero aquella representación era única. Una estatuilla. La única en su género. Con diez centímetros de altura y casi veinte de longitud, era una obra maestra tallada hacía un milenio a partir de un fragmento de jade casi transparente por manos anónimas.

Garza rodeó el escritorio y se sentó en una silla frente al pedestal. La superficie de Quetzalcoatl, iluminada desde arriba por una bombilla halógena, parecía arremolinar, formando hipnóticas figuras y charcos de color que cambiaban de sitio. La vista de Garza volvió a pasearse por las plumas y las escamas de Quetzacoatl hasta posarse en la cola... o donde debería haber estado la cola, se corrigió. En lugar de terminar en la tradicional cola de serpiente, la estatuilla se ensanchaba a lo largo de varios centímetros antes de terminar bruscamente en una línea vertical dentada, como si lo hubieran separado de un objeto más grande. Esa era, de hecho, la teoría que habían propuesto los científicos de Garza. Y una teoría que él se había esforzado

por ocultar.

Esa estatuilla de Quetzalcoatl, ese símbolo del Partido Mexica Tenochca, estaba incompleta. Garza sabía lo que faltaba... o, más exactamente, sabía que la pieza que faltaba no se parecía a ningún elemento del panteón azteca. Era esa idea la que no le dejaba dormir por las noches. Como símbolo del movimiento Mexica Tenochca desde el día en que Garza lo había fundado, esa estatuilla se había convertido en un llamamiento a la resistencia para la oleada de nacionalismo que le había permitido arrasar en las elecciones y hacerse con el poder. Si su credibilidad era puesta en duda... Era algo que Garza no se atrevía a considerar. La idea de que un buque de guerra desaparecido del siglo XIX pudiera destruir todo lo que él había construido era inaceptable. Todo desbaratado por una bagatela o por un objeto hallado por un submarinista ocasional, quien a su vez se lo enseña a alguien con un ligero interés por la historia, quien luego consulta a un experto. Un dominó que al caer destruye el orgullo restaurado de un país.

El zumbido del intercomunicador en el escritorio de Garza lo arrancó de su ensueño. Apagó la luz halógena de la vitrina y regresó a la mesa.

—¿Sí? —dijo.

—Está aquí, señor presidente.

—Hazlo pasar —dijo Garza, y acto seguido se volvió y se sentó detrás del escritorio.

La puerta de dos hojas se abrió un instante después, e Itzli Rivera entró dando zancadas. Con su metro ochenta y sus setenta kilos, Itzli Rivera parecía insignificante visto de lejos —delgado en extremo, con una cara estrecha de facciones marcadas dominada por una nariz aguileña—, pero a medida que se acercaba, Garza recordó lo engañosa que era la apariencia de aquel hombre. Se notaba en la dureza de sus ojos y su boca, en su andar seguro y decidido, y en los músculos y tendones tensos de sus antebrazos descubiertos. Incluso sin conocerlo, un observador perspicaz podría advertir fácilmente que Itzli Rivera conocía bien el sufrimiento humano. Por supuesto, Garza sabía que eso era verdad. Su director de operaciones había infligido sufrimiento a muchos pobres desgraciados, la mayoría de ellos adversarios políticos que no compartían el proyecto de Garza para México. Afortunadamente, era más fácil encontrar una virgen en un burdel que un miembro incorrupto en el Senado o en la Cámara de Diputados, y Rivera tenía mucha habilidad para localizar el punto débil de un hombre y luego hacer que la daga entrara a fondo. El propio Rivera era un partidario leal de la causa que había rechazado su nombre español, Héctor, por el de Itzli, que en náhuatl significa «obsidiana». Un nombre adecuado, pensó Garza.

Ex comandante del Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales, GAFE, y ex secretario de la Segunda Sección de Inteligencia S-2 de Defensa Nacional, Rivera

había dejado el ejército para convertirse en el escolta personal de Garza, pero este había visto enseguida el amplio potencial de Rivera y lo había puesto a trabajar como su director de inteligencia privada y operaciones.

—Buenos días, señor presidente —dijo Rivera fríamente.

—Buenos días. Siéntate, siéntate. ¿Te apetece algo? —Rivera negó con la cabeza, y Garza preguntó—: ¿A qué debo esta visita?

—Hemos encontrado algo que tal vez le interese ver: un vídeo. Le he pedido a su secretaria que lo prepare.

Rivera cogió el mando a distancia de su escritorio, apuntó con él al televisor de LCD de cincuenta pulgadas que había en la pared y pulsó el botón de encendido. Después de unos segundos de silencio, un hombre y una mujer de treinta y tantos años aparecieron sentados el uno al lado del otro con el mar de fondo. Fuera de cámara, un periodista estaba haciendo preguntas. Aunque Garza tenía un inglés fluido, los técnicos de Rivera habían añadido subtítulos en español.

La entrevista era breve; no pasaba de los tres minutos. Cuando acabó, Garza miró a Rivera.

—¿Y qué significa?

—Son los Fargo: Sam y Remi Fargo.

—¿Se supone que eso tiene que decirme algo?

—¿Se acuerda del año pasado, la historia de la bodega desaparecida de Napoleón... los espartanos desaparecidos?

Garza asintió con la cabeza.

—Sí, sí...

—Los Fargo estaban detrás. Se les da muy bien lo que hacen.

Eso captó la atención de Garza. Se inclinó hacia delante en su silla.

—¿Dónde fue grabada esta entrevista?

—En Zanzíbar. Por un corresponsal de la BBC. Por supuesto, podría ser una casualidad.

Garza agitó la mano despectivamente.

—No creo en las casualidades. Y tú tampoco, amigo mío, o no me habrías traído esto.

Por primera vez desde que había entrado en el despacho, Rivera mostró un asomo de emoción: un esbozo de sonrisa que en ningún momento llegó a sus ojos.

—Es verdad.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Después de la... revelación... mandé a mi equipo técnico que creara un programa especial. Registran Internet en busca de determinadas palabras clave. En este caso, «Zanzíbar», «Tanzania», «Chumbe», «nafragios» y «tesoro». Las dos últimas son las especialidades de los Fargo. En la entrevista insistieron en que era un

viaje de vacaciones para hacer submarinismo, pero...

—Se parece al último incidente... el de la mujer británica...

—Sylvie Radford.

Radford, pensó Garza. Por suerte, esa estúpida mujer no tenía ni idea de la importancia de lo que había encontrado; para ella no era más que una baratija, luciéndolo por Zanzíbar y Bagamoyo y preguntando a los lugareños de qué podía tratarse. La necesidad de su muerte había sido una desgracia, pero Rivera se había ocupado del asunto con su habitual discreción: un atraco callejero que había acabado en asesinato, según la policía.

Lo que en realidad había encontrado la señora Radford había sido un hilo finísimo, uno que habría requerido un cuidadoso y experto tratamiento para no romperse. Pero los Fargo... Sospechaba que ellos sabían muy bien cómo seguir hilos fortuitos. Los Fargo sabían descubrir algo de la nada.

—¿Es posible que ella hubiera contado a alguien lo que encontró? —preguntó Garza—. Me imagino que los Fargo tienen su propia red de información. Quizá se hayan olido algo. —Garza entornó los ojos y lanzó una dura mirada a Rivera—. Dime, Itzli, ¿se te pasó algo por alto?

La mirada que había fulminado a muchos ministros y adversarios políticos dejó a Rivera como si nada; el hombre simplemente se encogió de hombros.

—Lo dudo, pero es posible —dijo tranquilamente.

Garza asintió con la cabeza. Aunque la posibilidad de que la señora Radford hubiera compartido su hallazgo con alguien resultaba sorprendente, Garza se alegraba de que Rivera no tuviera inconveniente en reconocer que podía haber cometido un error. Como presidente, se veía rodeado a diario de aduladores y hombres que le decían a todo que sí. Confiaba en que Rivera le dijera la verdad sin adornos y reparara lo irreparable; nunca le había fallado en ninguno de esos dos aspectos.

—Averígualo —ordenó Garza—. Ve a Zanzíbar y averigua qué están tramando los Fargo.

—¿Y si no es una casualidad? No sería tan fácil ocuparse de ellos como de la mujer británica.

—Seguro que se te ocurre algo —dijo Garza—. Si la historia nos ha enseñado algo, es que Zanzíbar puede ser un sitio muy peligroso.

Zanzíbar

Después de hablar con Selma, Sam y Remi se echaron una siesta y luego se ducharon, se cambiaron de ropa y se fueron en sus motos por la carretera del litoral a Stone Town, a su restaurante de cocina tanzana favorito, el Ekundu Kifaru: «Rinoceronte Rojo» en swahili. Situado a orillas del mar, el Rinoceronte Rojo se hallaba entre la vieja aduana y el Gran Árbol, una antigua y gigantesca higuera que servía de lugar de reunión diario a constructores de pequeñas embarcaciones y a capitanes contratados que ofrecían travesías diurnas a la isla de la Prisión y la isla de Bawe.

Para Sam y Remi, Zanzíbar (o Unguja en swahili) encarnaba el África del Viejo Mundo. A lo largo de los siglos, la isla había estado gobernada por caudillos y sultanes, negreros y piratas; había sido la sede de sociedades mercantiles y la escala de miles de misioneros, exploradores y cazadores de caza mayor europeos. Sir Richard Burton y John Hanning Speke habían utilizado Zanzíbar como base de su investigación sobre el nacimiento del Nilo; Henry Morton Stanley había iniciado su famosa búsqueda del porfiado David Livingstone en los laberínticos callejones de Stone Town; según decían, el capitán William Kidd había surcado las aguas de alrededor de Zanzíbar como pirata y como cazador de piratas.

Allí, Sam y Remi descubrieron que cada calle y cada patio tenían una anécdota, y cada construcción, una historia secreta. Siempre que se marchaban de Zanzíbar se iban con docenas de buenos recuerdos.

Cuando pararon en el aparcamiento el sol se estaba poniendo; descendía rápidamente hacia el horizonte, tiñendo el mar de tonos dorados y rojos. En el aire olía a ostras a la parrilla.

—Bienvenidos, señor y señora Fargo —dijo el camarero, y a continuación hizo señas a un par de empleados vestidos de blanco, que se acercaron veloces y se llevaron las motos.

—Buenas tardes, Abasi —contestó Sam, estrechando la mano del camarero.

Remi recibió un caluroso abrazo. Habían conocido a Abasi Sibále hacía seis años en su primera visita a Zanzíbar y se habían hecho amigos íntimos; normalmente cenaban con él y con su familia como mínimo una vez en sus visitas anuales. Abasi siempre tenía una sonrisa en los labios.

—¿Qué tal están Faraja y los niños? —preguntó Sam.

—Felices y sanos. Gracias. ¿Vendrán algún día a cenar antes de marcharse?

Remi sonrió.

—No nos lo perderíamos por nada del mundo.

—Creo que dentro ya lo tienen todo listo —dijo Abasi.

Justo al otro lado de la puerta les aguardaba el *maître*, Elimu. Él también conocía a los Fargo desde hacía años.

—Me alegro de verles. Su mesa favorita con vistas al puerto está lista.

—Gracias —dijo Sam.

Elimu los acompañó hasta una mesa en un rincón iluminada con una lámpara roja a prueba de viento y rodeada por los dos lados de ventanas abiertas que daban al muelle. Debajo, las farolas de Stone Town se estaban encendiendo.

—¿Vino? —preguntó Elimu—. ¿Quieren la carta?

—¿Todavía tenéis aquel pinot noir, el Chamonix?

—Sí, tenemos uno del noventa y ocho y otro del dos mil.

Sam miró a Remi, quien dijo:

—Todavía recuerdo el del noventa y ocho.

—Como la dama desee, Elimu.

—Muy bien, señor.

Elimu desapareció.

—Es precioso —murmuró Remi, contemplando el mar.

—No puedo estar más de acuerdo.

Ella apartó la mirada de la ventana, le dedicó una sonrisa y le apretó la mano.

—Te ha cogido un poco el sol —comentó.

Por algún motivo inexplicable, Sam Fargo se había quemado: en ese momento solo tenía el puente de la nariz y las puntas de las orejas de color rosado. Al día siguiente estarían bronceadas.

—Luego notarás picor.

—Ya lo noto.

—Bueno, ¿alguna idea? —preguntó Remi, levantando la moneda con forma de rombo.

Había estado toda la tarde metida en un cuenco con un diez por ciento de ácido nítrico, luego había sido sometida a una fórmula secreta de Sam compuesta por vinagre blanco, sal y agua destilada, y después había sido restregada con un cepillo de dientes con las cerdas suaves. Aunque muchas zonas seguían tapadas, se distinguía la cara de una mujer y dos palabras: «Marie» y «reunión». Habían comunicado esos detalles a Selma antes de salir del chalet.

—No —respondió Sam—. Pero tiene una forma extraña para una moneda.

—¿Acuñaación privada, quizá?

—Podría ser. Si es el caso, está bien hecha. Bordes pulidos, buena acuñación, peso sólido...

Elimu volvió con el vino, lo decantó, les sirvió a los dos y, tras esperar a que hicieran una señal de aprobación con la cabeza, les llenó las copas. Ese pinot noir en concreto era sudafricano, de un vivo color rojo con matices de clavo, canela, nuez

moscada y algo que Sam no acababa de identificar.

Remi bebió un segundo sorbo y dijo:

—Achicoria.

El teléfono de Sam sonó. Miró la pantalla, esbozó la palabra «Selma» con los labios y acto seguido contestó.

—Buenas tardes, Selma. Remi se inclinó para escuchar.

—Buenos días para mí. Pete y Wendy acaban de llegar. Van a empezar a investigar las leyes de Tanzania.

—Perfecto.

—A ver si lo adivino. Están sentados en el Ekundu Kifaru, contemplando la puesta de sol.

—Somos animales de costumbres —dijo Remi.

—¿Alguna novedad? —preguntó Sam.

—Sobre la moneda. Han dado con otro misterio.

Sam vio que el camarero se acercaba y dijo:

—Un momento.

Pidieron *Samakai wa kusonga* y *wali* —croquetas de pescado y arroz autóctono con pan de chapata—, y de postre, *N'dizi no kastad* —natillas de plátano al estilo de Tanzania—. El camarero se marchó, y Sam desconectó el modo silencioso del teléfono.

—Continúa, Selma. Somos todo oídos —dijo Sam.

—La moneda fue acuñada a principios de la década de mil seiscientos noventa. Solo se hicieron cincuenta, y no se pusieron en circulación. En realidad, eran una muestra de afecto, a falta de una palabra mejor. La palabra «Marie» de la cara de la moneda forma parte de «Sainte Marie», el nombre de una comuna francesa situada en la costa norte de la isla de Reunión.

—Es la primera vez que oigo hablar de ella —dijo Remi.

—No me extraña. Es un pequeño trozo de isla a unos seiscientos cincuenta kilómetros al este de Madagascar.

—¿Quién es la mujer? —preguntó Sam.

—Adelise Molyneux. La mujer de Demont Molyneux, el administrador de Sainte Marie de mil seiscientos ochenta y cinco a mil setecientos uno. Según se dice, para su décimo aniversario, Demont hizo fundir su reserva de oro y acuñó esas monedas dedicadas a Adelise.

—Todo un detalle —comentó Remi.

—Se suponía que las monedas representaban el número de años que Demont esperaba que pasaran juntos antes de morir. Se acercaron bastante. Murieron con un año de diferencia el uno del otro, a poco de cumplir su cuarenta aniversario.

—¿Y cómo llegó esta a Zanzíbar? —preguntó Sam.

—Ahí es donde la verdad se mezcla con la leyenda —respondió Selma—. Supongo que han oído hablar de George Booth.

—¿El pirata inglés? —dijo Sam.

—Exacto. Se pasó la mayor parte de su vida en el océano Índico y el mar Rojo. Empezó como artillero a bordo del Pelican en torno a mil seiscientos noventa y seis y luego a bordo del Dolphin. Aproximadamente en mil seiscientos noventa y nueve, el Dolphin fue cercado por una flota británica no lejos de la isla de la Reunión. Parte de la tripulación se rindió; otros, incluido Booth, escaparon a Madagascar, donde Booth y otro capitán pirata, John Bowen, unieron fuerzas y secuestraron el Speaker, un barco de esclavos de cuatrocientas cincuenta toneladas con cincuenta cañones. Booth fue elegido capitán, y en torno a mil setecientos llevó el Speaker a Zanzíbar. Cuando desembarcaron para recoger provisiones, el destacamento de desembarco fue atacado por tropas árabes. Booth murió, y Bowen sobrevivió. Luego este llevó el Speaker de vuelta a las aguas de Madagascar, antes de morir pocos años más tarde en Isla Mauricio.

—Has dicho que el Dolphin fue cercado no lejos de la isla de la Reunión —repitió Sam—. ¿Cómo de cerca de la comuna de Sainte Marie?

—A unos cuantos kilómetros de la costa —contestó Selma—. La leyenda dice que Booth y su tripulación acababan de asaltar la comuna.

—Y de llevarse las monedas de Adélise —concluyó Remi.

—Eso dice la leyenda. Y eso dijo Demont Molyneux en una carta oficial de queja a Luis XIV, rey de Francia.

—Hagamos un pequeño resumen —dijo Sam—. Booth y los otros fugitivos del Dolphin se llevaron las monedas de Adélise y luego se encontraron con Bowen. Luego secuestraron el Speaker y se dirigieron a Zanzíbar, donde... ¿qué? ¿Enterraron su botín en la isla de Chumbe? ¿Lo tiraron en aguas poco profundas para recuperarlo más tarde?

—O tal vez el Speaker no escapó —añadió Remi—. Tal vez las historias no son ciertas. Tal vez se hundió en el canal.

—Da igual una cosa que otra —respondió Selma—. En cualquier caso, la moneda que encontraron es del lote de Adélise.

—La pregunta es —dijo Sam—: ¿la campana pertenece al Speaker?

Zanzíbar

La tormenta que se había cernido sobre la isla a primeras horas de la mañana había continuado avanzando al amanecer, dejando un aire vivificante y el follaje que rodeaba su chalet reluciente de rocío. Sam y Remi estaban sentados en el porche de la parte trasera contemplando la playa y comiendo fruta, pan, queso y café cargado. En los árboles de alrededor chillaban pájaros escondidos.

De repente, una salamanquesa del tamaño de un meñique trepó por la pata de la silla de Remi, correteó a través de su regazo y saltó a la mesa, donde recorrió los platos antes de retirarse por la silla de Sam.

—Creo que se ha equivocado de camino —comentó Sam.

—Tengo un don para los reptiles —dijo Remi.

Bebieron otra taza de café y luego lo recogieron todo, prepararon sus mochilas y fueron a la playa, donde habían varado el yate. Sam lanzó las mochilas por encima de la barandilla y le dio a Remi un empujón.

—¿El ancla? —gritó ella.

—Ya voy.

Sam se agachó junto al ancla con forma de taladro, la extrajo girándola y se la dio a Remi. Ella desapareció, y él oyó sus pies caminando suavemente por la cubierta. Segundos más tarde, los motores arrancaron con un rugido y empezaron a marchar en vacío.

—Reduce la marcha —gritó Sam.

—Reduzco la marcha, sí —contestó Remi.

Cuando Sam oyó que la hélice empezaba a girar, se apoyó con firmeza contra el casco, hundió los pies en la arena húmeda, flexionó las rodillas y empujó. El barco retrocedió treinta centímetros, luego otros treinta, y empezó a flotar libremente. Sam alargó los brazos, agarró la barandilla inferior con las manos, levantó las piernas rápidamente, afianzó el talón en la borda y subió a bordo.

—¿A la isla de Chumbe? —gritó Remi a través de la ventanilla abierta de la timonera.

—A la isla de Chumbe —confirmó Sam—. Tenemos un misterio que resolver.

Estaban varios kilómetros al noroeste de la isla de la Prisión cuando sonó el teléfono por satélite de Sam. Sentado en la cubierta de popa mientras revisaba su equipo, cogió el teléfono y apretó el botón para hablar. Era Selma.

—Tengo buenas noticias y otras no tan buenas —dijo.

—Primero las buenas —contestó Sam.

—Según el reglamento del Ministerio de Recursos Naturales y Medio Ambiente de Tanzania, el sitio donde encontraron la campana está fuera de los límites del santuario. Allí no hay arrecifes, así que no hace falta protección.

—¿Y las noticias no tan buenas?

—La ley de salvamento marítimo tanzana se aplica de todas formas: «Ningún método de excavación extraordinario». Es un área intermedia, pero me parece que van a necesitar algo más que raquetas de ping-pong para recuperar esa campana. He pedido a Pete y a Wendy que investiguen la tramitación de permisos... con discreción, por supuesto.

Los novios Pete Jeffcoat y Wendy Corden —dos californianos rubios, bronceados y de aspecto saludable, licenciados en arqueología y en ciencias sociales, respectivamente— trabajaban como aprendices de Selma.

—Bien —dijo Sam—. Manténnos informados.

Tras una breve parada en los muelles de Stone Town para repostar y recoger provisiones para el día, navegaron pausadamente por la costa y se abrieron paso a través de los canales de las islas exteriores de Zanzíbar durante otros noventa minutos antes de llegar a las coordenadas del GPS. Sam se adelantó y soltó el ancla. El aire estaba totalmente en calma y el cielo era de un azul despejado. Como Zanzíbar se encontraba justo por debajo del ecuador, el mes de julio correspondía al invierno en lugar de al verano, de modo que la temperatura no pasaba de los veinticinco grados. Un buen día para bucear. Sam izó en la driza la bandera blanca con una franja roja que alertaba de la presencia de submarinistas y se reunió con Remi en la cubierta de popa.

—¿Botella o snorkel? —preguntó ella.

—Empecemos con snorkel. —La campana estaba a tres metros de profundidad—. Vamos a ver a lo que nos enfrentamos y luego nos reunimos.

Como el día anterior y el noventa por ciento de las veces en Zanzíbar, el agua estaba increíblemente clara y su tono variaba del turquesa al añil. Sam se tiró hacia atrás por la borda, seguido unos segundos más tarde de Remi. Se quedaron flotando sin moverse en la superficie unos instantes, dejando que la nube de burbujas y espuma se disipara, y a continuación descendieron con un golpe de riñón. Una vez que llegaron al fondo de arena blanca giraron a la derecha y no tardaron en alcanzar el borde del banco, donde descendieron otra vez de cabeza y siguieron la cara vertical hacia el fondo. Se pararon, se arrodillaron en la arena y clavaron sus cuchillos de submarinismo en el fondo para usarlos como asideros.

Más adelante podían ver el límite de la zona del adiós. La tormenta de la noche anterior no solo había aumentado la corriente del canal principal, sino que también había agitado mucha rocalla; su densidad era tal que parecía un muro sólido de arena marrón grisáceo. Por lo menos eso mantenía a los tiburones lejos de los bajíos. El inconveniente era que notaban la succión de la corriente desde donde ellos estaban.

Sam dio unos golpecitos en su snorkel y agitó el pulgar hacia arriba. Remi asintió con la cabeza.

Ascendieron a la superficie impulsándose con las aletas y salieron al aire.

—¿Lo has notado? —preguntó Sam.

Remi asintió con la cabeza.

—Parecía como si una mano invisible estuviera intentando cogernos.

—No te separes del banco.

—Entendido.

Volvieron a sumergirse. En el fondo, Sam comprobó la lectura de su GPS, se orientó y a continuación señaló al sur por el banco e hizo señas a Remi: «Nueve metros». Después de volver a salir a la superficie, nadaron en esa dirección uno detrás del otro; Sam iba en cabeza, mirando el GPS y comprobando a la vez su posición. Se paró de nuevo y señaló abajo con el dedo índice.

En el lugar donde la campana sobresalía del banco solo había ahora un cráter con forma de barril. Miraron a un lado y a otro con inquietud. Remi la vio primero, una muesca curvada en el fondo, a tres metros a su derecha, conectada con otra muesca por una línea curva como el rastro de una serpiente de cascabel. La pauta se repetía. La siguieron con la vista hasta que, a seis metros de distancia, vieron un bulto oscuro que sobresalía de la arena. Era la campana.

Hacía falta un poco de imaginación para reconstruir lo que había pasado: a lo largo de la noche, las olas empujadas por la tormenta habían limpiado el banco y habían erosionado la arena alrededor de la campana a un ritmo lento pero constante, hasta que esta se había caído del lugar en el que reposaba. Desde allí, el oleaje había hecho rodar la campana a lo largo de su boca, y la física, la erosión y el tiempo habían hecho su labor hasta que la tormenta había pasado.

Sam y Remi se volvieron el uno hacia el otro y asintieron con la cabeza, entusiasmados. Allí donde la ley tanzana les había prohibido usar «métodos de excavación extraordinarios», la Madre Naturaleza había acudido en su auxilio.

Nadaron hacia la campana, pero solo habían recorrido la mitad de la distancia cuando Sam alargó la mano de forma vacilante hacia el brazo de Remi. Ella ya se había parado y estaba mirando al frente. Había visto lo mismo que él.

La campana se había parado en el borde del precipicio, con la cintura, el hombro y la corona incrustados en la arena y el anillo y la boca asomando en el espacio abierto.

De vuelta en la superficie, cogieron aire.

—Es demasiado grande —dijo Remi.

—¿Demasiado grande para qué? ¿Para moverla?

—No, demasiado grande para ser del Speaker.

Sam consideró aquello.

—Tienes razón. No me había fijado.

El desplazamiento que constaba del Speaker era de cuatrocientas cincuenta toneladas. Según las medidas habituales de la época en cuestión, su campana no podría haber pesado más de treinta kilos. La campana que ellos habían encontrado era más grande.

—Esto se pone cada vez más interesante —dijo Sam—. Volvamos al barco. Necesitamos un plan.

Estaban a tres metros del barco cuando oyeron el rugido de unos motores diesel que se acercaban por detrás. Llegaron a la escalera de mano y cuando se dieron la vuelta vieron una lancha cañonera del servicio de guardacostas de Tanzania a cien metros de distancia. Sam y Remi subieron a la cubierta de popa del Andreyale y se quitaron el equipo.

—Sonríe y saluda con la mano —murmuró Sam.

—¿Nos hemos metido en un lío? —susurró Remi entre dientes sin dejar de sonreír.

—No lo sé. Dentro de poco lo sabremos.

Sam siguió saludando con la mano.

—He oído que las cárceles tanzanas son desagradables.

—Todas las cárceles son desagradables. Todo es relativo.

Cuando estaba a diez metros de distancia, la lancha viró y se situó en paralelo a ellos, de proa a popa. Sam vio que se trataba de una lancha patrullera china tipo Yulin de los sesenta que había sido modernizada. Solían ver esas embarcaciones varias veces en cada una de sus excursiones, y Sam, que tenía interés por todo, se había documentado: doce metros de eslora y diez toneladas de peso; tres velocidades y motores diesel de dos mil seiscientos caballos; y un par de ametralladoras de 12,7 milímetros en la proa y la popa.

Había dos marineros con uniforme de camuflaje en la cubierta de popa y otros dos en el castillo de proa. Todos llevaban AK-47 colgados del hombro. Un hombre negro, alto, vestido de blanco inmaculado, sin duda el capitán, salió de la cabina y se acercó a la barandilla.

—Hola —gritó.

A diferencia de los anteriores encuentros de Sam y Remi con el servicio de guardacostas, aquel capitán tenía una expresión seria. Ni sonrisa cordial ni

cumplidos.

—Hola —contestó Sam.

—Inspección de seguridad rutinaria. Vamos a abordarles. —Adelante.

Los motores de la lancha patrullera borbotearon, y la embarcación se acercó de costado hasta que su proa estuvo a tres metros de distancia. Los motores volvieron a marchar en vacío, y la lancha se deslizó hasta detenerse junto a ellos. Los marineros de la cubierta de popa lanzaron unos neumáticos a modo de protecciones por el costado, alargaron los brazos, agarraron la barandilla del Andreyale y juntaron las embarcaciones. El capitán saltó la barandilla y cayó ágilmente en la cubierta de popa junto a Sam y Remi.

—Veo que están ondeando la bandera de buceo —dijo.

—Hemos estado haciendo un poco de submarinismo —respondió Sam.

—¿Este barco es suyo?

—No, es alquilado.

—Los papeles.

—¿Del barco?

—Y los títulos de buceo.

—Voy a buscarlos —dijo Remi, y bajó rápidamente por los escalones a la cabina.

—¿Con qué intención están aquí?

—¿En Zanzíbar o aquí en concreto?

—Las dos cosas.

—Estamos de vacaciones. Este nos pareció un buen sitio. Estuvimos aquí ayer.

Remi volvió con los documentos y se los entregó al capitán, quien primero examinó el contrato de alquiler y luego los títulos de buceo de ambos. Alzó la vista y escrutó sus caras.

—Ustedes son Sam y Remi Fargo.

Sam asintió con la cabeza.

—Los buscadores de tesoros.

—A falta de una palabra mejor —dijo Remi.

—¿Están buscando tesoros en Zanzíbar?

Sam sonrió.

—No hemos venido por eso, pero intentamos mantener los ojos abiertos.

Por encima del hombro del capitán, detrás de las ventanas tintadas de la cabina de la lancha, Sam vio una figura ensombrecida. Parecía que los estuviera mirando fijamente.

—¿Han encontrado algo en esta visita?

—Una moneda.

—¿Están al tanto de la ley en estos asuntos?

Remi asintió con la cabeza.

—Sí.

El capitán lanzó una mirada por encima del hombro, les dijo a Sam y Remi: «Esperen aquí», y regresó a la cabina de la lancha saltando por encima de la barandilla. Volvió a aparecer un minuto más tarde y saltó de nuevo al barco.

—La moneda que han encontrado... descríbanla.

Sin vacilar, Remi dijo:

—Redonda, de cobre, aproximadamente del tamaño de una moneda de cincuenta chelines. Está muy deteriorada. No hemos podido averiguar nada de ella.

—¿La tienen aquí?

—No —dijo Sam.

—¿Y dicen que no están buscando barcos naufragados ni ningún tesoro en concreto?

—Correcto.

—¿Dónde se alojan en Zanzíbar?

Sam no vio la necesidad de mentir; ellos lo comprobarían.

—En un chalet en la playa de Kendwa.

El capitán les devolvió los documentos y se despidió ladeando la gorra.

—Buenos días.

Y a continuación saltó otra vez la barandilla y entró en la cabina de la lancha Yulin. Los motores de la embarcación retumbaron, los marineros desatracaron y la lancha viró al oeste hacia el canal. Sam dio dos largas zancadas, se metió en la cabina y volvió a aparecer con los prismáticos. Se los llevó a los ojos y enfocó la lancha con ellos. Después de veinte segundos, bajó los prismáticos.

—¿Qué? —preguntó Remi.

—Había alguien en la cabina dando órdenes.

—El golpe en la ventana —dijo Remi—. ¿Lo has visto?

Sam asintió con la cabeza.

—No era blanco ni llevaba uniforme. Parecía hispano... tal vez mediterráneo. Delgado, nariz aguileña, cejas pobladas.

—¿Qué civil extranjero tendría poder para dar órdenes a la tripulación de una lancha de la guardia costera?

—Alguien muy rico.

Pese a lo mucho que les gustaban Tanzania y Zanzíbar y sus gentes, era indiscutible que la corrupción estaba extendida. La mayoría de los tanzanos ganaban unos cuantos dólares al día; los militares, solo un poco más.

—No adelantemos acontecimientos. Ahora mismo no sabemos nada. Solo por curiosidad, Remi, ¿por qué has mentido sobre la moneda?

—Ha sido una reacción instintiva —contestó ella—. ¿Crees que debería haber...?

—No. Yo he tenido el mismo impulso. La guardia costera tanzana tiene dos

lanchas Yulin para cubrir la costa central, el canal principal y Zanzíbar. Me ha dado la impresión de que nos estaban buscando.

—A mí también.

—Y teniendo en cuenta cómo son las inspecciones de seguridad, esta ha sido inútil. No nos ha preguntado por los chalecos salvavidas, ni por la radio, ni por el equipo de buceo.

—¿Y cuándo ha sido la última vez que hemos visto a un oficial tanzano que no fuera sonriente y simpático?

—Nunca —respondió Sam—. En cuanto a la moneda de Adelise...

Remi abrió la cremallera del bolsillo lateral de sus pantalones cortos de buceo, extrajo la moneda y la mostró sonriendo.

—Bravo —dijo Sam.

—¿Crees que registrarán el chalet?

Sam se encogió de hombros.

—Entonces ¿qué significa todo esto?

—Ni idea, pero a partir de ahora vamos a andarnos con cuidado.

Zanzíbar

Durante la hora siguiente estuvieron sentados en la cubierta de popa, bebiendo agua helada, disfrutando del suave balanceo del barco y escuchando cómo las olas lamían el casco. En los treinta minutos posteriores a la partida de la lancha, la embarcación apareció dos veces más, a un kilómetro y medio de distancia, navegando primero de norte a sur y luego de sur a norte. Desde entonces no se la había vuelto a ver.

—No puedo evitarlo, pero me preocupa que la campana se haya caído por el borde —dijo Remi—. Me lo estoy imaginando.

—Yo también, pero prefiero arriesgarme a eso a que vuelvan cuando estemos sacándola. Esperemos veinte minutos más. En el peor de los casos, probablemente todavía podamos alcanzarla.

—Sí, pero a cincuenta metros de profundidad las cosas empiezan a ser peligrosas. Recuperarla supondría un riesgo.

Pese al enorme tamaño de la campana, después de rebotar por una pendiente de cincuenta metros podría acabar prácticamente en cualquier parte, como la canica de un niño que se pierde en el comedor pero acaba debajo del frigorífico de la cocina.

—Y cuando la encontremos, subirla a la superficie no será fácil. Necesitaremos un mejor equipo de buceo, compresor, bolsas de transporte, cabrestante...

Sam asentía con la cabeza. No habría ninguna posibilidad de ocultar ese nivel de actividad a curiosos o fisgones. Simplemente alquilar el equipo en Stone Town —incluso de forma anónima— dispararía los rumores. Al final del día habría espectadores en la costa y en embarcaciones cerca del litoral, incluida, tal vez, la lancha Yulin y su misterioso pasajero.

—Esperemos que no sea necesario —dijo.

Llevaron el barco a diez metros del lugar de la campana. Sam saltó por el costado y clavó el ancla detrás de un afloramiento rocoso, y luego, de nuevo a bordo, desenroscaron los treinta metros de sólida amarra trenzada con dos centímetros de grosor que habían comprado en Stone Town. Pasaron la amarra por la portilla y por las abrazaderas de la borda situadas en la parte trasera de estribor, y luego fijaron bien el lazo en el centro con un eslabón de rosca. Lo que quedaba del rollo lo lanzaron por la popa. Dos minutos más tarde estaban equipados con los snorkéls y las aletas en la superficie del agua, arrastrando la cuerda detrás de ellos.

Para sorpresa de los dos, encontraron la campana donde la habían dejado, posada en el borde del precipicio, pero enseguida descubrieron que la situación era más

precaria de lo que habían anticipado. La arena situada bajo la boca de la campana se estaba erosionando ante sus ojos, y la corriente arrancaba puñados de arena y pedazos de roca.

Remi introdujo la punta de la amarra por el eslabón de su cinturón de buceo y acto seguido se la pasó a Sam, que hizo otro tanto y luego sujetó el eslabón con rosca de la amarra entre los dientes.

Subieron a la superficie moviendo las aletas, llenaron los pulmones media docena de veces y volvieron a zambullirse.

Sam hizo señas a Remi: «Fotografías». Si ocurría lo peor y perdían la campana, las fotografías por lo menos les permitirían identificar la pieza. Mientras Remi empezaba a disparar fotos, Sam se adelantó hasta que pudo ver por encima del borde. La pendiente no era totalmente vertical, sino más bien de sesenta o sesenta y cinco grados; aunque tampoco importaba mucho. Como Remi había calculado, el peso de la campana sobrepasaba el de la campana del Speaker en diez o quince kilos. Si la campana caía finalmente por el borde, el ángulo de la pendiente solo reduciría un poco la velocidad de su descenso.

Y entonces, en el momento justo, la arena de debajo de la campana cedió. La corona se inclinó hacia arriba, se quedó suspendida por una fracción de segundo y acto seguido la campana empezó a deslizarse por la pendiente con la boca por delante.

Llevado por un impulso del que inmediatamente se arrepintió, Sam flexionó las piernas, dio una brusca patada de delfín y siguió la campana por encima del borde del precipicio. Oyó fugazmente el grito amortiguado de Remi, que chilló «¡Sam!», pero a continuación el sonido desapareció, sustituido por la corriente. La arena le acribilló el cuerpo como si fueran mil picaduras de abeja. Mientras caía de cabeza, alargó los brazos en la que esperaba fuera la dirección del banco. Los dedos extendidos de su mano derecha golpearon algo con fuerza, y sintió un intenso dolor que le recorrió el dedo meñique. Haciendo caso omiso del dolor, notó que la campana tomaba velocidad, pues el efecto excavador de la boca perdió contra la física del impulso. Todo comenzó a darle vueltas cuando sus pulmones empezaron a consumir las últimas moléculas de oxígeno. El corazón le martilleaba en la cabeza como si fueran cañonazos.

Operando únicamente con el tacto, deslizó la mano por la cintura de la campana y luego por encima de la cabeza. Sus dedos encontraron la abertura de la corona. Se llevó la mano izquierda a la boca, cogió el eslabón y lo introdujo por la corona. Lo enrolló alrededor de la cuerda y, usando el pulgar, cerró la rosca.

La campana se detuvo de una sacudida. La amarra emitió un ruido apagado. A Sam se le escapó la cuerda de las manos y empezó a deslizarse hacia abajo, dando manotadas a la superficie de la campana y arañando con los dedos en busca de

asidero. No había nada. Entonces, de repente, un surco se deslizó bajo la palma de su mano. Notó otra punzada de dolor en el meñique. El friso, pensó. Cerró las puntas de los dedos que habían caído sobre el friso justo por encima de la boca de la campana. Alargó la otra mano, agarró el friso y se impulsó hacia arriba, aleteando con ambas piernas contra la succión de la corriente hasta que apareció la amarra, una trenza de un blanco immaculado en el torbellino de arena. La agarró. Notó que unos dedos le tocaban el dorso de la mano. Una cara apareció en la oscuridad: Remi. La veía brillante y oscurecida en los bordes. Remi bajó por la amarra, alargó el brazo, le agarró la muñeca derecha y tiró.

Instintivamente, Sam se aferró a la cuerda y empezó a subir.

Diez minutos más tarde estaba sentado en la silla de la cubierta, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada hacia atrás bajo el sol. Después de permanecer así dos minutos, volvió a levantar la cabeza, y cuando abrió los ojos vio a Remi sentada en la borda mirándolo. Ella se inclinó hacia delante y le dio una botella de agua.

—¿Te encuentras mejor? —preguntó suavemente.

—Sí. Mucho mejor. Pero me he hecho daño en el dedo. Me escuece.

Ella se lo sostuvo para inspeccionarlo; el dedo estaba recto pero hinchado. Él lo flexionó e hizo una mueca.

—No está roto. Nada que no cure un poco de esparadrapo.

—¿No te has hecho nada más? Sam negó con la cabeza.

—Bien, me alegro —dijo Remi—. Sam Fargo, eres tonto.

—¿Cómo?

—¿En qué estabas pensando, yendo detrás de esa cosa?

—Reaccioné de forma instintiva. Cuando me di cuenta de lo que estaba haciendo ya era demasiado tarde, Remi. De perdidos, al...

—Fondo del mar —replicó ella sacudiendo la cabeza con el ceño fruncido—. Te lo juro, Fargo...

—Lo siento —dijo Sam—. Y gracias por venir a por mí.

—Tonto —repitió Remi, y acto seguido se levantó, se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Pero eres mi tonto. Y no hace falta que me des las gracias... Aunque es agradable de todas formas.

—Dime que todavía la tenemos —dijo Sam, mirando a su alrededor—. ¿Todavía la tenemos?

Aún estaba un poco aturdido. Remi señaló la popa, donde la amarra, tensa como una cuerda de piano, formaba un arco y se introducía en el agua.

—Mientras tú estabas echando una siestecita, yo la arrastré por la pendiente. Debería estar apoyada a un metro y medio del borde.

—Bien hecho.

—No te emociones. Todavía tenemos que levantarla. Sam sonrió.

—No tengo miedo, Remi. La física es nuestra aliada.

Sin embargo, antes de que pudieran poner en práctica la idea de Sam, tenían que utilizar la fuerza bruta. Con el meñique herido y envuelto en cinta aislante, Sam estaba de pie en la popa tensando la amarra mientras Remi daba marcha atrás al barco y seguía las señas que él le hacía con la mano hasta que se situaron justo encima de la campana. Sam desenrolló la amarra de las abrazaderas, tensó la cuerda que quedaba, hizo un lazo y volvió a cerrar el eslabón.

—Avante despacio. Con calma.

—Eso está hecho.

Remi empujaba el acelerador medio centímetro cada vez. Inclinado sobre la popa, con las gafas de buceo en el agua, Sam observaba el progreso de la campana a medida que se arrastraba a través de la arena. Cuando estuvo a seis metros del precipicio, gritó:

—Para.

Remi redujo la velocidad.

Sam se colocó las gafas y se zambulló para examinar su premio. Un minuto más tarde volvió a salir a la superficie.

—Pinta bien. No tiene muchas lapas, lo que significa que probablemente lleva incrustada en ese banco bastante tiempo.

Remi extendió la mano y ayudó a Sam a subir a bordo.

—¿Daños? —preguntó.

—Ninguno que yo haya visto. Es gruesa, Remi; probablemente se acerca a los treinta y cinco kilos. Ella lanzó un silbido tenue.

—Qué grande. Según la medida normal, eso quiere decir que el barco tenía... ¿cuánto, un desplazamiento de mil toneladas?

—Entre eso y mil doscientos. Mucho más grande que el Speaker. La proximidad de la moneda y de la campana es pura coincidencia.

Una vez que la campana no corrió peligro de caer en el canal, la desengancharon y viraron cien metros al norte, luego atravesaron con cuidado la ensenada del tobillo de la isla y aparecieron en la laguna del tacón de aguja.

Con tan solo ochocientos metros de anchura y de longitud, la laguna era en realidad un manglar. Un par de docenas de «islas flotantes» sobresalían del agua: sombreretes de tierra situados sobre el soporte de raíces de mangle descubiertas y nudosas. El tamaño de las islas oscilaba entre el de un cuartucho y el de un garaje doble, todas estaban cubiertas de espesos hierbajos, y la mayoría de ellas servían de

soporte a bosques en miniatura de matorrales y arbustos. En el extremo sur del pantano había una playa estrecha, y más allá un bosquecillo de cocoteros. Había un silencio inquietante, y el aire estaba completamente inmóvil.

—Esto no es algo que se vea todos los días —murmuró Remi.

—¿Algún rastro del Sombrero Loco o de Alicia?

—No, toquemos madera.

—Sigamos adelante. El tiempo vuela.

Se abrieron paso entre las islas flotantes, echaron el ancla junto a la playa y llegaron a tierra vadeando.

—¿Cuántos vamos a necesitar? —preguntó Remi.

Se recogió hábilmente su cabello castaño rojizo de la nuca con una mano, enrolló una goma elástica alrededor y se hizo un moño impecable.

Sam sonrió.

—Parece magia. ¿Cómo lo haces?

—Somos una especie maravillosa —convino Remi sonriendo, y se escurrió el agua de los faldones—. Bueno, ¿cuántos?

—Seis. No, cinco.

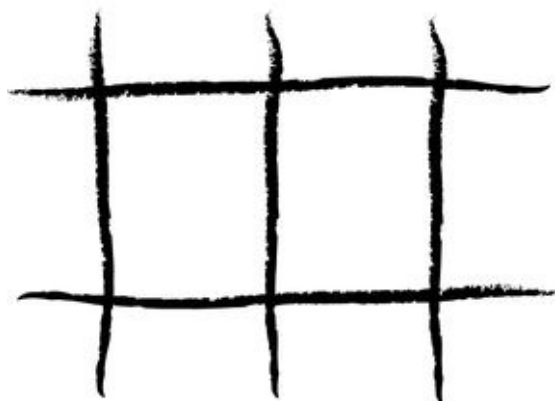
—¿Seguro que no podemos coger lo que necesitamos en Stone Town y volver aquí sin llamar la atención?

—¿Quieres arriesgarte? Algo me dice que el capitán de la lancha estaría encantado de detenernos. Si cree que le hemos mentado...

—Es verdad. Muy bien, Gilligan, vamos a construir tu balsa.

No tuvieron problemas para encontrar numerosos árboles caídos, pero sí para encontrar unos de un tamaño manejable. Sam identificó cinco candidatos, todos de unos dos metros y medio de largo y del grosor de un poste telefónico. Él y Remi arrastraron cada tronco hasta la playa, donde los colocaron en una hilera.

Sam se puso manos a la obra. La construcción era bastante simple, explicó. Cogió un trozo de madera de deriva que había cerca y dibujó el plano en la arena:



—No es precisamente el Queen Mary —comentó Remi sonriendo.

—Para eso necesitaría como mínimo cuatro troncos más —contestó Sam.

—¿Por qué sobresalen las puntas?

—Por dos motivos: estabilidad y efecto de palanca.

—¿Para qué?

—Ya lo verás. Ahora mismo necesito cuerda: varias docenas de trozos de un metro ochenta. Remi saludó. —A sus órdenes.

Después de una hora de trabajo, Sam se enderezó y se quedó mirando su creación. Sus ojos entornados indicaron a Remi que su marido estaba haciendo ecuaciones mentalmente. Después de permanecer un minuto de ese modo, Sam asintió con la cabeza.

—Está bien. Debería flotar lo suficiente —proclamó—. Con el veinte por ciento más o menos de reserva.

Con la balsa a remolque, volvieron a atravesar la ensenada hacia la parte oeste de la isla y se dirigieron al sur a lo largo de la costa hasta situarse otra vez sobre el lugar en el que reposaba la campana. Utilizando el arpón, Sam movió la balsa hacia la parte del barco más próxima a tierra y la fijó a las abrazaderas.

—Mi instinto me dice que vamos a recibir otra visita —dijo Sam, sentado en una silla en la cubierta.

Remi se sentó junto a él, y bebieron agua y contemplaron el agua el uno al lado del otro hasta que, treinta minutos más tarde, la lancha Yulin apareció al norte, a unos ochocientos metros de distancia.

—Buena corazonada —dijo Remi.

La embarcación redujo el avance a velocidad normal, y desde la cubierta de popa del barco Sam y Remi vieron una figura de uniforme blanco en la cubierta de popa de la lancha. El sol lanzaba destellos en las lentes de unos prismáticos.

—Sonríe y saluda con la mano —dijo Sam.

Los dos hicieron lo que Sam había indicado hasta que la figura bajó los prismáticos y desapareció dentro de la cabina. La lancha viró y comenzó a dirigirse hacia el norte. Sam y Remi esperaron hasta que desapareció a la vuelta del recodo de la isla y se pusieron otra vez manos a la obra.

Con el ancla preparada en una mano, Sam se puso las aletas y las gafas con el tubo de buceo y se tiró por el costado del barco. Después de pelearse un poco con la balsa, la centró sobre la campana. Anudó el cabo de la amarra al lado opuesto de la balsa, se zambulló en diagonal hasta que la cuerda estuvo tensa y luego clavó la oreja del ancla en la arena.

De nuevo en la superficie del agua, cogió la cuerda que Remi le lanzó, la pasó por

el tronco central de la balsa, se zambulló y sujetó el eslabón a la corona de la campana. Un minuto más tarde estaba de nuevo en la cubierta de popa, donde fijó la cuerda de Remi a las dos abrazaderas.

Evaluó la estructura con los brazos en jarras.

Remi le dedicó una sonrisa torcida.

—Estás muy satisfecho de ti mismo, ¿verdad?

—Sí.

—No es para menos, mi intrépido ingeniero.

Sam dio una palmada.

—Vamos allá.

Mientras Remi se encontraba al timón, Sam gritó:

—Avante poca.

—Avante poca —repitió ella.

El agua de debajo de la popa se llenó de espuma, y el barco avanzó con cuidado treinta centímetros y luego sesenta. La cuerda sujeta a las abrazaderas empezó a salir del agua. Con un chapoteo amortiguado, la cuerda cinchó el tronco transversal de la balsa y tiró hacia abajo.

—Pinta bien —gritó Sam—. Sigue.

La balsa empezó a moverse, recorriendo la distancia hasta la popa.

—Vamos —murmuró Sam—. Vamos...

En el lado opuesto de la balsa, la amarra temblaba de la tensión al tiempo que anulaba la resistencia del barco sobre la balsa. Sam se puso las gafas, se inclinó por encima del costado y metió la cabeza en el agua. Seis metros más abajo, la campana se hallaba suspendida a escasos centímetros del fondo.

—¿Cómo vamos? —gritó Remi.

—De maravilla. Sigue.

Levantaron la campana a intervalos de treinta centímetros hasta que por fin la corona asomó por la superficie del agua y golpeó el tronco transversal.

—¡Reduce a marcha en vacío! —ordenó Sam—. Lo justo para mantener la posición.

—¡Marcha en vacío! —contestó Remi.

Sam cogió el trozo de cuerda de un metro ochenta de la cubierta y se sumergió por el costado. Llegó a la balsa con tres brazadas. Y haciendo cinco lazadas a través de la corona de la campana y un nudo de bolina sobre el tronco transversal, la campana quedó bien sujeta. Sam levantó las manos triunfalmente, como un vaquero que acabara de coger con lazo a un becerro.

—¡Ya está! —gritó.

Los motores del barco renquearon y se quedaron en silencio. Remi salió a la

cubierta de popa, sonrió y devolvió a su marido el gesto de aprobación con el pulgar.

—Enhorabuena, Fargo —gritó—. Y ahora ¿qué?

La sonrisa de Sam se desvaneció poco a poco.

—No estoy seguro. Todavía lo estoy pensando.

—No sé por qué, pero me imaginaba que dirías eso.

Zanzíbar

En realidad, no había nada que pensar. No se atrevían a remolcar la campana por la costa hasta su chalet. Necesitaban un lugar seguro para esconderla mientras tomaban decisiones y hacían preparativos.

Aunque los dos reconocían que el encuentro con la lancha Yulin podía haber sido un grano de arena del que ellos habían hecho una montaña, también habían llegado a fiarse de sus instintos, y, en el asunto que les ocupaba, las reacciones instintivas de Sam y Remi coincidían: ni la visita inicial de la lancha ni sus repetidas apariciones eran casuales. Además, las preguntas del capitán eran variaciones sobre un mismo tema: ¿estaban buscando los Fargo algo en concreto? Eso hacía pensar que a alguien —tal vez a la silueta desdibujada que se entreveía en la cabina de la lancha— le preocupaba que algo importante fuera descubierto. ¿Se trataba de la campana, de la moneda de Adeline o de otra cosa?

—La pregunta es: —dijo Sam— ¿esperamos a ver lo que hacen o sacudimos un poco el árbol?

—No me gusta estar cruzada de brazos.

—Lo sé. A mí tampoco.

—¿Qué tenías pensado?

—Que nos comportáramos como si tuviéramos algo que esconder.

—Tenemos algo que esconder —respondió Remi—. Una campana de barco de noventa kilos enganchada a una balsa casera.

Sam se rió al oír el comentario. Su mujer tenía un don para llegar al meollo de un asunto.

—Si no estamos exagerando, probablemente ya hayan registrado el chalet, sean quienes sean.

—Y no habrán encontrado nada.

—Exacto. Así que vigilarán y esperarán a que volvamos a casa.

Remi asentía con la cabeza, sonriendo.

—No volveremos a casa.

—Exacto. Si vienen a buscarnos, tendremos la confirmación de que el juego ha comenzado.

—¿Has dicho «El juego ha comenzado»? ¿De verdad?

Sam se encogió de hombros.

—Me apetecía probar, para ver cómo sonaba.

—Oh, Sherlock... —dijo Remi, poniendo los ojos en blanco.

Con la campana y la balsa a remolque, desanduvieron la ruta a través de la ensenada hacia el manglar. Solo faltaban un par de horas para que anocheciera. Se pasaron una hora navegando alrededor del perímetro de la laguna en busca de un escondite adecuado para la balsa, que encontraron a lo largo de la costa este, en un lugar donde estaba creciendo un grupo de cipreses en diagonal respecto a la orilla. Utilizando el arpón, introdujeron con cuidado la balsa debajo de las ramas que colgaban, y luego Sam se zambulló en el agua y la ató a uno de los troncos.

—¿Qué tal? —gritó Sam desde detrás de la pantalla. —No se ve nada. Tendrían que entrar para encontrarla.

Volvieron a la boca de la ensenada, donde Sam utilizó un cabo de amarra para pescar cuatro pequeños pargos, luego regresaron a la laguna y llegaron a la playa vadeando. Remi, que era la que mejor cortaba en filetes de los dos, limpió y preparó los pargos mientras Sam recogía leña para la lumbre. Pronto los filetes chisporroteaban y, mientras el sol se ponía tras los cocoteros, comieron.

—Creo que me gusta vivir sin comodidades, ¿sabes? —dijo Remi, desmenuzando un trozo de pescado y metiéndoselo en la boca—. Hasta cierto punto, claro.

—Lo entiendo.

Lo entendía de verdad. Remi era una luchadora; nunca se había amilanado ante un desafío y había permanecido al lado de él en el barro y la nieve, cuando les habían disparado y les habían perseguido, y casi siempre veía el lado bueno de las cosas. Sin embargo, a pesar de todo, también le gustaba disfrutar de comodidades. Como a él.

—Cuando hayamos resuelto el asunto de nuestra campana misteriosa, iremos a Dar es Salaam, pediremos una suite en el Royal, beberemos gin-tonics en nuestra terraza y apostaremos a los partidos de críquet.

A Remi se le iluminaron los ojos. El Moevenpick Royal Palm era el único hotel de cinco estrellas de Dar es Salaam.

—Tus palabras son música para mis oídos, Sam Fargo.

—Pero primero —contestó él, mirando el sol y consultando su reloj—, tenemos que prepararnos para nuestros invitados.

Cuando se hizo de noche, la laguna cobró vida con el canto de los grillos. En los árboles repartidos a lo largo de la costa y en los matorrales que crecían sobre las islas flotantes, las luciérnagas parpadeaban. Sam había situado el barco entre dos de las mayores islas flotantes y echó el ancla con la proa mirando hacia el oeste. El cielo estaba despejado, un telón de fondo negro salpicado de puntos luminosos y una media luna rodeada de un borroso anillo prismático.

—Mañana podría llover —comentó Sam.

—¿Esa leyenda también se aplica al hemisferio sur?

—Supongo que acabaremos averiguándolo.

Permanecieron sentados en la cubierta de popa bebiendo café a oscuras y contemplando el espectáculo luminoso de los insectos. Desde su posición podían ver la boca de la ensenada y la playa, donde habían montado una tienda improvisada con una lona que habían encontrado en un armario. Detrás de la lona se veía el tenue fulgor amarillo de una linterna, y a escasa distancia de la tienda, una pequeña hoguera. Sam tenía suficientes leños de cocotero para mantener las brasas encendidas toda la noche.

Remi bostezó.

—Ha sido un día largo.

—Ve a dormir —dijo Sam—. Yo haré la primera guardia.

—Eres un encanto. Despiértame dentro de dos horas. Le dio un beso en la mejilla y se marchó.

Las dos primeras guardias transcurrieron sin incidentes. Cerca del final de la sexta hora, poco antes de las tres de la madrugada, a Sam le pareció oír un tenue rugido de motores a lo lejos, pero el sonido se atenuó. Cinco minutos más tarde volvió, esa vez más fuerte y más cerca. Algún lugar al norte. Sam escudriñó la desembocadura de la laguna con los prismáticos, pero solo veía ondas en la superficie del agua donde la corriente atravesaba la ensenada. Los motores se atenuaron otra vez. No, no se atenuaron, se corrigió Sam. Se pararon. Como si los hubieran apagado. Se llevó otra vez los prismáticos a los ojos.

Pasó un minuto. Dos. Y entonces, a los cuatro minutos, una sombra apareció en la ensenada. Como el hocico bulboso de un tiburón, el objeto parecía flotar varios centímetros por encima de la superficie. La embarcación Zodiac, que avanzaba a una velocidad inferior a la normal, se deslizó silenciosamente de la ensenada a la desembocadura de la laguna. Treinta segundos más tarde, apareció otra Zodiac, seguida de una tercera. Navegaron a la deriva en fila india a lo largo de unos quince metros antes de girar en formación y entrar en la laguna.

Sam bajó por la escalera de mano sin hacer ruido, se acercó a la litera y tocó el pie de Remi. Ella levantó la cabeza de golpe de la almohada. Sam susurró «Compañía». Ella asintió con la cabeza, y en cuestión de segundos estaban de nuevo en la cubierta de popa y se metieron en el agua por la borda. De forma instintiva, Sam alargó la mano hacia atrás por encima del costado y cogió su única arma posible, el arpón, del soporte en el que estaba.

Ya habían ensayado el plan y sabían que había un breve recorrido de diez segundos a braza hasta la siguiente isla flotante. Con Remi en cabeza, se abrieron paso serpenteando entre las raíces de mangle descubiertas y hurgaron en la maraña hasta que llegaron a un hueco en el centro. La inspección previa de la cavidad les

había mostrado que tenía casi un metro de diámetro y casi dos metros y medio de altura, elevándose hacia la parte inferior del sombrerete de tierra. A su alrededor se descolgaban y se enrollaban raíces de cola de rata y enredaderas. El aire estaba cargado de un olor acre a moho y a marga.

A través de la maraña de raíces, veían su barco a tres metros a su derecha. Sam y Remi estaban tan cerca el uno del otro que casi se abrazaban. Se volvieron para poder ver la desembocadura de la laguna. Al principio no observaron nada anormal. Oscuridad, agua iluminada por la luna y silencio.

Entonces sonó un zumbido tenue, casi imperceptible.

Sam acercó los labios al oído de Remi.

—Embarcaciones Zodiac con motores eléctricos. Se mueven muy despacio.

—Si hay varias Zodiac, probablemente haya un buque nodriza —contestó Remi susurrando.

Tenía razón. Aunque las Zodiac podían navegar en las aguas costeras de Zanzíbar, la mayoría de los motores eléctricos tenían un alcance limitado y una velocidad máxima de cuatro a cinco nudos. Quienesquiera que fueran sus visitantes, se habían hecho a la mar cerca de allí. La hipótesis de Remi sobre la existencia de un barco mayor parecía la más probable.

—¿Has dejado las golosinas para Santa Claus?

Ella asintió con la cabeza.

—Tendrán que buscar un poco, pero está todo allí.

Pasaron dos minutos hasta que apareció la primera Zodiac, a casi doscientos metros a su derecha. La segunda apareció a la misma distancia, pero a la izquierda. Instantes más tarde, apareció la tercera por el centro de la laguna. Ninguna llevaba iluminación, pero a la grisácea luz de la luna, Sam y Remi vieron una figura perfilada sentada en la popa de cada embarcación.

Tres Zodiac, desplazándose en línea de frente, cuyos pilotos no cruzaban entre ellos una sola palabra ni usaban linternas... Desde luego no eran turistas en un safari acuático nocturno.

—¿Ves algún arma? —susurró Sam. Remi negó con la cabeza.

Durante los siguientes minutos, observaron cómo el trío de Zodiac se abría paso entre las islas flotantes y las rodeaban hasta situarse a unos cincuenta metros del barco Andreyale. La figura de la Zodiac del medio levantó la mano, hizo un extraño gesto, y las otras dos embarcaciones respondieron virando y dirigiéndose hacia el Andreyale.

Sam dio un golpecito a Remi en el hombro para llamar su atención y agitó el pulgar hacia abajo. Se sumergieron juntos hasta que solo quedaron sobre la superficie del agua sus narices y sus ojos.

La Zodiac del medio —la embarcación principal, al parecer— llegó al barco

primero, se acercó al bauprés, y el jefe se agarró a la barandilla con una mano. Situado ahora de perfil, el rostro del hombre resultaba visible. La cara demacrada y la nariz aguileña eran inconfundibles. Se trataba del hombre misterioso de la lancha Yulin.

Como volando en formación, las otras dos Zodiac se deslizaron por babor y por estribor del barco y se juntaron en la popa. Al cabo de unos segundos, los dos hombres habían saltado la barandilla y estaban en la cubierta de popa. El más próximo al escondite de Sam y Remi se llevó la mano al hombro, cogió algo y bajó la mano. La luz de la luna lanzó destellos sobre un trozo de acero. Un cuchillo.

La mano de Remi encontró la de Sam bajo el agua y la apretó. Él apretó a su vez la de ella.

—Estamos a salvo —le susurró al oído.

Los dos hombres desaparecieron en la cabina y volvieron a aparecer un minuto más tarde. Uno de ellos se inclinó por encima de la borda e hizo señas a Nariz Aguileña, quien a su vez hizo gestos, se alejó, viró y se dirigió a la playa. Una vez allí también sacó un cuchillo. Moviéndose a un ritmo lento pero constante, avanzó por la playa sin hacer ruido hacia la tienda de Sam y Remi, iluminada por una linterna. Miró dentro, se enderezó y a continuación escudriñó la playa y los cocoteros durante medio minuto antes de regresar a la Zodiac. Dos minutos más tarde estaba a bordo del barco Andreyale con los otros dos.

Por primera vez, uno de los miembros del grupo habló. Nariz Aguileña murmuró algo en español, y los otros dos se metieron en la cabina. El barco empezó a mecerse. Se abrieron y se cerraron de golpe puertas de armarios. Se rompieron cristales. A través de las portillas se veía la luz de las linternas moviéndose. Después de cinco minutos, los dos hombres aparecieron de nuevo en la cubierta de popa. Uno de ellos entregó un pequeño objeto a Nariz Aguileña, quien lo examinó brevemente antes de arrojarlo por la escalera de la cabina. El artículo emitió un sonido metálico en los peldaños. El segundo hombre entregó a Nariz Aguileña un cuaderno amarillo. Nariz Aguileña lo estudió y se lo devolvió. El otro hombre sacó una cámara digital e hizo una foto de la página en cuestión. El cuaderno fue arrojado de nuevo a la cabina.

—Se han tragado el anzuelo —susurró Sam a Remi al oído.

Nariz Aguileña y sus compañeros montaron otra vez en sus Zodiac y se alejaron. Para sorpresa de Sam y Remi, el grupo no se dirigió a la ensenada, sino que se disponían a registrar la laguna, empezando por las riberas. Las linternas se deslizaban por las orillas y entre los árboles. Cuando una de las Zodiac se acercó al escondite de la campana, Sam y Remi contuvieron la respiración, pero la embarcación no redujo la marcha ni la linterna vaciló.

Finalmente, el trío llegó a la desembocadura de la laguna y concluyó su examen de las orillas, pero en lugar de dirigirse a la ensenada se volvieron otra vez, formaron

una línea de frente y empezaron a registrar las islas flotantes, escudriñando con las linternas cada islote de mangles antes de pasar al siguiente.

—Esto podría acabar mal —murmuró Sam.

—Muy mal —convino Remi.

Los cuchillos desenfundados habían relevado a Sam y a Remi todo lo que necesitaban saber: quienesquiera que fueran aquellos hombres, no tenían escrúpulos para usar la violencia. Si alguno de los dos hubiera estado a bordo del barco o en la tienda, ahora estarían muertos.

—¿Volvemos al barco? —propuso Remi.

—Si deciden abordarlo otra vez, estaremos atrapados.

—Estoy abierta a propuestas.

Sam pensó un instante y acto seguido dijo:

—¿Qué tal si matamos dos pájaros de un tiro?

Explicó su plan.

—Arriesgado —dijo Remi.

—Haré que funcione.

—Está bien, pero solo si no queda más remedio.

—De acuerdo.

Observaron el progreso de las Zodiac. Si mantenían su rumbo actual, la de la derecha llegaría a su escondite en menos de dos minutos. Las otras dos le llevaban una ventaja de medio minuto. Con suerte, acabarían el registro, se volverían y regresarían a la desembocadura.

—Cruza los dedos —le dijo Sam a Remi.

—Ya los tengo cruzados —contestó ella, y le dio un beso en la mejilla—. Para que nos dé un poco más de suerte.

Sam se sumergió bajo el agua y volvió a atravesar la red de raíces hasta mar abierto. Haciendo todo lo posible por mantener las tres Zodiac a la vista, se situó en la parte de atrás de las raíces. Treinta segundos más tarde, a su izquierda, aparecieron Nariz Aguileña y su compañero. Cada hombre registró su última isla flotante, y a continuación se volvieron y regresaron a la ensenada. La última Zodiac mantenía el rumbo, a poco más de diez metros de distancia.

—¡Apúrate! —gritó Nariz Aguileña.

El objetivo de Sam levantó la mano para indicar que acusaba recibo de la orden.

Diez metros de distancia... Cinco.

Sam siguió avanzando, moviéndose en el sentido de las agujas del reloj entre las raíces. Se detuvo, mirando alrededor del borde. La Zodiac estaba a tres metros de distancia. Sam observó, esperó hasta que el morro de la Zodiac desapareció por el lado opuesto y se volvió hacia atrás para echar un vistazo a la laguna. Las otras dos Zodiac estaban a cien metros de distancia y seguían moviéndose.

Respiró hondo, se zambulló con el arpón, dio dos patadas, se arrastró entré las raíces y asomó los ojos por encima de la superficie. La parte trasera de la Zodiac estaba a un metro y medio de distancia, moviéndose lentamente; el piloto iba sentado con una mano en el acelerador, inclinado hacia un lado mientras registraba los mangles con la linterna. Sam dio media patada con el pie y se situó a treinta centímetros de la Zodiac. Se estiró, colocó suavemente la mano izquierda en el costado de goma, sacó el arpón del agua, lo inclinó hacia atrás y lo movió rápidamente hacia delante como si estuviera lanzando un cebo. La punta de acero del arpón golpeó al hombre en un lado de la cabeza, justo por encima de la oreja. Dejó escapar un grito ahogado, se desplomó por el costado y hundió la cabeza en el agua. Antes de que Sam pudiera hacer otro movimiento, Remi ya estaba allí para levantar la cabeza del hombre y tumbar el cuerpo en la Zodiac. Sam lanzó una mirada por encima del hombro. Nariz Aguileña y su compañero estaban a casi doscientos metros de distancia.

—¡Yaotl!

La voz de Nariz Aguileña resonó por encima del agua.

—Deprisa —le dijo Sam a Remi, antes de subir a bordo de la Zodiac y sentarse junto al motor—. Quédate en el lado de babor. Te arrastraré hasta el barco.

Remi rodeó la embarcación nadando y cogió el gancho del remo con dos dedos. Sam aceleró, y la Zodiac salió de detrás del mangle. Sam encontró la linterna del hombre —Yaotl— donde había caído, la recogió y enfocó con ella a las otras dos Zodiac, que se pararon. Hizo dos señales con el haz y levantó la mano despreocupadamente, rezando para que fuera suficiente. Contuvo la respiración.

No hubo respuesta de las Zodiac. Pasaron unos segundos. Y entonces, el doble parpadeo de una linterna seguido de una mano alzada.

—Yaotl... ¡Apúrate!

Sam dirigió la Zodiac a la popa del Andreyale, aprovechando la longitud del barco para ocultar sus movimientos. Remi subió a bordo, y juntos hicieron rodar a Yaotl por la borda. El hombre cayó en la cubierta de popa dando un golpetazo.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Remi.

—Átale las manos y los pies a las abrazaderas y regístralo. Tengo que alcanzar a mis nuevos amigos.

Remi abrió la boca para protestar, pero Sam la interrumpió:

—Necesito las gafas de buceo y los prismáticos. —Ella entró en la cabina con los dos artículos y se los cambió a Sam por el arpón—. No te preocupes, Remi, mantendré la distancia.

—¿Y cuando ya no puedas mantenerla más?

—Tendré un terrible accidente.

Le guiñó el ojo, aceleró y se marchó.

Nariz Aguileña y el otro hombre siguieron adelante. Cuando Sam llegó al centro de la laguna, estaban girando al oeste y entrando en la ensenada. Sam recordó mentalmente las curvas y recodos de la ensenada, hizo unos cálculos rápidos y siguió avanzando. A quince metros de la entrada, redujo la velocidad a la marcha en vacío y se quedó escuchando. No se oía ningún sonido de los otros motores. Aceleró, continuó al frente y giró en el recodo. Cien metros más adelante, los otros dos avanzaban en fila a través de la ensenada. Más allá de ellos, a unos ochocientos metros de distancia, Sam vio que la ensenada se ensanchaba y daba paso a los bajíos de la isla de Chumbe. Enfocó con los prismáticos y escudriñó el canal. No se movía nada, y no había ninguna luz visible en un radio de dieciséis kilómetros... excepto una. A un kilómetro y medio al sudoeste, había una solitaria luz blanca suspendida a unos cien metros del agua: la señal internacional de un barco anclado. El barco tenía la proa mirando hacia delante, la roda inclinada y una reluciente superestructura blanca; estaba claro que era un yate de lujo. ¿El buque nodriza, quizá?

Nariz Aguileña y su compañero viraron a la izquierda y desaparecieron por un instante. Era el momento de prepararse para el accidente: Sam moderó la marcha, viró a la izquierda y dejó que la Zodiac se encallara en la arena. Echó un vistazo rápido y encontró lo que necesitaba: una roca con forma de daga. La cogió, introdujo de nuevo la Zodiac en la ensenada y partió otra vez.

Hasta el momento estaba teniendo suerte. Aparte de unas cuantas miradas hacia atrás para asegurarse de que Yaotl los seguía, ni Nariz Aguileña ni su compañero redujeron la marcha para dejar que los alcanzara. El resto de la travesía duró diez minutos, y pronto Sam pudo ver cómo las otras dos Zodiac entraban a empujones en los bajíos.

—Vamos, chicos, enseñadme adonde vais —murmuró Sam.

Después de dejar atrás los bajíos, Nariz Aguileña y su compañero viraron a la izquierda y se dirigieron al yate. Dos minutos más tarde, Sam también estaba en los bajíos, pero giró unos cuantos grados más a la izquierda y situó la Zodiac casi paralela al banco de arena donde habían encontrado la campana. Tierra adentro, las marcas empezaban a parecerle familiares. Estaba a veinte metros del precipicio. Era el momento.

Cogió la roca de entre los pies, se inclinó por encima del costado, clavó la punta en el lateral de goma y se echó hacia atrás. Repitió el proceso dos veces más hasta que hizo un tajo dentado de veinte centímetros. Lanzó la roca por el costado y comprobó el progreso de las otras dos Zodiac: estaban a varios cientos de metros de distancia, en el canal principal, y seguían rumbo al yate.

El sabotaje de Sam solo tardó unos pocos segundos en surtir efecto. La Zodiac empezó a avanzar más despacio, dando sacudidas y bamboleándose a medida que el

agua entraba a borbotones en el lateral. Aceleró por última vez, lanzó un chillido esperando que sonara como un grito de pánico y se arrojó rodando por el costado.

Se sumergió bajo el agua, se puso las gafas de buceo, las vació de agua soplando por la nariz y se colocó la boquilla del tubo entre los dientes. Permaneció inmóvil, flotando, con los ojos y la punta del snorkel asomando por la superficie.

Su grito había dado resultado. Nariz Aguileña y su compañero habían dado marcha atrás y se dirigían a toda velocidad a la Zodiac, que se estaba desinflando rápidamente y navegaba a la deriva a unos veinte metros a la izquierda de Sam... hasta que se despeñó por el precipicio. Cuando los rescatadores estaban a cincuenta metros, las linternas se encendieron y empezaron a escudriñar la superficie del agua.

—¡Yaotl! —gritó Nariz Aguileña—. ¡Yaotl!

El otro hombre también empezó a llamarlo.

Sam había estado hiperventilando durante el último minuto. Entonces tomó una última bocanada de aire, se zambulló bajo la superficie y buceó hacia el banco de arena. Llegó allí con diez aleteos. Giró de forma que Nariz Aguileña y el otro hombre quedaran a su derecha, y a continuación empezó a bucear hacia el norte a lo largo del banco, lanzando de vez en cuando una mirada atrás para comprobar la situación de los haces de las linternas. Las dos Zodiac se habían dirigido a los restos de la tercera.

—¡Yaotl! —oyó Sam a través del agua. Y luego otra vez, en un tono más estridente:

—¡Yaotl!

Sam siguió buceando. Detrás de él, la barca desinflada estaba siendo arrastrada a una de las Zodiac. Sam se detuvo y se quedó inmóvil. Notaba dolor en los pulmones debido a la falta de oxígeno y un hormigueo fruto del pánico en el cuello. Lo contuvo y permaneció inmóvil.

Después de lo que le parecieron minutos pero no fueron más que treinta segundos, las Zodiac aceleraron, viraron y regresaron al canal.

Sam salió a la superficie.

Zanzíbar

Veinticinco minutos más tarde, cuando Sam subió a bordo del *Andreyale*, encontró a Remi sentada en una tumbona, bebiendo despreocupadamente una botella de cerveza keniana Tusker. Su invitado, Yaotl, yacía como un pez capturado en la cubierta, con la espalda arqueada y las muñecas atadas a los pies, anudados a su vez a la abrazadera más cercana. Seguía inconsciente.

—Bienvenido —dijo ella, dándole una cerveza—. ¿Qué tal el accidente?

—Parece que se lo han tragado. ¿Qué tal está él?

—Tiene un bulto feo en un lado de la cabeza, pero respira bien. Aparte de la jaqueca que le durará un día o dos, sobrevivirá. Estaba bien armado.

Señaló con la cabeza dos objetos situados a sus pies: uno era el cuchillo del que estaban al corriente; el otro, una pistola semiautomática. Sam la sopesó.

—Una Heckler & Koch P30. Nueve milímetros, recámara de quince balas.

—¿Cómo demonios sabes...?

Sam se encogió de hombros.

—Ni idea. Acumulo datos. No puedo evitarlo. Si no me equivoco, no es un arma de civiles. Solo se las venden a las fuerzas del orden y al ejército.

—Entonces ¿nuestro invitado es, o ha sido, policía o soldado?

—O alguien influyente. ¿Llevaba algo más?

—Solo una linterna de bolsillo. Ni cartera, ni identificación. Y la ropa y el calzado son de aquí. He mirado las etiquetas.

—Entonces son profesionales.

—Eso parece —dijo Remi—. En cuanto a las golosinas que le dejamos a Santa Claus...

—Ya hemos visto lo que pensaban de la moneda. La tiraron como si fuera un penique. Pero el cuaderno es otra historia.

Antes de preparar la escena para sus invitados, Sam y Remi habían decidido que el hombre misterioso, Nariz Aguileña, podía estar interesado en cinco cosas: una, la moneda de Adelise; dos, la campana; tres, los propios Fargo; cuatro, algo que temía que encontrarán; y cinco, nada: la hipótesis del grano de arena hecho montaña.

Gracias a su treta, habían descartado las posibilidades número uno y cinco y contemplaban las número dos, tres y cuatro. Sam y Remi habían llenado un cuaderno de garabatos y cifras en su mayoría absurdos, menos una parte: un diagrama lateral de la campana de un barco y, debajo, una hora (las 2.00 de la tarde), un lugar (Chukwani Point Road) y un número de teléfono proporcionado por Selma que, en caso de llamada, atenderían Mnazi Freight & Haul. Si Nariz Aguileña mordía el anzuelo,

podrían estar razonablemente seguros de que le interesaba la campana.

Claro que eso planteaba una pregunta: ¿cómo se había enterado Nariz Aguileña de la existencia de la campana? Sam y Remi solo habían hablado de ella con Selma. Como Nariz Aguileña no los había visitado antes de que sacaran la campana usando la balsa, ¿no podía haber sido alguien que había visto la campana cuando la trasladaban a la laguna? Pero, por otra parte, no habían visto a nadie en la zona, ni en tierra ni en la costa.

—Dentro de poco amanecerá —dijo Sam—. Recojamos nuestro botín y busquemos un sitio donde escondernos hasta que podamos alojarnos en otra parte.

—¿Y él? —preguntó Remi, señalando con la cabeza a Yaotl.

—Será mejor que lo llevemos adentro. No nos interesa que empeore, ¿verdad?

Una vez que Yaotl estuvo resguardado en la cabina, levaron anclas y cruzaron la laguna hacia el lugar donde estaba escondida la balsa de la campana. Después de acercarla remolcándola a la playa, Sam saltó por el costado y la movió hasta que la campana quedó flotando a treinta centímetros del fondo.

—Efecto de palanca... —murmuró Sam para sí—. Remi, necesito el hacha de la caja de herramientas.

Ella la cogió y se la dio. Sam llegó a tierra vadeando y desapareció entre los árboles con una linterna. Remi escuchó cómo se movía en la oscuridad: unas ramas partiéndose, el ruido seco de la madera golpeando contra madera, unos cuantos juramentos en voz baja y luego varios minutos cortando leña. Poco después Sam regresó con un par de palmeras jóvenes de casi dos metros y medio de largo y diez centímetros de ancho. En cada una de ellas había hecho una muesca. Le dio los palos a Remi y subió a bordo.

—¿Te importa contarme tu plan? —preguntó ella.

Sam le guiñó un ojo.

—No quiero aguarle la fiesta, pero vamos a necesitar la luz del día.

La espera fue breve. Diez minutos más tarde vieron los primeros tonos amarillos anaranjados de la puesta de sol hacia el este y se pusieron manos a la obra. Sam desató la balsa, saltó al agua y giró la balsa de forma que el lado por el que sobresalían los tres troncos quedara orientado hacia la playa. Se montó a horcajadas en el tronco exterior, lo que hizo que se hundiera quince centímetros, y gritó:

—¡Atrás a toda máquina!

—Atrás a toda máquina —repitió Remi.

Los motores arrancaron rugiendo. El barco retrocedió hasta que el espejo de popa chocó contra la balsa.

—¡Sigue! —gritó Sam.

Entre su peso y la potencia del barco, los troncos que asomaban se hundieron bajo

la superficie y empezaron a enterrarse en la arena. El agua de debajo de la popa se llenó de espuma. Cuando los troncos se incrustaron treinta centímetros en la arena, Sam gritó:

—Para.

Remi redujo la velocidad y se dirigió a la popa. Sam se sumergió bajo la balsa y asomó por el centro de la misma, debajo del travesaño central.

—Yo empujaré este tronco y tú tirarás.

—Entendido.

Subieron juntos los troncos en la borda con los extremos sobresaliendo por encima de la cubierta de popa.

Remi retrocedió y se secó las manos.

—Creo que ya veo por dónde vas. —Recitó:

—«Dadme una palanca lo bastante larga y un punto de apoyo en el que colocarla...».

—«... y moveré el mundo» —concluyó Sam—. Arquímedes.

Utilizando el hacha, Sam hizo una muesca en cada extremo de los troncos posados sobre la borda. A continuación, cogió una de las palmeras, se la dio a Remi y luego él cogió otra.

—Ahora la parte complicada —dijo Sam. Cada uno colocó la punta con muesca de su palmera en la muesca correspondiente del tronco y acto seguido aseguraron el otro extremo contra las abrazaderas de babor y estribor respectivamente.

—*¿Quieres hacer los honores? —preguntó Sam.

—¿Dónde estarás tú?

—En la cabina, contigo. Si las palmeras ceden, no nos conviene estar cerca. Ve más despacio, si lo prefieres.

Remi aceleró e hizo retroceder el barco con cuidado. Poco a poco, la parte delantera de la balsa empezó a elevarse. Las palmeras temblaron y se curvaron como un par de arcos a los que tensaran. Los troncos crujieron. Centímetro a centímetro, la campana salió del agua hasta que su boca quedó al nivel de la borda.

—Sigue —dijo Sam—. Velocidad mínima de maniobra.

Cogió el resto de la amarra y puso el pie en la cubierta de popa, desplazando la vista rápidamente de una temblorosa palmera a la otra. Se inclinó ante el travesaño, ató la amarra alrededor de la corona de la campana y entró en la cabina caminando hacia atrás, al tiempo que desenrollaba la amarra.

—Atrás a toda máquina —murmuró.

Remi se recostó y le susurró al oído:

—Si esa cosa se cae en la cubierta, seguro que perdemos el depósito.

Sam se rió entre dientes.

—Tenemos el seguro a todo riesgo.

El barco retrocedió con cuidado. Las palmeras siguieron curvándose, al tiempo que crujían. Sam tensó con cautela la cuerda. La campana se deslizó sobre la borda, rebotó en el borde y empezó a balancearse.

—Sam... —le advirtió Remi.

—Lo sé —murmuró Sam—. Para. Calma...

Se dio la vuelta, bajó por la escalera a toda prisa y apareció unos segundos más tarde con un colchón. Moviéndolo con las dos manos como un jugador de bolos, deslizó el colchón por la cubierta hacia el espejo de popa.

—¡Acelera! —gritó.

Remi aceleró al máximo. Sam tiró hacia atrás de la amarra. Las palmeras se partieron con el sonido de dos disparos simultáneos y saltaron dando vueltas. La campana cayó sobre el colchón con un ruido apagado, rodó de lado y se quedó quieta.

Zanzíbar

—Hemos perdido a un hombre —dijo Itzli Rivera por teléfono.

—Ah —respondió el presidente Quauhtli Garza. Pese a los miles de kilómetros de distancia, su desinterés era patente.

—Yaotl. Se ahogó. Su cuerpo desapareció en el canal. Era un buen soldado, señor presidente.

—Y dio su vida por una causa mayor. Es una muerte digna. En nauhatl, Yaotl significa «guerrero», ¿lo sabías? Será recibido por Hitzilopochtli y vivirá eternamente en el Omeyocan —contestó Garza, refiriéndose al dios azteca de la guerra que mantenía el sol en movimiento en el cielo y al más sagrado de los trece reinos celestiales aztecas—. ¿No es suficiente recompensa?

—Por supuesto, señor presidente.

—Por favor, Itzli, dime que es lo único que tienes que comunicarme.

—No. Hay más. Es posible que los Fargo hayan encontrado algo. Una campana de un barco.

—¿Qué quieres decir con «es posible»?

—Hemos registrado su barco y hemos encontrado un diagrama de la campana de un barco en un cuaderno.

—Descríbela. ¿Es la que buscamos?

—Era poco más que un esbozo. Puede que ni siquiera sepan lo que tienen. En cualquier caso, parece que van a intentar sacarla de la isla. Al lado del diagrama había anotado el nombre de una empresa de transportes y una hora. El lugar de recogida está un poco más al sur del aeropuerto.

—Eso no puede ocurrir, Itzli. Esa campana no puede salir de la isla. La investigación de los Fargo tienen que acabar aquí y ahora.

—Lo entiendo, señor presidente.

—Entérate de dónde y de cuándo estarán. Nos lo jugaremos todo a una sola carta.

—Eso sí que es una campana mimada —dijo Remi.

De pie, frente a ella, en el sombreado patio de adoquines, Sam asintió con la cabeza. Durante la última hora había estado envolviendo la campana en sábanas empapadas en una solución caliente de agua y ácido nítrico. En ese momento la campana reposaba, cubierta y humeante, en el centro de una mancha de vegetación marina disuelta por el ácido que se extendía poco a poco.

—¿Cuánto falta para que nos cambiemos?

Sam consultó su reloj.

—Diez minutos más.

Tres horas antes, después de desmontar la balsa y esparcir sus partes, se habían marchado del manglar y se habían dirigido al sur por la costa más allá de Fumba Point, hasta la bahía de Menay. Mientras Remi se encargaba del timón, Sam llamó a Selma y la puso al día, y luego le explicó lo que necesitaban. Cuarenta minutos más tarde, cuando estaban rodeando el extremo sur de Zanzíbar, Selma llamó.

—Es un poco más pequeña que su chalet, pero está apartada, y el agente me ha prometido que dejará las llaves debajo de la alfombra. Tienen la semana pagada por adelantado.

—¿Qué es y dónde está?

—Es una casa de campo en la zona este de la isla, a tres kilómetros al norte del hotel Tamarind Beach. El toldo del porche tiene rayas rojas y verdes. Hay un viejo muelle de piedra en la playa.

—Eres maravillosa, Selma —dijo Sam, y colgó y volvió a marcar, esa vez el número de teléfono de la casa de Abasi Sibale.

Sin hacer ninguna pregunta, Abasi accedió a reunirse con ellos en la playa de la casa con su camioneta. Al ver la campana del barco en la cubierta de popa del Andreyale, se limitó a sonreír y sacudió la cabeza.

—Algún día vendrán a nuestra isla y se aburrirán como ostras —dijo.

—Voy a hacer unas averiguaciones sobre nuestro invitado —dijo Sam.

—Yo me aseguraré de que la campana no se escapa —contestó Remi.

—Si lo intenta, déjala.

—Con mucho gusto.

Los dos estaban cansados, y la campana, que se había resistido a sus esfuerzos pero al mismo tiempo había ejercido en ellos una peligrosa atracción, se había convertido en el enemigo. Se sentirían mucho mejor tras dormir un poco y obtener algunas respuestas, que con suerte llegarían después de tener la campana envuelta en ácido nítrico un par de horas más.

Remi sonrió.

—Deja la pistola.

Sam le devolvió la sonrisa, atravesó el patio y cruzó la puertaventana. La casa de campo que Selma les había alquilado tenía unos ciento ochenta metros cuadrados y era de estilo toscano, con descoloridos muros enlucidos de color mostaza, enredaderas y un tejado de tejas rojas. El interior estaba decorado con una mezcla de elementos contemporáneos y de artesanía. Sam se dirigió al cuarto de la parte trasera, donde su visitante, Yaotl, estaba atado de pies y manos a una cama con cuatro columnas. Yaotl vio a Sam y levantó la cabeza.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Dónde estoy?

—Depende de quién lo pregunte —respondió Sam—. Para tus amigos, estás flotando boca abajo en alguna parte entre este sitio y Mombasa o recorriendo el aparato digestivo de un tiburón.

—¿Qué quiere decir con eso?

—Bueno, después de que te dejáramos sin sentido...

—No me acuerdo... ¿Cómo lo hicieron?

Parecía un poco asombrado.

—Me acerqué a ti sin hacer ruido y te pegué con un palo bastante grande. Ahora tus amigos creen que llevas muerto unas... —Sam consultó su reloj—. Unas seis horas.

—No, me buscarán y me encontrarán.

—No estés tan seguro. ¿Qué clase de nombre es Yaotl?

—Es mi nombre.

—¿Tienes hambre? ¿Sed?

—No.

Sam se rió entre dientes.

—No hay nada malo en reconocerlo.

—Haga lo que tenga que hacer, pero acabe de una vez.

—¿Qué crees exactamente que te vamos a hacer? —preguntó Sam.

—¿Torturarme?

—Si eso es lo primero que te ha venido a la mente, es que debes de andar con malas compañías.

—Entonces ¿por qué me han traído aquí?

—Esperaba que estuvieras dispuesto a responder algunas preguntas.

—Usted es estadounidense —dijo Yaotl.

—¿Cómo lo sabes? ¿Por mi irresistible sonrisa?

—Por su acento.

—Supongo que tú eres mexicano. No hubo respuesta.

—Y teniendo en cuenta la pistola que llevabas y cómo os movíais tú y tus compañeros, o sois militares o lo habéis sido. Entonces los ojos de Yaotl se entornaron.

—¿Es de la CIA?

—¿Yo? No. Pero tengo un amigo que sí lo es.

Eso era cierto, Durante su estancia en la AIPAD, Sam había sido adiestrado como agente encubierto en las instalaciones de la CIA en Camp Perry. Los ingenieros de la AIPAD asistían así al entrenamiento de los agentes para hacerse una mejor idea de las necesidades profesionales de estos últimos. Durante su adiestramiento, Sam había coincidido con un agente de inteligencia, Rube Haywood, con quien había trabajado

una gran amistad.

—Y ese amigo tiene amigos —añadió Sam—. En sitios como Turquía, Bulgaria y Rumania... Creo que lo llaman «extradición». Seguro que has oído hablar de la extradición. Unos tipos vestidos de negro te meten en un avión, desapareces durante unas semanas, y cuando vuelves tienes pánico a la electricidad y a los taladros eléctricos.

La parte de la extradición era, obviamente, un farol, pero las palabras de Sam tuvieron el efecto deseado: Yaotl tenía los ojos muy abiertos, y le temblaba el labio inferior.

De repente, Sam se levantó.

—Bueno, ¿te apetece comer? ¿Te parece bien un poco de pan?

Yaotl asintió con la cabeza.

Sam le dio de comer medio pan de chapata y un litro de agua mineral en una botella deportiva, y luego le preguntó:

—En cuanto a mi amigo... ¿lo llamo o vas a responder a unas cuantas preguntas?

—Responderé.

Sam le preguntó lo básico: su nombre y apellidos; los nombres de sus compañeros, incluido Nariz Aguileña; para quién trabajaban; si habían ido a Zanzíbar en busca de él y de Remi; qué se suponía que tenían que conseguir; el nombre del buque nodriza... Yaotl respondió parcialmente a la mayoría de las preguntas. Él era tan solo un contratista civil, un ex miembro del Grupo Aeromóvil de Fuerzas Especiales de México, o GAFE. Había sido reclutado cuatro días antes por un hombre llamado Itzli Rivera, alias Nariz Aguileña, también ex miembro del GAFE, para ir a Zanzíbar a «buscar a unas personas». No le habían dado más información, ni Rivera le había explicado por qué Sam y Remi habían sido elegidos como objetivos. Tampoco sabía si Rivera estaba trabajando por su cuenta o para otra persona.

—Pero lo has visto hablando por teléfono varias veces, ¿no? —preguntó Sam—. ¿Parecía que estuviera informando a alguien?

—Es posible. Solo he oído retazos de conversaciones. Sam lo interrogó durante otros diez minutos, al final de los cuales Yaotl preguntó:

—¿Qué va a hacer conmigo? —Ya te avisaré.

—Pero ha dicho que no me... ¡Eh, espere!

Sam salió de la habitación y se reunió con Remi en el patio. Le relató su conversación con Yaotl.

—Sam... —dijo ella—, ¿electricidad y taladros eléctricos? Es horrible.

—No, hacerlo sería horrible. Yo solo he plantado la semilla y he dejado que él dejara volar su imaginación un rato.

—Yaotl ha dicho que recibió la llamada de Rivera hace cuatro días, ¿no?

—Sí.

—Ese fue nuestro primer día en la isla.

Sam asintió con la cabeza.

—Antes de que encontráramos la campana.

—Entonces están interesados en nosotros.

—Y en la campana quizá. Está claro que la treta del cuaderno ha captado su atención.

—Pero ¿cómo sabían que estábamos aquí? —preguntó Remi, y acto seguido respondió a su propia pregunta—: ¿La entrevista que nos hizo la BBC justo después de que aterrizáramos?

—Podría ser. Atemos cabos. Rivera y quienquiera para el que esté trabajando se enteraron de que estábamos aquí. Temían que encontráramos algo y vinieron a investigar.

—Pero es una isla muy grande —repuso Remi—. Tendrían que ser unos paranoicos para creer que encontraríamos lo que tanto les preocupa. Aunque sea algo tan grande como la campana, sigue siendo una aguja en un pajar.

—El entrevistador nos preguntó dónde teníamos pensado bucear. Le dijimos que en la isla de Chumbe. Tal vez esa fue la frase mágica.

Remi meditó sobre ello.

—Y, nos guste o no, tenemos cierta fama. Hemos tenido mucha suerte encontrando un tesoro que no quería ser encontrado.

Sam sonrió.

—Llámalo suerte. Yo lo llamo...

—Ya sabes a qué me refiero.

—Así que lo que les llamó la atención fue la combinación de quiénes éramos, Zanzíbar y la isla de Chumbe.

Se quedaron callados un minuto, examinando la situación desde varios puntos de vista. Finalmente, Remi rompió el silencio:

—Sam, nuestro amigo... se llama Yaotl, su jefe se llama Itzli, y el tercero se llama...

—Nochtli.

—¿Y son de México?

—Eso ha dicho.

—No son nombres españoles.

—Eso he supuesto.

—Le diré a Selma que haga unas comprobaciones, pero estoy casi segura de que son nombres de origen náhuatl.

—¿Náhuatl?

—Azteca, Sam. El náhuatl es el idioma de los aztecas.

Permanecieron en silencio durante los siguientes diez minutos, observando el vapor que se elevaba de la sábana que cubría la campana. Sam consultó su reloj y dijo:

—Es la hora.

Empleando las puntas de los dedos, desenrolló la sábana de alrededor de la campana, la apartó y la amontonó en el borde del patio. Se volvió hacia atrás y vio a Remi arrodillada ante la campana.

—Tienes que ver esto, Sam.

Él se acercó a su mujer y se inclinó por encima de su hombro.

Aunque todavía estaba muy manchada, el ácido nítrico había extraído suficiente cantidad de pátina para permitirles distinguir la inscripción grabada en el bronce:

OPHELIA

—Ophelia —repitió Remi, susurrando—. ¿Qué es *Ophelia*?

Sam inspiró hondo y espiró.

—No tengo ni idea.

Zanzíbar

—¿Es que no podéis tener unas vacaciones normales y corrientes?—preguntó Rube Haywood por el manos libres.

—Tenemos muchas vacaciones de esas —contestó Remi—. Pero solo te llamamos en las anormales.

—No sé si debería sentirme halagado u ofendido —murmuró Rube.

—Lo primero —dijo Sam—. Eres nuestro hombre de confianza.

—¿Y Selma?

—Nuestra mujer de confianza —replicó Remi.

—Vale, a ver si me he enterado: habéis encontrado una moneda con forma de rombo que perteneció a la gobernadora de una comuna francesa en una isla cerca de Madagascar, pero fue robada por un pirata. Luego ha aparecido un barco lleno de mercenarios mexicanos con nombres aztecas que han intentado mataros. Y ahora tenéis a uno de los malos atado en el cuarto de huéspedes. ¿Es eso?

—No te has dejado nada —dijo Remi.

—Con tres pequeñas matizaciones —añadió Sam—. Creemos que la moneda de Adelise no tiene nada que ver con el asunto, y Selma está verificando el elemento azteca. En cuanto al nombre de *Ophelia*, no creemos que fuera el original. Primero, porque el grabado es muy tosco y no tiene un acabado profesional; y segundo, después de quitar más suciedad, hemos encontrado un par de letras grabadas debajo de «Ophelia»: una ese y dos haches.

—Me siento como si estuviera en un programa de cámara oculta —dijo Rube—. Vale, os seguiré la corriente. ¿Qué puedo hacer para ayudaros?

—Primero, quítanos de encima a nuestro invitado.

—¿Cómo dices? Si estás pensando en lo de la extradición, Sam, yo...

—Estaba pensando en que utilizaras uno de tus contactos en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Tanzania e hicieras que la policía lo detuviera.

—¿Bajo qué acusación?

—No tiene pasaporte, ni dinero y llevaba un arma.

Rube se quedó callado un instante.

—Conociéndoos como os conozco, me imagino que no solo queréis quitarlo de en medio, sino también averiguar quién se interesa por él.

—Sí, se nos había pasado por la cabeza —contestó Sam.

—¿Todavía tienes la pistola?

—Sí.

—Está bien, déjame hacer unas llamadas. ¿Qué más?

—Dice que su jefe se llama Itzli Rivera, un ex militar mexicano. Estaría bien que averiguaras más sobre él y sobre el yate que estaban usando. Dice que está amarrado a las afueras de Bagamoyo. El *Njiwa*.

—Deletréalo.

Remi lo delectreó.

—Significa «paloma» en swahili.

—Ah, bien. Gracias, Remi. Siempre quise saber cómo se decía «paloma» en swahili —dijo Rube. —Gruñón.

—¿Qué vais a hacer con la campana del barco?

—Dejarla aquí—respondió Sam—. Selma nos ha alquilado una casa de campo y nos ha enviado un giro. Es poco probable que la encuentren.

—Ya sé la respuesta a esta pregunta, pero me siento en la obligación de hacerla: ¿existe alguna posibilidad de que cojáis la campana y volváis a casa?

—Puede que lo hagamos —respondió Sam—. Vamos a investigar un poco y a ver qué averiguamos. Si no descubrimos nada, nos iremos a casa.

—Milagro entre milagros —dijo Rube—. Tened cuidado. Os llamaré cuando sepa algo.

Y colgó.

—Tendremos que regalarle algo muy especial para Navidad.

—Me imagino lo que desearía ahora mismo.

—¿Qué?

—Un número de teléfono nuevo que no aparezca en el listín.

Llevaron el barco al sur hacia Uroa, encontraron una ferretería destartalada, reunieron las escasas provisiones que necesitaban y volvieron a la casa de campo antes del mediodía. Remi dejó a Sam con su martillo, unos clavos y unas tablas de madera y entró a ver a Yaotl, que dormía profundamente. Encontró un par de latas de sopa de almejas, las calentó y sacó los platos al patio. Sam estaba clavando las dos últimas tablas.

—¿Qué te parece? —preguntó.

—Es una caja maravillosa, Sam.

—Se supone que es un cajón.

—Caja, cajón, lo que sea. Siéntate a comer.

A ochocientos metros del final de Chukwani Point Road, Itzli Rivera detuvo el Range Rover de alquiler en el arcén, bajó a la cuneta y subió por el otro lado hasta internarse entre los árboles. El terreno era accidentado y estaba lleno de maleza, pero el vehículo maniobraba sin problemas gracias a la tracción a las cuatro ruedas. Giró al

sudoeste hacia el claro de Chuckwani Point.

—¿Hora? —preguntó a Nochtli.

—La una pasada.

Una hora antes de la cita de los Fargo con la furgoneta de Mnazi Freight & Paul. Tiempo de sobra para encontrar un lugar estratégico que ofreciera no solo una buena línea de visión, sino también una ruta accesible para interceptar cualquier intento de huida.

—Ya veo el claro —dijo Nochtli, mirando con los prismáticos—. Hay algo allí.

—¿Qué?

—Mírelo usted mismo.

Le dio los prismáticos a Itzli, que enfocó el claro con ellos. En medio del camino de tierra había un cajón de madera con un letrero de cartón clavado en un lateral.

—Tiene algo escrito —dijo, y aumentó la imagen. Un instante después murmuró:

—¿Qué madres...?

—¿Qué? —preguntó Nochtli—. ¿Qué pone?

—«Feliz Navidad.»

Itzli condujo entre los árboles, bajó a la cuneta y volvió a subir al claro. Paró el Range Rover y se acercó al cajón. Le dio un puntapié. Estaba vacío. Arrancó el letrero de cartón y le dio la vuelta. Escrito en letras mayúsculas había un mensaje:

REUNÁMONOS Y HABLEMOS DE CAMPANAS.
CAMPO DE CRÍQUET DE NYERERE ROAD.
BANCO, ESQUINA SUDOESTE
4.00 DE LA TARDE.

Zanzíbar

Sam vio aparecer a Itzli Rivera en la parte norte del campo de críquet, andando entre los árboles que bordeaban el aparcamiento. Detrás de él, otro hombre caminaba hacia el este a través del solar, pero Sam no le veía la cara. La resolución de su paso le hacía destacar. «Ese debe de ser Nochtli», pensó Sam.

En mitad del campo, unos adolescentes estaban jugando un partido de críquet. Sus risas y gritos resonaban a través del parque. Rivera avanzó tranquilamente por la acera del lado oeste del campo y se detuvo frente al banco en el que estaba sentado Sam.

—Ha venido solo —dijo Rivera.

Al ver a Rivera de cerca a la luz del día, Sam cambió inmediatamente de opinión respecto al hombre. Aunque no había dudado en ningún momento de la destreza de Rivera, su rostro de facciones marcadas y su figura fibrosa hacían pensar en alguien duro y curtido. Sus ojos negros observaban a Sam impasivamente: una expresión que Sam sospechó que no variaba nunca, tanto si Rivera estaba comiéndose un sándwich como si estaba asesinando a otro ser humano.

—Siéntese —dijo cordialmente Sam pese al temor que sentía.

Era como si estuviera dando de comer de la mano a un gran tiburón blanco. Rivera se sentó.

—Usted ha concertado la cita —dijo.

Sam no contestó. Observó el partido de críquet. Pasó un minuto. Rivera rompió el silencio.

—La broma del cajón... Muy divertida.

—Sin embargo, algo me dice que no les ha hecho gracia.

—No. ¿Dónde está su esposa, señor Fargo?

—Haciendo un recado. Puede indicarle a su amigo que deje de rodear el parque. No va a encontrarla.

Rivera consideró aquello unos instantes y a continuación levantó la mano del respaldo del banco y cerró el puño. Al otro lado del parque, Nochtli se detuvo.

—Hablemos de nuestro problema —dijo Sam.

—¿Y cuál es en su opinión el problema?

—Ustedes creen que tenemos algo que les interesa.

—Dígame exactamente qué creen que tienen.

De repente, Sam se levantó.

—Me gustan los duelos verbales tanto como a cualquiera, pero hoy no estoy para juegos.

—Está bien, está bien. Siéntese, por favor.

Sam se sentó.

—La gente para la que trabajo ha estado buscando un buque naufragado. Creemos que desapareció en esta zona.

—¿Qué barco?

—El *Ophelia*.

—Hábleme de él.

—Era un velero de pasajeros a vapor. Se cree que se hundió en estas aguas en la década de mil ochocientos setenta.

—¿Es todo lo que saben de él?

—Más o menos.

—¿Cuánto hace que lo buscan?

—Siete años. —¿Concienzudamente?

—Sí, concienzudamente.

—¿En Zanzíbar y en los alrededores?

—Por supuesto.

—Supongo que tiene experiencia en rescates o de lo contrario no lo habrían contratado.

—Así es.

—A la gente para la que trabaja... ¿qué le interesa en concreto?

—Prefiero no contestar.

—¿Algo de valor monetario? —preguntó Sam—. ¿Algo que el *Ophelia* llevaba en la bodega cuando se hundió?

—No es una suposición descabellada.

—Y creen que lo que hemos encontrado pertenece al *Ophelia*.

—Es una posibilidad que a mis jefes les gustaría considerar.

Sam asintió con la cabeza pensativamente. Durante los últimos minutos, había estado intentando que Rivera se pusiera en entredicho, que hiciera alguna declaración que él y Remi pudieran aprovechar en su investigación.

—Deben de andar detrás de un premio muy gordo. Sobornan al capitán de una lancha tanzana para que nos intimide y nos vigile; después, cuando anochece, se cuelan en la laguna y abordan nuestro barco con cuchillos.

Aquello pilló a Rivera por sorpresa. Respiró hondo y dejó escapar un suspiro de frustración.

—Lo presenciamos todo.

—¿Desde dónde?

—¿Acaso importa?

—No, supongo que no. Por favor, acepte mis disculpas. Mis amigos son ex soldados. Hay costumbres difíciles de abandonar. Se han emocionado demasiado con

el trabajo. Ya han recibido su castigo.

—¿Los tres?

—Sí.

Por supuesto, Sam no se creyó el mea culpa de Rivera, pero dijo:

—Muy bien. ¿Cuál era su plan? ¿Robar lo que creen que hemos encontrado?

—En ese momento no sabíamos qué habían encontrado.

Sam hizo una pausa durante diez largos segundos y luego dijo:

—No sé si cree que somos idiotas o si tiene un problema de memoria a corto plazo.

—¿Cómo?

—Está sentado aquí gracias al letrero que yo dejé en el cajón. Han encontrado el cajón gracias a las anotaciones que dejamos al lado del diagrama de una campana que encontraron en nuestro barco. Creen que hemos encontrado la campana de un barco. ¿Por qué no lo dice de una vez?

—Considérelo dicho.

—Le aseguro una cosa: la campana que hemos encontrado no pertenecía al *Ophelia*.

—Discúlpeme si no le creo.

—¿Ah, sí? —dijo Sam.

—Me gustaría inspeccionar la campana personalmente.

—¿La misma campana por la que usted y sus hombres nos habrían matado si hubiéramos subido a bordo de nuestro barco? Creo que voy a declinar la oferta.

—Me han autorizado a ofrecerles una cantidad por el hallazgo si la campana resulta ser la que estamos buscando.

—No, gracias. Nos sobra el dinero.

—Lléveme hasta la campana, déjeme inspeccionarla, y mi jefe donará cincuenta mil dólares a la obra benéfica que ustedes elijan.

—No.

Los ojos de Rivera se tornaron fríos, y soltó un gruñido apagado.

—Señor Fargo, me está haciendo enfadar.

—Hay pastillas para eso.

—Prefiero otra forma de enfocarlo.

Rivera levantó el faldón de su chaqueta para mostrar la culata de una pistola, una Heckler & Koch P30: igual que la que le habían quitado a Yaotl, como Sam pudo apreciar.

—Ahora vamos a marcharnos —murmuró Rivera—. No monte una escena o lo mataré de un tiro. Antes de que la policía reciba el aviso ya habremos desaparecido.

—La policía —repitió Sam—. ¿Como la de la comisaría que tenemos detrás, al otro lado de la calle?

Rivera echó un vistazo por encima del hombro de Sam. Su boca se puso tirante, y los músculos de su mandíbula palpitaron.

—Debería haberse documentado. Ya sé que es una vieja escuela, pero ¿tanto les habría costado comprobarlo? Esto debe de ser bochornoso para usted.

—¡Cabrón!^[1]

Sam no estaba muy versado en el lenguaje coloquial español, pero sospechaba que Rivera acababa de poner en duda el honor de sus padres.

—Si mira más detenidamente, verá a un hombre y a una mujer sentados en un banco al lado de la escalera de la comisaría.

—Los veo.

Sam sacó su teléfono, activó el sistema de marcación rápida, dejó que sonara dos veces y colgó. Un instante después, Remi Fargo se volvió en el banco, miró hacia el campo de criquet y saludó con la mano.

—El hombre con el que está hablando es un superintendente de la policía tanzana de Dar es Salaam.

—La policía se puede sobornar. Igual que los oficiales de marina.

—Este, no. Resulta que es amigo íntimo del agregado legal del FBI en la embajada estadounidense.

—Se está marcando un farol.

—Ahora mismo puede que mi mujer esté hablándole al superintendente de un hombre llamado Yaotl que anoche intentó entrar en nuestra residencia de vacaciones o puede que no. Iba armado con una pistola idéntica a la que usted lleva y no tenía pasaporte.

Rivera frunció el entrecejo.

—El accidente... la barca. No era Yaotl.

Sam negó con la cabeza.

—¿Cómo lo hicieron?

—Recibí unas cuantas clases de teatro en la universidad.

—Da igual. Él no hablará. Y aunque lo haga, no sabe nada.

—Solo su nombre y su aspecto.

—Las dos cosas se pueden cambiar. Déme la campana y devuélvame a mi hombre, y nadie volverá a molestarle.

—Deje que lo piense. Le llamaré mañana al final del día. Si nos molesta antes de entonces, llamaré a nuestro amigo el superintendente. ¿Puede decirme dónde se alojan?

Rivera esbozó una sonrisa forzada y negó con la cabeza.

—No, no puedo. —Recitó su número de teléfono—. Espero recibir buenas noticias.

Sam se levantó.

—Puede esperar lo que le dé la gana. Se volvió y se marchó.

Sam cruzó la calle hacia la comisaría de policía. Remi puso punto final a la conversación con el superintendente con un caluroso apretón de manos y un «gracias». El hombre dedicó a Sam un gesto con la cabeza y una sonrisa, y a continuación se marchó.

—Un hombre encantador, Huru —dijo Remi—. Ha dicho que le demos recuerdos a Rube.

—¿Qué le has contado? —preguntó Sam, sentándose al lado de ella.

—Que creíamos que anoche alguien intentó entrar a la fuerza en nuestra casa. Ha dicho que lo llamemos personalmente si tenemos más problemas. ¿Qué tal tu charla con el esqueleto humano?

—Como era de esperar. Dice que trabaja para alguien rico que lleva años buscando el *Ophelia*. El problema es que asegura que no sabe casi nada de la historia del barco.

—Ha intentado improvisar sobre la marcha —dijo Remi—. Creía que podría engañarte.

Cualquiera que pasaba un período mínimo de tiempo buscando buques naufragados acababa siendo un experto en todos los aspectos de la historia de una embarcación. El hecho de que Rivera fingiera ignorancia con respecto al *Ophelia* confirmó a Sam y a Remi que el pecio era de vital importancia para Rivera y su jefe.

—¿Ha mencionado el grabado oculto?

—No, y podría ser revelador. Es otro detalle que un buscador con experiencia conocería. No lo ha mencionado porque espera que se nos haya pasado por alto.

—¿Alguna pista de lo que están buscando en concreto?

—Ha insinuado que era algo que estaba en la bodega del *Ophelia*. Algún tipo de tesoro. Incluso nos ha ofrecido una cantidad de dinero por el hallazgo.

—Qué amable. ¿En qué situación nos deja eso?

—Rivera ha dicho que tenía experiencia en rescates, lo que puede ser verdad o mentira, pero también ha dicho que sus jefes han estado buscando concienzudamente el *Ophelia*.

En el mundo de la caza de tesoros, una búsqueda concienzuda es una categoría muy concreta que requiere la organización de expediciones: mojarse y ensuciarse trazando mapas, realizar pruebas con magnetómetros, hurgar en el lodo y en el fango. Por no hablar del seco pero no menos desalentador trabajo de investigación: entrevistar a familiares, explorar lugares y visitar viejas y polvorientas bibliotecas en busca de la más mínima pista del posible paradero del objetivo.

—Si Rivera lleva tanto tiempo en esto —dijo Remi—, habrá documentos administrativos, artículos de periódicos, permisos...

—He pensado lo mismo. Investiguemos y nos haremos una idea más aproximada de lo que Rivera y su gente están buscando.

Estuvieron sentados diez minutos a la sombra de los árboles frente a la comisaría de policía mientras Sam observaba cómo Rivera y su compañero salían del aparcamiento del campo de criquet y luego realizaban abiertamente un circuito alrededor de la comisaría de policía. Sam y Remi se despidieron de ellos con la mano la última vez que pasaron.

Una vez que estuvieron seguros de que no iban a volver, fueron andando hacia el este a un mercado al aire libre, donde compraron comida y artículos de primera necesidad, y avanzaron por los laberínticos callejones mientras buscaban señales que hicieran pensar que los estaban siguiendo. Al no hallar ninguna, recorrieron tres manzanas hacia el norte hasta una agencia de coches de alquiler. Su reserva, un Toyota Land Cruiser de 2007, les estaba esperando. Cuarenta minutos más tarde estaban de vuelta en su casa en la playa de Uroa.

El teléfono de Sam sonó cuando estaban recorriendo el camino de entrada. Remi señaló la bolsa que él llevaba y entró en la casa. Sam comprobó la identidad de la persona que llamaba: Rube.

—Buenos días, Rube.

—Buenos y tempranos días. ¿Cómo ha ido la reunión?

—Bien. Huru nos ha dicho que te saludemos de su parte.

—Es un buen hombre. ¿Le has entregado a vuestro invitado?

—Todavía no —contestó Sam, y a continuación le relató su conversación con Rivera—. Hemos llamado a Selma. Está consultando las bases de datos de buques naufragados en la zona. Mañana iremos a la universidad para documentarnos un poco.

—Bueno, sé que ya os lo he dicho, pero tened mucho cuidado. He hecho algunas averiguaciones sobre Itzli Rivera. Además de su pasado militar que ya conocéis, también estuvo en la Sección de Inteligencia del Departamento de Defensa. Se retiró hace unos ocho años y pasó al sector privado. Y ahora viene lo bueno: según el director de la agencia en Ciudad de México, Rivera ha sido detenido seis veces por la policía federal, pero nunca ha sido inculpado.

—¿De qué lo acusaron?

—Robo, soborno, chantaje, asesinato, secuestro... Y todo relacionado con la política nacional.

—Así que es un sicario.

—Un sicario con adiestramiento militar. Es una distinción que conviene tener presente. Nadie sabe exactamente para quién trabaja.

—¿Cómo se libró de todos los cargos?

—Lo de siempre: los testigos se retractaron o bien por cambio de opinión o bien por cambio de su estado corporal.

Sam soltó una risita.

—Ya lo pilló, Rube.

—El resto es bastante habitual: pruebas extraviadas, tecnicismos, etcétera.

—Se puede decir entonces que Rivera tiene a un pez gordo a su lado.

—Un pez gordo con una obsesión por las reliquias de buques naufragados. ¿Qué vais a hacer con la campana?

—Todavía no lo hemos decidido. La verdad es que no creo que les importe la campana en sí. Tanto si están buscando el *Ophelia* como si están buscando el barco del misterioso grabado, el sitio donde encontramos el objeto sigue siendo el mismo. Eso es lo que les preocupa... Bueno, eso y el hecho de que no estemos dispuestos a dejarlo correr.

—A lo mejor no se trata de algo que están buscando —aventuró Rube—, sino de algo que no quieren que nadie encuentre.

—Interesante —dijo Sam.

—Lo de la donación a la beneficencia... —continuó Rube—. Ese tipo os quería a ti, a Remi y a la campana juntos en un mismo sitio. ¿Por qué no aceptar una foto de la campana enviada por correo electrónico? Y si lo único que querían era encontrar el *Ophelia*, ¿por qué no contrataros? Todo el mundo sabe cómo trabajan los Fargo: un gran porcentaje del dinero del hallazgo va a parar a obras benéficas, y vosotros no os quedáis con nada. Sam, creo que lo que intentan es ocultar algo, no encontrarlo.

Universidad de Dar es Salaam

El campus central de la universidad se hallaba al noroeste del centro de la ciudad, en una colina. Después de llamar previamente, Sam y Remi encontraron a la directora de la biblioteca, Amidah Kilembe, una hermosa mujer negra vestida con traje de chaqueta y pantalón verde helecho, esperándolos en los escalones.

—Buenos días, señor y señora Fargo. Bienvenidos a nuestras instalaciones.

Se intercambiaron los cumplidos de rigor mientras la señora Kilembe los acompañaba por los escalones y las puertas principales, tras lo cual les ofreció una visita por el edificio que acabó en la zona de consulta de la tercera planta. La decoración era una mezcla de elementos coloniales del Viejo Mundo y elementos africanos tradicionales: muebles oscuros y paneles que brillaban tras décadas de pulido, rodeados de obras de arte tanzano y objetos llenos de colorido. A excepción de unos cuantos bibliotecarios, el edificio estaba vacío.

—Hoy es un día de vacaciones académicas —explicó la señora Kilembe.

—Lo sentimos —dijo Sam—. Creíamos...

—Oh, no. Para los empleados es un día laborable normal.

De hecho, casualmente, han elegido el día de visita perfecto. Yo misma les atenderé.

—No queremos molestar—dijo Remi—. Seguro que tiene otras...

La señora Kilembe sonrió abiertamente.

—En absoluto. He leído y disfrutado mucho con varias de sus hazañas. Por supuesto, lo que hablemos hoy no saldrá de aquí. —Se llevó el dedo índice a los labios y guiñó un ojo—. Si son tan amables de seguirme, les tengo reservada una sala tranquila.

La siguieron a una sala acristalada, en el centro de la cual había una larga mesa de nogal y dos sillas mullidas. Enfrente de cada silla había un ordenador Apple iMac de veinte pulgadas.

La señora Kileme vio sus expresiones de sorpresa y se rió entre dientes.

—Hace tres años el mismísimo Steve Jobs visitó el campus. Vio que teníamos muy pocos ordenadores y que todos eran viejos, y nos hizo una generosa donación. Ahora tenemos cuarenta máquinas maravillosas como estas. ¡Y conexión de banda ancha a Internet!

»Bueno, les dejaré trabajar. Pero primero les traeré café. Les he facilitado a los dos acceso a los catálogos. La mayoría de nuestros datos han sido digitalizados desde la actualidad hasta mil novecientos setenta. Los que no lo han sido están en la zona de archivos del sótano. Díganme lo que necesitan, y yo se lo traeré. ¡Que tengan buena

caza!

Entonces la señora Kilembe se marchó, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Por dónde empezamos? —se preguntó Sam en voz alta.

—Llamemos a Selma.

Sam hizo doble clic en el icono de iChat que figuraba en la pantalla y tecleó la dirección de Selma. La cámara de iSight se puso verde y, a los pocos segundos, la cara de Selma apareció en pantalla.

—¿Dónde están? —preguntó.

—En la Universidad de Dar es Salaam.

Detrás de Selma, Pete y Wendy estaban sentados ante una mesa de trabajo. Los saludaron con la mano.

—Nos estamos preparando para empezar. ¿Tenéis algo para nosotros?

—Ahora mismo estamos acabando la última averiguación.

En la pantalla, Pete cruzó la estancia hacia un ordenador, pulsó el teclado un par de veces y dijo:

—Te lo mando, Selma.

Sam y Remi observaron cómo Selma estudiaba el documento, desplazando la vista rápidamente a través de la pantalla. Al final dijo:

—Aquí no hay gran cosa. Hemos consultado las principales bases de datos de barcos naufragados y solo hemos encontrado dieciocho lugares en las aguas de alrededor de Zanzíbar. Incluso hemos ampliado el radio ochenta kilómetros en todos los puntos cardinales. De los dieciocho, catorce están identificados, y solo uno se acerca remotamente al supuesto período de tiempo del *Ophelia*.

—Continúa.

—El Glasgow. Se puso en servicio en mil ochocientos setenta y siete después de que el sultán de Zanzíbar perdiera su «flota» por culpa de la tempestad de mil ochocientos setenta y dos, pero al sultán no le impresionó demasiado, así que se quedó abandonado y anclado en Zanzíbar hasta la guerra entre Inglaterra y Zanzíbar de mil ochocientos noventa y seis, cuando los británicos lo hundieron con su artillería naval.

»En mil novecientos doce, una empresa de salvamento redujo el barco hundido al armazón del casco, y la mayoría de las piezas fueron arrojadas al mar. En los años setenta, el bloque del motor del Glasgow, el eje porta hélice, unas piezas de vajilla y unos cuantos proyectiles de cuatro kilos fueron encontrados en el lugar.

—¿Dónele está ese lugar? —preguntó Remi.

—A unos ciento ochenta metros de la playa de Stone Town. De hecho, la otra noche estuvieron cerca de ese sitio en el restaurante.

—O sea, a casi treinta kilómetros en línea recta de donde encontramos la campana del *Ophelia* —dijo Sam—. Tacha el Glasgow. ¿Qué más?

—Cuatro de los buques naufragados que aparecen en la base de datos no están identificados. Uno está en el río Pangani, a cincuenta y seis kilómetros al norte; los otros dos están en la bahía de Tanga, a noventa kilómetros al norte; el último está a la altura de la isla de Bongoyo, en la bahía de Msasani en Dar es Salaam. Según los datos de los que dispongo, ninguno de esos pecios está a más de diez metros de profundidad.

—Diez metros de agua transparente —añadió Sam—. Lo consultaremos con las tiendas de submarinismo de la zona. Lo más probable es que alguien los haya identificado, pero no se haya molestado en avisar. Probablemente ahora solo son atracciones para submarinistas.

—Siento no poder ofrecerles nada —dijo Selma.

—Eso no es verdad —contestó Remi—. Descartar es tan importante como aportar.

—Dos cosas más. Señora Fargo, tenía razón con respecto a esos nombres: son náhuatl, nombres aztecas tradicionales. Por si le interesa, ha sido una especie de moda en Ciudad de México durante los últimos años...

—El Partido Mexica Tenochca —concluyó Remi. Vio la expresión confundida de Sam y añadió:

—El actual presidente es un ultranacionalista, un nacionalista partidario de la cultura anterior a la invasión española. Nombres aztecas, cursos de historia en los colegios, prácticas religiosas, arte...

—Aparte de todo lo demás, Rivera y sus amigos son fanáticos de la política —contestó Sam fríamente—. Justo lo que necesitábamos.

—¿Qué más, Selma?

—He estudiado las fotos de la campana que me enviaron. Me imagino que se han fijado en el badajo.

—¿Te refieres a que no está? —preguntó Sam—. Sí, nos hemos fijado.

Sam desconectó y se volvió hacia Remi.

—¿Empezamos por los periódicos?

Ella asintió con la cabeza.

—Periódicos.

Sam y Remi eran partidarios de la teoría piramidal de investigación: empieza por el vértice, lo concreto, y desciende hacia la base, lo general. Las primeras palabras con las que probaron fueron «Ophelia», «barco naufragado» y «descubierto». Como era de esperar, lo único que encontraron fueron artículos que Selma ya había localizado. A continuación probaron con «naufragios», «famosos» y «Zanzíbar», y obtuvieron los resultados esperados: artículos intrascendentes sobre el Glasgow y *El Majidi* y otro barco del sultán de Zanzíbar que había desaparecido durante la época

del huracán de 1872, y el buque de guerra *Pegasus*, hundido en 1914 después de un ataque sorpresa del crucero alemán *Kónigsberg*.

La señora Kilembe volvió con una jarra de café y dos tazas, les preguntó si necesitaban algo y volvió a desaparecer.

—Nos hemos olvidado de la isla de Chumbe, Sam —dijo Remi—. Estamos dando por supuesto que la entrevista de la BBC trajo a Rivera hasta aquí...

—Cierto.

Sam combinó las palabras anteriores con «isla de Chumbe» y no obtuvo ningún resultado. Volvió a probar con las palabras «submarinismo», «reliquia» y «descubrimiento». Se desplazó por los artículos y de repente se detuvo.

—Oh.

—¿Qué?

—Probablemente no sea nada, pero es curioso. Hace dos meses una mujer británica llamada Sylvie Radford fue encontrada asesinada en Stone Town. Aparentemente, un atraco que salió mal. Había ido a Chumbe a hacer submarinismo. Escucha esto: «Según los padres de la mujer, la señora Radford había estado pasando unas maravillosas vacaciones practicando submarinismo, durante las que había encontrado varias reliquias, entre las que se encontraba lo que ella creía que podía ser parte de una espada de estilo romano».

—¿«Una espada de estilo romano»? —repitió Remi—. Interesante. ¿Crees que eran sus palabras o las del reportero?

—No lo sé. En cualquier caso, es una descripción bastante precisa. La mayoría de los profanos en la materia simplemente dirían «espada».

Remi se acercó a la pantalla y apuntó el nombre del periodista.

—Podría estar en las notas de ella.

Sam empezó a pulsar otra vez el teclado, esta vez con cierta urgencia. Introdujo las palabras «sur», «Zanzíbar», «submarinismo» y «muerte» en la ventana de búsqueda, y acotó el período de tiempo entre el momento actual y diez años antes. Docenas de artículos aparecieron en la pantalla.

—Vamos a repartírnoslos —dijo Remi, y acto seguido introdujo las mismas palabras en su ventana de búsqueda—. ¿Empiezo por los más antiguos?

Sam asintió con la cabeza.

En los años comprendidos entre el diez y el ocho, cuatro muertes fueron vinculadas a sus palabras de búsqueda. Sin embargo, en cada caso, las versiones de testigos presenciales independientes confirmaban que habían sido fortuitas: un ataque de tiburón, un accidente de submarinismo y dos de tráfico, estos dos últimos relacionados con el alcohol.

—Aquí —dijo Remi—. Hace siete años. Dos personas, turistas ambas que habían venido de vacaciones a hacer submarinismo.

—¿Dónde exactamente?

—Solo dice que fue en la costa sudoeste de Zanzíbar. Una de ellas fue atropellada por un conductor que se dio a la fuga. La otra se cayó por unas escaleras en Stone Town. Ni alcohol de por medio, ni testigos.

—Hace seis años —dijo Sam, leyendo de la pantalla—, dos muertos. Un suicidio y un ahogamiento. Tampoco hubo testigos.

Los datos eran similares del año cinco a la actualidad: turistas que practicaban submarinismo, la mayoría de los cuales habían pasado tiempo cerca de la isla de Chumbe o en los alrededores, morían en extraños accidentes o en atracos que acababan mal.

—He contado cinco —dijo Remi.

—Yo tengo cuatro —respondió Sam.

Permanecieron callados unos instantes.

—Tiene que ser una coincidencia, ¿verdad? —señaló Remi. Sam se limitó a mirar fijamente la pantalla, de modo que ella añadió—: De lo contrario, ¿qué estamos insinuando? ¿Que Rivera y su jefe han estado asesinando a submarinistas que se interesan por la isla de Chumbe?

—No, no puede ser eso. Si fuera así, habría cientos de personas... miles. Tal vez sean quienes hacen públicos sus hallazgos o quienes llevan a las tiendas locales esos objetos para identificarlos. Si estamos en lo cierto, esas personas por fuerza deben tener algo más en común.

—Hablaron con alguien de lo que habían encontrado —propuso Remi.

—Y el objeto era el adecuado, algo relacionado con el *Ophelia*. O con el barco del nombre tapado.

—En todo caso, si el barco se hubiera hundido a la altura de Chumbe, los objetos habrían aparecido en la playa arrastrados por el mar. Con cada monzón habría restos en el fondo esperando a que alguien se sumergiera con una raqueta de ping-pong.

—Cierto —dijo Sam—. Pero hay muchas personas que encuentran algo y nunca lo dicen. Vuelven a casa y lo colocan sobre la repisa de la chimenea como recuerdo. De hecho, la mayoría de los buscadores de tesoros ocasionales hacen eso: encuentran algo, hacen un pequeño esfuerzo por identificarlo, pero si no es claramente un tesoro, lo consideran un recuerdo... «Nuestra semana en Zanzíbar.»

—Estamos hablando de una acusación muy seria, Sam.

—Me acabo de acordar de algo: Rivera dijo que lleva siete años buscando el *Ophelia*.

—Aproximadamente la misma época en que empezaron las extrañas muertes.

—Exacto. Voy a llamar a Rube. Tenemos que averiguar cómo gestionan la documentación en el Servicio de Inmigración y Control de Aduanas de Tanzania.

Sam hizo la llamada y explicó su petición a un incrédulo pero dispuesto Rube Haywood, quien dijo:

—¿Así que vuestra teoría es que Rivera estuvo en Zanzíbar en la época en que se produjeron todas las muertes?

—Merece la pena intentarlo. Aunque los archivos no demuestren que estuvo aquí en cada ocasión, puede que no viajara con su nombre.

—Lo investigaré. Yo esperaría sentado.

Sam le dio las gracias y colgó.

Unos minutos más tarde, la señora Kilembe llamó a la puerta y asomó la cabeza.

—¿Necesitan algo?

Ellos le dieron las gracias y declinaron la oferta. La mujer se estaba volviendo para marcharse cuando Sam preguntó:

—Señora Kilembe, ¿cuánto tiempo lleva en la biblioteca?

—Treinta años.

—¿Y en esta zona?

—Toda mi vida. Nací en Fumba, en Zanzíbar.

—Estamos buscando información sobre un barco llamado *Ophelia*. ¿Le dice algo el nombre?

La señora Kilembe frunció el entrecejo. Después de pensar durante unos segundos, dijo:

—Me imagino que ya han estado en el Blaylock.

—¿El Blaylock?

—El Museo Blaylock de Bagamoyo. Hay un dibujo al carboncillo de un barco. Si no me falla la memoria, se llama *Ophelia*.

Bagamoyo

De las dos ciudades situadas cerca de Zanzíbar, Dar es Salaam y Bagamoyo, la última era la favorita de Sam y Remi. Con una población de treinta mil habitantes, Bagamoyo es un microcosmos de la historia africana tradicional y colonial sin el bullicio de la gran ciudad que caracteriza a Dar es Salaam y a sus dos millones y medio de habitantes.

Fundada por nómadas omaníes a finales del siglo XVIII, Bagamoyo ha sido hogar de comerciantes de marfil y de sal árabes e indios, de misioneros cristianos, de traficantes de esclavos, del gobierno colonial del África Oriental Alemana, y de cazadores de caza mayor y exploradores con rumbo a Moro-goro, el lago Tanganica y Usambara.

—Aquí pone algo que no sabíamos —dijo Remi, leyendo la guía de viaje mientras Sam conducía—. Durante todos sus años de estancia en África, David Livingstone no visitó nunca Bagamoyo... al menos con vida. Lo llevaron a Bagamoyo una vez muerto y fue amortajado en la vieja torre de la iglesia, actualmente llamada torre Livingstone, a la espera de que subiera la marea para poder transportar su cuerpo a Zanzíbar.

—Interesante —dijo Sam—. Siempre había creído que había usado Bagamoyo como escala, como el resto de la gente. Bueno, estamos en las afueras. ¿Dónde dijo la señora Kilembe que estaba el museo?

Remi arrancó el Post-it del interior de la guía y leyó:

—A dos manzanas de la antigua boma alemana, un fuerte.

Remi le dio la vuelta a la nota.

—No escribió nada más. Supongo que tendremos que buscar los dos edificios.

Encontraron el primero a unos cientos de metros al norte de tres de las principales atracciones turísticas de Bagamoyo: la granja de cocodrilos, las ruinas de Kaole y un baobab con quinientos años de antigüedad. Aparcaron en el camino de tierra que había enfrente del ruinoso fuerte encalado y salieron. Un adolescente pasó con un burro atado con una cuerda. Sonrió de oreja a oreja y dijo:

—*Jambo. Habari ganif*

Sam contestó a su «Hola. ¿Qué tal están?» en un titubeante swahili:

—*Nzuri. Unasema kiingereza?*

—Sí, hablo un poco su idioma.

—Estamos buscando el Museo Blaylock.

—Ah, sí, la Casa del Hombre Loco.

—No, el Museo Blaylock.

—Sí, ser lo mismo. Otra boma. Un kilómetro más arriba. Cruz Livingstone, ¿verdad?

—Sí *Asante sana* —contestó Sam.

—De nada. Adiós.

Y haciendo chasquear la lengua, el chico siguió adelante con su burro.

—Tu swahili está mejorando —comentó Remi.

—No pretendas luego que pida de comer. No me hago responsable de lo que nos sirvan.

—¿A qué se refería con la «Casa del Hombre Loco»?

—Supongo que ya lo descubriremos.

Encontraron la otra boma sin problemas siguiendo las visiones fugaces de sus almenas encaladas hasta que llegaron a su aparcamiento con conchas trituradas. Allí había más lugareños ocupándose de sus asuntos, vendiendo comida y artículos diversos en las fachadas de las tiendas y en carros cubiertos con toldos. Sam y Remi salieron y echaron a andar, buscando un letrero en el que pusiera «Blaylock» o bien «Hombre Loco». Después de veinte minutos de búsqueda infructuosa, pararon ante el carro de un vendedor, compraron dos botellas heladas de cola y le pidieron indicaciones.

—Sí, la Casa del Hombre Loco —dijo el hombre. Señaló al oeste por un estrecho callejón de tierra—. Doscientos metros allí, busquen muro, luego árboles espesos. Giren derecha, busquen camino y encontrarán sitio.

—*Asante sana* —dijo Remi.

—*Starehe*.

Según lo indicado, encontraron un muro de ladrillos de barro que les llegaba a la cintura frente a una arboleda de acacias y lavanda silvestre. Giraron a la derecha y, seis metros más adelante, llegaron a una apertura en el muro. Al otro lado, un camino sinuoso los llevó a través de la arboleda hasta una cerca blanca, detrás de la cual había una antigua escuela, larga y estrecha, con un exterior amarillo mantequilla y gruesas contraventanas azul marino. Encima de los escalones del porche había un letrero negro sobre fondo blanco pintado a mano que rezaba: MUSEO y Tienda de Curiosidades BLAYLOCK. Las últimas tres palabras^[2] estaban claramente escritas con otra letra, como si hubieran sido añadidas a posteriori.

Una campana tintineó sobre la puerta cuando entraron. Puntales de apoyo tallados a mano recorrían el centro del espacio ofreciendo soporte a las vigas, de las que colgaban docenas de aves africanas mal disecadas en posturas que probablemente pretendían representar el vuelo. Posadas sobre las vigas encima de sus primas inanimadas había varias palomas vivas. Sus arrullos resonaban en la estancia.

Las paredes estaban dominadas por estanterías de mimbre; no había dos que tuvieran la misma altura, la misma anchura o el mismo tono. Separadas a intervalos por la línea media del edificio, había ocho mesas de cartas tambaleantes cubiertas con sábanas raídas. En las estanterías y sobre las mesas había cientos de chismes: estatuillas de marfil y madera que representaban jirafas, leones, cebras, dik-diks, serpientes y personas; colecciones de cuchillos que iban de las variedades de bolsillo habituales a las dagas talladas en hueso; fetiches pintados a mano cubiertos de plumas y trozos de corteza de árbol; mapas dibujados a mano sobre pellejos; retratos y paisajes al carboncillo; brújulas; bolsas de agua hechas con estómagos de animales; y varios modelos de revólveres Webley y balas de diversos tamaños.

—Bienvenidos al Museo y Tienda de Curiosidades Blaylock —dijo una voz en un inglés sorprendentemente correcto.

En el otro extremo de la sala había una solitaria mesa de cartas en la que no habían reparado. Sentado detrás, había un anciano negro con una gorra de béisbol de los Orioles de Baltimore y una camiseta de manga corta blanca con el mensaje: "¿TIENES LECHE?"^[3].

—Gracias —contestó Remi.

Sam y Remi se acercaron y se presentaron.

—Yo soy Morton —respondió el hombre.

—Disculpe, pero ¿qué es exactamente este sitio? —preguntó Sam.

—El Museo y Tienda de Curiosidades Blaylock.

—Sí, ya lo sé, pero ¿a quién está dedicado?

—Al mayor explorador africano que ha hollado las costas del Continente Negro —contestó el hombre. Estaba claro que había soltado ese rollo muchas veces—. El hombre al que cientos de personas deben sus vidas y las de sus nietos: Winston Lloyd Blaylock, el Mbogo de Bagamoyo.

—¿El «Mbogo de Bagamoyo»? —repitió Sam—. ¿El Búfalo de Bagamoyo?

—Correcto. El búfalo cafre.

—¿Puede hablarnos de él? —preguntó Remi.

—Mbogo Blaylock vino de Estados Unidos a Bagamoyo en mil ochocientos setenta y dos para hacer fortuna. Medía más de un metro noventa y pesaba el doble que un hombre medio de Tanganica en la época, y tenía la espalda tan ancha como el mbogo que le ha dado nombre.

—¿Este es él? —preguntó Sam, señalando un daguerrotipo en blanco y negro con grano que había colgado en la pared sobre Morton.

En el daguerrotipo aparecía un hombre alto y ancho de hombros con ropa de safari al estilo de la de Hemingway. Al fondo había una docena de guerreros masái arrodillados con lanzas assegal./p>

—Es él —confirmó Morton—. La historia completa del Mbogo está disponible en

este magnífico ejemplar encuadernado en piel.

Morton señaló con la mano un estante de mimbre de la pared derecha. Remi se acercó y levantó uno de los libros del montón. La cubierta no era de piel, sino más bien de imitación, y estaba toscamente sujeta con grapas. Pegada a la portada había una reproducción de la imagen de la pared.

—Nos llevaremos dos —dijo Sam, y llevó su compra a la mesa de cartas.

Cuando estaba pagando, Remi preguntó:

—Nos han dicho que aquí podríamos encontrar algo sobre un barco. El *Ophelia*.

Morton asintió con la cabeza y señaló con el dedo un dibujo al carboncillo enmarcado de un velero a vapor de noventa por ciento cincuenta centímetros.

—La búsqueda del *Ophelia* fue la primera gran aventura de Mbogo Blaylock. Está todo en el libro. Yo mismo escribí el índice. Tardé tres años.

—Eso sí que es dedicación —dijo Remi—. ¿Cómo llegó a venir aquí? ¿Conocía su familia al señor Blaylock?

Por primera vez desde que habían entrado, Morton sonrió. Con orgullo.

—Mi familia es la de Mbogo Blaylock. Soy primo segundo del bisnieto de Mbogo.

—¿Cómo? —dijo Sam—. ¿Es usted familiar de Winston Blaylock?

—Por supuesto. ¿No se nota?

Sam y Remi no supieron qué contestar. Instantes más tarde, Morton se dio una manotada en la rodilla y se echó a reír.

—Les he pillado, ¿verdad?

—Sí—contestó Sam—. Entonces ¿usted no es...?

—No, esa parte es cierta. Sin embargo, el parecido es difícil de apreciar. Pueden ver mi certificado de nacimiento si lo desean.

Antes de que pudieran contestar, Morton lo sacó de una caja de seguridad situada debajo de la mesa. Lo desdobló y lo deslizó en dirección a ellos. Sam y Remi se inclinaron para examinarlo y acto seguido se irguieron.

—Asombroso —dijo Remi—. Entonces ¿Blaylock se casó? ¿Contrajo matrimonio con una mujer tanzana?

—En aquel entonces todavía se llamaba Tanganica, antes de que vinieran los alemanes, ¿saben? Y no, no se casó. Pero tuvo seis concubinas y muchos hijos. Eso también está en el libro.

Sam y Remi intercambiaron miradas de asombro.

—¿Qué fue de él? —preguntó Sam a Morton.

—Nadie lo sabe. Desapareció en mil ochocientos ochenta y dos. Según su nieto, estaba buscando un tesoro.

—¿Qué clase de tesoro?

—Es un secreto que no compartió con nadie.

—Algunas personas del pueblo se han referido a este sitio como la...

—Casa del Hombre Loco —dijo Morton—. No es un insulto. La palabra no tiene fácil traducción al inglés. En swahili, no significa tanto «loco» como... «de espíritu libre». «Salvaje.»

—¿Todos estos objetos eran de él? —preguntó Remi.

—Sí. La mayoría de ellos los mató, los fabricó o los encontró con sus propias manos. Otros son regalos y ofrendas. Si me ofrecen un precio justo por alguno, lo consideraré.

—No lo entiendo. ¿Está vendiendo sus posesiones?

—No me queda más remedio. Soy el último descendiente de Mbogo Blaylock. Al menos, el último que sigue aquí. Mis dos nietos viven en Inglaterra. Van a la universidad. Yo estoy enfermo y no voy a durar mucho.

—Lo sentimos, de veras —dijo Sam—. ¿Podemos echar un vistazo?

—Por supuesto. Pregunten todo lo que quieran. Sam y Remi se apartaron.

—¿Crees que todo es verdad? —susurró ella—. El de la foto se parece mucho a Hemingway.

—¿Por qué no llamas a la señora Kilembe y le preguntas?

Remi salió, regresó cinco minutos más tarde y se acercó a Sam, quien estaba mirando detenidamente un bastón fijado a la pared.

—Dice que todo es auténtico. El museo lleva aquí desde mil novecientos quince.

—Sam no contestó. Permaneció inmóvil, con la vista clavada en el bastón—. ¿Sam? ¿Me has oído? Sam, ¿qué te tiene tan cautivado?

—¿Ves algo raro en este bastón? —murmuró.

Remi lo examinó unos instantes.

—No, la verdad.

—Fíjate en el puño... la parte metálica con el extremo redondeado.

Ella hizo lo que le pidió. Ladeó la cabeza, entornó los ojos y a continuación dijo:

—¿Es...?

Sam asintió con la cabeza.

—El badajo de una campana.

Se lo quedaron mirando otros diez segundos largos, y acto seguido Sam se volvió hacia Morton y preguntó:

—¿Cuánto pide por todo?

Zanzíbar

—¿Cómo? —dijo Selma por el manos libres—. Repítalo. ¿Que quiere enviar aquí qué?

Desde el asiento del pasajero del Toyota, Remi contestó:

—No todo el museo, Selma, solo el contenido. En total debe de pesar...

Miró a Sam, quien dijo:

—Entre doscientos y trescientos kilos.

—Entendido —dijo Selma—. ¿A quién tengo que...?

—El dueño se llama Morton Blaylock. Lo vamos a alojar en el Moevenpick Royal Palm de Dar es Salaam mientras vosotros dos lo arregláis todo. Por la tarde tendrá una cuenta abierta en el Barclays Bank. Hazle una transferencia de treinta mil dólares desde la cuenta de nuestra empresa y luego otros treinta cuando todo esté recogido y vaya para allá.

—¿Sesenta mil dólares? —dijo Selma—. ¿Le han pagado sesenta mil dólares? ¿Saben cuánto es eso en chelines tanzanos? Una fortuna. ¿Han regateado con él por lo menos?

—Quería veinte mil —contestó Sam—. Le hemos ofrecido más. Selma, es un hombre moribundo y tiene nietos en la universidad.

—Me parece que es un estafador.

—No lo creemos —respondió Remi—. El bastón mide más de dos metros de alto, está hecho de palo fierro negro y rematado con el badajo de bronce de la campana del *Ophelia*.

—¿Se han propuesto gastarme una broma?

—Ya lo verás con tus propios ojos —contestó Sam—. Morton lo incluirá en la primera remesa del museo. También te vamos a mandar por FedEx un ejemplar de la biografía de Blaylock. Necesitamos que agites tu varita mágica. Analízalo, contrasta cada nombre, cada lugar, cada detalle... Ya sabes lo que tienes que hacer.

—No los notaba tan entusiasmados desde que me llamaron desde aquella cueva en los Alpes.

—Estamos entusiasmados —respondió Remi—. Parece que Winston Blaylock pasó una buena parte de su vida adulta buscando un tesoro, y si no nos equivocamos, es algo que Rivera y su jefe no quieren que encontremos. Blaylock podría ser nuestra piedra Rosetta.

Sam salió a la carretera que llevaba a su casa y pisó el freno del Land Cruiser. A cien metros de distancia, vio a través del parabrisas una figura que atravesaba el patio y desaparecía entre los matorrales.

—Te llamaremos más tarde —dijo Remi, y colgó—. Sam, ¿son ellos?

—Son ellos. Mira el patio. La campana ha desaparecido.

Al fondo a la derecha, la figura salió de los matorrales que bordeaban la playa y echó a correr a toda velocidad hacia la orilla, donde una lancha a motor Rinker de casi ocho metros y medio de eslora aguardaba junto al muelle enfrente del Andreyale. A ochocientos metros se hallaba anclado el yate *Njiwa*. De pie en la cubierta de popa había dos figuras. En medio de ellas estaba la campana del *Ophelia*.

—¡Maldita sea! —murmuró Sam.

—¿Cómo nos han encontrado? —dijo Remi.

—Ni idea. ¡Agárrate!

Pisó el acelerador. Los neumáticos rechinaron en la tierra, y el Land Cruiser avanzó dando sacudidas. Sam vio que el velocímetro pasaba de ochenta kilómetros por hora y dio un volantazo a la izquierda y luego a la derecha, apuntando con el capó directamente al arcén cubierto de maleza.

—Caramba... —dijo Remi.

Apretó las manos contra el parabrisas y la cabeza contra el respaldo.

El arcén apareció ante ellos. El Land Cruiser se inclinó hacia atrás. El cielo llenó el parabrisas, y acto seguido volvieron a inclinarse hacia delante, elevándose por los aires, mientras el motor rugía y los neumáticos giraban sin parar. El Cruiser cayó a tierra con gran estrépito. La arena salpicó el parabrisas. Sam pisó el acelerador a fondo y, tras un momentáneo gruñido de protesta, el motor respondió y avanzaron de nuevo, si bien a velocidad media ya que los neumáticos tenían problemas para adherirse a la arena seca.

Delante de ellos, la figura que corría casi había llegado al muelle. Lanzó una mirada por encima del hombro, vio el Land Cruiser y tropezó. Era Yaotl.

—Supongo que no le gustaba nuestra hospitalidad —dijo Sam.

—No sé por qué —contestó Remi.

Yaotl volvió a levantarse. Subió corriendo los escalones del muelle de dos en dos y se dirigió a toda prisa a la lancha que esperaba, donde Rivera y Nochtli le estaban haciendo señas con las manos, apremiándolo a seguir.

Sam continuó adelante, dando volantazos y tratando de avanzar a tientas hacia un terreno más firme. El muelle estaba a casi cincuenta metros de distancia. Yaotl llegó a la lancha y saltó a bordo. Treinta metros. Nochtli se dirigió al asiento del piloto y se colocó tras el timón. Del colector de gases de escape salió humo.

Rivera pasó por delante del jadeante Yaotl con gran despreocupación, le dio una palmada en el hombro y se dirigió a la fachada de popa. Se quedó mirando por un momento el

Land Cruiser que se aproximaba y levantó la mano como si fuera a saludar.

—Hijo de... —murmuró Sam.

—Tiene algo —dijo Remi.

—¿Qué?

—¡En la mano! ¡Está sujetando algo!

Sam pisó el freno de golpe. El Land Cruiser derrapó y paró a sacudidas. Sam dio marcha atrás, con el pie listo para moverlo del freno al acelerador.

Sin apartar la vista de ellos en ningún momento, Rivera esbozó una sonrisa forzada, levantó el brazo, tiró de la anilla de una granada, se volvió y la lanzó al barco de los Fargo. La lancha partió como una bala del muelle en dirección al *Njiwa*, dejando atrás una estela de agua.

La granada explotó con un estruendo apagado. Un geiser de agua y astillas de madera salió disparado y cayó sobre el muelle. El barco empezó a hundirse en el agua y poco a poco desapareció bajo la superficie en medio de una nube de burbujas.

Después de dar marcha atrás en el todoterreno sobre la arena y las dunas hasta la carretera, observaron cómo Rivera y sus hombres partían hacia el *Njiwa*. Al cabo de unos minutos, levaron el ancla, y el yate zarpó rumbo al sur por la costa.

—Había empezado a cogerle cariño a esa campana —murmuró Sam.

—Y no te gusta perder —dijo Remi. Al ver que Sam negaba con la cabeza, añadió:

—A mí tampoco.

Sam se ladeó sobre el regazo de Remi, sacó la Heckler & Koch P30 de la guantera y dijo:

—Vuelvo enseguida.

Bajó del coche, recorrió la carretera hacia la casa y entró. Apareció dos minutos más tarde y le hizo a Remi una señal de aprobación. Ella se colocó en el asiento del conductor e introdujo el Toyota en el camino de acceso.

—¿Han revuelto la casa? —preguntó, mientras bajaba del vehículo.

Sam negó con la cabeza.

—Pero ya sé cómo nos han encontrado.

La llevó al cuarto de huéspedes, donde habían retenido a Yaotl. Sam se dirigió a la cabecera y señaló con el dedo el lazo que le habían hecho a su invitado alrededor de la muñeca izquierda. Estaba manchado de color marrón rojizo oscuro. Los tres lazos que quedaban habían sido desatados.

—Es sangre —dijo Remi—. Consiguió liberarse.

—Y luego llamó a Rivera —añadió Sam—. Lo reconozco; tiene mucho aguante al dolor. Debe de tener la muñeca en carne viva.

—¿Por qué no nos han tendido una emboscada?

—Es difícil saberlo. Rivera no es tonto. Sabe que tenemos la pistola de Yaotl y no quería arriesgarse a llamar la atención de la policía.

—Creo que nosotros somos un problema secundario para ellos. Ya tienen lo que vinieron a buscar. Sin eso, lo único que tenemos es una historia interesante. Sam, ¿qué demonios tiene esa campana para ser tan importante?

Prefiriendo pecar de cautelosos, decidieron que la casa ya no era segura. Recogieron las escasas pertenencias que quedaban dentro, volvieron al Toyota y recorrieron doce kilómetros hacia el sur hasta Chwaka, un pueblecito que solo destacaba por ser la sede de un centro de misterioso nombre: el Instituto de Administración Financiera de Zanzíbar. Encontraron un restaurante a orillas del mar con aire acondicionado y entraron. Pidieron que los sentaran en una zona tranquila cerca de un acuario.

Remi señaló por la ventana.

—¿Es eso..?

Sam miró. A tres kilómetros de la costa podían ver el *Njiwa*, que seguía navegando hacia el sur sin prisa. Sam maldijo entre dientes y bebió un sorbo de agua helada.

—Bueno, ¿qué quieres hacer? —inquirió Remi.

Sam se encogió de hombros.

—No sé si solo estoy herido en mi orgullo porque nos han robado algo que nos había costado mucho conseguir. No es un motivo de peso para volver a ponernos en su punto de mira.

—Es más que eso. Sabemos lo desesperados que están por que la gente no sepa de la existencia de la campana ni del barco al que estaba unida. Probablemente hayan asesinado para conseguirlo. Van a destruirla o a arrojarla a la zona más profunda del mar, donde nadie vuelva a encontrarla nunca. Es un trozo de historia, y van a tratarlo como si fuera basura.

El teléfono de Sam sonó.

—Selma —dijo a Remi, y acto seguido contestó y apretó el botón del manos libres.

Como era habitual en ella, Selma no se anduvo con preámbulos:

—La campana que tienen es un interesante hallazgo.

—Que teníamos —la corrigió Sam—. Ya no la tenemos.

Se lo explicó.

—Cuéntanos de todas formas lo que ibas a decirnos, Selma —le pidió Remi.

—¿Qué noticia prefieren oír primero, la fascinante o la asombrosa?

—La fascinante.

—Wendy ha usado sus dotes de magia con el Photoshop y ha pasado las fotos por unos filtros o algo por el estilo. La mayoría de lo que ha dicho me ha sonado a chino, pero debajo de toda esa vegetación marina hay unas letras grabadas.

—¿Qué clase de letras? —preguntó Sam.

—Todavía no lo sabemos con seguridad. Hay símbolos, palabras en swahili, fragmentos en alemán, pictogramas, pero en cantidades insuficientes para que saquemos algo en claro.

Por el aspecto que tiene, la mayor parte del interior de la campana está cubierto de esas cosas.

—Vale, ahora asómbranos —dijo Remi.

—Wendy también ha podido distinguir unas cuantas letras más del nombre escondido debajo del grabado del *Ophelia*. Además de las dos primeras, la ese y la hache, y de la última, otra hache, ha podido distinguir dos letras del medio: un par de enes separadas por un espacio.

Mientras Selma hablaba, Remi había cogido una servilleta del servilletero, y ella y Sam estaban descifrando el anagrama.

Selma continuó:

—Hemos introducido las letras y el orden en un programa de anagramas y hemos cotejado los resultados con las bases de datos de barcos naufragados y hemos obtenido...

—Shenandoah —dijeron Sam y Remi al unísono.

Zanzíbar

El barco de los Estados Confederados *Shenandoah* era objeto de fascinación para Sam y Remi desde hacía mucho tiempo, pero no habían tenido la ocasión de investigar los misterios que se escondían detrás de su historia. Ahora parecía que el destino les hubiera ofrecido una invitación de bronce en forma de campana.

El *Shenandoah*, un crucero de vapor de 1.160 toneladas, fue botado en agosto de 1863 en el astillero Stephen & Sons en River Clyde, Escocia, bajo el nombre de *Sea King*. Con un armazón de hierro, tablas de teca y casco negro, el *Sea King* estaba equipado para funcionar tanto con vela como con energía de vapor auxiliar, y diseñado como buque de carga para las rutas comerciales del té de Extremo Oriente. Sin embargo, en el futuro no transportaría té.

Un año después de su puesta en servicio, en septiembre de 1864, el *Sea King* fue comprado por agentes del Servicio Secreto Confederado, y el 8 de octubre zarpó con una dotación llena de marinos mercantes, aparentemente con rumbo a Bombay en su viaje comercial inaugural. Nueve días más tarde, el *Sea King* efectuó un enlace cerca de la isla de Madeira, frente a la costa africana, con el vapor Laurel, que había estado esperando. A bordo del Laurel había oficiales y el núcleo de la nueva tripulación del *Sea King*, todos marineros leales y experimentados, habitantes del sur o comprensivos ciudadanos británicos. Su capitán era el teniente James Iredell Waddell, un oficial de Carolina del Norte de cuarenta y un años graduado en la Academia Naval de Estados Unidos.

El cargamento del Laurel, compuesto por cañones navales, munición y artículos variados, fue trasladado rápidamente a bordo del *Sea King*, a cuya atónita y furiosa tripulación se le ofreció la opción de unirse a la nueva expedición a cambio de un salario más elevado o de ser trasladada al Laurel y posteriormente depositada en la isla de Tenerife. Sin embargo, al final Waddell solo pudo reclutar a suficientes marineros del Laurel para cubrir la mitad de la dotación normal del crucero comercial *Shenandoah*. Pese a ello, el *Shenandoah* zarpó de las islas de Madeira el 21 de octubre y emprendió la misión de destruir o capturar los barcos de la Unión allí donde los encontrara.

Entre el otoño de 1864 y el invierno de 1865, el *Shenandoah* navegó por el Atlántico Sur, rodeó el cabo de Buena Esperanza, penetró en el océano Índico y cruzó Australia, destruyendo y capturando barcos mercantiles con banderas de la Unión antes de poner la mira en las zonas de caza de ballenas de la Unión en el Pacífico, y navegando rumbo al norte desde Nueva Guinea hasta el mar de Ojotsk y el mar de

Bering.

Durante los nueve meses que el *Shenandoah* navegó bajo la bandera confederada como buque de guerra, destruyó unas tres docenas de barcos enemigos. El 2 de agosto de 1865, unos cuatro meses más tarde de la rendición de Lee en Appomattox, el *Shenandoah* fue informado del final de la guerra por el barco británico Barracouta. El capitán Waddell ordenó desarmar el *Shenandoah* y puso rumbo a Liverpool, Inglaterra, donde él y la tripulación se rindieron en noviembre de 1865. En marzo del año siguiente, la embarcación fue vendida a través de intermediarios a Sayyid Majid bin Said al-Busaid, el primer sultán de Zanzíbar, que le puso el nuevo nombre de *El Majidi* en referencia a sí mismo.

A Sam y a Remi siempre les había resultado muy intrigante esa parte de la historia del *Shenandoah*. Existían tres versiones del destino final de *El Majidi*. Según una de ellas, había sido barrenado en el canal de Zanzíbar poco después de sufrir daños a causa del huracán de 1872; según otra, se había hundido seis meses más tarde mientras era remolcado a Bombay para ser reparado; según la última, había naufragado en noviembre de 1879 después de chocar contra un arrecife cerca de la isla de Socotra en la travesía de vuelta desde Bombay.

—Esto plantea más preguntas de las que responde —dijo Sam—. En primer lugar, ¿fue Blaylock u otra persona quien le puso el nuevo nombre de *Ophelia*?

—¿Y por qué le cambiaron el nombre? —añadió Remi—. ¿Y por qué no hay constancia del barco en ninguna parte?

—Y la pregunta más importante: ¿por qué hemos encontrado la campana?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Remi.

—Después de que Waddell entregara el *Shenandoah*, ¿no tendrían que haberse convertido en propiedad de la Unión el barco y todo lo que había a bordo?

—Incluida la campana.

—Incluida la campana —repitió Sam.

—Tal vez la Unión lo vendió al sultán de Zanzíbar con todo incluido.

—Podría ser. Pero fue en mil ochocientos sesenta y seis. *El Majidi* no se hundió hasta seis o trece años más tarde, dependiendo de la versión. Maldita sea, el sultán le puso al barco su nombre. ¿Te parece alguien que se quedaría con una campana con el nombre de otro barco?

—No. Tal vez el que lo reparó simplemente echó la campana por la borda. Por conveniencia.

De los dos, Remi era la abogada del diablo. Solía hacer todo lo posible por echar por tierra las ideas que se les ocurrían; si después de pasar por el «Desafío de Remi» la teoría se mantenía a flote, sabían que habían dado con algo sólido. Sam consideró aquello.

—Es posible, pero estoy intentando ponerme en el lugar del armador de barcos

del sultán. Probablemente no fuera el tipo más rico del mundo: trabajaría mucho y cobraría poco. Naturalmente, el sultán exigió que el barco cumpliera sus requisitos reales, incluida una reluciente campana nueva. ¿Qué haría el armador con una campana de bronce puro de cuarenta kilos?

—Venderla —terció Selma.

—Dejemos eso por ahora —dijo Remi—. No sería descabellado suponer que el propio Blaylock se encontró con la campana. Si todavía estaba unida al barco, o la compró o robó el barco y luego le puso el nombre de *Ophelia*. Si el sultán se había deshecho de la campana, significa que Blaylock la rescató, borró el nombre *Shenandoah* y grabó el de *Ophelia*.

—¿Y qué hizo con ella? ¿Se limitaba a mirarla?

—El dibujo al carboncillo del museo hace pensar que veía el barco como el *Ophelia*.

Sam chasqueó los dedos.

—Estamos analizando esto demasiado. Remi, enciende el portátil. Selma, mándanos imágenes del *Shenandoah* y de *El Majidi*.

Mientras esperaban, Sam conectó la cámara al portátil de Remi, y ella descargó la foto que habían tomado del dibujo del *Ophelia*.

—No hay señal Wi-Fi —dijo Remi.

Sam se levantó y se paseó por la sala, mirando debajo de las mesas cercanas.

—Hay conexiones a una red local —dijo, y fue a ver a la dueña del restaurante.

Volvió dos minutos más tarde con un cable de conexión, que conectó primero al portátil de Remi y luego a la toma más próxima.

—El acceso a Internet es por línea telefónica, pero servirá —dijo Sam.

—Las imágenes están en camino —dijo Selma por teléfono.

Las imágenes JPEG tardaron cuatro minutos en cargarse. Remi las abrió en la pantalla y se pasó varios minutos rotándolas, ampliándolas y jugando con los colores hasta que estuvieron seguros.

—Es el mismo barco —dijo Remi.

—Estoy de acuerdo —convino Sam—. El *Ophelia* de Blaylock es también el *Shenandoah* y *El Majidi*. La pregunta es: ¿en qué momento de la cronología apareció Blaylock y por qué no hay constancia de nada de esto?

—Está claro que a Rivera y a sus amigos les interesa la campana. Pero ¿es la campana en sí o el barco o los barcos a los que ha estado sujeta?

—Solo hay una forma de averiguarlo —dijo Sam—. Tenemos que recuperarla antes de que Rivera la destruya o la pierda.

Inmediatamente se dieron cuenta de que, como muchas cosas en su ámbito de trabajo, del dicho al hecho había un gran trecho. Sam hurgó en su mochila y sacó

unos prismáticos. Se levantó y enfocó con ellos a través de la ventana. Veinte segundos más tarde, los bajó.

—Sigue rumbo al sur. Está a punto de meterse detrás de Pingwe Point. Sigue navegando sin prisa.

—Saben que nos han ganado.

Sam sonrió.

—Nunca te des por vencida. Cogió su teléfono y llamó a Rube Haywood.

—Sam, estaba a punto de llamarte —dijo Rube.

—Los genios pensamos igual. Espero que estemos en sintonía.

—Tengo información sobre el yate, el *Njiwa*.

—Eres un sol.

—Pertenece a un tipo llamado Ambonisyé Okafor. Uno de los diez hombres más ricos del país. Piensa en un artículo de exportación de Tanzania, y seguro que él tiene una importante participación: anacardos, tabaco, café, azúcar, sisal, piedras preciosas, minerales...

—¿Por qué un sicario como Rivera se relaciona con alguien como Okafor?

—Es difícil saberlo exactamente, pero he investigado un poco. En los últimos cinco años, el gobierno mexicano ha aumentado notablemente la importación de artículos tanzanos, la mayoría de ellos correspondientes a empresas controladas por Ambonisyé Okafor. Eso indica que Rivera tiene amigos poderosos en Ciudad de México. Sam, no os enfrentáis a unos cuantos mercenarios. Os enfrentáis a un gobierno y a un millonario tanzano con muchísima influencia.

—Confía en mí, Rube, lo tendremos presente, pero ahora mismo lo único que queremos es recuperar la campana...

—¿Qué quiere decir eso?

—Nos la han robado. Lo único que queremos es recuperar la campana y volver a casa.

—Eso puede ser más difícil de lo...

—Lo sabemos. ¿Qué más puedes contarnos del *Njiwa*?

—Es uno de los dos yates que tiene Okafor. Está atracado en la isla de Sukuti, a unos cincuenta kilómetros al sur de Dar es Salaam en línea recta. Okafor tiene allí una finca de vacaciones. Es dueño de toda la isla.

—Cómo no.

A lo largo de los años, Sam y Remi habían descubierto que uno de los rasgos más comunes de los millonarios megalómanos era su aversión al trato con la gente de a pie. Ser dueño de una isla privada era una forma sumamente eficaz de evitarlo.

—No hace falta que os pregunte qué vais a hacer ahora, ¿verdad?

—Probablemente no.

—Está bien, pero añadiré el «Tened cuidado» de rigor.

—Te llamaremos cuando podamos.

Sam colgó y le relató a Remi la conversación. Después de pensar unos instantes, ella dijo:

—No perdemos nada por comprobarlo. Con una condición.

—¿Cuál?

—Que nos retiremos a tiempo. Si nos metemos en líos...

—Nos marchamos.

—Claro que estamos dando por hecho que el *Njiwa* va rumbo a Sukuti.

Sam asintió con la cabeza.

—Si no es así, estamos perdidos. Y si es así, tenemos que conseguir la campana antes de que la dañen.

Tanzania

La insignificante ventaja del *Njiwa* se volvió rápidamente insuperable cuando Sam y Remi se encontraron con la geografía de Tanzania. Mientras que el viaje por carretera a lo largo de la costa y entre núcleos de población resultó bastante fácil, se dieron cuenta de que desplazarse por los lugares apartados sería una pesadilla. La única carretera transitable en dirección al sur desde Dar es Salaam era la B2, que recorría el tramo del sur de Tanzania y no se acercaba en ningún momento a la costa menos de dieciséis kilómetros hasta llegar al pueblo de Somanga, a casi ciento cincuenta kilómetros al sur de la isla de Sukuti. Después de darse cuenta de que no llegarían a su destino por carretera antes que el *Njiwa*, cambiaron de planes. Conscientes de que Rivera contaba con amigos poderosos, prefirieron pecar de un poco paranoicos. Si Rivera se ponía en lo peor, podía suponer que habían emprendido la persecución desde Zanzíbar o Dar es Salaam y, si llegaba a la misma conclusión que ellos con respecto al viaje por carretera, esperaba que llegaran en barco.

Al anochecer, después de media docena de infructuosas llamadas telefónicas, encontraron un piloto especializado que aceptó llevarlos desde la pista de aterrizaje de Ras Kutani situada a las afueras de Dar es Salaam hasta la pista de aterrizaje de la isla de Mafia a la mañana siguiente. Desde allí les esperaba medio día de travesía en barco hacia el norte hasta la isla de Sukuti, un detalle que dejaron en las expertas manos logísticas de Selma.

Así era África, y los Fargo lo sabían. Aunque habían oído antes la expresión «kilómetro africano», esa fue la primera vez que la experimentaron en sus propias carnes. Lo que en otras circunstancias habría sido una excursión de cincuenta kilómetros por la costa se había convertido en un farragoso viaje de casi doscientos cincuenta kilómetros.

Como tenían una noche por delante, Sam cumplió su promesa y reservó la suite presidencial del Moevenpick Royal Palm con vistas al mar. Después de pasar la tarde en el spa del hotel, cenaron tarde en L'Oliveto, el restaurante italiano del hotel.

—Parece que llevemos meses lejos de la civilización —dijo Remi al otro lado de la mesa.

—Pues nadie lo diría viéndote —contestó Sam.

Mujer de recursos, Remi había encontrado un sencillo pero elegante «vestidito negro» de Zac Posen en la boutique del hotel.

—Gracias, Sam.

El camarero llegó, y Sam pidió el vino que habían elegido.

—Te he visto leyendo la biografía de Blaylock en el spa —dijo Sam a Remi—. ¿Algún descubrimiento?

—Es un poco lenta. No está escrita por Blaylock, eso te lo puedo garantizar. A menos que tuviera un escaso dominio del inglés, por no decir algo peor. Supongo que la escribió Morton. Pero ¿en qué fuente se basó? Me ha llamado la atención que no se mencione a Blaylock antes de su llegada a África. El libro empieza el día que puso pie en Bagamoyo. Hasta ese punto no hay ningún dato personal de su vida.

—Interesante. ¿Qué tal está el índice?

Remi se encogió de hombros.

—Como era de esperar. Seguro que Selma, Pete y Wendy tienen más suerte. He buscado referencias a la campana o el *Ophelia*, pero no aparece ninguna.

—Qué raro. Si fue él quien se tomó la molestia de grabar todos los jeroglíficos de la campana, cualquiera diría que como mínimo merecería una mención. Parece que hubiera intentado ocultar un secreto.

—Un gran secreto —añadió Remi—. Tan grande que puede que el gobierno mexicano haya estado asesinando a gente durante los últimos siete años.

La lanzadera al aeropuerto los dejó en Ras Kutani poco después del amanecer. Aparte de unos cuantos empleados de mantenimiento que se desplazaban entre la niebla matutina, la pista de aterrizaje estaba en silencio y desprovista de vida. Cuando la lanzadera se fue, una figura surgió de la bruma y se acercó a ellos. Llevaba unos pantalones de safari caqui, unas botas militares que le llegaban a las pantorrillas y una gorra decorada con la insignia de los Rangers del Ejército de Estados Unidos. Tenía el pelo moreno cortado al rape y un bigote poblado.

—Ed Mitchell —dijo sin más preámbulos.

—Sam y Remi Fargo —contestó Sam—. ¿Es usted estadounidense?

—Más o menos. Expatriado, creo que se dice. ¿Eso es todo lo que traéis? —dijo, señalando con la cabeza las mochilas de Sam y de Remi.

Le habían dejado la mayor parte de su equipaje a Vutolo, el conserje del Moevenpick y viejo amigo suyo.

—Solo esto —contestó Sam.

—Está bien. Cuando queráis.

Mitchell se volvió y echó a andar. Sam y Remi lo siguieron hasta una avioneta Cessna 182 de aspecto robusto pero con muchas horas de vuelo. Mitchel cargó sus cosas a bordo, les hizo abrocharse los cinturones en los asientos traseros y realizó una revisión exterior de rutina. Cinco minutos después de haber llegado ya estaban en el aire rumbo al sur.

—¿Submarinismo? —oyeron decir a Mitchell por los auriculares que llevaban.

—¿Cómo? —contestó Remi.

—Supongo que es el motivo por el que vais a Mafia.

—Ah. Claro.

—Señor Mitchell, ¿cuánto tiempo lleva en África? —preguntó Sam.

—Me llamo Ed. Veintidós años, creo. Vine con la RAND a instalar un radar en el ochenta y ocho. Me enamoré de esta tierra y decidí quedarme. Piloté avionetas Spad y helicópteros Huey en Vietnam, así que trabajar de piloto especializado me pareció ideal. Monté un negocio y el resto es historia.

—Me suena —contestó Remi.

—¿Qué parte?

—Lo de enamorarse de África.

—Este sitio suele engancharte. Cada dos o tres años voy a Estados Unidos para ver a mis amigos, pero siempre acabo volviendo al poco tiempo. —Por primera vez, Mitchel soltó una risita—. Supongo que soy un yonqui de África.

—¿Qué sabes de la isla de Sukuti? —preguntó Sam.

—Es perfecta para hacer submarinismo. El dueño es muy quisquilloso. Un tipo llamado Ambonisye Okafor. ¿Pensáis ir allí?

—Lo estamos pensando.

—Podemos sobrevolarla. Él es el dueño de la isla, no del espacio aéreo. Solo nos llevaría un cuarto de hora más o menos.

Mitchell realizó el cambio de rumbo, y a los pocos minutos la isla apareció por la ventanilla izquierda.

—En realidad, Sukuti forma parte del archipiélago de Mafia y, dependiendo de a quién le preguntéis, de la cadena de las Especies junto con Zanzíbar —dijo Mitchell—. Hay una Sukuti grande y una pequeña: la grande está situada al norte y la pequeña al sur. ¿Veis el pequeño canal que hay entre las dos? Como solo mide quince o veinte metros de ancho, se considera oficialmente una única masa continental. En total, aproximadamente trece kilómetros cuadrados. ¿Veis aquella otra de allí, a seis kilómetros al sur? Es Fanjove del Norte.

—¿Y la alargada que hay entre ellas? —preguntó Remi.

—Es más un atolón que una isla: un arrecife y un banco de arena. No tiene nombre, que yo sepa. Está tan cerca de la superficie que parece sólida. Se puede andar por encima, pero el agua te llegaría a las rodillas.

—¿Y esos cráteres? —preguntó Sam, mirando por la ventanilla.

—Sí. Durante la Primera Guerra Mundial, los buques de guerra y los cruceros alemanes solía usar Sukuti y Fanjove para hacer prácticas de tiro. En algunos lugares agujerearon la capa freática. Por eso Fanjove es tan famosa entre los submarinistas aficionados a las cuevas. Descienden por los cráteres atados con cuerdas y se dedican a explorar. Cada año mueren tres o cuatro. ¿Vais a...?

—No —contestó Sam—. Lo nuestro es el buceo normal y corriente.

—Tened cuidado. Okafor reclama la propiedad de Sukuti en tres kilómetros a la redonda. Tiene patrulleras y guardias armados. Incluso intenta advertir a la gente para que no vaya a Fanjove, pero no tiene ningún derecho legal en esa zona. Allí está su casa... en el pico.

Sam y Remi alargaron el cuello para mirar. La residencia de vacaciones isleña de Ambonisyé Okafor era una casa de campo de estilo italiano con cuatro plantas rodeada de un alto muro de piedra hasta la altura del pecho. Unos senderos de conchas trituradas perfectamente cuidados se extendían desde la finca como rayos de rueda torcidos.

Si la hubieran soltado en el océano Pacífico sesenta y cinco años antes, la Gran Sukuti habría pasado perfectamente por una isla fortificada japonesa durante la Segunda Guerra Mundial. Con la forma de un cono cuya parte posterior hubiera sido cortada a ras del agua, el extremo sur y el extremo inferior de la isla estaban desprovistos de vegetación, salvo algún que otro matorral, y carecían por completo de refugio, excepto unos cuantos cantos rodados. A unos ochocientos metros de la orilla, el paisaje lunar daba paso a una ringlera de selva forestal que acababa donde empezaban los terrenos de la finca.

—Si sustituyes esa casa por un bunker, tienes una versión reducida de Iwo Jima —dijo Sam—. Para mantener esa selva a raya debe de hacer falta personal de mantenimiento a jornada completa.

Dos de los senderos de la isla les llamaron la atención. Uno conducía a un muelle en la parte noroeste de la isla. El *Njiwa* estaba amarrado junto al embarcadero. Enfrente de él, había dos lanchas motoras Rinker como las que Rivera y sus hombres habían usado durante el robo de la campana. Vieron varias figuras moviéndose por la cubierta del *Njiwa*, pero desde tanta altura no podían distinguir los rostros.

El otro sendero destacado conducía a un claro bordeado de piedras pintadas de blanco; en el centro, más piedras, esta vez incrustadas en la tierra, formaban una hache gigantesca. Una pista de aterrizaje para helicópteros.

—Ed, ¿eso es...?

—Sí. Es dueño de un Eurocopter EC135. Un pájaro de primera. Okafor ya no va en coche si puede evitarlo. Cosa de estatus, supongo. ¿Alguno de vosotros pilota?

—Yo tengo un monomotor—contestó Sam—. He recibido clases de piloto de helicóptero. Tengo diez horas en cabina. Es más difícil adaptarse de lo que me imaginaba.

—Y que lo digas.

—No veo muchos guardias ni vallas allí abajo —dijo Remi—. Es raro para un hombre que disfruta de su intimidad.

—Es tan famoso que ya no necesita tanta protección. Demanda a los intrusos sin

piedad. Se rumorea que unos cuantos incluso han desaparecido después de tentar a la suerte.

—¿Usted cree que es verdad? —preguntó Sam.

—Suelo hacerlo. Okafor fue general del ejército tanzano antes de jubilarse. Es un tipo duro que da bastante miedo. ¿Ya habéis visto bastante?

—Sí—respondió Sam.

El resto del vuelo transcurrió sin contratiempos, interrumpido únicamente por los ocasionales comentarios de Ed a través de los auriculares para señalarles lugares de interés y proporcionarles datos de la historia africana. Poco antes de las siete y media aterrizaron en la pista de grava de la isla de Mafia y se deslizaron hasta la terminal, un edificio encalado con un reborde azul oscuro y un tejado de hojalata rojo ladrillo. Junto al edificio había un par de oficiales de inmigración uniformados sentados a la sombra de un baobab.

Cuando los motores se pararon, Ed salió y cogió las mochilas del compartimento de carga. Les dio su tarjeta.

—Buen viaje, familia Fargo. Llamadme si os metéis en líos —dijo, y a continuación les dedicó una sonrisa inequívoca de conspirador.

Sam le devolvió la sonrisa.

—¿Sabe algo que nosotros no sabemos?

—No, pero reconozco a los adictos a la aventura. Me parece que vosotros dos sabéis arreglároslos mejor que la mayoría, pero África es un sitio implacable. El número de la tarjeta es el de mi teléfono por satélite. Lo dejaré encendido.

—Gracias, Ed.

Se estrecharon la mano, y luego Ed se volvió y se encaminó a una construcción metálica prefabricada, cuya ventana exhibía un parpadeante rótulo de neón rojo en el que se leía: CERVEZA.

Cogieron sus mochilas y se dirigieron a la terminal, pero los dos oficiales del baobab los interceptaron en la acera. Tras mirar de forma somera sus pasaportes, los oficiales inspeccionaron sus cosas y a continuación les sellaron los pasaportes y les dijeron «Bienvenidos a la isla de Mafia» en un inglés rudimentario.

—¿Necesitan taxi? —preguntó uno de los oficiales.

Sin esperar una respuesta, levantó la mano y silbó. En el espacio situado frente a la entrada del aeropuerto para que los vehículos dieran la vuelta, un Peugeot gris muy oxidado arrancó gruñendo.

—Gracias, pero no —dijo Sam—. Buscaremos nuestro propio medio de transporte.

Sin bajar la mano, el oficial miró con perplejidad a Sam.

—¿Eh?

Sam señaló el Peugeot y negó con la cabeza.

—*La asante* —dijo. «No, gracias.» El oficial se encogió de hombros y despachó al taxista con la mano.

—*Sawa* —dijo a su vez. «Está bien.» Él y su compañero regresaron al baobab.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó Remi.

—Estaban conchabados. En el mejor de los casos, nos estafan; en el peor, nos llevan a un callejón y nos roban.

Remi sonrió.

—Sam Fargo, ¿dónde está tu fe en la humanidad?

—En este momento en el mismo sitio que mi cartera: bien escondida.

Aunque la isla de Mafia era un destino conocido para los submarinistas extremos, también era un centro del mercado negro tanzano. Sam se lo explicó a Remi.

—Eres una fuente de sabiduría —dijo ella—. ¿De dónde has sacado esa información?

—Me he descargado el Libro Mundial de Datos de la CIA en el iPhone. Es muy útil. Venga, iremos andando. No está lejos.

—¿Qué impedirá que nos atraquen en la calle? Sam levantó el faldón de su camisa para dejar a la vista la culata de la Heckler & Koch.

Remi sonrió y sacudió la cabeza.

—Tómalo con calma, vaquero. No quiero ninguna recreación del duelo en el O.K. Corral, por favor.

Según sus mapas, la pista de aterrizaje de la isla de Mafia dividía la ciudad más grande de la isla, Kilindoni, en la parte norte y la parte sur, la primera situada más hacia el interior y la segunda pegada a la costa. Allí era donde Selma les había dicho que encontrarían los muelles y el barco que había alquilado para ellos.

Aunque todavía no eran las ocho de la mañana, el sol brillaba intensamente en el cielo azul despejado, y a los pocos minutos de abandonar la pista de aterrizaje, Sam y Remi ya estaban sudando. Notaban miradas que seguían cada uno de sus movimientos; muchas eran de niños curiosos que los flanqueaban, saludaban con la mano y sonreían tímidamente a los extraños blancos que habían ido a su pueblo.

Después de avanzar veinte minutos por caminos de tierra compactada bordeados de chozas destartaladas cuya composición iba de la hojalata a los ladrillos pasando por el cartón, llegaron a la playa. Las dunas que daban al mar estaban llenas de cobertizos para embarcaciones y almacenes igual de desvencijados. Una docena de muelles de tablas de madera se adentraban en las olas. Entre treinta y cuarenta embarcaciones, desde yates con décadas de antigüedad hasta esquifes y *dhow*s tanto impulsados por vela como motorizados, cabeceaban anclados en el puerto. Cerca de la orilla trabajaban grupos de hombres y muchachos reparando redes, restregando

cascos o limpiando pescado.

—Echo de menos el Andreyale —murmuró Remi.

—Bueno, ahora que tiene un agujero de granada en el centro de la cubierta de popa, es propiedad nuestra —contestó Sam—. Podemos sacarlo del fondo. Lo consideraremos un recuerdo. —Se volvió y escudriñó la hilera de edificios repartidos a lo largo de la duna—. Estamos buscando un bar llamado Pájaro Rojo.

—Allí—dijo Remi, señalando con el dedo una casa alargada, con el tejado de paja, situada cincuenta metros playa abajo.

El edificio tenía delante un letrero de madera contrachapada de un metro y veinte por dos y medio con un cuervo pintado en color rojo chillón.

Caminaron en esa dirección. Conforme se acercaban a los escalones de madera, un cuarteto de hombres interrumpieron su animada conversación y los miraron.

—Buenos días —les dijo Sam—. Estamos buscando a Buziba.

Durante diez segundos largos ninguno dijo nada.

—Unazungumza kiingereza? —dijo Remi. «¿Hablan inglés?»

No hubo respuesta.

Durante los dos minutos siguientes, Sam y Remi emplearon sin éxito sus limitados conocimientos de swahili para tratar de entablar un diálogo. Una voz dijo detrás de ellos:

—Buziba, no seas idiota.

Al volverse, vieron a un sonriente Ed Mitchell detrás de ellos. Tenía una cerveza Tusker en cada mano.

—¿Nos has estado siguiendo? —preguntó Sam.

—Más o menos. Ahora mismo seguramente somos los tres únicos estadounidenses en la isla. He pensado que no perdía nada por ser un poco solidario. Conozco al viejo Buziba —dijo Ed, señalando con la cabeza al hombre canoso sentado en el escalón superior—. Habla inglés. Se hace el tonto para regatear.

Ed soltó una frase en swahili, y los otros tres hombres se levantaron y entraron sin prisa en el bar.

—Pórtate como un caballero, Buziba —dijo Ed—. Son amigos míos.

La expresión adusta del anciano desapareció. Sonrió de oreja a oreja.

—Los amigos de míster Ed son amigos míos.

—Te he dicho que no me llames así —dijo Mitchell, y acto seguido se dirigió a Sam y Remi:

—Ha visto la reposición de la serie por televisión. Le hace gracia compararme con un caballo parlante.

—Su inglés es muy bueno —dijo Remi a Buziba.

—Sí, impecable. Mejor que su swahili, ¿verdad?

—Sin duda —respondió Sam—. Una amiga nuestra le llamó con relación a un

barco.

Buziba asintió con la cabeza.

—La señora Selma. Ayer. Tengo su barco. Cuatrocientos dólares.

—¿Por día?

—¿Eh?

Ed dijo algo en swahili, y Buziba respondió.

—Lo vende por cuatrocientos —dijo Ed—. El año pasado dejó de pescar; ha estado intentando venderlo desde entonces. El bar le da suficiente dinero.

Sam y Remi intercambiaron unas miradas.

—Probablemente aquí pagaríais esa cantidad por dos días de alquiler a cualquier otra persona.

—Veámoslo —dijo Sam.

Los cuatro anduvieron por la playa hasta el lugar, donde había un *dhow* azul aguamarina de cinco metros y medio apoyado sobre media docena de caballetes en forma de uve. Un par de chicos estaban en la arena junto al casco de la embarcación. Uno raspaba mientras el otro pintaba.

—Miren —dijo Buziba—. Inspeccionen.

Sam y Remi dieron una vuelta alrededor del *dhow*, buscando señales de deterioro y mal estado. Sam hurgó en las juntas con su navaja suiza mientras Remi daba golpecitos a la madera, comprobando si estaba podrida. Sam se dirigió a la popa, trepó por la escalera apoyándose contra el espejo de popa y subió a la cubierta. Volvió a aparecer dos minutos más tarde y gritó:

—Las velas están podridas.

—¿Eh? —contestó Buziba.

Ed le tradujo la frase, escuchó la respuesta de Buziba y dijo:

—Por cincuenta dólares le pondrá unas nuevas.

—¿Cómo es la cabina? —preguntó Remi a Sam.

—Sumamente acogedora. No es el Moevenpick, pero hemos estado en sitios peores.

—¿Y el motor?

—Viejo pero bien conservado. Deberíamos poder navegar a seis o siete nudos.

Remi se dirigió al espejo de popa e inspeccionó la hélice y el eje.

—Apuesto a que a los cojinetes les vendría bien volver a lubricarlos.

Ed tradujo la frase, escuchó y acto seguido contestó:

—Dice que por otros cincuenta estará hecho en dos horas.

—Veinticinco —replicó Sam—. Que me dé los materiales y las herramientas, y lo haré yo mismo.

Buziba proyectó el labio inferior y empujó hacia fuera la barbilla, pensando.

—Cincuenta. Incluyo agua y comida para dos días.

—Tres días —contestó Remi.

Buziba lo consideró y a continuación se encogió de hombros.

—Tres días.

Océano Índico

—Vale, apágalo —gritó Sam.

Remi quitó el contacto, y los motores del *dhow* dejaron de funcionar renqueando. Sam izó las velas, y contuvieron la respiración hasta que el viento sopló en ellas y las hinchó. La proa se elevó ligeramente, y la embarcación avanzó dando bandazos. Sam se dirigió a popa moviéndose como un cangrejo y descendió a la cubierta de popa junto a Remi.

—Ya hemos despegado —dijo Sam.

—Espero que no tengamos que llamar a Houston para avisar de un problema —contestó Remi, y le dio una botella de agua.

Era ya media tarde, y solo estaban a ocho kilómetros al norte de la isla de Mafia. Aunque el experto ojo de Remi había reparado en el problema de los cojinetes del eje de la hélice, hasta que Sam la desmontó no se dieron cuenta de cuánto tiempo llevaría la reparación. Mientras Remi supervisaba cómo los chicos acababan las labores de mantenimiento y cambiaban las velas, Sam y Ed trabajaron a la sombra de un toldo improvisado con una sábana.

Una vez que hubieron acabado, Buziba y otra docena de chicos aparecieron y llevaron el *dhow* hasta la orilla, donde probaron el motor y dieron un paseo por el puerto. Una hora más tarde, con el *dhow* completamente abastecido de agua, provisiones y comida, Sam y Remi dijeron adiós con la mano a Buziba y a Ed y zarparon.

—¿Cuánto falta para que lleguemos? —preguntó Remi.

Sam se levantó, cogió la carta de navegación que habían encontrado en la cabina y la desdobló sobre su regazo. Comprobó la lectura de su GPS portátil y trazó su posición.

—Sesenta y dos kilómetros. Avanzamos a unos cinco nudos... Si navegamos toda la noche, llegaremos poco después de medianoche. O podemos buscar un sitio para amarrar el barco por la noche, zarpar temprano y llegar allí al amanecer. Hay una isla sin nombre a unos diecinueve kilómetros al sur de Fanjove.

—Yo voto por eso. Sin radar, nos estamos buscando problemas.

—Estoy de acuerdo. De todas formas, no podríamos ver nada de Sukuti hasta que fuera de día.

Navegaron al norte durante otras cinco horas, cogieron un viento de cola y encontraron la isla justo cuando el borde superior del sol se estaba hundiendo tras el horizonte. Una vez que el barco estuvo bien amarrado, Remi se metió en la cabina unos minutos y salió con una linterna, un hornillo y dos latas de comida.

—¿Qué le sirvo, capitán? ¿Judías en salsa de tomate o judías en salsa de tomate y salchichas de Frankfurt?

Sam frunció los labios.

—Opciones, opciones. Celebremos que no nos hemos hundido. Comamos las dos cosas.

—Buena elección. Y de postre, mango fresco.

El catre sorprendentemente cómodo, unido al aire salado y al suave balanceo de la embarcación anclada, los sumieron en un profundo y plácido sueño. A las cuatro de la madrugada el reloj de Sam sonó, y se levantaron y se pusieron en movimiento. Tomaron un desayuno compuesto por sobras de mango y café cargado antes de levar el ancla y zarpar de nuevo.

Perdieron una hora por culpa de los vientos suaves que soplaban antes del amanecer, pero poco antes de que saliera el sol se levantó aire y pronto estaban navegando hacia el norte a una velocidad constante de seis nudos que los situó a la vista de la isla de Fanjove del Norte a las siete de la mañana. Media hora más tarde alcanzaron el atolón que Mitchell les había señalado. Allí plegaron las velas, encendieron el motor y pasaron otros exasperantes cuarenta minutos abriéndose camino con cuidado entre los arrecifes hasta que llegaron a la zona sur de la pequeña isla de Sukuti. Sam maniobró a lo largo de la costa hasta que Remi vio una cueva llena de árboles que con suerte ocultarían el *dhow* de las miradas curiosas. Siguiendo las señales de la mano de Remi desde la proa, Sam viró hacia la cueva. Apagó el motor y dejó que la embarcación avanzara a la deriva hasta que la proa se encajó suavemente entre dos manglares que sobresalían en diagonal de la orilla.

Después de haber oído el ruido constante del motor durante la última hora, el repentino silencio resultaba irritante. Permanecieron inmóviles unos instantes, escuchando, hasta que la selva que los rodeaba cobró de nuevo vida con una algarabía de gritos y murmullos.

Remi amarró la bolina al tronco de un árbol y se dirigió a popa para reunirse con Sam en la cubierta.

—¿Cuál es el plan? —preguntó.

—Suponemos que la campana sigue a bordo del *Njiwa*. Es la mejor situación posible. Con suerte, no tendremos que pisar la isla. En cualquier caso, tenemos que esperar a que anochezca. De momento, propongo que reconozcamos el terreno y comamos un poco.

—Reconocimiento y comida —repitió Remi—. El plan ideal para cualquier mujer.

A diferencia de su versión más grande, la pequeña isla de Sukuti era todo manglares y selva, menos un solitario pico dentado que se hallaba a menos de ciento

cincuenta metros de la superficie del mar en vertical, pero, como Sam y Remi habían descubierto en muchas ocasiones, una ascensión de ciento cincuenta metros por caminos sinuosos y accidentados podía convertirse en una caminata de tres horas.

A las diez de la mañana, sudando copiosamente y llenos de picaduras de insectos y de barro, salieron del pantano y se abrieron paso hasta la selva. Con Sam en cabeza, avanzaron hacia el norte hasta que se toparon con lo que estaban buscando: un arroyo. Si había agua tenía que haber animales, y si había animales tenía que haber senderos. Solo tardaron unos minutos en encontrar uno que se dirigía al noroeste hasta la cumbre de la isla. Poco antes de la una del mediodía, salieron de la selva y se encontraron al pie de la escarpa.

—Qué alivio —dijo Remi, mirando hacia arriba.

La pared de roca era fácil de escalar, con unos quince metros de altura y un ángulo de pendiente que no pasaba de los cincuenta grados, llena de peñascos y grietas que podían usar como puntos de apoyo. Tras una breve pausa para beber agua, empezaron a ascender y no tardaron en encontrarse al abrigo de un pequeño hueco rocoso situado debajo del pico. Los dos sacaron los prismáticos de sus mochilas y miraron a su alrededor.

—Allí está —murmuró Sam.

A un kilómetro y medio de distancia y unos treinta metros por debajo de ellos estaba la casa de Okafor. Pintada de amarillo mantequilla con austeras molduras blancas, se encontraba en un claro circular casi perfecto de tierra marrón rojiza. A esa distancia podían distinguir los detalles que no habían visto desde el aire. Tal como Sam había vaticinado, un trío de hombres con monos verdes estaba trabajando en la parte este de los jardines, dos lanzando tajos con machetes al abundante follaje, y el tercero cortando una parcela de césped. La casa era enorme: medía unos mil cuatrocientos metros cuadrados y tenía balcones envolventes en cada planta. En la parte de atrás de la finca había algo parecido a una antena de radio o una torre de televisión por satélite.

—¿Ves eso? —preguntó Remi.

—¿El qué?

—En el tejado, en la esquina este.

Sam enfocó con los prismáticos a donde había indicado Remi y vio unos prismáticos navales fijados en un trípode.

—Bueno —dijo Sam—, la mala noticia es que hacia el sudoeste pueden ver prácticamente cualquier cosa que se acerque a quince kilómetros. ¿Ves el cable coaxial sujeto a la casa?

—Sí.

—Supongo que es para el control remoto y la vigilancia. Probablemente haya una sala de control en la casa. La buena noticia es que no creo que tengan visión

nocturna.

Siguieron haciendo una panorámica del lugar con los prismáticos, descendiendo por la pendiente hasta el helipuerto. En el borde del perímetro de piedra blanco, un hombre con mono caqui se hallaba sentado en una tumbona; apoyado en su muslo izquierdo había un fusil de asalto AK-74.

—Está dormido —dijo Remi.

—Eso y que no se ve el helicóptero quiere decir que el jefe está fuera. —Sam enfocó de nuevo con los prismáticos. Un instante después dijo:

—He visto movimiento en el *Njiwa*.

—Lo veo —contestó Remi—. Hay una cara conocida.

El cuerpo delgado y fibroso de Itzli Rivera y su cara demacrada eran inconfundibles. Estaba de pie en la cubierta de popa del yate, con un teléfono por satélite en la oreja. Después de escuchar durante un minuto asintió con la cabeza, consultó su reloj, dijo algo y colgó. Se volvió hacia popa, formó una bocina con las manos y gritó algo. Al cabo de unos segundos, Nochtli y Yaotl llegaron corriendo a través del arco de la cubierta superior de babor y se detuvieron frente a Rivera, quien habló con ellos unos minutos antes de que se marcharan a toda prisa.

—Parecía que Rivera estuviera dándoles órdenes de alguien de más arriba. Esperemos que tengan que ver con la campana.

—Nuestra campana —lo corrigió Remi sonriendo.

—Me gusta tu forma de pensar. Y ahora contemos cuántos guardias hay.

Dedicaron los quince minutos siguientes a hacer el recuento y contaron cuatro guardias: uno en el helipuerto, otro patrullando la carretera del muelle y dos paseando por el perímetro de la casa. A menos que hubieran pasado por alto a alguno, parecía que no hubiera guardias vigilando las inmediaciones de la isla.

—No podemos olvidarnos de Rivera y de sus dos secuaces —dijo Sam—. Probablemente se alojen en el barco. Si es el caso, puede que tengamos que buscar una forma de hacerles salir.

—No va a ser fácil. Teniendo en cuenta las molestias que se han tomado para conseguir la campana, probablemente duerman al lado de ella.

Pasaron el resto de la tarde dibujando un mapa detallado de la isla y disfrutando de un sucedáneo de picnic a base de fruta, nueces y agua embotellada. Poco después de las cinco, oyeron un sonido tenue de hélices al oeste. Enfocaron con los prismáticos, y el sonido no tardó en adoptar la forma de un helicóptero. El Eurocopter EC135 de Ambonisyé Okafor, de color negro azabache y con cristales tintados, sobrevoló la isla y realizó un pequeño circuito, como si el hombre a bordo estuviera contemplando su reino, antes de parar, planear sobre el helipuerto y aterrizar. El guardia de servicio ya estaba firme, con la espalda erguida y presentando un AK-74.

Mientras los rotores giraban cada vez más despacio, la puerta lateral se abrió y salió un hombre africano alto y delgado, con un immaculado traje blanco y unas gafas de sol de espejos.

—Se acabó la diversión —dijo Sam—. Papá ha vuelto a casa.

—Está claro que nuestro anfitrión fue a la escuela de moda de Idi Amin —dijo Remi—. Me apostaría algo a que su armario está lleno de clones de ese conjunto.

Sam sonrió tras los prismáticos.

—Por otra parte, ¿quién se va a arriesgar a decirle que se repite?

Okafor atravesó el helipuerto a zancadas y saludó bruscamente al guardia. Al llegar al camino, un coche eléctrico de golf paró delante de él. Subió al vehículo, y éste ascendió la cuesta hacia la casa.

—Ahora veremos si la vuelta de Okafor provoca alguna reacción.

Después de otros diez minutos, el cochecito regresó cuesta abajo, se metió en el camino del muelle y paró frente al *Njiwa*. Rivera cruzó la pasarela dando zancadas y se colocó en el asiento del pasajero, y el vehículo volvió a la casa, en cuyo interior desapareció Rivera. Salió veinte minutos más tarde, y el coche de golf lo llevó de vuelta al *Njiwa*. Sam y Remi siguieron enfocando el yate con los prismáticos. Pasaron cinco minutos, luego diez, luego veinte. No había movimiento alguno en las cubiertas; ninguna reacción tras el encuentro de Rivera con Okafor.

—No ha sido nada del otro mundo —dijo Remi, mirando de soslayo a Sam—. Sé que estás tramando algo. ¿Tienes un plan de ataque?

A lo largo de los años, las personalidades complementarias de Sam y de Remi habían determinado la forma en que planificaban las partes más peligrosas de sus aventuras; Sam desarrollaba un plan, y Remi hacía de abogada del diablo, sometiendo el plan a su aguda mente, hasta que decidían que era viable y minimizaban las probabilidades de verse en apuros. Hasta el momento, el sistema había funcionado bien, pero a menudo acababan con el agua hasta el cuello.

—Casi —dijo Sam. Retiró los prismáticos y consultó el reloj—. Más vale que empecemos a bajar. Dentro de cuatro horas anochecerá.

La caminata de vuelta fue más llevadera, en parte porque no tenían que oponer resistencia a la gravedad y en parte porque ya habían abierto el camino. Cuando estuvieron de nuevo al nivel del mar, circunnavegaron el manglar hacia el sur, viraron otra vez al norte en la playa y luego nadaron los últimos cuatrocientos metros. Estaban aproximándose a la boca de la cueva cuando Remi dejó de nadar y dijo:

—Silencio. Escucha.

Sam lo oyó instantes después: el rumor tenue de un motor marino en algún lugar a su derecha. Se giraron y vieron una lancha motora Rinker a unos cien metros de distancia a la vuelta del cabo. Había un hombre al timón; detrás de él había otro,

oteando la línea de la costa a través de unos prismáticos.

—¡Respira hondo! —dijo Sam a Remi.

Llenaron los pulmones de aire y se zambulleron bajo el agua. A un metro ochenta por debajo de la superficie, se estabilizaron y empezaron a bucear hacia la cueva. Sam llegó a la orilla con el brazo extendido segundos antes que Remi. Rodeó con los dedos las raíces que sobresalían del lodo, se volvió, cogió la mano de Remi y la atrajo hacia sí. Sam señaló con el dedo por encima de sus cabezas un lugar de la superficie donde flotaba una maraña de maleza marchita. Salieron a flote y miraron a su alrededor.

—¿Has oído el motor? —susurró Sam a Remi al oído.

—No... Espera, allí están.

Sam miró en dirección al lugar adonde Remi señalaba con la cabeza. A través de las ramas, vio la lancha detenida en el agua a unos quince metros de donde estaban. El motor tosió una vez, renqueó y se paró. El piloto volvió a intentarlo, pero obtuvo el mismo resultado. Golpeó el timón con el puño. Su compañero acudió a la popa, se arrodilló y levantó la escotilla del motor.

—Problemas con el motor —susurró Sam—. Dentro de poco seguirán adelante.

Los dos sabían que cabía esa opción o que tuvieran que llamar para que los remolcaran, lo que significaba que Sam y Remi no podrían ir a ninguna parte durante un rato.

—Cruza los dedos —contestó Remi.

A bordo de la lancha, el segundo hombre se volvió y dijo algo al piloto, quien intentó arrancar el motor, pero la máquina tosió y se apagó.

—La bujía —murmuró Sam.

Por el rabillo del ojo vio que Remi movía la cabeza, inclinándola lentamente hacia atrás hasta que su cara quedó mirando hacia arriba. Sam volvió despacio la cabeza, miró a Remi y siguió su mirada. Se encontró con un par de ojos marrones pequeños y brillantes. A menos de quince centímetros de distancia, los ojos parpadearon una vez y a continuación se entornaron ligeramente. Sam tardó un instante en darse cuenta de lo que estaba viendo.

—Un mono —susurró a Remi.

—Sí, Sam, ya me he fijado.

—¿Capuchino?

—Colobo, creo. Joven.

Oyeron que el motor volvía a girar. Esa vez arrancó, renqueó y empezó a marchar en vacío. Encima de ellos, el colobo agitó la cabeza hacia arriba al oír el ruido, aferrando las ramas con sus manitas. El animal volvió a mirar a Sam y a Remi.

Esta arrulló al mono:

—Tranquilo, pequeño...

El colobo abrió la boca y empezó a chillar ya sacudir las ramas con tal violencia que les cayeron hojas encima.

Sam agachó la cabeza y miró a través del montón de maleza. Los dos hombres se levantaron a bordo de la lancha, con los fusiles al hombro, apuntando con la boca del arma en dirección a ellos. De repente, un estallido. La boca de un fusil emitió un fogonazo. La bala pasó silbando entre el follaje por encima de sus cabezas. El colobo chilló más fuerte y agitó las ramas. Sam tanteó bajo el agua, encontró la mano de Remi y la apretó.

—¿Están...? —susurró ella.

—No lo creo. Están buscando comida.

Otro estallido. Más gritos y ramas sacudidas.

Silencio.

Sam oyó que el golpeteo de las manos y las patas del mono se alejaba.

—Están girando en dirección a nosotros —susurró Sam—. Prepárate para respirar hondo.

Observaron a través de la maleza cómo la proa de la lancha motora cambiaba de dirección hasta apuntarles directamente. Empezó a deslizarse hacia delante, acortando poco a poco la distancia. El segundo hombre estaba en ese momento al lado del piloto, con el fusil apoyado en el marco del parabrisas.

—Espera, Remi —espetó Sam—. Espera... —Cuando la lancha estaba a menos de cincuenta metros, dijo—: Respira hondo... abajo.

Se sumergieron juntos, dando zarpazos en busca de asidero mientras descendían boca abajo por la orilla. Cuando sus pies se hundieron en el lodo, estiraron el cuello hacia atrás. En la superficie, la proa de la lancha se estaba abriendo paso entre el montón de maleza. Sam y Remi oyeron voces amortiguadas y luego ramas partidas. Cayeron hojas y salpicaron la superficie.

Finalmente, después de casi un minuto, la hélice de la lancha motora dio marcha atrás y comenzó a girar. La embarcación comenzó a retroceder. Sam y Remi aguardaron para salir a la superficie hasta que la proa giró y la lancha empezó a alejarse. Recobraron el aliento y observaron cómo la lancha desaparecía a la vuelta del recodo.

—No lo han cogido, ¿verdad? —preguntó Remi.

Sam se volvió y le sonrió.

—Esa es mi chica, defendiendo a los animales hasta el final. No, ha escapado. Vamos, larguémonos de aquí.

Isla de Sukuti

—¡Allí! —gritó Remi desde la proa—. ¡Para! Retrocede despacio.

Con la visión tapada por el mástil, Sam puso el motor en punto muerto, dejó que el *dhow* navegara un poco a la deriva y a continuación dio marcha atrás y retrocedió con cuidado alrededor de la línea de la costa que habían estado siguiendo.

—Muy bien —gritó—. Están aproximadamente un kilómetro y medio por delante de nosotros. Dentro de diez minutos, girarán al norte.

Cuarenta minutos antes, después de varar el *dhow* en la cueva, se habían puesto en camino sin demora. Sam y Remi esperaban que la lancha siguiera una ruta por la costa meridional de Sukuti hasta los muelles de Okafor, pues ellos tenían planeado navegar por el norte de la isla. Estaban deseando llegar a la relativa seguridad de la ensenada que separaba la Pequeña Sukuti de la Gran Sukuti... siempre que no se encontrara en la ruta de la lancha.

Aunque la ruta más rápida a los muelles habría sido una vía directa por la costa meridional, también los habría dejado expuestos a los ojos y los oídos de cualquier observador. Yendo por la ensenada hacia el norte y siguiendo la costa hasta el lado oeste, serían invisibles para cualquiera que no estuviera en lo alto de la escarpa.

Permanecieron en silencio contemplando el sol en su lento arco descendente hacia el horizonte, hasta que por fin Remi consultó el reloj y dijo:

—Avante lento.

Sam arrancó y dejó que entrara combustible en el motor, y salieron con cuidado de detrás de su refugio. En la proa, Remi estaba tumbada boca abajo enfocando la costa con los prismáticos.

—Se han ido —dijo—. Tenemos vía libre.

Sam aceleró, y el *dhow* avanzó balanceándose. Pasaron otros diez minutos.

—Allí está —gritó Remi.

Sam se inclinó de lado sobre la barandilla hasta que vio la desembocadura de la ensenada a un par de cientos de metros de distancia. Con tan solo quince metros de anchura, el canal se parecía tanto a un túnel como una ensenada, con sus orillas cubiertas de espesura y sus árboles inclinados sobre el agua formando un manto impenetrable, salvo una porción de cielo de tres metros de ancho en el centro.

Sam giró el timón de la embarcación a estribor. La proa viró.

Remi se dirigió a popa, se agachó por debajo del botalón y bajó a la cubierta junto a Sam.

—El crucero por la selva —dijo.

—¿Cómo?

—La ensenada. ¿Te acuerdas del crucero por la selva de Disney World? Esto me lo recuerda.

Sam rió entre dientes.

—Era mi atracción favorita de niño.

—Sam, sigue siendo tu atracción favorita.

—Es verdad.

Al cabo de unos minutos se habían acercado a cien metros de la desembocadura de la ensenada. Notaron cómo la embarcación vibraba bajo sus pies, y después de avanzar dando sacudidas alcanzó los cinco nudos en otros tantos segundos.

—Bien pensado —dijo Remi a su marido.

Después de haber experimentado la potencia de la corriente en Zanzíbar, Sam temía encontrarse allí con unas condiciones similares. Situada como estaba a lo largo de la costa, con la marea que subía desde el sur, la desembocadura de la ensenada era un aspirador hidráulico que absorbía el mar desde el sur y lo escupía al norte.

Sam apagó el motor para ahorrar combustible y agarró más fuerte el timón.

—La buena noticia es que probablemente no tengamos que preocuparnos por si encallamos. La corriente está excavando una zanja bastante profunda ahí dentro.

El *dhow* se sacudió a un costado, y la popa se deslizó de lado. Sam enderezó la embarcación primero a estribor y luego a babor, y la proa se volvió a alinear en la desembocadura de la ensenada. Aferrando el timón con las dos manos, Remi estaba inclinada por encima de un costado, con una sonrisa en la cara y su cabello castaño rojizo ondeando tras ella.

—¿A qué velocidad vamos? —gritó.

—A diez o doce nudos —contestó Sam riéndose. Al estar tan cerca de la superficie del agua parecía mucho más rápido—. Más vale que vengas aquí delante, Remi. Voy a necesitar tu vista.

—Sí, capitán. —Ella se dirigió a la proa—. Faltan cincuenta metros —gritó—. Mantén el rumbo.

Sam vio a estribor cómo una ola de un metro veinte chocaba contra un banco de arena descubierto.

—Viene una ola —advirtió a Remi, y giró el timón varios grados para enfrentarse a ella.

La ola les alcanzó en la proa a estribor y empujó la embarcación de lado. La proa empezó a girar y a salirse del curso. Sam giró el timón con fuerza a estribor, compensando el embate hasta que la ola pasó y la proa se alineó de nuevo.

—La cosa pinta bien. Mantén el rumbo —gritó Remi—. Veinte metros.

Sam se inclinó por encima de la barandilla de estribor y miró abajo. El agua añil tenía entre nueve y doce metros de profundidad, pero a casi dos metros a la derecha podía ver el fondo de arena blanca a través del agua turquesa. Se inclinó a babor y vio

lo mismo.

—No nos sobra mucho espacio —gritó Sam—. ¿Qué pinta tiene más adelante?

—Es todavía más estrecho. ¿Quieres un poco de lastre?

—Claro.

Remi se movió boca abajo, cogió el ancla Danforth de su soporte, la arrojó por la proa y dejó que la amarra se deslizara entre sus manos hasta que notó que rebotaba en el fondo. Tiró varios centímetros de la cuerda y la sujetó a la barandilla. El *dhow* empezó a avanzar más despacio hasta que se movieron a sacudidas.

—Diez metros —gritó Remi.

Y entonces, como si de repente el sol se hubiera eclipsado, la embarcación se introdujo en la ensenada. A la izquierda y a la derecha había paredes verdes; en lo alto, una cinta irregular de cielo azul. Sam miró a popa y experimentó una oleada de vértigo cuando la desembocadura de la ensenada pareció cerrarse como la puerta multicolor de una nave espacial.

—Se acerca una curva —gritó Remi—. Cuarenta y cinco grados a estribor.

Sam volvió a mirar hacia delante.

—Cuando tú digas.

—Tres... dos... uno... ¡Gira!

Sam torció el timón un cuarto de giro a babor y lo mantuvo sujeto.

—¡Gira a estribor! —gritó Remi. Sam giró de nuevo el timón.

—Mantenlo ahí —ordenó Remi. Pasaron unos segundos—. Vale, gira otra vez con cuidado a babor. Sigue... más... Bien. Mantén el rumbo.

En el momento preciso, la corriente disminuyó hasta que el *dhow* avanzó a ritmo normal. La ensenada se ensanchó un poco, dejando unos cuatro metros y medio en los dos lados.

—Leva el ancla —dijo Sam—. Creo que no hay peligro.

Remi recogió el ancla Danforth y volvió a la cabina. En las orillas se oían los sonidos de la selva al anochecer: los chillidos lastimeros de los loros, el croar de las ranas y el zumbido de los insectos.

—Es muy tranquilo —dijo Remi, mirando a su alrededor—. Da un poco de repelús, pero es muy tranquilo.

Sam cogió el mapa de su compartimiento y lo desdobló sobre el techo de la cabina. Remi encendió una linterna. Sam pasó el dedo índice por encima de la isla.

—Necesitamos la circunferencia.

Remi cogió el compás de puntas y lo movió por la línea de la costa, marcando de vez en cuando cabos y lugares de referencia con un lápiz. Una vez que hubo acabado, garabateó unos cálculos en los márgenes y dijo:

—La Gran Sukuti está a catorce kilómetros, más o menos. La pequeña, a unos ocho.

Sam examinó su reloj un momento.

—Llegaremos a la otra desembocadura dentro de veinte minutos. Si la lancha hace otra ronda, pasará por la parte norte de la ensenada unos veinte minutos más tarde. Si no aparece, probablemente no haya más rondas en toda la noche o las hagan cada pocas horas.

—Eso es mucho suponer —repuso Remi—. Si se da el último caso, puede que nos encontremos con ellos en algún lugar de la costa. Esperemos verlos antes de que ellos nos vean a nosotros.

Sam asintió con la cabeza.

—Hazme un favor. Busca hasta el último rincón de la costa. Tendremos que estar preparados para escondernos enseguida.

Remi tardó diez minutos en acabar la tarea.

—Hay mucho donde elegir, pero no aparecen marcas de profundidad —dijo Remi—; solo puedo estar segura de que cinco o seis sitios tienen suficiente profundidad para nuestro calado.

—Tendremos que improvisar.

—Bueno, ¿y tu plan, general...?

—Ojalá tuviera uno —respondió Sam—. Hay demasiadas variables. No nos queda más remedio que suponer que moverán la campana cuanto antes, o enviándola o arrojándola en alguna parte. Para eso, tienen tres opciones: hacerlo con una lancha, con el *Njiwa* o con el helicóptero de Okafor. Empezaremos por el *Njiwa*. Hagan lo que hagan, la campana seguirá allí hasta que decidan moverla. Si utilizan una lancha o el *Njiwa*, propongo que nos pongamos el sombrero pirata y preparemos un secuestro.

—¿Y si utilizan el helicóptero?

—El mismo plan. Solo que entonces nos pondremos las bufandas de aviador.

—Sam, cariño, no tienes muchas horas de vuelo en helicóptero.

—Creo que puedo conseguir volar los siete u ocho kilómetros hasta tierra firme. Estaríamos al otro lado del canal en seis minutos... probablemente antes de que pudieran organizar un grupo de rescate. Buscamos un claro apartado en alguna parte, la dejamos allí y...

Remi sonrió.

—¿Improvisamos? —Sam se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa—. Es la mejor opción que tenemos —convino Remi—, pero has omitido muchas posibilidades desastrosas.

—Lo sé...

—Por ejemplo, ¿y si nos ven? Tenemos menos armas y somos menos.

—Lo sé...

—Y, cómo no, la más importante: ¿y si ya han movido la campana?

Sam tardó un instante en contestar.

—Entonces se acabó la partida. Si no la interceptamos aquí, la habremos perdido para siempre. Remi, esto es una democracia. Si la decisión no es unánime, no vamos.

—Cuenta conmigo, Sam, ya lo sabes. Pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que nos hagamos un seguro.

El sol se estaba poniendo cuando apareció la desembocadura de la ensenada: un óvalo irregular de luz naranja dorada al final del túnel. Cuando estaban a tres metros de distancia, Remi viró hacia la orilla derecha y aceleró hasta que las ramas que colgaban los cubrieron. De pie sobre la cabina, Sam movió las ramas más gruesas alrededor del mástil y el botalón hasta que el *dhow* quedó arrimado a la orilla. Avanzó a gatas hacia la barandilla de proa y miró entre el follaje.

—Tenemos una visión perfecta —dijo.

El sol había descendido tras la Gran Sukuti, sumiendo la parte occidental de la isla, incluida la ensenada, en el crepúsculo.

—Si están haciendo otra ronda —añadió Sam—, estarán aquí dentro de quince o veinte minutos.

—Voy a coger nuestros bártulos y a buscar unas cosas.

Remi descendió bajo la cubierta. Sam oyó cómo se movía por el camarote. Volvió a la cabina, se sentó y empezó a tararear «Summer Wind», de Frank Sinatra. Cantaron «Hotel California», de los Eagles, «In the Midnight Hour», de Wilson Pickett, y estaban en mitad de «Hey Jude», de los Beatles, cuando Sam levantó la mano para pedir silencio.

Transcurrieron unos segundos.

—¿Qué pasa? —preguntó Remi.

—Nada, supongo. No, allí... ¿Lo oyes? Remi escuchó unos instantes, y allí estaba: el débil rumor de un motor marino.

—El tono parece correcto —dijo.

—Viene del noroeste. Puede que nuestra invitada esté en camino.

De todas las situaciones hipotéticas que habían considerado —una segunda ronda atrasada, un encuentro con la lancha en la costa septentrional o una ronda inmediata que pasara antes de que ellos salieran de la ensenada—, la tercera era ideal. Conociendo la ruta de la lancha y su velocidad media, podían estar bastante seguros de la posición de su enemigo en cualquier momento. Salvo imprevistos, llegarían a los muelles mucho antes que la lancha.

Tumbado boca abajo con los prismáticos levantados, Sam mantenía la vista fija en el cabo a cuatrocientos metros de distancia. El rumor del motor aumentó de intensidad hasta que por fin apareció la proa de la lancha Rinker. Como era de

esperar, estaba ocupada por un piloto y un observador; y como era de esperar también, la embarcación viró hacia el sudeste, siguiendo la línea de la costa.

Se encendió un foco.

—Estamos a salvo —dijo Sam, medio para sí, medio para Remi—. No nos verán a menos que se nos echen encima.

—¿Qué probabilidades hay?

—Un noventa y cinco por ciento. Tal vez noventa.

—Sam...

—Estamos a salvo. Agacha la cabeza y cruza los dedos.

La lancha siguió avanzando. En ese momento estaba a cien metros de la ensenada e iba directa hacia ellos, peinando la orilla y los árboles con el foco.

—Cuando queráis, chicos —murmuró Sam—. Aquí no hay nada que ver... Circulad...

La lancha redujo la distancia a cincuenta metros.

Cuarenta metros.

Treinta metros.

Sam apartó una mano de los prismáticos, la llevó hacia atrás lentamente y cogió la Heckler & Koch del bolsillo del muslo de sus pantalones militares. Levantó el arma y la dejó en la cubierta debajo de su hombro. Retiró el seguro.

La lancha estaba a veinte metros de distancia.

—Remi, será mejor que bajes —susurró Sam.

—Sam...

—Por favor, Remi.

Notó que el *dhow* se balanceaba ligeramente cuando ella descendió por la escalera.

Sam bajó los prismáticos. Se secó la palma de la mano derecha en la pernera del pantalón, cogió la Heckler & Koch, la introdujo a través de las ramas y apuntó a la forma oscurecida situada tras el timón de la lancha. Visualizó la escena: primero el piloto, a continuación el foco y luego el segundo hombre antes de que tuviera ocasión de ponerse a cubierto o de devolver el fuego. Dos disparos por cada uno, luego una pausa y a esperar señales de vida.

La lancha siguió avanzando.

Sam respiró hondo.

De repente, el motor de la lancha aceleró. La proa se elevó y giró a babor, y a los pocos segundos la embarcación desapareció.

Sam espiró. Dio dos golpes en el techo de la cabina. Unos segundos más tarde, Remi susurró:

—¿Despejado?

—Despejado. Mira el mapa. ¿Cuánto falta para que pasen por el extremo norte de

la Pequeña Sukuti?

Oyó un sonido de papel arrugado en la oscuridad, seguido del ruido de un lápiz.

—Está a un poco más de un kilómetro y medio. Dentro de veinticinco minutos estaremos fuera de peligro.

Para mayor seguridad, dejaron pasar treinta minutos antes de zarpar y salir de la ensenada. Durante los siguientes cuarenta minutos se deslizaron por la línea de la costa septentrional, sin alejarse de la playa más de quince metros y sin sobrepasar una tranquila pero frustrante velocidad de tres nudos por hora.

Inclinada sobre el mapa en la cubierta, sujetando la linterna entre los dientes, Remi manejaba el compás de puntas. Alzó la vista y se sacó la linterna de la boca.

—La lancha debe de estar llegando al extremo sur de la Pequeña Sukuti. Les llevamos como mínimo veinte minutos de ventaja.

Llegaron al extremo norte de la Gran Sukuti, se detuvieron para escudriñar la línea de la costa con los prismáticos y volvieron a ponerse en marcha.

—Los muelles están a menos de un kilómetro y medio —dijo Remi a Sam.

—¿Qué opinas? ¿Paramos cuando estemos a ochocientos metros?

—Me parece bien.

Recorrieron la distancia en doce minutos. A babor, el paisaje lunar inclinado de la isla se elevó desde la playa para juntarse con la selva tropical. Sam redujo la velocidad mientras Remi escudriñaba la línea de la costa.

—Este sitio tiene buena pinta —dijo, y se dirigió a la proa.

Sam viró hacia babor, apuntó con la proa a la playa y siguió las lacónicas indicaciones de Remi hasta que gritó:

—Para.

Sam redujo la velocidad, cogió sus mochilas de la cubierta y se reunió con Remi junto a la barandilla de proa. Ella bajó por el costado, y Sam la agarró de las muñecas para ayudarla. El agua le llegaba a la cintura. A continuación, Sam le dio las mochilas.

—Ven aquí—dijo Remi.

—¿Qué?

—He dicho que vengas aquí.

Él sonrió e inclinó la cabeza por el costado hasta que ella pudo estirar el cuello y darle un beso en la mejilla.

—Ten cuidado. No te permito ahogarte.

—Tomo nota. Nos vemos dentro de unos minutos.

La siguiente parte del plan resultó un poco decepcionante. Sam puso la marcha atrás, dio la vuelta y alejó el *dhow* varios cientos de metros de la costa, y a continuación apagó el motor y echó el ancla. Calculaba que había quince metros de

agua debajo de la quilla. Bajó y abrió cada una de las cinco válvulas de la escotilla. Cuando el agua le llegó a las pantorrillas, subió a la cubierta, se lanzó al mar por el costado y empezó a nadar. Cinco minutos más tarde salió en los bajíos y fue vadeando a donde lo esperaba Remi.

Contemplaron juntos cómo el *dhow* se iba hundiendo hasta desaparecer.

Sam dedicó un saludo militar a la embarcación.

—¿Lista? —dijo a Remi.

Ella asintió con la cabeza.

—Tú primero.

Gran isla de Sukuti

Sam se situó en cabeza y caminaron en silencio durante quince minutos, sin desviarse de la arena húmeda más compacta hasta que se tropezaron con un afloramiento rocoso de unos seis metros de altura que dividía la playa. Sam trepó por las resbaladizas rocas, encontró un lugar liso debajo de la cumbre y echó un vistazo por encima. Unos segundos más tarde, se volvió e hizo señas a Remi para que se uniera a él.

Asomaron la cabeza juntos por encima de las rocas. A varios cientos de metros playa abajo, vieron el muelle que sobresalía en el agua. A un lado seguía amarrado el *Njiwa*; las luces interiores de la cabina emitían un brillo amarillo a través de las finas cortinas. Enfrente de él estaban amarradas las dos lanchas Rinker. No había señal ni del piloto ni del pasajero.

—Deben de haber atajado para volver tan rápido —dijo Remi.

—Probablemente se mueven a toda velocidad por la parte sur. Con los prismáticos navales que vimos en el tejado, nadie se va a acercar en esa dirección.

—Por lo menos sabemos dónde está todo el mundo —añadió Remi—. No veo ninguna actividad. ¿Y tú?

—Nada. Tenemos dos opciones, por tierra o por agua.

—Hay demasiadas rocas sueltas en la pendiente y ningún escondite —dijo Remi.

—Estoy de acuerdo. Que sea por agua.

—¿Cómo vamos a subir a bordo del *Njiwa*?

Sam enfocó con los prismáticos hasta que pudo ver la escalera de toldilla del yate. Aunque medía menos de un metro y medio de altura, su extremo estaba sujeto a la cubierta justo enfrente de la puerta corredera de la cabina.

—Por la escalera no —dijo Sam. Pensó un momento—. En el *dhow* ví un ancla flotante en la cabina...

Remi alargó el brazo por encima del hombro y dio unos golpecitos en su mochila.

—Aquí dentro. ¿Un rezón improvisado?

—Me has leído el pensamiento. Nos enganamos a la barandilla de popa y trepamos.

Descendieron de nuevo a la arena, se internaron en las olas y partieron en perpendicular a la playa, nadando a la braza tranquilamente para consumir poca energía. Una vez que hubieron recorrido cincuenta metros, giraron hacia el sur, en paralelo a la playa, hasta que llegaron a la altura del muelle. Se detuvieron y se quedaron flotando en vertical.

—¿Algún movimiento? —preguntó Sam.

—No veo ninguno.

—Vamos a la lancha.

Empezaron a nadar de nuevo, impulsándose con los brazos y escudriñando con los ojos la zona del muelle en busca de movimiento. No tardaron en llegar al espejo de popa de la lancha. Se tomaron un momento para recobrar el aliento, sin dejar de escuchar ni de mirar. Oyeron unas voces amortiguadas procedentes de la cabina del *Njiwa* y luego un sonido de golpes. Más golpes.

—Alguien está dando martillazos —susurró Sam—. Toca el motor.

Remi tocó el motor fuera borda con el dorso de la mano.

—Está frío. ¿Por qué?

—Esta tendrá más combustible. Espera aquí. Es el momento de firmar nuestra póliza de seguros.

Tomó aire, se zambulló en el agua y nadó junto a la primera lancha hacia su gemela situada en la parte delantera del muelle. Se agarró a la borda, se elevó impulsándose con los brazos y miró a su alrededor. No había movimiento. Subió a la cubierta por el costado y avanzó a gatas hacia el asiento del piloto. Comprobó el contacto. Como era de esperar, las llaves no estaban. Se puso boca arriba, abrió la escotilla de mantenimiento que había debajo del salpicadero y se introdujo como bien pudo. Encendió la linterna y examinó el manojó de cables.

—Como en los viejos tiempos —murmuró.

Cinco meses antes se había visto haciendo lo mismo en otra lancha motora en los Alpes bávaros. Afortunadamente, como en aquella embarcación, el cableado de la Rinker era sencillo: contacto, limpiaparabrisas, luces de navegación y claxon. Utilizando la navaja suiza, Sam cortó cada cable, arrancando trozos lo más largos posibles. Hizo con ellos una bola prieta y la arrojó por la borda, salió y cerró la escotilla. Regresó a gatas a la borda, hizo una inspección rápida y se sumergió de nuevo en el agua para volver junto a Remi.

—Si todo sale bien, escaparemos en esta lancha. Cogemos la campana, inutilizamos el *Njiwa* si podemos, traemos la campana aquí...

—¿Cómo?

—Lo conseguiré de alguna forma. Ya nos preocuparemos por la hernia más adelante. Traemos la campana aquí y nos escabullimos antes de que nadie se entere de lo que ha pasado.

—¿Y si todo sale mal? Olvídalo, ya lo sé. Improvisamos.

Rodearon el muelle dando brazadas hasta la popa del *Njiwa* e inmediatamente se dieron cuenta de que el yate era más grande de cerca. La barandilla de popa se hallaba tres metros por encima de la línea de flotación. Remi sacó el ancla flotante de la mochila. Sam la examinó.

—Demasiado corta —le susurró al oído, y a continuación le indicó con la mano que lo siguiera.

Volvieron dando brazadas al espejo de popa de la lancha.

—Es el momento del plan B —dijo Sam—. Probaré con la escalera. —Remi abrió la boca para hablar, pero él insistió—. Es la única forma. Si salto desde el muelle, haré demasiado ruido. Sube a la lancha y estate preparada para zarpar.

—No.

—Si me cogen, huye.

—He dicho...

—Huye, vuelve a la civilización y llama a Rube. Él sabrá qué hacer. Si tú no estás, Rivera se imaginará que te has puesto en contacto con las autoridades. No me matará... por lo menos enseguida. Es demasiado listo para eso; los cadáveres dan demasiados problemas.

Remi frunció el ceño y le lanzó una mirada fulminante.

—Todo eso será el plan C. El plan B consiste en que no te cojan. Estamos con el agua hasta el cuello, Sam.

—Lo sé. Estate atenta. Te haré una señal si no hay moros en la costa. Si levanto la mano y abro los dedos, puedes venir sin peligro; si levanto el puño, quédate donde estás.

Se quitó la camiseta y el calzado, los metió en la mochila y se la dio a Remi.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó ella.

—La ropa gotea y el calzado rechina.

—Sam, ¿has estado recibiendo clases de comando?

—Solo he estado viendo el canal Militar.

Le dio un beso, se zambulló bajo la superficie del agua y buceó por debajo de la lancha para volver a la superficie debajo del muelle. Después de tomar aire y de zambullirse de nuevo, llegó junto al casco blanco del *Njiwa*. Avanzó nadando a braza por debajo de la escalera de toldilla y se detuvo. Oía voces amortiguadas procedentes de la cabina. Dos hombres, quizá tres. Hizo un esfuerzo por captar alguna palabra o por aislar las voces, pero no lo consiguió. Subió al muelle, permaneció tumbado, esperó y escuchó, y a continuación se levantó y se acercó sigilosamente a la escalera. Se detuvo debajo del escalón superior, asomó la cabeza, no vio nada y subió a la cubierta arrastrándose. Se levantó y se pegó al mamparo.

La puerta corredera se abrió. Un rectángulo de luz amarilla se reflejó en la cubierta. Con el corazón en la garganta, Sam dio un paso rápido a un lado junto al mamparo y dobló la esquina hacia el camarote de la tripulación, donde se quedó inmóvil y respiró tranquilo.

Oyó pisadas fuertes en la cubierta. La puerta se cerró, y a continuación las pisadas bajaron con estrépito por la escalera de toldilla. Sam dio un paso adelante, miró a

popa y no vio nada, de modo que dio otro paso y miró por encima de la barandilla. Una figura caminaba por el puerto. Al final de un muelle, en un pequeño claro, había un carro remolcador Kush-Manh a gasolina de color verde y, justo detrás, un pequeño coche de golf. Delante de ellos, el sendero formaba una curva y se alejaba hacia el helipuerto y la mansión.

La figura se inclinó por encima del carro remolcador, sacó un rastrillo y un par de palas y las lanzó a la maleza junto al sendero.

—Haciendo sitio para el cargamento —murmuró Sam para sí.

Se volvió hacia la lancha, levantó el puño unos segundos para indicar a Remi que estuviera quieta, se agachó y regresó al mamparo moviéndose sinuosamente.

Sonaron pisadas en el muelle de madera y luego en la escalera, seguidas de la apertura y el cierre de la puerta corredera. Pasaron tres minutos. La puerta volvió a abrirse. Más pasos esa vez. Numerosos pies. Gruñidos. Algo pesado deslizándose sobre la cubierta... Sam se asomó a la esquina y vio a tres hombres a la luz de la puerta de la cabina: Rivera, Nochtli y Yaotl. En medio de ellos había un cajón aproximadamente del tamaño del que Sam había fabricado en Zanzíbar.

Yaotl, el más corpulento de los tres, bajó la escalera por delante del cajón mientras Rivera y Nochtli lo empujaban hacia delante. Sam retrocedió y se internó en las sombras, y escuchó cómo bajaban el cajón por la escalera al muelle. Se acercó a la barandilla andando como un cangrejo y echó un vistazo por encima.

Nochtli y Yaotl avanzaban por el muelle, agarrando entre los dos las asas de cuerda del cajón. Rivera caminaba varios pasos por detrás. El trío llegó al claro. El cajón fue depositado en el carro remolcador.

Rivera empezó a hablar en español. Sam escuchó solo fragmentos:

—... llevadlo... helicóptero... allí dentro de poco...

El motor del carro arrancó. Los neumáticos crujieron en el sendero de conchas. Al cabo de unos segundos, el ruido del motor se fue desvaneciendo. Sam se aventuró a echar un vistazo por encima de la barandilla. Rivera recorría a zancadas el muelle hacia la escalera. Sam retrocedió y se puso a cubierto contra el mamparo. Rivera ascendió por la escalera y entró en la cabina.

Sam consideró sus opciones. No tenía el más mínimo deseo de enfrentarse con Rivera, un asesino adiestrado y consumado, pero en cuanto el hombre llegara al helicóptero despegaría con la campana a bordo. Y lo que era más importante, hicieran lo que hiciesen después él y Remi, sería más fácil con Rivera fuera de circulación. Sam sabía que no podía usar la pistola, pues el ruido llamaría la atención de los otros guardias. Tendría que hacerlo a las bravas.

Respiró hondo y avanzó sigilosamente a lo largo del mamparo hasta la puerta corredera. Se tomó unos segundos para ensayar mentalmente lo que iba a hacer y a continuación alargó la mano, pegó el pulgar a la manilla de la puerta y empujó. La

puerta se abrió emitiendo un susurro.

—¿Nochtli? ¿Yaotl? —dijo la voz de Rivera desde el interior.

Sam dio medio paso atrás, cerró el puño derecho y lo levantó por encima del hombro.

Una sombra tapó la luz de la cabina.

La nariz de Rivera apareció detrás de la jamba de la puerta, seguida de su mentón y sus ojos. Sam lanzó un puñetazo directo apuntando a la sien de Rivera, pero los reflejos del hombre se activaron y torció la cabeza de lado. El puño de Sam rebotó de la sien de Rivera. Temiendo que se recuperara y cogiera el arma que sin duda llevaba encima, Sam giró a través de la puerta. Por el rabillo del ojo, vio a Rivera a la derecha. Como había previsto, Rivera estaba intentando coger algo a su espalda.

Los años de práctica de judo tomaron las riendas de la situación. Instintivamente, Sam evaluó la postura y la posición de Rivera y vio su punto débil: todavía ligeramente aturdido, Rivera estaba apoyado contra el mamparo, tratando de recuperarse, con todo el peso apoyado en el pie izquierdo. Sam hizo caso omiso de la mano con la que Rivera buscaba el arma y realizó un *de-ashi-harai* —un barrido con el pie adelantado— que le dio justo por debajo del tobillo izquierdo. Rivera se desplomó de lado y se deslizó contra el mamparo, pero siguió moviendo la mano del arma. Sam vio la pistola en ella, alargó el brazo, le agarró la muñeca y usó el impulso del brazo para estampar la mano de Rivera contra la pared. Sam oyó el crujido del hueso. La pistola cayó y rebotó sobre la cubierta enmoquetada.

Sin soltar la muñeca de Rivera, Sam dio un gran paso atrás, bajó el centro de gravedad, giró las caderas y tiró bruscamente del cuerpo sin fuerza de Rivera a través del suelo. Sam le soltó la muñeca y se echó sobre la espalda de Rivera. Le rodeó el cuello con el brazo derecho, optando por un estrangulamiento posterior. Rivera reaccionó en el acto, lanzando un codazo hacia atrás que dio a Sam por debajo del ojo. Empezó a ver borroso. Apartó la cara y notó otro golpe con el codo en la coronilla. Sam aguantó y curvó el antebrazo, deslizándolo todavía más sobre el cuello de Rivera. Utilizando las piernas como contrapeso, rodó hacia la izquierda arrastrando a Rivera con él. Entonces Rivera cometió un error: se dejó llevar por el pánico. Dejó de propinar codazos y empezó a lanzar arañazos al antebrazo que le rodeaba el cuello. Sam prolongó la llave, agarrando su bíceps izquierdo con la mano derecha, y acto seguido apretó mientras le empujaba la cabeza hacia delante, presionando el mentón de Rivera contra su pecho y comprimiendo las arterias carótidas. Prácticamente de inmediato, Rivera dejó de revolverse. Un segundo después, se quedó sin fuerzas. Sam sujetó a Rivera tres segundos más, y acto seguido lo soltó y lo apartó de un empujón. Se arrodilló y comprobó el pulso y la respiración del hombre: estaba vivo pero profundamente dormido.

Sam se tomó unos segundos para recobrar el aliento y se levantó. Se tocó el

pómulo; sus dedos estaban manchados. Salió por la puerta arrastrando los pies, miró a su alrededor para asegurarse de que todo estaba despejado y levantó los cinco dedos. Volvió adentro.

Remi cruzó la puerta sesenta segundos más tarde. Echó un vistazo al cuerpo inmóvil de Rivera, luego a Sam, y soltó las mochillas. Acudió junto a su marido dando grandes zancadas y se abrazaron. Luego se apartó y empleó el dedo índice para ladearle la cara. Frunció el entrecejo.

—No es tan grave como parece —dijo Sam.

—¿Cómo sabes lo que parece? Vas a necesitar puntos.

—Se acabaron mis días de lucimiento.

Remi señaló con la cabeza a Rivera.

—¿Está...?

—Solo dormido. Cuando se despierte estará cabreado.

—Pues larguémonos de aquí. Supongo que vamos a secuestrar el helicóptero.

—Han tenido la amabilidad de cargar la campana a bordo. Sería de mala educación desperdiciar el esfuerzo. La lancha... ¿Has...?

—He arrancado los cables y los he tirado por la borda. Y ahora ¿qué? ¿Lo atamos?

—No hay tiempo. Contamos con el factor sorpresa. Si alguien vuelve a buscarlo, se acabó. —Sam miró a su alrededor. Avanzó y abrió una puerta, detrás de la cual había una escalera que subía—. Eso debe de ser el puente. Ve y neutraliza las comunicaciones.

—El teléfono y la radio de barco a costa, ¿no?

Sam asintió con la cabeza.

—Yo iré abajo a ver si hay algún bazuca.

—¿Cómo?

—Vamos a tener compañía en el helipuerto, y dudo que se alegren de vernos. Puede que algo grande que haga ruido y dé miedo les haga cambiar de opinión.

Sam se arrodilló, recogió la pistola de Rivera —otra Heckler & Koch semiautomática— y se la dio a Remi. Ella la examinó unos instantes, y a continuación expulsó diestramente el cargador, comprobó la munición, volvió a colocar el cargador, puso el seguro y se metió el arma en la cintura del pantalón.

Sam se la quedó mirando.

—Lo he visto en el canal Hogar y Jardín.

—Bueno, pues. Nos reuniremos aquí dentro de dos minutos.

Remi subió por la escalera y Sam descendió bajo cubierta. Registró de arriba abajo cada uno de los seis camarotes y solo encontró un arma, un revólver Magnum 357. Subió por la escalera. Remi estaba esperándolo.

—¿Qué tal te ha ido? —preguntó él.

—He arrancado los dos aparatos de las tomas y los he arrojado por la borda.

—Con eso bastará. Bien, todos esperaran a Rivera en el helipuerto. Con suerte, tan solo estarán Yaotl, Nochtli, el guardia y el piloto. Cuatro personas como mucho. Vayamos y esperemos que no desconfíen hasta que sea demasiado tarde.

—¿Y si nos está aguardando un grupo más grande?

—Nos retiramos.

Gran isla de Sukuti

—No te muevas —dijo Sam a Remi.

Detuvo el coche de golf y puso el freno de mano. Enfrente podía ver la cima del sendero. Echó a andar hasta que pudo ver por encima de la pendiente. Treinta metros más adelante había un claro donde el camino se bifurcaba hacia la casa principal. A la derecha del claro, bajo la luz de una lámpara de vapor de sodio fijada en un poste, estaba el helipuerto.

Sam regresó al vehículo.

—¿Cuántos? —preguntó Remi.

—Solo he visto tres: el guardia, Nochtli y Yaotl, todos juntos en el borde del helipuerto. Todos están armados con AK-74, pero los llevan al hombro. En cuanto al piloto, ni rastro. O está en la casa o en el helicóptero esperando.

—No te ofendas, Sam, pero espero que sea lo último. Si lo convencemos para que nos lleve...

—No me ofendo.

—¿Y la campana?

—No está en el carro remolcador. Parece que ya han hecho el trabajo pesado. Yo me ocuparé de los tres primeros; tú ve directa al helicóptero. ¿Estás lista?

—Como siempre. —Remi se agachó en el suelo del coche de golf y metió la cabeza debajo del salpicadero de fibra de vidrio. Alzó la vista hacia él—. No te pareces mucho a Rivera.

—Mientras nos acerquemos lo suficiente a la suficiente velocidad, no importará.

Sam sacó el Magnum y la Heckler & Koch de los bolsillos, se metió cada una debajo de un muslo, y a continuación quitó el freno de mano y pisó el acelerador. El cochecito avanzó despacio, y a los pocos segundos estaban sobre la cima con dirección al claro. Sam resistió el impulso de pisar a fondo el acelerador.

—Faltan quince metros —murmuró a Remi—. Todavía no nos han visto.

Cuando faltaban diez metros, Yaotl alzó la vista y vio el coche eléctrico. Dijo algo a los otros dos. Se dieron la vuelta. Todos los ojos estaban ya posados en el vehículo.

—Siguen sin reaccionar —dijo Sam—. Agárrate fuerte. Voy a hacer la entrada.

Pisó el acelerador, y el cochecito aumentó de velocidad y recorrió los últimos seis metros en cuestión de segundos. Pisó el freno al tiempo que ponía el freno de mano, levantó las manos del volante, cogió las dos armas y saltó del vehículo delante del trío, fuera del foco de luz que arrojaba la lámpara. Levantó las dos armas.

—Buenas noches, caballeros —dijo.

—Es usted... —dijo Yaotl.

—Nosotros —lo corrigió Sam.

Sin pronunciar palabra, Remi se apeó del coche de golf y se unió a Sam, quien dijo al grupo:

—Que todo el mundo actúe con normalidad. Nada ha cambiado. Solo sois tres tipos pasando el rato. Quiero veros a todos con una gran sonrisa.

Él y Remi habían considerado la posibilidad de que el helipuerto estuviera vigilado a través de los prismáticos militares del tejado de la mansión. Para evitar levantar sospechas, Yaotl y los otros dos tendrían que conservar las armas hasta que Sam y Remi estuvieran listos para partir.

—Remi, a ver qué puedes hacer con la luz.

Con cuidado de permanecer en el borde del foco de luz, Remi avanzó y examinó el poste.

—No hay ningún interruptor, pero los cables suben desde el suelo. Parece que tenga una tensión normal de ciento diez voltios.

—Okafor es muy amable ahorrándonos el trabajo. —Mientras que las líneas de doscientos veinte voltios llevaban suficiente electricidad para electrocutar a una persona, las de ciento diez solo provocaban una dolorosa sacudida—. ¿Crees que podrás llegar al helicóptero sin que te vean?

—Creo que sí. Vuelvo enseguida.

Remi recorrió de nuevo el camino y se metió entre unos arbustos al lado del helipuerto. Treinta segundos más tarde, apareció en el lado opuesto y, utilizando el helicóptero para cubrir sus movimientos, corrió a la puerta del piloto. Encañonando al piloto con la Heckler & Koch, desanduvo lo andado y regresó a donde estaba Sam. El piloto era un hombre negro y bajo con un mono azul marino. Su expresión era de auténtico miedo.

—El cajón está a bordo, sujeto con correas —dijo Remi.

—¿Dónde está Rivera? —preguntó Yaotl a Sam.

—Echando un sueñecito.

El guardia movió la mano, tratando de descolgar el AK-74. Sam levantó la pistola y le apuntó a la cabeza.

—No lo hagas —le advirtió. Y acto seguido añadió en swahili:

—*Usifanye hivyo!*

El guardia se detuvo y bajó la mano.

—¿Los tienes, Remi?

—Los tengo.

Sam dio un paso atrás e hizo señas al piloto para que se acercara a él.

—¿Cómo te llamas?

—Jingaro.

—¿Eres el piloto de Okafor?

—Sí.

—Hablas bien mi idioma.

—Fui a la escuela misionera.

—Quiero que pilotes el helicóptero para nosotros.

—No puedo hacer eso.

—Sí que puedes.

—Si lo hago, Okafor me matará.

—Si no lo haces, te mataré yo.

—No como lo hará él. Y quizá también mate a mi familia. Por favor, solo piloto para él, nada más. No estoy metido en esto. Como ve, no tengo pistola. Yo solo piloto el helicóptero.

—¿Estás mintiendo sobre tu familia?

—No, es verdad. Siento no poder ayudarles. No me gusta el señor Okafor, pero no me queda más remedio.

Sam escrutó los ojos de Jingaro y llegó a la conclusión de que decía la verdad.

—¿Está el helicóptero preparado para volar?

—Sí. ¿Es usted piloto?

Sam se encogió de hombros.

—En cuestión de helicópteros, sé poco más que despegar, planear y aterrizar.

Jingaro vaciló y a continuación dijo:

—Este está equipado con un acoplador de vuelo estacionario. Está en el lado derecho del panel de instrumentos. Tiene una etiqueta que pone «A-V-E». Mientras el nivel de vuelo sea estable, puede activar el acoplador, y el helicóptero funcionará con el piloto automático. Además, los pedales del timón son pesados. A mí me gustan así. Es más difícil pasarse compensando. No tenga miedo a pisarlos. Mantenga la velocidad por debajo de cien nudos. Es mucho más fácil de controlar.

—Gracias.

—De nada. Ahora pégueme.

—¿Qué?

—Que me pegue. Si Okafor sospecha que...

—Lo entiendo. Buena suerte.

—Lo mismo digo.

Sam levantó la mano hacia atrás y atizó con la palma al piloto en la punta de la nariz. El golpe no llegó a partirle el hueso, pero inmediatamente empezó a chorrear sangre. El piloto se tambaleó hacia atrás y se desplomó boca arriba.

—Quédate aquí —gritó Sam—. No te muevas. Remi, ¿ves los prismáticos militares desde aquí?

Ella alargó la mano por detrás, cogió los prismáticos del bolsillo lateral de la mochila y enfocó con ellos el tejado de la casa.

—Los veo. Ahora mismo están enfocando el sur. Se mueven despacio en dirección hacia aquí. Dentro de treinta segundos más o menos tendrán el helipuerto a la vista.

Sam miró al guardia.

—*Unazungumza kiingereza?* —dijo en swahili. «¿Hablas inglés?».

—Un poco.

Sam señaló con el dedo el machete envainado que llevaba sujeto al cinturón y dijo:

—*Kisu. Bwaga Ku* —ordenó. «Cuchillo. Tíralo.» Sam señaló a sus pies y escupió:

—Ahora.

El guardia soltó el machete y lo arrojó hacia Sam, quien lo recogió.

—Este es el plan —dijo al grupo—. Vamos a ir andando hasta el helicóptero. Nosotros iremos primero, y vosotros nos seguiréis treinta centímetros por detrás, formando una hilera...

—¿Por qué? —preguntó Yaotl.

—Si alguien empieza a dispararnos, nos serviréis de protección. Yaotl, asegúrate de que los otros dos lo entienden.

—No se saldrán con...

—Puede que no, pero vamos a intentarlo al viejo estilo.

—¿Y si nos negamos? —dijo Nochtli.

—Ya que tú lo has mencionado, serás el primero al que dispare.

—No creo que lo hagan. Y aunque lo hagan, el resto de los guardias de Okafor estarán aquí dentro de menos de un minuto.

—Probablemente, pero tú no estarás aquí para verlo. —Sam dio un paso adelante y apuntó a Yaotl en el pecho con el Magnum—. ¿Te acuerdas de que estuviste en nuestra casa?

—Sí.

—Te tratamos dignamente.

—Sí.

—Pues se nos ha acabado la amabilidad. —Para subrayar sus palabras, Sam levantó el revólver para apuntar a Yaotl en la frente—. ¿Quieres una prueba?

Yaotl negó con la cabeza.

—Asegúrate de que los otros entienden el plan.

Yaotl tradujo primero a Nochtli y luego al guardia en swahili macarrónico. Los dos hombres asintieron con la cabeza.

—¿Adonde irá, señor Fargo? —preguntó Yaotl—. Si supiera pilotar, no habría estado hablando con el piloto. Si se detienen ahora y se rinden...

—Nos hemos cansado de isla Pesadilla —lo interrumpió Sam—. Nos vamos, y

nos llevamos la campana.

—La campana... ¿Tan importante es que están dispuestos a morir por ella?

Remi intervino.

—¿Tan importante es que asesinasteis a nueve turistas por ella? Sam, nos está entreteniéndolo.

Sam asintió con la cabeza.

—Vigíalos. Voy a hacer desaparecer esos vehículos. Yaotl, sácate los cordones de las botas y dámelos.

Yaotl se inclinó, extrajo los cordones, formó una bola con ellos y los lanzó hacia delante. Sam los cogió y se dirigió al coche de golf. Treinta segundos más tarde, el volante estaba bloqueado con uno de los cordones. Sam quitó el freno de mano, apoyó los brazos en el parachoques delantero y empujó el vehículo por encima de la cumbre de la cuesta, donde empezó a rodar sin ayuda. A continuación repitió el proceso con el carro remolcador y volvió junto a Remi.

—¿Preparada? —preguntó.

—Es un término relativo.

—No sé cuánto tardarán en reaccionar cuando la luz se apague, así que date prisa.

Sam observó los prismáticos del tejado hasta que se movieron en dirección al poste de la lámpara. Remi lo detuvo.

—Espera, Sam. —Acto seguido, se dirigió a Yaotl y a los otros:

—Daos la vuelta y mirad al helicóptero. —El grupo obedeció—. Ahora mirad arriba a la luz. —Una vez más, el grupo obedeció. Entonces se dirigió a Sam:

—Para impedirles la visión nocturna.

Sam sonrió.

—Una razón más por la que te quiero.

Observó los prismáticos militares en el tejado a través de sus binoculares hasta que apuntaron al sudoeste, y avanzó, se arrodilló junto al poste de la luz, tomó aire y golpeó el cable eléctrico con el filo del machete. Hubo un estallido acompañado de un siseo y una lluvia de chispas. Sam retiró la mano bruscamente. La luz se apagó.

—¿Estás bien? —preguntó Remi.

—Sí, pero me ha distraído; vamos.

Se separaron, caminando en el sentido de las agujas del reloj y en el sentido contrario hasta situarse de cara al grupo.

—Caminad hacia nosotros —ordenó Sam.

Yaotl y los demás empezaron a avanzar parpadeando y sacudiendo la cabeza ante la repentina pérdida de su visión nocturna. Remi se situó a la cabeza y Sam echó a andar hacia atrás, apuntando al grupo con la pistola, y partieron hacia el helicóptero.

—Seis metros —dijo Remi a Sam. Y luego:

—Tres. Sam se detuvo.

—Parad. Separaos —ordenó. A continuación se dirigió a Remi:

—Voy a preparar el vuelo.

—Yo los vigilo.

Sam lanzó sus mochilas a la cabina, abrió la portezuela del piloto y subió. Utilizando la linterna, escudriñó los controles y los paneles, haciendo todo lo posible por no reparar en la mareante variedad de opciones y por concentrarse en lo básico. Después de unos segundos, encontró lo que necesitaba.

Activó el interruptor de la batería. Las lámparas interiores y el panel de control se iluminaron. A continuación, encendió la bomba de combustible, seguida del interruptor de encendido auxiliar, que activó al pre-inicio de la turbina. Después de gemir unos segundos, la turbina se puso en funcionamiento y empezó a girar. Los rotores comenzaron a dar vueltas; al principio despacio, pero cada vez más deprisa a medida que el indicador de revoluciones por minuto empezaba a subir.

Sam se asomó por la ventanilla y le dijo a Remi:

—Coge sus pistolas.

Remi transmitió la orden al grupo y, de uno en uno, cada hombre dio un paso adelante y lanzó su arma a la cabina de carga del helicóptero. Haciendo señales con las manos, los hizo retroceder hasta que estuvieron fuera del radio del rotor del helicóptero.

En la cabina, Sam vio que las revoluciones por minuto del rotor llegaban al cien por cien.

—Hora de decir adiós —gritó a Remi.

—Con mucho gusto —chilló ella, y subió a bordo.

Sin perder de vista al grupo, metió las armas en la red de seguridad del mamparo.

—Agárrate a algo —gritó Sam.

Ella enrolló la red alrededor de su mano libre.

—¡Ya está!

Sam probó el control cíclico del helicóptero entre sus piernas, luego la palanca del colectivo a un lado, calibrando el paso de los alabes, y por último los pedales antipar hasta que les cogió el tranquillo. Accionó el colectivo, y el helicóptero despegó lentamente. Probó el cíclico, moviendo el helicóptero primero a la izquierda y luego a la derecha, y más tarde el morro arriba y abajo.

—¡Sam, tenemos un problema! —gritó Remi.

—¿Qué?

—¡Mira a la derecha!

Sam echó un vistazo por la ventanilla lateral. Tardó unos instantes en comprender lo que estaba viendo: Yaotl y los otros estaban dispersándose a través del helipuerto mientras una forma rectangular oscura avanzaba dando sacudidas sobre el perímetro lleno de piedras del helipuerto y se dirigía al helicóptero. Era el carro remolcador.

Sam vislumbró a Rivera a la pálida luz de la luna, encorvado sobre el volante.

—Se acabó la siesta —gritó Remi.

—Sabía que me olvidaba de algo —chilló Sam—. ¡Las llaves!

Centró de nuevo su atención en los controles, moviendo el colectivo para ganar altitud. Con las prisas, sacudió el cíclico a la derecha y pisó el pedal del timón. El helicóptero bajó en picado a la derecha, y la cola empezó a dar vueltas. Compensó en exceso. El helicóptero cayó directo, rebotó en el helipuerto y volvió a elevarse. Sam se aventuró a echar otro vistazo por la ventanilla lateral.

El carro remolcador estaba a menos de diez metros de distancia y se acercaba rápido. A un lado, una figura —Nochtli, según parecía— cruzó el helipuerto corriendo y se lanzó a la plataforma de carga del carro.

—¡Oblícales a ir más despacio! —gritó Sam—. ¡Apunta al motor! ¡El blanco más grande!

En la parte de atrás, Remi rompió el fuego con uno de los AK-74, disparando descargas controladas de tres balas al suelo delante del carro, pero no consiguió nada. Cambió de blanco. Las balas impactaron en la parte delantera del carro, hicieron saltar chispas en los topes del parachoques y destrozaron la fibra de vidrio. El carro renqueó y empezó a avanzar más despacio, pero no sin antes desaparecer debajo del helicóptero.

Sam levantó el colectivo, tratando de ganar altitud.

—Ya no los veo —gritó Remi.

Sam miró por una ventanilla y luego por la otra.

—¿Dónde...?

De repente, el helicóptero empezó a dar sacudidas de lado y hacia abajo, con la portezuela lateral abierta orientada hacia el suelo. A Remi le resbalaron los pies y se deslizó hacia la abertura. Instintivamente, soltó el AK-74 para agarrarse a las correas de seguridad. El fusil se deslizó por el suelo del helicóptero, rebotó en el cajón de la campana y desapareció por la portezuela.

—¡Hemos perdido un fusil! —chilló Remi.

Un instante después, vio que una mano asomaba por la abertura y arañaba el suelo del helicóptero en busca de asidero. Apareció tras ella la cabeza de Nochtli.

—¡Y tenemos un pasajero! —gritó Remi.

Sam echó un vistazo por encima del hombro.

—¡Dale una patada!

—¿Qué?

—¡Písale los dedos!

Remi levantó la pierna y le dio un pisotón a Nochtli en el dedo meñique con el tacón. El hombre gritó, pero siguió agarrado. Elevó la parte superior del torso sobre el suelo del helicóptero lanzando un gruñido y alargó el brazo para coger las correas de

sujeción atadas al cajón. Remi flexionó la pierna para propinarle un segundo golpe.

Abajo se oyeron tres estallidos simultáneos. Las balas impactaron con un ruido seco en la portezuela del piloto.

—¡Sam!

—¡Ya lo oigo! ¡Agárrate fuerte, voy a intentar sacudirlo!

Sam giró el helicóptero bruscamente a la izquierda y miró por las dos ventanillas laterales, tratando de localizar el origen de los disparos. Debajo, a la derecha, Rivera se hallaba en la plataforma de carga del carro con el AK-74 de Remi apoyado en el hombro. La boca del fusil emitió un fogonazo. La ventanilla de la cabina del lado del pasajero se agrietó. Sam volvió a mover el cíclico y siguió deslizando el helicóptero a la izquierda hacia los árboles situados en el borde del helipuerto. Levantó el colectivo para ganar altitud.

En la cabina, Remi elevó otra vez la pierna y propinó un taconazo a Nochtli en el muslo. Este gruñó, cayó de bruces en el suelo del helicóptero y se partió la nariz. Con una mano entrelazada todavía en la red de seguridad, Remi alargó el brazo por encima de la cabeza, buscando a tientas un arma.

Sam miró a la izquierda y vio el oscuro contorno de las copas de los árboles apareciendo ante la ventanilla. Una bala perforó el reposacabezas del asiento del conductor, pasó silbando junto al mentón de Sam y atravesó el parabrisas. Él gruñó y levantó el colectivo, pero era demasiado tarde. Tres ramas rasparon la panza del helicóptero.

—Venga, venga... —gruñó—. Remi, ¿puedes...?

—¡Estoy un poco ocupada!

Una rama se enredó en el fuselaje secundario del helicóptero, y el aparato giró en el sentido de las agujas del reloj como una peonza. Empezaron a sonar alarmas en la cabina. Luces rojas y naranjas parpadeaban en el panel de instrumentos. Sam maniobró con el cíclico, intentando compensar. Tres ramas golpearon la ventanilla de la cabina.

La mano de Remi tocó la culata de madera de un AK-74; la agarró, tiró fuerte, y el fusil se deslizó de la red, pero no se soltó. Ella estiró el cuello hacia atrás. La parte delantera del AK-74 estaba enredada en una correa. Nochtli estaba levantándose en la portezuela. Enganchó una rodilla por encima del borde de la puerta y empezó a arrastrarse hacia Remi. A ella se le escapó la culata de la mano; sus dedos tocaron algo metálico y cilíndrico: el cañón de una pistola. La cogió y la desprendió de la red. Nochtli le agarró el tobillo con la mano libre. Remi apretó los dientes y blandió la pistola en un golpe de revés. La culata dio a Nochtli en un lado del mentón. Su cabeza se ladeó bruscamente, y puso los ojos en blanco. Arrodillado aún, se tambaleó por un instante y acto seguido se inclinó hacia atrás y desapareció por la puerta.

—¡Se ha ido! —gritó Remi a Sam.

—¿Estás bien?

Ella respiró varias veces y contestó:

—¡Agitada, pero sigo aquí!

Las balas acribillaron el fuselaje. Sam vio un hueco en el manto de vegetación y manejó el cíclico y los pedales del timón, haciendo girar el morro hasta que apuntó en la dirección adecuada, y a continuación bajó el morro y levantó el colectivo. El helicóptero avanzó dando sacudidas entre chirridos de madera y aluminio y entró en el claro. Entonces bajó el colectivo y situó el helicóptero por debajo de la línea de vegetación. Se quedó planeando a seis metros por encima de la pendiente, buscó las letras A-V-E que Jingaro había mencionado y activó el acoplador. El helicóptero vibró un poco, se deslizó de lado, bajó en picado y acto seguido planeó de forma estable. Las alarmas y las luces parpadeantes se apagaron. Sam levantó con vacilación las manos de los controles y resopló. En la parte de atrás, Remi se inclinó hacia un lado y cerró la portezuela. El ruido de los rotores se desvaneció.

Sam se volvió en su asiento y estiró el brazo por el hueco, y Remi le cogió la mano y tiró para acercarse a él.

—¿Estás bien? —preguntó Sam.

—Sí. ¿Y tú?

Él asintió con la cabeza.

—Larguémonos de aquí. Creo que molestamos.

Gran isla de Sukuti

Acababan de dejar atrás el litoral meridional de la isla cuando Sam se dio cuenta de que los disparos habían causado algo más que desperfectos superficiales. Los pedales del timón estaban flojos y el colectivo y el cíclico respondían a sus órdenes con un ligero retraso.

—¿Qué opinas? —preguntó Remi, con la cara pegada entre los asientos.

—La hidráulica, tal vez. —Examinó los indicadores, buscando la presión del aceite, la temperatura, las revoluciones por minuto...—. El motor también está un poco sobrecalentado, y la presión del aceite parece inestable.

—¿Eso qué significa?

—Nada bueno.

—¿Cuánto falta para la playa?

—Cinco kilómetros, más o menos.

—Rivera no va a rendirse.

—Estoy de acuerdo. La cuestión es si llaman a alguien y lo rápido que reaccionan.

—O lo rápido que arreglan las lanchas.

—Cierto. A ver si puedo estabilizar el helicóptero.

Sam manejó con cuidado los controles, disminuyendo la altitud y la velocidad hasta que estuvieron a treinta metros del agua y moviéndose a sesenta nudos: aproximadamente ciento diez kilómetros por hora. Debajo de ellos, el mar estaba en calma y oscuro exceptuando los reflejos de las luces de navegación estroboscópicas del helicóptero.

—Sam, podrán seguir las luces —dijo Remi.

—Con luces o sin ellas, nos están siguiendo con los prismáticos militares. Cuando crucemos la playa las apagaré. Con la tierra de fondo seremos invisibles.

—Estás dando por sentado que vendrán a por nosotros.

—No les queda más remedio. —Echó un rápido vistazo a los indicadores—. La temperatura del motor ha bajado un poco, pero la presión del aceite sigue siendo poco fiable. Los controles todavía están flojos.

—La hidráulica, entonces.

—Por lo menos. Cualquiera de esas cosas puede hacer que nos hundamos. Lo único que necesitamos son cuatro minutos más o menos.

—Y un aterrizaje no forzoso —añadió Remi.

—Y eso.

Poco a poco, pudieron ver a través del parabrisas cómo la costa oriental de África

pasaba de ser una mancha oscura a convertirse en parcelas identificables de tierra firme: árboles, playas de arena blanca, colinas onduladas y ríos y arroyos que serpenteaban por el terreno.

A unos ochocientos metros de la playa Sam notó una sacudida del cíclico en la mano, seguida de unos golpes sobre sus cabezas. La cabina de mando y la cabina de vuelo empezaron a vibrar. Sonó una alarma. Brillaron unas luces amarillas y rojas.

—Eso es un poco inquietante —dijo Remi con una sonrisa tensa.

—Un poco —convino Sam—. Agárrate a algo. Esto se va a mover bastante.

Levantó el colectivo y bajó el morro, y puso el helicóptero a más de ochenta nudos. A través del parabrisas, vio los bancos de arena deslizándose por debajo del fuselaje, luego la playa y más tarde el verde negruzco del bosque. Alargó la mano y apagó las luces de navegación estroboscópicas.

—Hay un gran banco de arena más adelante, en la orilla del río —gritó—. ¿Crees que puedes con la campana?

—Define «poder».

—Empujarla por la puerta.

—Eso sí. ¿Cuál es el plan?

—Yo hago planear el helicóptero, y tú, las armas, las mochilas y la campana bajáis al banco de arena.

—¿Y tú?

—Voy a aterrizar en el río.

—¿Qué? No, Sam...

—Tú misma lo has dicho: vienen a por nosotros. Si nos deshacemos de este cacharro, no sabrán dónde buscar.

—¿Puedes hacerlo?

—Si consigo que los rotores se apaguen lo bastante rápido.

—Más suposiciones —contestó Remi—. Estoy empezando a cansarme.

—Esta será la última por un tiempo.

—Sí, ya he oído eso antes.

—Cuando estés en tierra, busca el tronco más grueso y escóndete detrás. Si los rotores no dejan de girar antes de que vuelque, se soltarán y se convertirán en metralla.

—¿Volcar? ¿Qué quieres decir...?

—Los helicópteros tienen demasiado peso en la parte superior. En cuanto toque el agua, se dará la vuelta.

—Esto no me gusta...

—Se acerca el banco de arena. ¡Prepárate!

—Te estás poniendo furioso, ¿sabes?

—Lo sé.

Remi farfulló un juramento entre dientes, se dio la vuelta y soltó los trinquetes de sujeción colocados alrededor del cajón. Lo rodeó andando como un cangrejo, apoyó la espalda contra el mamparo y las piernas contra el cajón, y lo empujó sobre el suelo del helicóptero hasta que chocó contra la puerta.

—Lista —gritó.

Sam redujo la velocidad y la altitud hasta que estuvieron a nueve metros del banco de arena y a una velocidad de quince nudos. Ahora el helicóptero se bamboleaba; los golpes de antes se habían convertido en un inquietante ciclo de tres segundos que sacudía el fuselaje de un extremo a otro.

—Está empeorando —dijo Remi.

—Ya casi hemos llegado.

Sam dirigía el helicóptero hacia abajo descendiendo pocos centímetros cada vez.

—Comprueba la distancia —pidió a Remi.

Ella entreabrió la puerta corredera de la cabina y asomó la cabeza.

—Seis metros... Cuatro... Tres...

—¿Puedes hacerlo? —preguntó Sam.

—Hace mucho tiempo que dejé de hacer gimnasia, pero todavía puedo saltar tres metros con los ojos cerrados.

Sam activó el acoplador de vuelo estacionario. Levantó las manos de los controles. El helicóptero empezó a dar sacudidas de lado, vibró, bajó en picado y a continuación se estabilizó.

—Muy bien, salta —gritó Sam—. Hazme una señal con la mano cuando estés a salvo abajo.

Remi avanzó encorvada, introdujo la cabeza entre los asientos, le dio un beso, dijo «Buena suerte», volvió y abrió del todo la puerta.

—Procura no chocar contra los patines —dijo Sam.

Remi apoyó los hombros contra el cajón, respiró hondo y empujó. El cajón se desplomó por la abertura y desapareció. Después fue el turno de las armas. Remi lanzó a Sam una última mirada y saltó. Unos segundos más tarde, Sam la vio en el banco de arena más adelante. Ella le hizo un gesto de aprobación con el pulgar y corrió a internarse en la oscuridad.

Sam contó hasta sesenta para que le diera tiempo a ponerse a cubierto y luego cogió el colectivo. Desactivó el acoplador de vuelo estacionario y agarró el cíclico. Bajó el morro ligeramente y dejó que el ángulo de inclinación de la paleta del rotor lo llevara a través del banco de arena hasta sobrevolar el río. Cuando llegó a una zona lo bastante ancha y profunda para sus fines, elevó el morro y manipuló el colectivo de forma que el helicóptero se quedó planeando.

Echó un último vistazo a su alrededor. Una vez que el helicóptero se sumergiera, el interior se quedaría a oscuras. Sin puntos de referencia visuales, tendría que

escapar a tientas. Comprobó su cinturón de seguridad para asegurarse de que sabía desabrocharlo, examinó el pestillo de la portezuela de la cabina y ensayó mentalmente sus movimientos.

Bajó el colectivo con mucha suavidad y notó que el helicóptero descendía. Pegó la cara a la ventanilla de la portezuela. Los patines estaban a un metro y medio del agua. Lo bastante cerca. Si se aproximaba más, temía que no tuviera ningún margen de error.

—Allá vamos —murmuró.

Soltó el cíclico, apagó los motores, levantó el colectivo al máximo para reducir la velocidad de las paletas y volvió a coger el colectivo. Notó que el estómago le subía a la garganta. El helicóptero chocó contra la superficie con gran estruendo. Se vio arrojado hacia delante contra las correas. Notó que el helicóptero se ladeaba a la derecha, pensó: «¡El colectivo!», y sacudió el control a la izquierda. El efecto fue inmediato. Con las paletas totalmente inclinadas, el rotor respondió a la orden de Sam ladeándose a la izquierda y alterando el centro de gravedad del helicóptero. El agua subió a toda velocidad por el parabrisas, al principio en horizontal, y luego en diagonal conforme el helicóptero se ladeaba. Sam pegó la barbilla al pecho, agarró las correas con las dos manos y apretó la mandíbula.

Notó una violenta sacudida. Una luz blanca estalló tras sus ojos. Y luego nada.

Se despertó tosiendo. Tenía la garganta llena de agua. Sacudió la cabeza hacia atrás, volvió a escupir y abrió los ojos con gran esfuerzo. Al ver solamente oscuridad, experimentó un instante de pánico. Lo reprimió y se obligó a respirar. Alargó la mano, con los dedos extendidos, hasta que tocó algo sólido: la punta del cíclico. La gravedad tiraba de su cabeza hacia la izquierda. El helicóptero yacía de lado; el río no era lo bastante profundo para que el helicóptero diera una vuelta de campana completa. Era una buena noticia. La mala era que oía el agua entrando a chorros en la cabina detrás de él. Ya le llegaba a la cara.

—Muévete, Sam —murmuró.

Levantó el brazo derecho, palpó el tapizado del asiento del pasajero y siguió tanteando hasta que sus dedos encontraron el cinturón de seguridad. Se agarró, metió la mano izquierda debajo del agua y apretó el botón para desabrochar las correas. Cayó de lado, alzó la mano libre, la juntó con la izquierda y se levantó del agua hasta que sus rodillas llegaron al hueco que separaba la cabina de mando de la cabina de vuelo. Estirando las puntas de los pies, introdujo las piernas por la abertura y las extendió al máximo hasta que sus pies tocaron el mamparo de la cabina. Soltó las correas y se deslizó del todo hasta la cabina. Ahora que estaba de pie encorvado, el agua le llegaba al pecho. Extendió los brazos hacia arriba, palpó la portezuela de la cabina y recorrió su contorno con las puntas de los dedos. El agua entraba a

borbotones por las juntas. Encontró el pestillo y lo probó haciendo una ligera presión hacia abajo. Parecía operativo.

—Respira hondo —se dijo.

Llenó los pulmones de aire, bajó el pestillo y abrió la puerta. El agua chocó contra su cabeza. Tropezó hacia atrás y se deslizó bajo la superficie del agua. Dejó que la ola lo empujara contra la pared de la cabina, utilizando el impulso para doblar las piernas por debajo del cuerpo. La presión disminuyó. Empezó a mover las piernas, los brazos estirados por delante, las manos tratando de agarrar el marco de la puerta y empujando, los pies dando patadas...

Su cabeza emergió de la superficie.

—¡Sam! —oyó.

Era la voz de Remi.

Abrió los ojos y se giró en el agua, tratando de orientarse.

—¡Sam! —gritó otra vez ella.

Volvió a girarse y la vio de pie en la orilla haciéndole señas con las manos.

—...dílos —chilló Remi.

—¿Qué?

—¡Cocodrilos! ¡Nada!

Sam hizo lo que ella le dijo, dedicando sus últimos restos de energía a nadar a toda velocidad hacia la orilla. Tocó la arena, se puso de rodillas, luego de pie, y avanzó dando traspiés hasta los brazos de Remi. Juntos caminaron trabajosamente por la arena hasta el terreno llano antes de desplomarse.

—Me había olvidado de los cocodrilos —dijo Sam un par de minutos más tarde.

—Yo también. Los ví en los bajíos unos cincuenta metros río arriba. Deben de haberse despertado con el alboroto. ¿Estás bien? ¿Tienes algún hueso roto?

—Creo que no. ¿Qué tal lo he hecho?

Remi señaló con el dedo hacia el medio del río. Sam fijó la mirada en el lugar, pero sus ojos tardaron varios segundos en adaptarse. Lo único que quedaba visible del helicóptero era un pedazo de la paleta del rotor parecido a una rama que sobresalía quince centímetros por encima de la superficie.

—El resto de los trozos se han hundido en el agua.

—Tal como yo planeé —dijo Sam con una sonrisa de cansancio.

—¿Planeaste?

—Tal como esperaba. ¿Qué tal está la campana?

—Aparte de unas cuantas grietas en la madera, el cajón está sorprendentemente intacto. He recogido las mochilas y las armas. Busquemos refugio por si tenemos visita.

Temiendo dejar marcas reveladoras si arrastraban el cajón, decidieron dejarlo donde estaba. Sin pretenderlo, lo habían dejado en un lugar ideal: un riachuelo seco junto a la orilla del río. Lo cubrieron de maleza y luego, empleando manojos de follaje para borrar sus huellas, se alejaron del banco de arena andando hacia atrás en dirección a terreno llano hasta un bosquecillo. Treinta metros más allá de la línea forestal encontraron una depresión de tres por tres metros rodeada de troncos caídos. El lugar les ofrecía un punto panorámico desde el que observar no solo el cajón sino también el terreno abierto hasta la playa.

Después de explorar la zona con las bocas de los fusiles para espantar a las serpientes o a otros bichos, se instalaron en el refugio. Mientras Sam estaba atento por si recibían visita, Remi hizo un inventario de sus mochilas.

—Recuérdame que mande una carta de agradecimiento a la empresa de las bolsas con cierre hermético —dijo—. Casi todo está seco. El teléfono por satélite parece en buen estado.

—¿Cuánta batería queda?

—Suficiente para una llamada, tal vez dos.

Sam consultó su reloj. Acababan de dar las dos de la madrugada.

—Puede que sea el momento de llamar a Ed Mitchell para aceptar su oferta.

Remi sacó la tarjeta de Mitchell de su mochila y se la pasó. Sam marcó.

Un voz áspera contestó al tercer timbre:

—¿Sí?

—Ed, soy Sam Fargo.

—¿Eh?

—Sam Fargo, el pasajero al que llevaste a la isla de Mafia hace un par de días.

—Ah, sí... Oye... ¿qué hora es?

—Las dos, más o menos. No tengo mucho tiempo. Necesitamos evacuación.

—Vaya, hacía tiempo que no oía esa palabra. ¿Estáis en un apuro?

—Podría decirse que sí.

—¿Dónde estáis?

—En tierra firme, a unos siete kilómetros al este de la Gran Sukuti —contestó Sam, y acto seguido le hizo una descripción de la zona.

—Os gusta viajar —dijo Mitchell—. Un momento.

Sam oyó un sonido de papel arrugado y luego silencio. Mitchell regresó al teléfono.

—Sabéis que estáis justo en medio del infierno de los cocodrilos, ¿verdad?

—Sí.

—No puedo llegar ahí en avión de ala fija. Tendré que usar un helicóptero. Eso no

es nada fácil.

—Te compensaremos.

—Sé que lo haréis, pero eso no me preocupa. Probablemente no llegue allí hasta poco después de que amanezca. ¿Podéis aguantar?

—Qué remedio —dijo Sam.

—¿Me vais a disparar cuando llegue?

—No te lo garantizo.

Hubo unos segundos de silencio, y entonces Mitchell soltó una risita.

—Qué demonios. La vida es una aventura arriesgada o no es nada.

Sam se rió al oír eso.

—Ya lo creo.

—Está bien, intentad pasar desapercibidos. Llegaré allí al rayar el día. Por si tengo competencia en la zona de aterrizaje, lanzaré humo azul para que no me disparéis.

Sam colgó. A su lado, Remi dijo:

—Toma, bebe.

Sam se volvió, bebió un buen trago de la cantimplora y aceptó un trozo de cecina. Le relató su conversación con Mitchell.

—Ese hombre ha pasado a nuestra lista permanente de Navidad. Entonces llegará dentro de cuatro o cinco horas.

—Con suerte.

Permanecieron en silencio, masticando durante varios minutos. Sam miró el reloj.

—Hace cuarenta minutos que salimos de la isla.

—No pensarás que han...

Sam levantó la mano. Remi se calló. Instantes más tarde, ella dijo:

—Las oigo. Hay dos, cerca de la costa. Sam asintió con la cabeza.

—Es difícil de saber, pero suenan como las lanchas Rinker. Será mejor que pensemos eso.

—¿A cuánto estamos del mar?

—A unos cuatrocientos metros, tal vez un poco más.

Escucharon varios minutos más. El sonido de motores aumentó de volumen y de repente se apagó.

—Están en tierra —dijo Sam.

Comprobaron sus armas: dos AK-74, uno con el cargador lleno, el otro sin la docena aproximada de cartuchos que Remi había disparado al carro remolcador; el Magnum 357; y la Heckler & Koch P30. Era imposible saber si eso bastaría en caso de que estallara un tiroteo. Hasta el momento habían tenido suerte con Rivera y sus hombres, pero ni Sam ni Remi se hacían ilusiones: en un enfrentamiento directo, tenían muy pocas posibilidades de vencer a unos soldados de las Fuerzas Especiales.

—Pongámonos cómodos —dijo Sam.

—Y hagámonos invisibles —añadió Remi.

Después de meter sus mochilas debajo de un tronco podrido y de cubrirlas con marga, hicieron otro tanto consigo mismos, tumbándose a lo largo, con las cabezas pegadas, de forma que los dos pudieran ver los accesos desde la playa. Sam le dio a Remi un puñado de barro para que se cubriera la cara y a continuación se embadurnó la suya.

—Prométeme una cosa, Sam —dijo Remi, mientras se untaba.

—¿Una suite en el Moevenpick? —aventuró él.

—Iba a decir una ducha caliente y un buen desayuno, pero ya que te ofreces, he estado haciendo una lista.

Mirando a través de un hueco entre los troncos, Remi vio un punto de luz a varios cientos de metros al este. Dio un golpecito a Sam en el hombro, esbozó con los labios la palabra «linterna» y señaló con el dedo. El haz de la linterna parecía flotar en el aire, desapareciendo y volviendo a aparecer entre los árboles a medida que su dueño se abría camino cuidadosamente hacia el interior.

—Tengo que reconocer una cosa de Rivera —susurró Sam—: es como un perro con un hueso.

—Probablemente él haya dicho lo mismo de nosotros pero con palabras menos agradables. ¿Vamos a esperar hasta que les veamos el blanco de los ojos?

—No, vamos a cruzar los dedos para que no vengan en esta dirección.

—¿Por qué no van a venir?

—En África, oscuridad y bosque equivalen a depredadores.

—Podría haber prescindido de esa información.

—Lo siento.

En el momento justo, en algún lugar a lo lejos oyeron el resoplido grave de un gran felino. Era un sonido que habían oído antes, pero en safaris organizados o desde la seguridad de un pabellón de caza. Allí, al descubierta y solos, el sonido era espeluznante.

—Está muy lejos —susurró Sam.

Pronto una segunda linterna se unió a la primera; luego una tercera y una cuarta. Los hombres se movían en formación en línea como en una partida de caza. Al poco rato, el grupo estaba lo bastante cerca para que Sam y Remi pudieran ver las figuras situadas detrás de las linternas. Como era de esperar, cada hombre parecía llevar un fusil de asalto.

Al cabo de cinco minutos llegaron al banco de arena, donde el grupo confluyó. Uno de los hombres —Rivera, tal vez— parecía ser el que daba las órdenes, señalando primero a un lado y a otro de la playa, y luego al interior. Alumbraron la

orilla y el agua con sus linternas. En dos ocasiones, los haces parecieron deslizarse sobre la paleta del helicóptero que sobresalía del agua, pero no se produjo ninguna reacción. De repente, uno de los hombres señaló con el dedo el otro lado del río. Casi al unísono, todos los hombres descolgaron sus fusiles.

—Han visto a nuestros amigos con colmillos —susurró Remi.

Con las armas en ristre, el grupo se retiró del banco de arena hasta situarse en el terreno con matorrales. Debatieron durante otro minuto y luego se separaron: una pareja andando río abajo y la otra río arriba. Sam y Remi observaron detenidamente a la última pareja; como el río lindaba con el margen norte del bosquecillo, el camino de la pareja los llevaría a quince metros del escondite.

—Eché un vistazo cuando estábamos en el aire: el cruce más cercano está a un kilómetro y medio río abajo. Ahora veremos lo decididos que están.

Temiendo claramente los peligros que el río podía albergar, los dos hombres se mantenían a una distancia prudencial de la orilla, andando de izquierda a derecha a través del campo de visión de Sam y Remi hasta que el río formaba un recodo al este y se juntaba con el bosquecillo. Allí giraron al sudeste, enfocando el límite forestal con sus linternas mientras caminaban. Ahora que estaban a seis metros de distancia, sus figuras resultaban más definidas. Una era más definida que la otra: alta y delgada, se movía con el paso sobrio y resuelto de un soldado. Era Itzli Rivera.

De repente, Sam notó una pata con garras arrastrándose sobre uno de sus tobillos. Antes de que pudiera resistir el impulso, dio una patada con el pie. La criatura oculta chilló y se marchó correteando entre la maleza.

Rivera se detuvo súbitamente y levantó un puño cerrado, la señal universal de los soldados para indicar «¡Alto!». Su compañero se paró en seco, e hincaron lentamente una rodilla en el suelo al unísono. Las linternas se apagaron. Cada hombre empezó a volver la cabeza, mirando, escuchando. Las linternas se encendieron de nuevo y comenzaron a iluminar los árboles, deteniéndose de vez en cuando aquí y allá. Rivera lanzó una mirada por encima del hombro e indicó algo con un gesto a su compañero. Se levantaron juntos, se volvieron y empezaron a abrirse paso cuidadosamente hasta los árboles, directos hacia el escondite de Sam y Remi.

Sam notó la mano de Remi en el hombro. Alargó un brazo y se la apretó en actitud tranquilizadora.

Rivera y su compañero siguieron acercándose. Estaban a unos nueve metros de distancia.

Luego a seis metros. Tres.

Se pararon, miraron a un lado y al otro, y los haces de sus linternas exploraron los huecos entre los troncos situados alrededor de Sam y Remi. Se partieron unas ramas. Rivera susurró algo a su compañero. Sam y Remi notaron que el tronco que tenían sobre la cabeza se hundía unos centímetros. Las punteras de un par de botas

aparecieron en el extremo del tronco, y el haz de una linterna recorrió la depresión.

Pasaron cinco interminables segundos.

La linterna se apagó. Las botas se retiraron, seguidas de un golpe doble cuando Rivera bajó del tronco. Poco a poco, las pisadas se fueron desvaneciendo.

Sam contó hasta cien y levantó despacio la cabeza hasta que pudo ver a través del hueco. Recortados por la luz de sus linternas, Rivera y su compañero volvieron al límite forestal y se dirigieron al sur hacia el banco de arena. Sam los observó durante otro minuto y volvió la cabeza para acercar la boca al oído de Remi.

—Se están alejando. Nos quedaremos aquí por si regresan.

Permanecieron inmóviles durante los siguientes veinte minutos, lo más quietos posible en su refugio, hasta que por fin oyeron a lo lejos el rugido de los motores de las lanchas al arrancar.

—Un poco más —susurró Sam. Dejó pasar otros cinco minutos y a continuación salió de debajo del tronco—. Voy a echar un vistazo.

Salió arrastrándose de la depresión y desapareció. Regresó diez minutos más tarde.

—Se han ido.

Ayudó a Remi a salir de su escondite. Ella resopló.

—Más vale que la campana lo merezca.

—Dentro de pocas horas estaremos libres de peligro.

Ed Mitchell cumplió con creces lo prometido. Justo cuando el sol estaba asomando entre el bosque hacia el este oyeron el ruido de los rotores de un helicóptero. Para mayor seguridad, Sam y Remi volvieron a meterse en su refugio, mirando a hurtadillas de vez en cuando conforme los rotores sonaban más fuerte. Vieron un helicóptero Bell amarillo y blanco hacia el oeste que sobrevoló la playa y giró hacia el interior, siguiendo el curso del río. Cuando el helicóptero llegó al banco de arena, la portezuela del piloto se abrió. Un instante más tarde, empezó a elevarse humo azul sobre el suelo.

Sam y Remi salieron juntos y se levantaron.

—¿Lista para volver a casa? —preguntó Sam. Remi negó con la cabeza, y él soltó una risita—. Está bien. Perdona. Una ducha caliente y un desayuno.

Una hora más tarde, con el cajón bien sujeto con correas a la plataforma del helicóptero, tocaron tierra en la pista de aterrizaje de Ras Kutani. Mientras Mitchell se marchaba corriendo a recoger su vehículo para el trayecto de vuelta a Dar es Salaam, Sam y Remi utilizaron el teléfono por satélite para hacer la llamada a Selma que tenían pendiente desde hacía mucho tiempo.

—¿Dónde han estado metidos? —dijo su investigadora jefe por el altavoz—. He estado pegada al teléfono.

—¿Es esa tu forma de decir que estabas preocupada por nosotros? —preguntó Remi.

—Sí. Y ahora explíquense.

Sam le relató brevemente lo ocurrido en los últimos días y concluyó con la recuperación de la campana. Selma suspiró.

—Ojalá pudiera decir con seguridad que no han desperdiciado el tiempo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Sam.

—Ayer recibimos el primer envío del museo de Morton. Entre objetos de todo tipo, encontramos algo parecido a una especie de diario: el diario de Blaylock, para ser exactos.

—Eso es una buena noticia —dijo Remi. Y a continuación añadió con vacilación:

—¿Verdad?

—Lo sería —respondió Selma— si no fuera porque estoy convencida de que Winston Lloyd Blaylock, el Mbogo de Bagamoyo, estaba loco de atar.

Goldfish Point, La Jolla, California

Agotados y deseosos de ponerse a trabajar inmediatamente cuando llegaran a casa, Sam y Remi se pasaron la mayor parte de los vuelos de vuelta a casa durmiendo y comiendo y procurando en general no pensar en lo que Selma había dicho de Winston Blaylock. Su investigadora jefe no era propensa a las hipérboles, de modo que se tomaron en serio su sospecha, que de ser cierta empañaría sus esfuerzos por recuperar la campana del *Shenandoah*. A pesar de todo, la campana poseía un importante valor histórico, pero la críptica inscripción en la cara interior de la campana y la obsesión de Blaylock con el barco (ya fuera con la apariencia del *Ophelia*, el *Shenandoah* o *El Majidi*) les había hecho pensar en un misterio más profundo: uno que aparentemente había empujado a Itzli Rivera y tal vez a una figura del gobierno mexicano a asesinar a nueve turistas.

Tal y como les habían prometido, Pete Jeffcoat y Wendy Corden estaban esperándolos en la zona de recogida de equipaje. Pete cogió su equipaje de mano.

—Tienen cara de cansados.

—Deberías habernos visto dieciocho horas y varias zonas horarias antes —contestó Sam.

—¿Qué le ha pasado? —preguntó Wendy, señalando el pómulo hinchado de Sam y su dedo herido.

Mientras que el dedo ya estaba debidamente vendado con esparadrapo, el corte del pómulo tenía una corteza de pegamento Super Glue: un remedio mejor que los puntos según Ed Mitchell.

—Quemé una cazuela, y Remi se cabreó —dijo Sam. Su mujer le dio un leve manotazo en el brazo como respuesta.

—Los hombres son como niños, eso es lo que pasó —dijo Remi a Wendy.

—Nos alegramos de que estén en casa —dijo Pete—. Selma estaba que se tiraba de los pelos. No le digan que se lo he dicho.

La cinta transportadora empezó a girar, y Pete fue a recoger el equipaje de Sam y Remi.

—¿Alguna noticia sobre la campana? —preguntó Sam a Wendy.

—Está en camino. Ahora mismo debe de estar cruzando el Atlántico. Con suerte, la tendremos aquí pasado mañana.

—¿Puedes decirnos por qué Selma cree que Blaylock estaba chiflado?

Wendy negó con la cabeza.

—No ha dormido durante casi tres días seguidos intentando atar cabos. Prefiero que ella se lo explique.

La casa y base de operaciones de Sam y Remi era una residencia de estilo español de más de mil cien metros cuadrados con cuatro plantas, espacios diáfanos, techos abovedados con vigas de arce y tantas ventanas y tragaluces que tenían que comprar el limpia cristales en bidones.

El piso superior albergaba el dormitorio principal de Sam y Remi, y en el piso de debajo había cuatro cuartos de huéspedes, una sala de estar, un comedor y una cocina/salón que sobresalía por encima del precipicio. En el segundo piso había un gimnasio con aparatos de aeróbic y de entrenamiento en circuito, una sauna, una interminable piscina de entrenamiento, un muro de escalada y un espacio con el suelo de madera noble de cien metros cuadrados para que Remi practicara esgrima y Sam judo.

La planta baja disponía de doscientos metros cuadrados de espacio de oficina para Sam y Remi y un espacio de trabajo contiguo para Selma, con tres ordenadores Mac Pro conectados a unas pantallas de cine de treinta pulgadas, y un par de televisores de LCD de treinta y dos pulgadas fijados a las paredes. En la pared este se hallaba el orgullo de Selma: un acuario de agua salada de casi cuatro metros y medio con capacidad para dos mil doscientos litros de agua lleno de peces multicolores, cuyos nombres se sabía de memoria.

Selma abordaba su otra afición, las infusiones, con la misma pasión; un armario entero de la sala de trabajo estaba dedicado a su reserva, que contaba con un raro híbrido de Phoobsering y Osmanthus procedente de Darjeeling que Sam y Remi sospechaban que constituía la fuente de su energía aparentemente ilimitada.

Selma Wondrash lucía una apariencia ecléctica en extremo. Llevaba un corte de pelo muy de los años sesenta —media melena corta y flequillo recto—, unas gafas con montura de carey, junto con una cadena para el cuello y un uniforme inalterable compuesto por pantalones color caqui, zapatillas de deporte y una camiseta de manga corta desteñida.

Por lo que a Sam y Remi respectaba, Selma podía ser todo lo rara que quisiera. No había nadie mejor que ella en materia de logística, investigación y búsqueda de recursos.

Sam y Remi entraron en el espacio de trabajo y encontraron a Selma inclinada sobre el acuario escribiendo algo en un portapapeles. Se volvió, los vio, levantó el dedo y terminó de escribir antes de apartar el portapapeles.

—Mi Centropyge loríenla está desmejorado —dijo, y acto seguido tradujo—: el pez ángel llameante.

—Es uno de mis favoritos —comentó Remi.

Selma asintió con la cabeza seriamente.

—Bienvenidos a casa, señor y señora Fargo.

Hacía mucho tiempo que Sam y Remi habían dejado de intentar convencer a Selma para que los llamara por sus nombres.

—Da gusto estar en casa —contestó Sam.

Selma se dirigió a la larga mesa de trabajo con superficie de arce que recorría el centro de la sala y se sentó. Sam y Remi se colocaron en los taburetes situados enfrente de ella. El enorme bastón de Blaylock estaba posado a lo largo sobre la mesa.

—Tienen buen aspecto.

—Pete y Wendy no opinan lo mismo.

—Estaba comparando su actual estado con el que me imaginaba que tendrían durante los últimos días. Todo es relativo.

—Es verdad —dijo Remi—. Selma, ¿te estás andando con rodeos?

Selma frunció los labios.

—No me gusta darles información incompleta.

—Lo que tú llamas incompleto nosotros lo llamamos misterioso, y nos encanta el misterio.

—Entonces les va a encantar lo que les tengo preparado. Primero, una pequeña introducción. Con la ayuda de Pete y Wendy, analicé, catalogué y tomé notas de la biografía de Morton sobre Blaylock. Está en nuestro servidor en formato PDF, por si quieren leerla más tarde, pero aquí está la versión resumida.

Selma abrió una carpeta de manila y empezó a leer.

—Blaylock llegó a Bagamoyo en marzo de mil ochocientos setenta y dos con lo puesto, unas cuantas monedas de plata, un rifle Henry del calibre cuarenta y cuatro, un cuchillo de monte «lo bastante grande para talar un baobab» escondido en la bota y una espada corta ceñida a la cadera.

—Está claro que Morton tenía capacidad creativa —dijo Remi. Miró a Sam—. ¿Te acuerdas de la noticia que leímos sobre la turista británica asesinada?

—Sylvie Radford —contestó Sam.

—¿Te acuerdas de lo que encontró mientras buceaba?

Sam sonrió.

—Una espada. Es una posibilidad muy remota, pero tal vez lo que encontró pertenecía a Blaylock. Selma, ¿puedes...? La investigadora jefe ya estaba garabateando una nota.

—Veré lo que puedo averiguar.

—Y una espada corta y un cuchillo de caza se podrían confundir fácilmente. Quizá Morton se equivocó. Perdona, Selma, continúa.

—Evidentemente, Blaylock aterrorizaba a la gente de la zona. No solo les sacaba

treinta centímetros y era más ancho que casi todos ellos, sino que no acostumbraba sonreír. Su primera noche en Bagamoyo, media docena de matones se juntaron y decidieron quitarle el dinero. Dos de ellos murieron, y los demás necesitaron atención médica.

—Les disparó —dijo Sam.

—No. No utilizó el revólver ni el cuchillo ni la espada. Luchó con las manos. Después de eso, nadie le molestó.

—Probablemente esa era la intención —respondió Sam—. Hacerles eso a seis hombres estando desarmado suele impresionar a la gente.

—Desde luego. Al cabo de una semana, estaba trabajando de guardaespaldas para un irlandés rico que estaba de safari; al cabo de un mes, había montado su propio negocio como guía. Y si era bueno con las manos, era todavía mejor con el revólver. Mientras que otros guías y cazadores europeos usaban rifles de caza de gran calibre, Blaylock podía matar a un búfalo cafre (un mbogo) con el revólver de un solo disparo.

»Aproximadamente dos meses después de su llegada, Blaylock contrajo la malaria y pasó seis semanas convaleciente al borde de la muerte mientras sus dos amantes (unas mujeres masái que trabajaban en Bagamoyo) lo cuidaban. Aunque Morton no lo dice en ningún momento, el haber estado a punto de morir dejó a Blaylock algo... tocado de la cabeza.

»Después de haberse recuperado de la malaria, Blaylock desaparecía durante meses seguidos en lo que él llamaba "expediciones visionarias". Vivió con los masái, tuvo concubinas, estudió con brujos, vivió solo en el monte, buscó las minas del rey Salomón y Tombuctú, desenterró fósiles en la garganta de Olduvai, siguió el rastro de Mansa Musa con la esperanza de encontrar su bastón de oro... Incluso circula la leyenda de que Blaylock fue el primero que encontró a David Livingstone. Según la versión de Morton, Blaylock mandó un mensajero a Bagamoyo para avisar a Henry Morton Stanley; poco después, la pareja vivió el famoso momento de "Doctor Livingstone, supongo" cerca del lago Tanganica.

—Entonces, si hacemos caso a Morton —dijo Remi—, Winston Lloyd Blaylock fue el Indiana Jones del siglo XIX.

Sam sonrió.

—Cazador, explorador, héroe, místico, casanova y salvador indestructible todo en uno. Pero todo eso según la biografía de Morton, ¿no?

—Sí.

—Por cierto, ¿estamos dando por hecho que a Morton lo llamaron así por... Henry Morton Stanley?

—Sí. De hecho, según el árbol genealógico que aparece en la contraportada del libro, todos los descendientes directos de Blaylock recibieron nombres relacionados

de alguna forma con África: los lugares, la historia, personajes convertidos en mitos...

—Si has sacado todo eso de la biografía, ¿qué hay del diario que mencionaste?

—Usé la palabra «diario» a falta de una mejor. En realidad, es un popurrí: diario, cuaderno de dibujo...

—¿Podemos verlo?

—Si lo desean. Está en la cámara. —Junto al espacio de trabajo, Selma tenía una zona de archivo con control de temperatura y humedad—. Se halla en mal estado: comido por los insectos, manchado y con las páginas pegadas y deterioradas por el agua. Pete y Wendy lo están restaurando. Estamos fotografiando y digitalizando las páginas que podemos antes de trabajar en las partes dañadas. Una cosa más: parece que el diario también sirvió de cuaderno de bitácora de Blaylock.

—¿Qué? —dijo Remi.

—Aunque en ningún momento menciona el *Shenandoah* ni *El Majidi*, muchas entradas indican claramente que de vez en cuando pasaba largos períodos en el mar. Sin embargo, Blaylock sí que menciona a *Ophelia* bastante a menudo.

—¿En qué contexto?

—Era su mujer.

—Eso explicaría su obsesión —dijo Sam—. No solo cambió mentalmente el nombre del *Shenandoah*, sino que también grabó el nombre de *Ophelia* en la campana.

—*Ophelia* es un nombre claramente poco africano —terció Remi—. Tenía que ser el nombre de su mujer en Estados Unidos.

Selma asintió con la cabeza.

—En la biografía no se la menciona. Y él nunca habla detenidamente de ella en el diario: solo en pequeños fragmentos repartidos por todo el libro. No sé si simplemente la añoraba o si se trataba de algo más, pero siempre la tenía presente.

—¿Aparecen fechas en el diario? —preguntó Sam—. ¿Alguna cosa que podamos cotejar con la biografía de Morton?

—En los dos libros solo se mencionan meses y años; en el diario aparecen pocos y muy espaciados. Estamos intentando compararlos, pero están surgiendo discrepancias. Por ejemplo, hemos encontrado una fecha en la que según la biografía estaba de viaje por el Congo, mientras que según el diario estaba en el mar. De momento la cosa va lenta.

—Algo no encaja —dijo Sam.

—¿Solo una cosa? —contestó Remi—. Yo tengo una lista larga.

—Yo también. Pero en relación con el cuaderno de bitácora, si creemos que Blaylock pudo haber navegado a bordo del *Shenandoah* (*El Majidi*, quiero decir), nos

encontramos con una incoherencia. Según todos los indicios, después de que el sultán de Zanzíbar comprara el *Shenandoah* en mil ochocientos sesenta y seis, prácticamente lo dejó anclado hasta que fue destruido en mil ochocientos setenta y dos o mil ochocientos setenta y nueve. Creo que alguien se habría dado cuenta de que faltaba.

—Buena observación —dijo Selma, tomando nota—. Otro detalle curioso: el sultán Majid murió en octubre de mil ochocientos setenta, y lo sucedió su hermano e implacable rival Sayyid Barghash bin Said, que se convirtió por defecto en dueño de *El Majidi*. A algunos historiadores les resulta curioso que Sayyid no cambiara el nombre del barco, y no digamos que lo conservara.

—¿Podemos trazar una cronología del *Shenandoah/El Majidi*? Sería más fácil visualizar los acontecimientos.

Selma cogió el teléfono y llamó a la sala del archivo.

—Wendy, ¿puedes preparar una cronología aproximada del *Shenandoah/El Majidi*? Gracias.

—También necesitamos averiguar más sobre la vida de Blaylock antes de viajar a África —dijo Remi.

—También estoy trabajando en ello —contestó Selma—. He contactado con una vieja amiga que podría ayudarnos.

Wendy salió de la sala del archivo, les sonrió, levantó el dedo para indicar «Un momento» y a continuación se sentó ante uno de los ordenadores. Tecleó durante cinco minutos y dijo:

—Lo tienen en la pantalla.

Selma utilizó el mando a distancia para buscar el nuevo gráfico:

- Marzo de 1866: El *Shenandoah* es vendido al sultán de Zanzíbar.
- Noviembre de 1866: El *Shenandoah* llega a Zanzíbar con el nuevo nombre de *El Majidi*.
- Noviembre de 1866-octubre de 1870: *El Majidi* pasa la mayor parte del tiempo anclado o realizando algún que otro viaje comercial.
- Octubre de 1870: El primer sultán muere. Comienza el reinado de su hermano.
- Octubre de 1870-abril de 1872: *El Majidi* permanece supuestamente anclado.
- Abril de 1872: Un huracán causa daños a *El Majidi*. El barco es enviado a Bombay para ser reparado.
- Julio de 1872: Supuestamente, *El Majidi* se hunde camino de Zanzíbar.
- Julio de 1872-noviembre de 1879: Seis años de desaparición. Ubicación desconocida.
- Noviembre de 1879: Camino de Bombay, *El Majidi* se hunde supuestamente cerca de la isla de Socotra.

—Tenemos dos versiones aparentemente fiables del hundimiento que se contradicen, y más de seis años en los que no hay constancia de *El Majidi* —dijo Sam.

—Selma, ¿cuál es la fecha más antigua que aparece en el diario de Blaylock?

—Que nosotros sepamos, agosto de mil ochocientos setenta y dos, unos cinco meses después de que llegara a África. En nuestra cronología, eso es un mes después del primer hundimiento y al comienzo de sus años de desaparición.

—Seis años —repitió Remi—. ¿Dónde estuvo todo ese tiempo?

Ciudad de México, México

A unos veinticinco mil kilómetros al sur, Itzli Rivera se hallaba en la sala de espera del presidente Garza aguardando para ser recibido, como durante la última hora.

La ayudante de Garza, una chica que tenía poco más de veinte años con ojos de cordero y figura curvilínea, estaba sentada a su mesa tecleando, paseando los dedos índices por el teclado y pulsando de vez en cuando una tecla. Su expresión era de perplejidad. «Como si estuviera intentando resolver un sudoku para expertos», pensó Rivera. Estaba claro que los conocimientos administrativos de la joven no habían sido prioritarios en su proceso de contratación.

Para matar el tiempo, Rivera se preguntó si Garza habría ordenado a la joven que se pusiera un nombre mexicana. De ser así, ¿cuál sería? En el momento justo, la voz del presidente Garza sonó por el intercomunicador de la mesa de la joven en respuesta a la pregunta de Rivera.

—Chalchiuitl, haz pasar al señor Rivera.

—Sí, señor.

La chica sonrió a Rivera y señaló hacia la puerta con una de sus uñas ridículamente largas.

—Ya puede...

—Lo he oído, gracias.

Rivera atravesó la alfombra, cruzó la puerta de dos hojas y la cerró tras de sí. Se dirigió a la mesa de Garza y se puso medio firme.

—Siéntate —ordenó Garza.

Rivera obedeció.

—Estaba leyendo tu informe —dijo Garza—. ¿Tienes algo que añadir?

—No, señor.

—Haré un resumen, si no te importa...

—Adelante, señor.

—Lo decía en sentido retórico, Itzli. Después de ser burlados durante días por

esos buscadores de tesoros, los Fargo, tú y tus hombres por fin conseguís apoderaros de la campana y la transportáis a la isla de Okafor, para que os la acaben robando delante de vuestras propias narices. Rivera asintió con la cabeza.

—Y no solo os robaron la campana, sino también el helicóptero de Okafor valorado en cuatro millones de dólares.

—Y perdí a un hombre. Nochtli se cayó del helicóptero y se partió el cuello.

El presidente Garza agitó la mano despectivamente.

—No has precisado cómo los Fargo consiguieron subir a bordo del helicóptero. ¿Puedes explicármelo detenidamente? ¿Dónde estabas cuando pasó todo eso?

Rivera se aclaró la garganta y se movió con nerviosismo en su asiento.

—Estaba... inconsciente.

—¿Cómo?

—Ese hombre, Sam Fargo, me atacó a bordo del yate de Okafor. Me sorprendió. Está claro que ha recibido instrucción en artes marciales.

—Está claro. —Garza giró su silla y miró por la ventana. Estuvo tamborileando con los dedos sobre el vade de sobremesa durante un minuto y a continuación dijo:

—Debemos pensar que no van a rendirse. Eso podría beneficiarnos. Si son tan listos como parecen, sabemos que visitarán como mínimo una de las zonas que nosotros ya hemos registrado.

—Estoy de acuerdo.

—Acude a tus contactos: funcionarios de inmigración, empleados del aeropuerto, cualquiera que pueda avisarnos cuando los Fargo aparezcan.

—Sí, señor. Empezaré por Antananarivo. ¿Alguna cosa más?

Garza miró fijamente a su subordinado.

—¿Quieres decir si tu fracaso va a tener alguna repercusión?

—Sí, señor.

Garza soltó una risita sin ganas.

—¿Qué esperas, Itzli? ¿Algo de película, quizá? ¿Que saque un revólver con la culata de nácar y te dispare? ¿O que abra una trampilla debajo de ti?

Rivera dejó que una sonrisa asomara a su rostro.

La expresión de Garza se tornó fría.

—De momento sigues siendo el mejor hombre para este trabajo. El mejor que tengo, de hecho. Ahora quiero que demuestres que no he derrochado inútilmente mi confianza. Lo ideal para eso sería que Sam y Remi Fargo acabaran muertos.

—Sí, señor presidente. Gracias.

—Una cosa más antes de que te marches: quiero organizar un funeral.

—Para Nochtli —dijo Rivera—. Sí, señor, yo...

—No, no, para el otro: Yaotl. Por lo visto, él y su mujer han muerto esta mañana en un accidente de tráfico.

A Rivera se le erizó el vello de la nuca.

—¿Qué?

—Una lástima, ¿verdad? Perdió el control y despeñó el coche por un precipicio.

Los dos murieron en el acto.

—Tenían una niña de cinco años.

Garza frunció los labios como si estuviera sopesando la pregunta.

—Ah, la niña. Se encuentra bien. Estaba en el colegio cuando pasó. Supongo que tendremos que buscarle un nuevo hogar. ¿Te ocuparás de eso también?

—Sí, señor presidente.

Biblioteca del Congreso, Washington, D. C.

La primera pista sobre la vida de Winston Blaylock antes de su llegada a África se la proporcionó una vieja amiga de Selma, Julianne Severson, que se había encargado de la División de Colecciones Especiales de la Biblioteca del Congreso después de la partida de Selma.

Severson se reunió con Sam y Remi en la entrada reservada para investigadores del edificio Jefferson, en la calle Segunda. Los otros dos edificios que formaban el campus de la biblioteca, el Adams y el Madison, se encontraban a una manzana al este y al sur respectivamente.

Después de estrecharse la mano, Severson dijo:

—Es un placer recibirlos, señor y señora Fargo.

—Sam y Remi —dijo Remi.

—Estupendo. Yo soy Julianne. Os sigo desde hace mucho tiempo. Probablemente no lo sepáis, pero vuestras aventuras despiertan mucho interés por la historia, sobre todo entre los niños.

—Gracias, Julianne —contestó Sam.

Les dio un par de tarjetas plastificadas sujetas a un cordón para el cuello.

—Tarjetas identificativas de lector —les explicó encogiéndose de hombros y sonriendo—. Forma parte del Programa de Seguridad de Colecciones. Desde el Once de Septiembre, los protocolos son mucho más estrictos.

—Lo entendemos.

—Si sois tan amables de seguirme... —Echaron a andar—. Os atenderé personalmente mientras estéis aquí...

—Es muy amable por tu parte —dijo Remi—, pero no queremos robarte tiempo.

—Tonterías. La biblioteca funciona muy bien sola; mi ayudante se ocupará de todo lo que surja. —Severson subió por una escalera de mármol, y Sam y Remi la siguieron—. ¿Qué sabéis de la biblioteca?

—La hemos visitado varias veces, pero aunque no te lo creas nunca como investigadores —contestó Remi.

Sam y Remi sabían que la visita era una experiencia asombrosa. La Biblioteca del Congreso, la institución federal más antigua del país, fue fundada en 1800 y emplazada en el edificio del Capitolio hasta 1814, cuando las tropas británicas incendiaron el edificio y destruyeron la colección central de la biblioteca compuesta por tres mil volúmenes. Un año más tarde, el Congreso votó por el restablecimiento de la Biblioteca y compró la biblioteca personal de Thomas Jefferson con unos seis mil libros.

La colección de la biblioteca ha aumentado considerablemente desde entonces: 33.000.000 de libros y materiales impresos, 3.000.000 de grabaciones, 12.500.000 de fotografías, 5.300.000 de mapas, 6.000.000 de hojas de partitura y 63.000.000 de manuscritos —que representan un total de casi 500 idiomas—, unos 145.000.000 de objetos distintos en 1.200 kilómetros de estanterías.

—Parece más una catedral que una biblioteca —dijo Remi—. La arquitectura es...

—¿Impresionante? —apuntó Severson.

—Exacto. Los suelos y las columnas de mármol, los arcos, los techos abovedados, las obras de arte.

Severson sonrió.

—Creo que Selma se refirió una vez a este sitio como «parte catedral, parte museo, parte galería, con una pizca de biblioteca». En mil ochocientos quince la majestuosidad debía de ser lo más importante en la mente colectiva del Congreso. Después de que los británicos lo saquearan todo, me imagino que en la reconstrucción pensaron: «Vamos a enseñarles lo que es bueno».

—Más grande, mejor y más ostentoso. Una burla arquitectónica, por así decirlo —comentó Remi.

Severson rió.

—¿Vamos a la sala de lectura principal, Julianne? —preguntó Sam.

—No, vamos al segundo piso: Libros Raros y Colecciones Especiales. En la sala principal hay una visita de colegios de enseñanza primaria de la zona. Hoy va a haber mucho ajetreo allí dentro.

Llegaron a una puerta con el número 239 y entraron.

—Si queréis sentaros a la mesa, yo me pondré al ordenador. Aunque con los años nuestro catálogo se ha habilitado para los usuarios, será más fácil si yo hago el trabajo.

»Bueno, Selma me ha mandado algunos documentos y me ha puesto un poco en antecedentes: Winston Lloyd Blaylock, esposa llamada Ophelia, afincado según se cree en Estados Unidos antes de marzo de mil ochocientos setenta y dos. ¿Algo más?

—Tenemos una descripción física aproximada —dijo Remi.

—Todo sirve.

—Un metro noventa y cinco de estatura y probablemente unos ciento quince kilos de peso.

—Además llevaba un rifle Henry de calibre cuarenta y cuatro —añadió Sam—. Tengo entendido que no era un arma muy común.

—Desde luego no tan común como el Winchester, el Remington o el Springfield. El rifle Henry no fue el arma de dotación oficial durante la guerra de Secesión, pero muchos soldados de la Unión los compraron con su propio dinero. Sin embargo, el

gobierno se los daba a los exploradores, a los grupos de ataque y a las unidades de las Fuerzas Especiales. Los soldados confederados odiaban el Henry. Tenía capacidad para dieciséis cartuchos, y un soldado adiestrado podía disparar veintiocho por minuto. En aquel entonces era lo más parecido a una ametralladora de mano que se podía conseguir. ¿Sabemos si Blaylock era experto en su uso?

—Según nuestra fuente, era un tirador de primera.

Severson asintió con la cabeza. Empezó a teclear, y durante los siguientes cinco minutos lo único que se oyó en la sala fue el ruido de las teclas y los «Fascinante» o «Interesante» murmurados por Severson. Al final alzó la vista.

—Tengo un historial de servicio, una copia en microficha de los Archivos Nacionales. En realidad, son dos fuentes: el HSMC, o Historial de Servicio Militar Compilado; y las publicaciones M594 y M861, que son el Servicio de Unidades Militares en Organizaciones Sindicales Voluntarias tanto de la Unión como de los Estados Confederados.

—¿Alguna referencia a Blaylock?

—En realidad, tengo cincuenta y nueve entradas. Como Blaylock llevaba un rifle Henry, empezamos por la lista de la Unión. —Severson comenzó a teclear otra vez—. El problema es que en muchas de las entradas aparece solo el nombre, la inicial intermedia y el apellido. Tengo varios W. Blaylock y dos W. L. Blayclock. El primero tiene un archivo adjunto, un historial médico. ¿Resultó herido vuestro Blaylock?

—No que nosotros sepamos.

Severson dio unos golpecitos en la pantalla sonriendo, visiblemente emocionada con lo que había encontrado.

—Pierna derecha amputada en un hospital de campaña durante la batalla de Antietam. Supongo que eso lo descarta, ¿no? Perdón, ha sonado un poco morboso, ¿verdad?

—Tranquila —dijo Sam—. Tú y Selma sentís la misma pasión por la investigación. Estamos acostumbrados.

—Bueno, aquí está la otra entrada. Esta es interesante. Este Blaylock fue destacado del Ejército de la Unión en septiembre de mil ochocientos sesenta y tres, pero no se detalla el motivo. No fue trasladado ni herido. Simplemente destacado.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Remi.

—No estoy segura. A ver si puedo encontrar algo más que un resumen sobre él.

Quince minutos más tarde Severson volvió a alzar la vista de su ordenador.

—¡Ya lo tengo! Un historial de servicio completo. Este podría ser vuestro hombre: William Lynd Blaylock.

—Se parece —dijo Sam—. Se parece claramente.

—Su descripción física también se parece: un metro noventa y cinco de estatura y

noventa y cinco kilos de peso.

—No debe de ser difícil engordar quince o veinte kilos después de dejar el ejército —comentó Remi.

Severson estaba frunciendo el entrecejo.

—Faltan algunas partes del historial. Hay datos antiguos de su instrucción y de las misiones de su unidad, ascensos, campañas en las que participó, evaluaciones... Pero después de mil ochocientos sesenta y dos, sus misiones constan como «servicio complementario».

—Suenan muy a lo James Bond —dijo Remi.

—No vas descaminada —contestó Severson—. En los historiales de la guerra de Secesión, la expresión «servicio complementario» normalmente se asocia a unidades de guerrilla: lo que actualmente llamaríamos Fuerzas Especiales.

—Como los Rangers de Loudoun, los Raiders de Quantrill, los Jayhawkers de Kansas...

Severson asintió con la cabeza.

—Exacto. Si sumamos eso a que Blaylock fue destacado misteriosamente del Ejército de la Unión en mil ochocientos sesenta y tres, creo que estáis buscando a un soldado que se convirtió en espía.

La tarde transcurrió mientras Severson trabajaba ante su ordenador tecleando, tomando notas y compartiendo de vez en cuando sus progresos con Sam y Remi. A las cuatro de la tarde, Severson paró y consultó su reloj.

—Madre mía, el tiempo pasa volando. Casi es la hora de cerrar. No tenéis por qué quedaros. ¿Por qué no volvéis a vuestro hotel y cenáis? Os llamaré si encuentro algo. Perdón, cuando encuentre algo.

—Por favor, Julianne, vete a casa —dijo Remi—. Seguro que tienes otros planes.

—No. Mi compañera de habitación dará de comer a mi gato, y yo cenaré aquí.

—No podemos... —dijo Sam.

—¿Estás de broma? Para mí esto es como ir a Disney World.

—Eso me suena —dijo Remi sonriendo—. ¿Seguro que tú y Selma no sois familia?

—Somos miembros de una sociedad secreta: los Bibliotecarios Armados —respondió Severson—. Marchaos y dejadme hacer mi trabajo. Estaremos en contacto.

Como hacían cada vez que se alojaban o pasaban por Washington, Sam y Remi habían reservado la suite Robert Mills del hotel Monaco. Veinte minutos después de salir de la Biblioteca del Congreso, su taxi redujo la marcha delante del Monaco y sus escalones cubiertos por un toldo rojo. El portero abrió la puerta un instante después

de que el coche parara. Sam y Remi salieron.

El Monaco, antiguo edificio de la Oficina General de Correos de Estados Unidos y en la actualidad un lugar de interés histórico nacional reconocido, está situado en un barrio de Washington del siglo XIX conocido como Penn Quarter, a un paseo de la Explanada Nacional, del Museo de Arte Estadounidense Smithsonian, del edificio J. Edgar Hoover, del edificio conmemorativo a la Marina de Estados Unidos, y de suficientes restaurantes de cinco estrellas para tener a un glotón extasiado durante años.

—Bienvenidos, señor y señora Fargo —dijo el portero. Se dirigió a la parte de atrás del taxi y cogió su equipaje del maletero—. Haré que les suban sus cosas inmediatamente. Si son tan amables de pasar, creo que el conserje les está esperando.

Diez minutos más tarde estaban en su suite. Cansados aún de la odisea africana, echaron una siesta de una hora, se ducharon, se vistieron para cenar y bajaron a la calle. Accedieron al restaurante del Monaco, la brasserie Poste Moderne, situada a la vuelta de la esquina en la calle Octava, a través de un portal situado en el edificio.

Después de echar un vistazo a la carta de vinos blancos y al menú, se decidieron por una botella de muscadet Domaine de la Quilla de 2007 —un vino enérgico y vivificante del valle del Loira—, ensalada de rúcula con albahaca, menta y parmesano, y mejillones al vapor con vino blanco, azafrán, mostaza y ajo confitado. Al igual que la estancia en el Monaco, la elección de la cena era una especie de tradición para la pareja.

Remi bebió un sorbo de vino. Cerró los ojos y dejó escapar un suspiro.

—Tengo algo que confesarte, Sam. Me gustan las aventuras como a la que más, pero la buena comida y una cama caliente con sábanas limpias tienen sus ventajas.

—No te lo voy discutir.

El iPhone de Remi sonó. Miró la pantalla y lo apartó.

—Selma. Ha encontrado otro símbolo azteca en el diario de Blaylock.

Antes de partir a Washington, le habían pedido que centrara su investigación en la búsqueda de algo que se pareciera remotamente al glifo Miquiztli. Como referencia, Remi le había descargado de Internet una imagen en alta resolución del calendario azteca de veinticuatro toneladas, la Piedra del Sol, expuesta en el Museo Nacional de Antropología de Ciudad de México.

—Eso quiere decir que hasta ahora hay cuatro símbolos —dijo Remi.

—¿Algún dibujo distinguible? ¿Alguna anotación junto a los símbolos?

—Ninguna. Dice que están aislados.

—Vas a tener que darme un curso de introducción al mundo azteca.

—Veré lo que puedo hacer. Hay pocos pueblos antiguos con una historia y una cultura más complejas. Incluso después de un semestre entero de estudio, tenía la

sensación de que apenas había rascado la superficie. Cada símbolo tiene múltiples significados, y cada dios, múltiples identidades. Tampoco ayuda que la mayoría de las crónicas sean parciales con los españoles.

—Los vencedores escriben la historia —dijo Sam.

—Triste pero cierto.

Sam bebió un sorbo de vino.

—Parece casi seguro que Rivera y para quienquiera que trabaje comparten su obsesión con Blaylock, aunque separados por ciento cuarenta años. Pero no me preguntes cómo. El elemento mexicano puede ser una casualidad. ¿O los árboles no nos dejan ver el bosque?

—No lo creo, Sam. Es el único denominador común que relaciona a Blaylock, el barco, la campana y Rivera. La pregunta es: ¿qué pintan los dos del medio?

El camarero apareció con sus ensaladas.

—Todavía no sabemos cómo se interesó Rivera por el *Shenandoah*. Demonios, ni siquiera sabemos si es el *Shenandoah*. Aparte del *Ophelia*, que es invención de Blaylock, el barco tuvo otros dos nombres: el *Sea King* y *El Majidi*. No solo tenemos que responder al qué, sino también al cuándo.

—¿Y si se tropezaron con algo relacionado con Blaylock: otro diario o unas cartas, por ejemplo? Peor aún, ¿y si Selma tiene razón y el brote de malaria que sufrió Blaylock lo volvió loco, y los garabatos de su diario son pura fantasía?

—En otras palabras —dijo Sam—, todos podríamos estar buscando inútilmente.

Después de cenar compartieron una porción de pudín de fresa y ruibarbo y terminaron con dos tazas de café etíope descafeinado. Volvieron a su habitación poco antes de las nueve. La luz de los mensajes parpadeaba en el teléfono.

—Sabía que me olvidaba de algo —dijo Remi—: no le he dado a Julianne nuestros números de móvil.

Sam activó el buzón de voz del teléfono del hotel y encendió el altavoz.

—Sam, Remi, soy Julianne. Son las ocho y media más o menos. Voy a seguir trabajando desde casa, pero mañana volveré a la biblioteca a las seis de la mañana. Pasaos a eso de las ocho. Creo que he encontrado algo.

Biblioteca del Congreso

Llegaron a la entrada reservada a los investigadores a las siete y cuarenta y cinco y los recibió un guarda jurado, que comprobó sus credenciales y los acompañó a la sala de Colecciones Especiales en el segundo piso. Cruzaron la puerta y encontraron a Julianne Severson sentada ante su terminal de trabajo, con la cabeza apoyada sobre la mesa. Llevaba la misma ropa que el día anterior.

Cuando la puerta se cerró con un golpecito seco, se irguió bruscamente y miró a su alrededor. Los vio, parpadeó rápidamente varias veces y sonrió.

—¡Buenos días!

—Oh, Julianne, no nos digas que no te fuiste a casa, por favor.

—Estuve a punto. Tenía intención de hacerlo, de verdad, pero estaba siguiendo una pista que me llevó a otra y otra... Ya sabéis cómo es esto.

—Sí —contestó Sam—. Por si te sirve de algo, te traemos café, bagels y queso crema.

Levantó la caja con el desayuno. Los ojos de Severson se abrieron desorbitadamente.

Después de engullir la mitad del café y la mayor parte de un bagel, Severson se limpió los labios, se pasó los dedos por el pelo y se reunió con Sam y Remi en la mesa de trabajo.

—Mejor—dijo—. Gracias.

A su lado había una carpeta de manila repleta de papeles impresos y un cuaderno amarillo lleno de notas.

—Antes de que nos marchemos, imprimiré todo el material de referencia que he encontrado, así que ahora solo voy a daros los datos más interesantes.

»La buena noticia es que todo lo que he encontrado había sido desclasificado hacía mucho tiempo y ahora es de acceso libre. Me he pasado la noche atando cabos, utilizando archivos privados, colecciones universitarias, documentos del Departamento de Guerra y del Departamento de Marina, archivos del Servicio Secreto, ensayos y publicaciones periódicas... He consultado todo lo que se os ocurra.

—Tienes toda nuestra atención —dijo Sam.

—Primero dejadme que os enseñe una fotografía de mi Blaylock. Decidme si coincide con el vuestro.

Sacó una foto de la carpeta que tenía al lado y la deslizó a través de la mesa. Remi buscó en su iPhone una versión escaneada de la foto de Blaylock que habían encontrado en el museo de Bagamoyo. En la versión de Severson aparecía un hombre

alto y ancho de espaldas de unos veinte años, vestido con un uniforme de oficial del Ejército de la Unión. Sam y Remi compararon las fotos.

—Es él —dijo Sam—. En la nuestra es mayor, está un poco más canoso y curtido, pero es el mismo hombre.

Severson asintió con la cabeza y volvió a coger la foto.

—El hombre que conocéis como Winston Lloyd Blaylock se llamaba realmente William Lynd Blaylock: nacido en Boston en mil ochocientos treinta y nueve, licenciado dos años antes por la Universidad de Harvard en matemáticas... concretamente en topología.

—¿Qué es eso? —preguntó Remi.

—Son matemáticas espaciales —contestó Sam—: superficies curvas, planos deformados. La banda de Mobius es un buen ejemplo.

—Entonces no me extraña que Blaylock tuviera debilidad por la espiral de Fibonacci. Perdona, Julianne, continúa.

—Un mes antes de licenciarse, lo contrataron en el Departamento de Guerra.

—Como criptólogo —vaticinó Remi.

—Exacto. Según se dice, Blaylock era un genio. Un prodigio.

Sam y Remi se miraron. Considerando las referencias a la secuencia de Fibonacci y la espiral dorada que habían encontrado en el diario de Blaylock, se habían preguntado si el libro encerraba más de lo que aparentaba a simple vista. Concretamente, mensajes o códigos ocultos. A lo largo de los años, habían aprendido mucho sobre las personas que escondían y buscaban tesoros, pero una lección destacaba por encima de todas: la gente es capaz de llegar a extremos insospechables para ocultar su obsesión de las miradas curiosas. Si era el caso de Blaylock, es posible que hubiera usado el método que conocía mejor: las matemáticas y la topología.

—Unos días después de que el Fuerte Sumter fuera atacado en abril de mil ochocientos sesenta y uno —continuó Severson—, Blaylock abandonó su trabajo y se alistó en el Ejército de la Unión. Tras el período de instrucción inicial, fue nombrado alférez y enviado inmediatamente a combatir. Durante los meses de julio y agosto luchó en varios enfrentamientos: Rich Mountain, Carrick's Ford, la primera batalla de Bull Run. Al parecer, demostró que era mucho más que el típico matemático sabiendo. Lo ascendieron a teniente y consiguió un montón de medallas al valor.

»A la primavera siguiente, en mil ochocientos sesenta y dos, fue transferido a los Rangers de Loudoun y sirvió a las órdenes de Samuel Means, quien estaba a su vez bajo los auspicios del secretario de Guerra Edwin Stanton. Como ya has comentado, Sam, los Rangers de Loudoun eran el equivalente de las Fuerzas Especiales modernas. Trabajaban en una pequeña unidad, detrás de las líneas enemigas, operando sobre el terreno, llevando a cabo incursiones, misiones de sabotaje y

recabando información. Eran un grupo de hombres duros.

»Poco antes de que los Rangers se convirtieran en una unidad militar normal en mil ochocientos sesenta y cuatro, el ministro Stanton telegrafió a Blaylock y a otros hombres a fin de reclutarlos para el Servicio Secreto. Algunos meses después, Blaylock apareció en Liverpool, Inglaterra, bajo el nombre de Winston Lloyd Babcock, donde trabajó de incógnito para un hombre llamado Thomas Haines Dudley.

»¿Lo conocéis? —preguntó Severson.

—He leído unos cuantos libros en los que aparece. Era cuáquero, si mal no recuerdo. Cónsul en Liverpool. Dirigía la red de espionaje del Servicio Secreto en el Reino Unido.

—Tenía casi cien agentes, todos dedicados a impedir el flujo secreto de provisiones de Gran Bretaña a los Estados Confederados. Aunque Inglaterra se mantuvo oficialmente neutral durante la guerra, hubo muchos simpatizantes del Sur, tanto dentro como fuera del gobierno. ¿A que no adivináis cuál fue la principal misión de Blaylock?

Remi contestó; ella y Sam habían estado leyendo entre líneas.

—Controlar el cambio de pabellón de barcos comerciales que luego eran usados por la Marina de los Estados Confederados —dijo.

—Exacto —respondió Severson—. Concretamente, Blaylock dirigía una célula centrada en un barco llamado *Sea King*, más tarde conocido como el barco de los Estados Confederados *Shenandoah*.

—El que escapó —dijo Sam—. No solo eso, sino que se marchó y se pasó los siguientes nueve meses causando estragos en la flota de la Unión hasta después del final de la guerra.

—Para Blaylock fue un desastre tanto en el ámbito personal como en el profesional —prosiguió Severson.

—¿Profesional? —repitió Sam—. ¿Fue amonestado? ¿Lo relevaron del cargo?

—No he encontrado pruebas. Más bien, todo lo contrario. Thomas Haines Dudley era un ferviente defensor de Blaylock. Le escribió varias recomendaciones entusiastas. En una carta de mil ochocientos sesenta y cuatro al jefe del Servicio Secreto, William Wood, describió a Blaylock como «uno de los mejores agentes que he tenido el placer de tener a mi servicio». Me temo que Blaylock se tomó el fracaso tan a pecho que afectó a su trabajo. Dos semanas más tarde, subió a bordo de un barco en Londres para volver a casa. Cuando llegó allí descubrió que su mujer, Ophelia, había muerto mientras él estaba en tránsito. Ironías del destino, su esposa había sido asesinada durante una incursión de una guerrilla conocida como los Rangers de Mosby: una de las unidades contra las que había luchado Blaylock durante su período en los Rangers de Londoun.

—Dios mío —susurró Remi—. Pobre hombre. ¿Sabemos si Ophelia era el objetivo? ¿La buscaron Mosby y sus hombres por su marido?

—No lo parece. Según se dice, ella simplemente estaba en el lugar equivocado a la hora equivocada.

—Entonces Blaylock no solo regresó habiendo caído en desgracia, sino que cuando volvió a casa se encontró al amor de su vida muerta —dijo Sam—. Remi, estoy empezando a pensar que la malaria solo era parte de sus problemas mentales.

—Estoy de acuerdo. Es comprensible.

—Como lo es su personalidad obsesiva —añadió Severson—. Selma me ha mandado el dibujo del barco que hizo. Poner a un barco el nombre de una mujer... Eso es auténtico amor.

—¿Tenían hijos, Julianne? —preguntó Remi.

—No.

—¿Qué fue de él después de que llegara a casa?

—No hay mucho que contar. Solo he encontrado un dato sobre él. En mil ochocientos sesenta y cinco fue contratado por un centro recién fundado llamado Instituto de Tecnología de Massachusetts. Parece que Blaylock se adaptó otra vez a la vida de civil como profesor de matemáticas.

—Hasta marzo de mil ochocientos setenta y dos, cuando reapareció en Bagamoyo.

—Y cuatro años después de que el *Shenandoah* fuera vendido al sultán de Zanzíbar —dijo Remi, y añadió irónicamente—: la madre de todas las casualidades. A menos que la pena de Blaylock se hubiera convertido en rabia. El *Shenandoah* escapó durante su guardia y su mujer murió entretanto. Si realmente estaba loco, puede que hubiera llegado a culpar al *Shenandoah* de su pérdida. Es mucho suponer, pero la mente humana es algo misterioso.

—Puede que tengas razón. Solo Blaylock podría contestar a eso —dijo Severson—. Pero sí que puedo asegurarnos una cosa: no creo que fuera a África por capricho. Creo que lo mandaron allí.

—¿Quién? —preguntó Sam.

—El secretario de Guerra William Belknap.

Remi y Sam permanecieron callados varios segundos mientras asimilaban la información. Finalmente Sam dijo:

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé con seguridad —respondió Severson—. Mis argumentos son circunstanciales y se basan en las cartas privadas de Belknap, el secretario de Marina George Robeson y el director del Servicio Secreto, Hermán Whitley.

»En una carta de noviembre de mil ochocientos setenta y uno enviada a Belknap

y Robeson, Whitley cita unos informes de inteligencia recibidos hace poco. No menciona la fuente, pero hay tres frases que me han llamado la atención. La primera, los informes de inteligencia «hacen pensar que los apóstoles del capitán Jim están siguiendo sus pasos»; la segunda, «nuestro hombre en Zanzíbar nos está tomando por tontos»; y la tercera, «sé de buena fuente que el ancladero en cuestión suele estar vacío».

—«Nuestro hombre en Zanzíbar» podría ser el sultán Majid II.

—Y el «capitán Jim» podría ser el capitán del *Shenandoah*, James Waddell —contestó Sam—. La palabra que emplea Whitley es curiosa: «apóstoles». Un hombre como él no habría ascendido a su puesto sin un gran dominio del lenguaje. Un apóstol es un firme creyente, alguien dedicado a seguir el ejemplo de un líder. Respecto al ancladero vacío...

—Podría hacer referencia al lugar donde supuestamente el sultán había abandonado el recién bautizado *El Majidi* —propuso Remi.

—Estoy de acuerdo.

—Pero todavía hay más —añadió Severson—. En una carta enviada unos días más tarde, tanto Belknap como Robeson animaban a Whitley a ponerse en contacto con «nuestro amigo cuáquero» (Thomas Haines Dudley, deduzco) y le preguntaban si tenía algún agente que pudiera investigar el «barco en cuestión». Seis semanas más tarde, Whitley contestó. Según «las fuentes del cuáquero», el barco en cuestión fue avistado, pero no en su ancladero. Estaba en Dar es Salaam, regresando al puerto, y cito textualmente: «completamente equipado con vela, vapor y cañones, y tripulado por diestros marineros de ascendencia caucásica».

Sam y Remi permanecieron en silencio unos segundos. Finalmente Sam dijo:

—A menos que esté elucubrando, yo diría que los «apóstoles» del capitán Waddell cambiaron el nombre del *Shenandoah* para la guerra.

—Lo mejor todavía no ha llegado —dijo Severson—. En esa misma carta, Whitley informa a Belknap y a Roberson de que ha ordenado al cuáquero, Dudley, que envíe a sus mejores hombres a investigar la situación de Dar es Salaam.

—Y sabemos a quién consideraba Dudley su mejor agente: Blaylock.

—Que llegó a Bagamoyo un par de meses más tarde —añadió Remi.

—Parece que encaje, pero tú misma lo has dicho, Julianne: «Todo es circunstancial».

—Todavía no he terminado de catalogar todas las cartas, pero mientras tanto creo que sé quién puede ayudarnos. ¿Qué os parece hacer un viajecito a Georgia?

Savannah, Georgia

Después de escuchar el resto de la exposición de Julianne Severson y el lugar donde presentía que podían desentrañar la siguiente pista sobre Blaylock, Sam y Remi reservaron unos billetes para el avión que salía de Dulles a primera hora de la tarde. Aterrizaron en Savannah poco antes de las tres.

Mientras Sam se colocaba ante el mostrador de Hertz y realizaba las gestiones para alquilar un coche, Remi escuchó el buzón de voz. Sam se acercó a ella con las llaves en la mano.

—Selma ha recibido la campana esta mañana —anunció Remi.

Sam sonrió y dejó escapar un suspiro exagerado.

—Tengo que reconocer que después de todo lo que hemos pasado para conseguirla me la imaginaba cayéndose del avión y hundiéndose en el mar.

—Yo también. Dice que está en muy buen estado. Ha llamado a Dobo; va a ir a recogerla.

Alexandru Dobo —quien prefería que se dirigieran a él por su apellido— era surfista/playero a tiempo completo, experto en restauración a tiempo parcial, y hombre de confianza de los Fargo en proyectos que escapaban a sus conocimientos. Como ex conservador del Departamento de Arquitectura, Restauración y Conservación de la Universidad Ovidio de Rumania y principal asesor del Museo Naval Rumano y del Museo Nacional de Historia y Arquitectura de Constanza, Dobo todavía no se había topado con ninguna reliquia que no pudiera restaurar.

Puesto que Selma era del país vecino de Rumania, Hungría, a ella y a Dobo les gustaba volver la vista atrás y discutir sobre su «viejo país».

—Dice que va a trabajar en la campana durante la noche —añadió Remi.

—¿Qué pasa, hay malas olas?

—Terribles.

—¿Qué tal les va con el diario?

—Solo me ha dicho: «Seguimos trabajando».

En el idioma de Selma, eso significaba un progreso lento pero constante que se podía ver en peligro por nuevos asuntos.

—También ha mencionado la espiral y la secuencia de Fibonacci. Las están encontrando repetidas por todas partes. Como un mantra. Qué hombre tan interesante ese Blaylock.

Sam hizo tintinear las llaves y dijo:

—En marcha.

—¿Qué has alquilado?

—Un Cadillac Escalade.

—Sam...

—Híbrido.

—Está bien.

Para Sam y Remi, Savannah representaba el encanto y la historia sureños: estaban presentes en cada rincón de sus sombreadas calles bordeadas de robles y de barba de viejo; en sus plazas llenas de flores de cerezo y alrededor de sus cuidados monumentos; colgando de los balcones y los muros de piedra en forma de hortensias y madreselva; y en las fachadas de las haciendas con columnas de estilo neogriego y las extensas fincas neoclásicas. Hasta el zumbido de las cigarras formaba parte del encanto de Savannah. De hecho, fue su pasión por Savannah lo que los animó a aceptar la propuesta de viaje de Severson sin preguntar. Al insistirle para que les diera una pista, la bibliotecaria simplemente había sonreído y había dicho:

—Creo que allí encontrarán algo familiar.

Pese al calor que hacía, mantuvieron bajadas las ventanillas del Escalade para poder admirar el paisaje. Con una mano en su ondeante sombrero de paja, Remi preguntó:

—¿Adonde vamos exactamente?

—A Whitaker Street, cerca de Forsyth Park. Muy cerca de Heyward House, creo.

Antigua residencia veraniega del dueño de una plantación y uno de los firmantes de la Declaración de Independencia, Heyward House era uno de los muchos lugares de interés del barrio histórico de Bluffton. Un paseo por Bluffton era como un paseo por la historia.

Aparcaron en el lado este de Forsyth Park bajo un roble achaparrado y recorrieron una manzana hacia el sur hasta una casa gris pardo con contraventanas de color verde menta. Sam cotejó la dirección con la que les había dado Severson.

—Es aquí.

Un letrero pintado a mano encima de los escalones del porche rezaba en fluidas cursivas: *Museo y Galería de la Señorita Cynthia*.

Cuando subieron los escalones, un sabueso negro con el hocico blanco levantó la cabeza de la alfombra sobre la que estaba tumbado, soltó un aullido y agachó otra vez la cabeza para volver a dormir.

La puerta principal se abrió, y una mujer arrugada con una falda blanca y una blusa rosa apareció detrás de la mosquitera.

—Buenas tardes, amigos —dijo con un melódico acento georgiano.

—Buenas tardes —contestó Remi.

—Bubba es mi timbre, ¿saben?

—Lo hace muy bien —dijo Sam.

—Oh, sí, se toma su trabajo muy en serio. Pasen, por favor.

Levantó el pestillo de la mosquitera y la entreabrió unos centímetros. Sam la abrió del todo y siguió a Remi.

—Soy la señorita Cynthia —dijo la mujer, y les tendió la mano.

—Remi...

—Fargo, sí. Y usted debe de ser el señor Sam Fargo.

—Sí, señora. ¿Cómo lo...?

—Julianne me ha dicho que iban a venir. Y como no recibo muchas visitas, era fácil de adivinar. Pasen, por favor. Estoy preparando té.

Con una vacilante pero extrañamente elegante forma de arrastrar los pies, los llevó hasta una estancia que Sam y Remi habrían descrito como un salón. Los pesados y ornamentados muebles, las cortinas de encaje y los sofás y sillones tapizados de terciopelo podrían haber salido de Lo que el viento se llevó.

—Señorita Cynthia, ¿de qué se conocen usted y Julianne? —preguntó Sam.

—Intento ir a Washington una vez al año. Me encanta su historia. Conocí a la señorita Julianne hará cinco años durante una visita. Supongo que mis molestas preguntas le parecieron entrañables, así que seguimos en contacto. Cada vez que encuentro una pieza nueva que no puedo identificar, la llamo para pedirle ayuda. Ha venido a visitarme. Disculpenme, voy a ver cómo va el té. —Desapareció a través de otra puerta y regresó dos minutos más tarde—. Está reposando. Mientras esperamos, les enseñaré lo que han venido a ver.

Los condujo de nuevo afuera del salón, atravesaron el recibidor, recorrieron un breve pasillo y cruzaron una puerta que daba a una habitación pintada de blanco nieve e iluminada por el sol.

—Bienvenidos al Museo y Galería de la Señorita Cynthia —dijo.

Al igual que el Museo y Tienda de Curiosidades de Morton en Bagamoyo, la señorita Cynthia había reunido multitud de objetos —los suyos relacionados con la guerra de Secesión—, desde balas de mosquete y rifles hasta insignias de uniformes y daguerrotipos.

—He reunido todo esto yo misma —dijo la señorita Cynthia—. En lugares de batallas, mercadillos... Se sorprenderían de lo que se puede encontrar cuando sabes lo que buscas. Vaya, ha sonado muy presuntuoso, ¿verdad?

La señorita Cynthia se dirigió a la pared norte de la habitación, que estaba repleta de fotografías y dibujos enmarcados del suelo al techo. Se quedó delante, con los labios fruncidos, desplazando la vista de un lado a otro.

—Ah, aquí estás.

Se acercó cojeando a la esquina, alargó el brazo y cogió una imagen de diez por

quince con el marco negro. Volvió arrastrando los pies y se la dio a Sam.

Un daguerrotipo con grano mostraba un barco de madera con tres mástiles anclado.

—Dios mío —dijo Remi con voz entrecortada—. Es él.

—Remi, mira esto.

Sam acercó aún más la fotografía.

En la esquina inferior derecha de la foto, grabado con tinta desvaída, había una sola palabra: *Ophelia*.

Cinco minutos más tarde, en el salón y con las tazas de té en la mano, seguían mirando la fotografía mudos de asombro.

—¿Cómo la...? ¿Dónde...?

—Julianne tiene mucha memoria: eidética, creo que se llama.

—Memoria fotográfica.

—Sí. Se pasó horas en mi museo. Esta mañana me mandó un dibujo a lápiz por la cosa esa del correo electrónico y me pidió que lo comparara con mi foto. Me imagino que el dibujo es de ustedes.

—Algo nos dice que es más suyo que nuestro —respondió Remi.

La señorita Cynthia sonrió y agitó la mano.

—Le dije a Julianne que podían ser gemelos, a pesar de la diferencia de medios. Son iguales hasta en la inscripción.

—*Ophelia*.

—Sí. Por desgracia, nunca supimos gran cosa de ella.

—¿Cómo? —dijo Sam.

—Perdonen. Me estoy adelantando. Verán, William Lynd Blaylock fue mi tío tata... No estoy segura del grado, pero era mi tío.

La señorita Cynthia sonrió dulcemente y bebió un sorbo de té.

Sam y Remi intercambiaron miradas. Remi frunció los labios, pensando, y entonces dijo:

—¿Es usted una Blaylock?

—Oh, no. Soy una Ashworth. Como Ophelia hasta que se casó con William. Después de la muerte de mi tía Ophelia, mi tata... mi abuela Constance siguió en contacto con William. Nunca pasó de una amistad, por supuesto, pero supongo que había cariño entre los dos. Él le escribía a menudo; empezó pocos meses después de que volviera de Inglaterra y siguió escribiendo hasta el final. En torno a mil ochocientos ochenta y tres, creo.

—El final —repitió Sam—. ¿Se refiere a su muerte?

—Oh, no lo sé. De hecho, nadie sabe lo que fue de él. Me refería a la última carta que envió a mi abuela Constance. —Los ojos de la señorita Cynthia se iluminaron—.

Hay docenas de ellas, con matasellos y sellos maravillosos de todo el mundo. Él era todo un personaje. Siempre embarcado en alguna aventura o misión. Por lo que tengo entendido, mi abuela Constance temía que estuviera un poco tocado del ala. Ella se tomaba todas sus historias con ciertas reservas.

—Ha mencionado usted las cartas —dijo Remi—. ¿Todavía las...?

—Oh, sí, desde luego. Están en el sótano. ¿Les gustaría verlas?

Sam, incapaz de articular palabra, se limitó a asentir con la cabeza.

La siguieron a través de la cocina y bajaron por una estrecha escalera situada junto a la puerta de atrás. Como era de esperar, el sótano era oscuro y húmedo, con ásperas paredes de piedra y un suelo de hormigón jaspeado. Gracias a la iluminación natural que bajaba a raudales por la escalera, la señorita Cynthia encontró el interruptor de la luz. En el centro del sótano se encendió una bombilla de sesenta vatios. Las paredes y el suelo estaban llenos de cajas de cartón de todos los tamaños y formas.

—¿Ven esas cajas de zapatos? —dijo la señorita Cynthia—. ¿Al lado de la caja del árbol de Navidad?

—Sí—contestó Sam.

—Son las cartas.

De vuelta en el salón, Sam y Remi abrieron las cajas y descubrieron aliviados que las cartas habían sido separadas y guardadas en grandes bolsas de plástico con cierre hermético.

—Señorita Cynthia —dijo Sam—, es usted nuestra heroína.

—Tonterías. Eso sí, con una condición —dijo la mujer severamente—. ¿Me están escuchando?

—Sí, señora —respondió Sam.

—Cuídenlas y devuélvanmelas cuando hayan acabado.

—No lo entiendo —contestó Remi—. Nos deja...

—Por supuesto. Julianne dijo que eran personas honradas. Dijo que estaban intentando averiguar qué fue de mi tío Blaylock en África... o dondequiera que acabara. En nuestra familia ha sido un misterio durante ciento veintisiete años. Sería bonito que se resolviera. Como yo soy demasiado vieja para esa clase de aventura, por lo menos podré enterarme luego por ustedes. Pero tienen que prometerme que volverán y me lo contarán todo.

—Lo prometemos —dijo Sam.

La Jolla, California

—Pete, Wendy, meted esto en la cámara del archivo y haced una valoración rápida —dijo Selma.

Deslizó la caja de zapatos sobre la mesa de trabajo, y sus ayudantes la recogieron y desaparecieron en la sala del archivo.

Como ignoraban el estado de las cartas de Blaylock, Sam y Remi habían resistido la tentación de abrir las bolsas antes de llegar a casa.

—Parece que ha sido un viaje provechoso —dijo Selma.

—Tu amiga Julianne es única —comentó Remi.

—¿Me lo dicen o me lo cuentan? Si alguna vez me atropella un autobús, ella debería ser la primera a la que llamaran para sustituirme.

—¿Antes o después de llamar a urgencias? —dijo Sam.

—Muy gracioso, señor Fargo. La señora Ashworth... ¿parecía sincera?

—Sí —contestó Remi—. Con el diario de Blaylock y la biografía de Morton, deberíamos poder demostrar o desmentir definitivamente la autenticidad de las cartas.

Selma asintió con la cabeza.

—Mientras Pete y Wendy trabajan en ellas, ¿quieren ver los progresos que hemos hecho con el diario?

—Estamos deseándolo —dijo Sam.

Los tres se sentaron a la mesa de cara a la pantalla de LCD más próxima, y Selma empleó el mando a distancia para acceder a su servidor. Localizó el archivo que buscaba e hizo doble clic en él. El documento llenó la pantalla.



—Caramba —murmuró Sam—. Eso sí que es una mente ocupada. Podrían ser los pensamientos de un genio o de un chalado.

—O de alguien que fantaseaba mucho —terció Remi—. Pero en este caso Blaylock no me parece un tipo de hombre fantasioso. Tenía una personalidad tipo A antes de que se acuñara el término.

—Esta página es bastante representativa —dijo Selma—. Algunas solo están escritas, pero la mayoría es una mezcla de notas y dibujos, algunos hechos a mano y otros probablemente con una plantilla o instrumentos de dibujo técnico.

—Está claro que la imagen de la esquina superior izquierda es un mapa dibujado a mano —observó Sam—. Y un texto en medio... «Gran pájaro enjoyado verde.» A la derecha, más texto (no distingo lo que pone), y unos símbolos geométricos en la esquina. ¿Has probado a ampliar el texto?

Selma asintió con la cabeza.

—Puse a Wendy a trabajar en ello; ella es el genio de los gráficos. Cuanto más lo ampliábamos, más borroso se volvía.

—¿Qué hay en la parte inferior derecha? ¿Pone «Orizaga»? Selma, ¿has visto eso en otra parte?

—¿El nombre? En muchos sitios.

Remi se levantó y se acercó a la pantalla.

—En el centro, a la izquierda y a la derecha... «Leonardo el Mentiroso» y «Sesenta y tres grandes hombres». Y entre los dos, unos números... «Uno-uno-dos-tres-cinco-ocho-uno-tres-dos-uno.» Vaya si es críptico.

—En la parte inferior derecha se ve claramente un tipo de ave —añadió Selma.

—¿El «gran pájaro enjoyado verde»? —propuso Remi.

—Podría ser. En cuanto a las dos imágenes del centro (la que parece una pintura rupestre y el arco de debajo), han aparecido en docenas de páginas hasta ahora.

Los tres se quedaron callados mirando fijamente la pantalla durante varios minutos. Sam se levantó con los ojos entornados, se dirigió a la pantalla y tocó la secuencia numérica que había señalado Remi.

—Debo de estar más cansado de lo que creía —dijo—. Estos números son la secuencia de Fibonacci. —Consciente de que su mujer no compartía su pasión por las matemáticas, Sam explicó—: La suma de los dos primeros dígitos equivale al tercero, y así sucesivamente.

Volvió a la mesa y garabateó en un cuaderno:

$$1 + 1 = 2$$

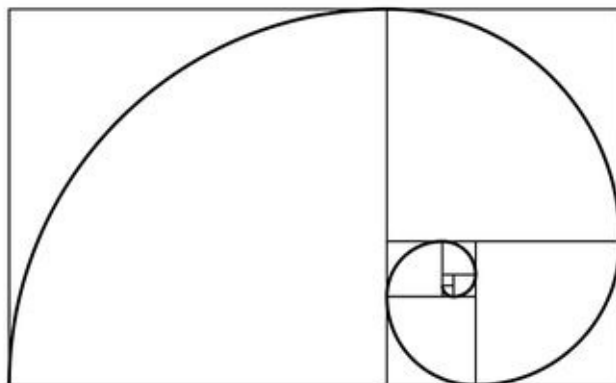
$$1 + 2 = 3$$

$$2 + 3 = 5$$

$$3 + 5 = 8$$

—Captáis la idea —dijo—. También es la base de lo que se conoce como proporción áurea, o espiral áurea, o incluso espiral de Fibonacci. Esperad, os lo voy a enseñar.

Se dirigió a uno de los ordenadores, realizó una búsqueda rápida en Google e hizo doble clic en una imagen en miniatura. La imagen llenó la pantalla.



—Simplemente haces una cuadrícula con los números de Fibonacci que elijas y la cubres con un arco —dijo Sam—. La primera casilla podría ser de seis centímetros cuadrados o de una décima de metro cuadrado. Cualquier cifra.

—Eso es lo que sale en la página del diario —dijo Remi—. Una espiral de Fibonacci.

Sam asintió con la cabeza.

—Parte de uno, como mínimo. La espiral es fundamental en muchas teorías geométricas sagradas. La espiral se ve en la naturaleza: la forma de las conchas o los capullos de las flores. Los griegos usaban la espiral en muchas de sus obras arquitectónicas. Incluso los diseñadores de páginas web y los artistas gráficos las usan para crear composiciones. Estudios científicos han demostrado que la espiral áurea resulta por naturaleza agradable a la vista. Nadie sabe exactamente por qué.

—La cuestión es —dijo Remi—: ¿por qué estaba obsesionado Blaylock con ella? ¿Para qué más se puede usar, Sam?

—En realidad, para cualquier cosa relacionada con la geometría. He leído que la Agencia de Seguridad Nacional usa la secuencia de Fibonacci y la espiral en criptografía, pero no me preguntes cómo. No tengo ni idea. Selma, ¿hay más imágenes que se repitan?

En respuesta a la pregunta, Selma cogió el teléfono y llamó al archivo.

—Pete, ¿te acuerdas de la imagen doce-alfa-cuatro? Sí, esa. ¿Cuántas veces se ha repetido hasta ahora? ¿La has digitalizado ya? Bien, cuélgala en el servidor, ¿quieres? Voy a enseñársela al señor y a la señora Fargo. Espero. —Instantes más tarde—: Gracias.

Selma colgó, cogió el mando a distancia y lo utilizó para desplazarse otra vez por

el sistema de archivos del servidor.

—La imagen que hemos llamado doce-alfa-cuatro se ha repetido nueve veces hasta ahora, normalmente en los márgenes pero también como imagen central. Aquí está. Wendy ha hecho magia y la ha extraído de la página. Todavía es bastante confusa.

En la pantalla, Selma movió el puntero sobre una imagen en miniatura e hizo doble clic en ella. La imagen se amplió.



—Parece un cráneo —dijo Sam.

—Yo he pensado lo mismo —contestó Selma.

Sam miró a Remi, quien estaba contemplando la imagen con la cabeza ladeada y los ojos entornados.

—Remi... —dijo—. Remi... Ella parpadeó y lo miró.

—¿Sí?

—Conozco esa expresión. ¿En qué estás pensando? Remi no contestó y sacudió la cabeza distraídamente. Sin decir palabra, se levantó, se dirigió a uno de los ordenadores y se sentó. Sus dedos empezaron a pulsar el teclado. Y sin volverse dijo:

—Acabo de experimentar un momento de *deja vu*. Desde que nos tropezamos con Rivera y sus hombres, no me he podido quitar de la cabeza sus nombres. ¿Por qué nombres aztecas? Pensé que solo era una rareza. En la Universidad de Boston, cursé un semestre de Estudios Mesoamericanos Antiguos, así que sabía que había visto esa imagen antes. —Pulsó unas cuantas teclas más y murmuró:

—Ahí está...

Se volvió en su asiento y señaló la pantalla de televisión.

—Se llama Miquiztli. En náhuatl, el idioma azteca, representaba la muerte.

—Resulta bastante inquietante —dijo Sam un instante después.

—También hacía las veces de símbolo del más allá. Todo depende del contexto.

Selma, ¿tenemos más?

—Sí, tres.

Selma los mostró en la pantalla:



Remi los miró con los ojos entornados unos instantes y luego dijo:

—¿Tenemos imágenes que podamos usar para compararlos?

Selma cogió el teléfono para comprobarlo.

—Si no me equivoco, estos también son aztecas —continuó Remi—. El de la derecha es Tecpatl, que representa el sílex, o el cuchillo de obsidiana; el del medio es Cipactli, o el cocodrilo; el último es Xóchitl, o la flor. Representa el último día del mes con veinte días.

—¿Y están aislados como el primero? ¿No hay anotaciones? —preguntó Sam a Selma.

Esta terminó de hablar por teléfono.

—Ninguna. Wendy está cargando unas imágenes nítidas en el servidor.

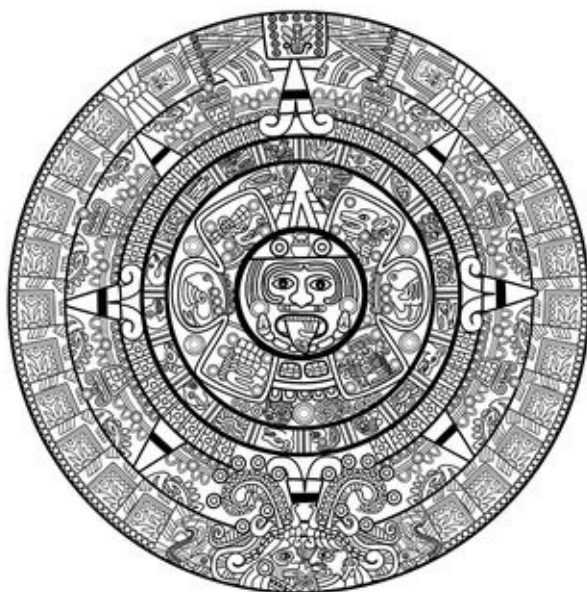
Utilizó el puntero para salir de la carpeta de imágenes hasta que encontró las nuevas.

Estaban etiquetadas con las palabras «Sílex», «Cocodrilo» y «Flor».

—A mí me parece que coinciden —dijo Selma.

—A mí también —contestó Sam—. Remi, todas estas imágenes son del calendario azteca, ¿verdad? Sería útil verlo entero.

—Tengo el que Remi me ha descargado —dijo Selma. Se desplazó por la pantalla, encontró el archivo correcto e hizo doble clic encima.



—Vaya, eso sí que es un calendario —murmuró Sam—. ¿Cómo demonios lo entendían?

—Con paciencia, me imagino —respondió Remi—. Todos los símbolos que hemos encontrado hasta ahora pertenecen al círculo de los meses. Es el cuarto empezando por el borde.

—No me extraña que el de Ciudad de México sea tan grande. ¿Cómo de grande exactamente?

—Tres metros sesenta y cinco de diámetro y un metro veinte de grosor.

—Tenía que ser tan grande para que los dibujos se diferenciaran. Es fascinante.

—Más aún cuando descubres que tiene más de quinientos años de antigüedad. Trescientos de los cuales los pasó enterrado debajo de la plaza mayor. Los obreros lo encontraron cuando estaban restaurando la catedral. Es uno de los últimos vestigios de la cultura azteca.

Los tres se quedaron en silencio.

El móvil de Selma sonó. Contestó, escuchó y a continuación dijo:

—Estaremos aquí. Tráela a la puerta lateral. Mandaré a Pete que se reúna contigo. —Colgó y les dijo a Sam y a Remi—: Dobo está de camino con la campana.

—Qué rápido —dijo Remi.

—Parece que sea la mañana de Navidad —respondió Sam.

Veinte minutos más tarde Pete Jeffcoat y Dobo cruzaron la puerta lateral de la sala de trabajo, uno empujando y el otro tirando de una estructura con ruedas construida con tablas de madera que les llegaba al pecho; dentro estaba colgada la campana del Shenandoah. Aparte de unas cuantas manchas oscuras, el deslustre y las lapas habían

desaparecido, barridos por la magia de Dobo. El exterior de bronce brillaba intensamente bajo las luces halógenas que colgaban de la sala de trabajo.

Con los brazos en jarras y vestido con un peto tejano y una camiseta de manga corta blanca, Dobo examinó su trabajo.

—Bonita, ¿verdad?

—Un trabajo maravilloso, Dobo —dijo Sam.

De no ser por sus frecuentes sonrisas, Alexandru Dobo parecería siniestro, con su calva y su bigote poblado y lacio. Como Remi había comentado una vez, era un cosaco perdido en el tiempo.

—Gracias, amigo mío. —Dio una palmada a Sam en la espalda. Sam dio un paso para equilibrarse y luego otro... para separarse de Dobo—. ¿Queréis verla por dentro? —preguntó el rumano—. ¡Mirad dentro! Pyotr, ayúdame.

Dobo y Pete levantaron la campana del gancho, la elevaron, le dieron la vuelta y la colocaron en la jaula boca arriba.

—¡Mirad, mirad!

Sam, Remi y Selma dieron un paso adelante y miraron el interior de la campana. Remi suspiró. Instantes más tarde, Sam dijo:

—Ojalá pudiera decir que estoy sorprendido.

—Yo también.

En el interior de la campana, grabados sin orden ni concierto, había docenas, tal vez cientos, de lo que parecían símbolos aztecas.

Momentos más tarde, Sam murmuró:

—Todos a bordo del tren de locos de Blaylock.

Sam y Remi reunieron a su equipo alrededor de la mesa de trabajo, y durante las siguientes horas, mientras comían un par de pizzas de tamaño familiar de Sammy's Woodfired Pizzas, meditaron sobre el misterio al que se enfrentaban. El meollo del asunto, decidieron, se podía resumir en dos preguntas:

1. ¿Ponía en duda la aparente inestabilidad mental de Blaylock todo lo que habían descubierto?

2. ¿Se habían embarcado Rivera y su gente en una búsqueda absurda basándose en la influencia de Blaylock o en otras pruebas?

Estaba claro que Rivera estaba o buscando algo o intentando mantener algo escondido, algo que probablemente era de origen azteca.

—Si ustedes están en lo cierto sobre los turistas asesinados, parece evidente que están intentando esconder algo. Me cuesta creer que lo hicieran por Blaylock. ¿No habrían estado haciéndose las mismas preguntas sobre ese hombre que nosotros?

—Buena observación —comentó Sam.

—Si es el caso —dijo Wendy—, a lo mejor Blaylock no estaba loco; a lo mejor solo era un excéntrico obsesionado con todo lo azteca.

—Además de tener una fijación con el barco —añadió Selma.

—Está bien, vamos a darlo por sentado —dijo Remi—. No sabemos cómo ni por qué, pero Blaylock se obsesionó con el *Shenandoah*, o *El Majidi*, en algún momento después, se centró en el mundo azteca. Antes de que sigamos adelante, tenemos que averiguar cuándo pasó eso y qué lo provocó.

—¿Qué tal con las cartas de la señorita Cynthia? —preguntó Sam a Pete y a Wendy.

—Dentro de una hora más o menos, las habremos examinado todas —respondió Wendy—. Otras dos horas para escanearlas y hacer una búsqueda de reconocimiento óptico de caracteres con el ordenador. Después, podremos clasificarlas fácilmente por fecha y hacer búsquedas por palabras clave.

Sam sonrió.

—¿Tenéis planes interesantes para esta noche?

—Supongo que ahora sí—contestó Pete.

Acostumbrada al funcionamiento del cerebro de su marido, Remi no se sorprendió cuando se despertó y lo encontró sentado en el borde de la cama, con su iPad apoyado sobre las rodillas. El reloj de la mesita de noche marcaba las 4.12 de la madrugada.

—¿Un momento de inspiración? —preguntó.

—Estaba pensando en el caos.

—Claro.

—Y en que la mayoría de los matemáticos no creen en él. Saben que existe (incluso existe la teoría del caos), pero en el fondo todos creen en un orden subyacente. Aunque no sea evidente.

—Te creo.

—Entonces ¿por qué iba Blaylock a tomarse la molestia de grabar aleatoriamente glifos aztecas en el interior de la campana? ¿Y por qué la campana?

—Supongo que es una pregunta retórica —dijo Remi.

—Le estoy dando vueltas. ¿Has leído este poema del diario de Blaylock?

—No sabía que hubiera uno.

—Acabo de encontrarlo. Pete y Wendy lo han subido hace poco —dijo Sam, y acto seguido recitó:

En el corazón de mi amor encierro mi devoción

*En el gyrare de Engai confío mis pies
Desde arriba, la tierra elevada al cuadrado
Desde las manos suplicantes, mi día se parte en cuatro; el gyrare una, dos veces
Palabras de antiguos, palabras del Padre Algarismo.*

—No está mal para un matemático —comentó Remi.

—Me pregunto si usó la campana porque es duradera, a diferencia del papel. También me pregunto si la utilizó por su forma.

—Ahora sí que no te entiendo.

—En el primer verso del poema («En el corazón de mi amor encierro mi devoción») tiene que estar hablando de su esposa, Ophelia, que es lo que luego llamó *El Majidi*.

Remi entendió a lo que se refería.

—Y la campana de un barco podría considerarse el corazón del barco.

—Exacto. Y ahora, el segundo verso: «En el gyrare de Engai confío mis pies». En swahili, *Engai* es una de las formas de escribir la versión masái de «Dios», mientras que *gyrare* significa «círculo» en latín; es un sinónimo de vórtex o espiral.

—Como la espiral de Fibonacci. La forma de Dios en la naturaleza.

—Es lo que yo estaba pensando. Blaylock estaba usando la espiral para guiarse. Si juntamos los versos, tal vez Blaylock grabó en la campana la fuente de su devoción (su obsesión) y usó la espiral de Fibonacci como una especie de técnica de codificación.

—Y como hizo las inscripciones cuando su mujer ya estaba muerta y había encontrado el *Shenandoah*, su devoción era otra cosa —dijo Remi—. ¿Qué hay del círculo? ¿Cómo encaja exactamente?

—Imagínate una espiral dorada.

—De acuerdo.

—Ahora imagínatela superpuesta en el interior de la campana, mirando a la corona y formando una espiral hacia abajo y hacia fuera en dirección a la boca.

Remi asentía con la cabeza.

—Y donde la espiral se cruza con un símbolo significa... —Ella se encogió de hombros—. ¿Qué?

—No lo sé. Algo relacionado con los tres últimos versos del poema, quizá. Todavía estoy trabajando en ello. Lo único que sé es que dos de los elementos que más se repiten en su diario son la espiral de Fibonacci y los símbolos aztecas. Si está escondiendo algo, probablemente tengan algo que ver.

Se levantaron, prepararon una jarra de café y bajaron a la sala de trabajo. Selma

estaba durmiendo en un catre en el rincón.

Las luces halógenas estaban atenuadas. Pete y Wendy se hallaban sentados a la mesa de trabajo, con los portátiles abiertos y las caras iluminadas por el brillo de las pantallas. —¿Café, chicos? —susurró Sam.

Wendy sonrió, negó con la cabeza y señaló con ella la colección de latas de Red Bull que había sobre la mesa.

—Casi hemos terminado —dijo Pete—. Las bolsas herméticas nos han venido muy bien. Solo es una conjetura, pero creo que las cartas han estado protegidas de una forma u otra la mayor parte de su vida.

—¿Las habéis descifrado todas? —preguntó Remi.

Wendy asintió con la cabeza.

—Menos unas partes ilegibles aquí y allá. Lo tendremos todo subido al servidor y ordenado dentro de un par de horas.

—Sam tiene una corazonada —dijo Remi.

—Somos todo oídos —contestó Wendy.

Sam explicó su teoría. Pete y Wendy meditaron sobre ella unos instantes, y a continuación asintieron al unísono.

—Es plausible —dijo Pete.

—Lo mismo digo —añadió Wendy—. Blaylock era matemático. A esas personas les gusta el orden dentro del caos.

Desde el otro lado de la sala, la voz áspera de Selma dijo:

—¿Perdonar qué?

—Vuelve a dormir —dijo Remi.

—Demasiado tarde. Ya estoy despierta. ¿Perdonar qué?

Se levantó del catre y se dirigió a la mesa arrastrando los pies. Remi le sirvió una taza de café y la deslizó a través de la mesa. Selma la sujetó con la palma de una mano y bebió un sorbo. Sam volvió a explicar su teoría de la espiral, la campana y los símbolos.

—Merece la pena intentarlo —convino Selma—. La corona de la campana podría ser la parte idónea para empezar la espiral, pero ¿cómo sabemos lo grande que es? Y está dando por sentado que la espiral se desenreda y termina en la boca de la campana. ¿Y si no es así?

Sam sonrió con cansancio.

—Aguafiestas.

El grupo inició una puesta en común de ideas y propuestas. Lo más importante era el asunto de la escala. Se podía crear una espiral de Fibonacci en cualquier escala. Si realmente Blaylock estaba usando una espiral, habría usado un tamaño de referencia para la primera casilla de la cuadrícula. Barajaron ideas durante una hora

antes de darse cuenta de que no estaban consiguiendo nada.

—Podría ser cualquier cosa —dijo Sam, frotándose los ojos—. Una cifra, una nota, un garabato...

—O algo que todavía no hemos visto —añadió Remi—. Algo que hemos pasado por alto.

Al otro lado de la mesa, Pete Jeffcoat apoyó la cabeza en la madera y estiró los brazos por delante. Su mano derecha golpeó el bastón de Blaylock, que cayó rodando al suelo.

—¡Maldita sea! —exclamó Pete—. Lo siento.

—No pasa nada.

Sam se arrodilló para coger el bastón. El badajo de la campana se había desprendido de sus ataduras de cuero y estaba colgando de una sola correa. Sam las recogió. Se detuvo y miró con los ojos entornados el puño del bastón. Frunció el ceño.

—¿Sam? —dijo Remi.

—Necesito una linterna.

Wendy abrió un cajón y le dio una linterna de LED, y Sam la encendió y enfocó con ella el puño del bastón.

—Está hueco —murmuró—. Necesito unas pinzas largas.

Wendy cogió unas y se las entregó.

Sam introdujo cautelosamente las puntas de las pinzas en la abertura, las movió unos segundos y empezó a extraer algo.

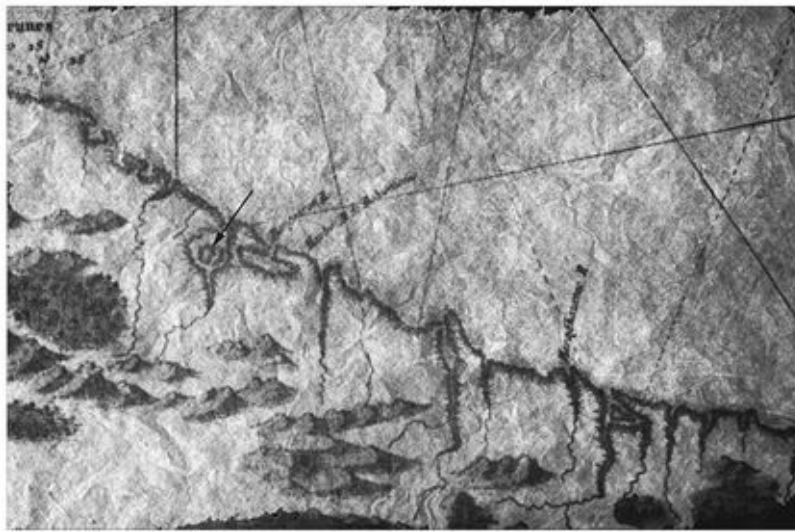
Sujeta entre las pinzas había una esquina de un pergamino.

—Claro —murmuró Sam—. No podía ser algo evidente, como un mapa con una gran equis.

Temiendo dañar el resto del pergamino, o lo que hubiera escondido dentro del bastón de Blaylock, Pete y Wendy lo habían llevado a la cámara del archivo para su extracción y preservación.

Diez minutos más tarde, una imagen de lo que Sam había cogido con las pinzas apareció en la pantalla de LCD de la sala de trabajo.

Pete salió de la cámara.



—Hemos tenido que reducirlo —dijo Pete—. Las dimensiones reales del mapa son aproximadamente de quince centímetros de ancho por veinticinco de largo.

—¿Y las anotaciones que aparecen a lo largo de la costa? —preguntó Sam.

—Cuando hayamos digitalizado el mapa, Wendy intentará limpiarlas usando el Photoshop. Considerando su situación y el añadido de la erre mayúscula, probablemente sean nombres de ríos: en francés, según parece. La palabra parcial de la esquina superior izquierda («ruñes») también podría sernos útil.

»Hay otra anotación —prosiguió Pete—. ¿Ven la flecha que está superpuesta?

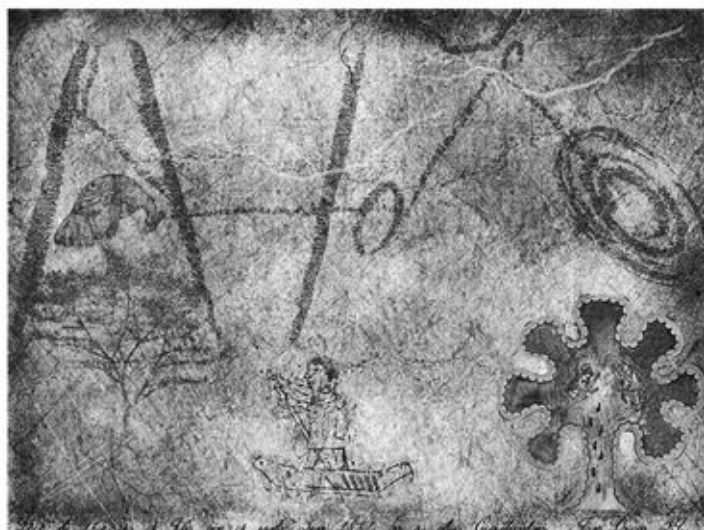
—Sí —contestó Remi.

—Hay una microescritura encima de esa pequeña isla. También estamos trabajando en ello.

La cámara del archivo se abrió, y Wendy salió con un rectángulo de pergamino emparedado entre dos láminas de poli-carbonato transparente.

—¿Qué es eso? —preguntó Remi.

—La sorpresa que había detrás de la puerta número dos —contestó Wendy—. Estaba enrollado en el fondo del bastón. Colocó las láminas sobre la mesa.



Sam, Remi y Selma se reunieron en torno a ellas y las miraron en silencio durante unos instantes.

—Es un códice —susurró finalmente Remi—. Un códice azteca.

Al verse frente a dos objetos aparentemente dispares, decidieron dividirse. Pete y Wendy se sentaron ante un ordenador para identificar el mapa, mientras Sam, Remi y Selma se enfrentaban al nuevo pergamino.

Remi empezó.

—Codex quiere decir «trozo de madera» en latín, pero con el tiempo se convirtió en sinónimo de libro encuadernado o de pergamino. Es el modelo de la fabricación de libros moderna, pero antes de que la encuademación se extendiera cualquier cosa podía considerarse un códice: incluso un trozo de pergamino o varios pergaminos doblados.

»Veréis, cuando los españoles invadieron México en mil quinientos diecinueve...

—Tal vez este sea un buen momento para un curso de iniciación al mundo azteca —la interrumpió Sam.

—Está bien. Tened en cuenta que los historiadores han debatido mucho sobre los aztecas, desde aspectos triviales hasta otros más importantes. Os voy a dar una versión intermedia resumida.

»Azteca es la palabra popular para denominar a un grupo de pueblos de habla náhuatl a los que algunos historiadores se refieren como mexica (pronunciado «Me-SHI-ca»), que en el siglo VI emigraron hasta el centro de México desde algún lugar al norte.

—Algún lugar al norte es bastante vago —observó Selma. Remi asintió con la cabeza.

—Y también otro motivo de controversia. Dentro de un momento me ocuparé de eso. Así pues, los aztecas continuaron su migración al valle de México, desplazando y asimilando a otras tribus, incluida parte de su mitología y de su cultura. El proceso

siguió de esa forma hasta en torno al siglo XII. En esa época, la mayoría del poder de la región estaba concentrado en manos de los tepanecas de Azcapotzalco. Resumiendo: el poder cambia de manos, se forman y se rompen alianzas, y los aztecas ocupan una posición bastante baja en la escala del poder.

»Hasta mil trescientos veintitrés, cuando, según la leyenda, a los aztecas se les apareció un águila con una serpiente en el pico posada en un cactus. Después de vagar durante unos años más, los aztecas dieron con una isla pantanosa apenas habitable en medio del lago Texcoco, que actualmente ha desaparecido en su mayoría; se encuentra debajo de Ciudad de México. Fue en esa isla donde supuestamente se les apareció el águila con la serpiente sobre el cactus. Dejaron de vagar y empezaron a construir. Llamaron a su nueva ciudad Tenochtitlán.

»A pesar de que su nueva capital estaba compuesta en igual medida de pantanos y de terreno, los aztecas llevaron a cabo un prodigio de ingeniería. Tenochtitlán ocupaba unos trece kilómetros cuadrados en la zona oeste del lago Texcoco. Construyeron pasos elevados a tierra firme, con puentes levadizos para dar acceso al tráfico de embarcaciones; construyeron acueductos para suministrar agua fresca a la ciudad; había plazas y palacios, zonas residenciales y centros financieros conectados mediante canales. Cuando la población se volvió demasiado numerosa para alimentarse de las cosechas cultivadas en tierra firme, los ingenieros aztecas crearon jardines flotantes llamados chinampas que podían producir hasta siete cosechas al año.

»La situación continuó de esa forma hasta finales de la década de mil cuatrocientos veinte, cuando se formó la triple alianza entre Tenochtitlán, Texcoco y Tlacopán. Todas las tribus que estaban al margen fueron sometidas cuando la alianza ganó poder. Y durante el siglo siguiente, poco a poco, los aztecas y Tenochtitlán ascendieron a lo más alto.

—Y luego llegó Cortés —dijo Sam.

—Así es. En la primavera de mil quinientos diecinueve. Al cabo de dos años, el imperio azteca estaba prácticamente destruido.

—¿Dónde reside el resto de la controversia sobre los aztecas? —preguntó Selma.

—En su lugar de procedencia: norte o sur, y lo lejos que estaba. Muchas culturas mesoamericanas clásicas y preclásicas (los toltecas, los mayas, los olmecas) poseen similitudes con los aztecas. Es la clásica pregunta: cuál es la primera fuente de la que bebieron. ¿Fue simplemente una cuestión de intercambio cultural o fue uno de esos pueblos el precursor del resto? Muchos historiadores creen que los aztecas fueron los auténticos progenitores de Mesoamérica.

Sam y Selma asimilaban la información. A continuación, Sam dijo:

—Vale, antes hablabas de códices...

—Sí—afirmó Remi—. Cuando Cortés invadió el territorio y el Imperio azteca

desapareció, había muchos códices escritos, la mayoría por monjes jesuitas y franciscanos, otros por soldados o diplomáticos, e incluso unos cuantos por aztecas dictados a otros. Estos últimos son bastante raros y por lo general han sido descartados, al menos hasta los últimos doscientos años. Los códices aztecas tendían a desviarse de la «línea de partido» española, que consistía en que los aztecas eran salvajes y que su conquista era maravillosa y había sido dictada por Dios. Captáis la idea.

—Una vez más, los vencedores escriben la historia —dijo Sam.

—Eso es.

—Se refiere al Códice Borbónico, el Códice Mendocino, el Códice Florentino...

—Exacto. Hay docenas. Normalmente describen la vida azteca antes, durante o después de la conquista española. Algunos solo son cuadros de actividades rutinarias mientras que otros están concebidos como crónicas históricas de la llegada de Cortés, o de las batallas libradas o las ceremonias, etcétera.

Remi sacó una lupa de un cajón y se inclinó para examinar el códice. Se pasó diez minutos estudiando cada centímetro cuadrado, y luego se levantó y suspiró.

—Desde el punto de vista temático, se parece mucho al Códice Boturini. Supuestamente, el Códice Boturini fue escrito por un autor azteca anónimo entre mil quinientos treinta y mil quinientos cuarenta y uno, unos diez años después de la caída de los aztecas. Se supone que relata la historia del viaje de los aztecas desde Aztlán hasta el México del momento.

—¿Aztlán? —preguntó Sam.

—Uno de los dos hogares ancestrales míticos de los pueblos nahua, entre los que se encuentran los aztecas. Muchos historiadores difieren con respecto a si Aztlán es una leyenda o si existió realmente.

—Has dicho dos hogares.

—El otro se llama Chicomoztoc, o Lugar de las Siete Cuevas. Tiene un papel importante en la tradición y la religión azteca. Echad un vistazo a nuestro códice. ¿Veis la figura de una flor hueca que hay en la esquina inferior derecha?

Sam y Selma asintieron con la cabeza.

—Es como se representaba habitualmente Chicomoztoc. Pero esta es un poco distinta. Tendré que establecer unas comparaciones.

—Si no lo he entendido mal —dijo Sam—, se supone que representa un viaje por mar. ¿La canoa es una metáfora?

—Es difícil saberlo. Pero ¿te has fijado en el objeto con forma de peine que tiene a un lado?

—Sí, lo he visto.

—Es el glifo azteca del número cien.

—¿Personas o embarcaciones?

—Dada su situación, supongo que lo segundo.

—Cien barcos —repitió Sam—. Navegando de Chicomoztoc a... ¿dónde?

—¿A donde viven ese pájaro y el objeto de debajo? —propuso Selma—. ¿Qué es eso? No lo distingo del todo.

—Parece una espada —aventuró Sam—. O una antorcha, quizá.

—No lo sé, pero ese pájaro me resulta familiar —dijo Selma.

—Debería —contestó Remi—. Es del diario de Blaylock. Hay otra cosa que también tenéis que reconocer.

Sam señaló la figura tosca que ocupaba la parte superior del códice.

—Esto también es del diario de Blaylock.

—Una estrella de oro para el señor Fargo. Y una más —dijo Remi, dándole la lupa—. La inscripción.

Sam se llevó la lupa al ojo y se inclinó sobre el códice.

—Mi español no es muy bueno, pero allá vamos... —dijo Sam. Y acto seguido recitó—: «Dado este duodécimo día de julio, año de nuestro Señor mil quinientos veintiuno, por su alteza Cuauhtemotzin. Javier Orizaga, S. J.».

—Orizaga... Es otro dato que aparece en el diario de Blaylock: «¿Estuvo Orizaga aquí?».

—¿Aquí, dónde? —preguntó Selma—. ¿En Chicomoztoc?

—Nadie lo sabe —contestó Remi—. Pero estáis pasando por alto la auténtica bomba.

Sin decir nada más, se acercó a un ordenador, abrió el navegador de Internet y se pasó cinco minutos navegando por las páginas de famsi.org: la Fundación para el Avance de los Estudios Mesoamericanos. Por fin se volvió en su asiento.

—Evidentemente, las siglas «S. J.» en el nombre de Orizaga significan «Sociedad de Jesús». Era un fraile jesuita. La fecha, doce de julio de mil quinientos veintiuno, es doce días después de lo que los españoles llamaron la Noche Triste. Con ese nombre se conoce la retirada forzosa de la capital azteca de Tenochtitlán después de que Cortés y sus conquistadores masacraran a cientos de aztecas (incluido su rey, Moctezuma II) en el Templo Mayor. Fue un momento decisivo para el Imperio azteca. En agosto del año siguiente, Tenochtitlán fue arrasada, y el último rey de los aztecas, Cuauhtemotzin, fue capturado y torturado.

—Cuauhtemotzin —repitió Sam, y acto seguido se volvió hacia el códice un instante—. Es quien dictó este códice, según Orizaga.

—Cuauhtemotzin vio la escritura en las paredes —dijo Selma—. Sabía que su gente estaba condenada y quería que alguien lo supiera...

Su voz se fue apagando.

Remi asintió con la cabeza.

—Si este códice es auténtico, puede que estemos ante la última voluntad de los

aztecas.

Madagascar, océano Índico

—África otra vez —murmuró Sam, deteniendo el Range Rover a un lado del camino de tierra. Apagó el motor y puso el freno de mano—. Tenía que ser África.

—Que la gente de la zona no te oiga decir eso —contestó Remi—. Estamos a casi quinientos kilómetros de la costa africana. Por lo que respecta a esta gente, Madagascar es un mundo en sí mismo.

Sam levantó las manos en señal de rendición. Sabía que ella tenía razón. Su maratoniada ruta San Diego-Atlanta-Johannesburgo-Antananarivo les había brindado tiempo de sobra para informarse sobre Madagascar.

Salieron del vehículo, se dirigieron a la parte trasera del Rover y empezaron a recoger su equipo.

Solo habían tardado unas horas en identificar el mapa oculto dentro del bastón de Blaylock, mientras Pete y Wendy registraban la extensa base de datos cartográficos que los Fargo habían adquirido con los años. Resultó que el mapa en cuestión solo era una parte de un mapa más grande trazado por un explorador francés llamado Moreau en 1873, unos veintitrés años después de la anexión de la isla a Francia. La palabra incompleta que aparecía en la esquina superior izquierda era en realidad Prunes —«ciruelas» en francés—, el nombre dado por un explorador a una serie de atolones situados a lo largo de la costa. A partir de ahí, a Pete y a Wendy no les había costado cotejar los nombres de los ríos y aislar la zona de la costa en cuestión.

Sin embargo, lo que seguía siendo un misterio era por qué Madagascar había sido tan importante para Blaylock. Era una pregunta a la que Sam y Remi esperaban encontrar respuesta mientras Selma, los Gemelos Maravilla y Julianne Severson, de la Biblioteca del Congreso, seguían examinando detenidamente y analizando el diario de Blaylock, sus cartas a Constance Ashworth y el recién bautizado Códice de Orizaga.

Por su parte, lo único que Sam y Remi tenían como guía, aparte de un mapa topográfico actual, era una copia plastificada del mapa de Moreau y una ampliación de la parte alrededor de la anotación miniaturizada —que coincidía con la letra de Blaylock— que Pete había descubierto escrita sobre una cueva en la línea de la costa. Acostumbrados como estaban a la predilección de Blaylock por los fragmentos de pensamiento, no les había sorprendido descubrir que la nota solo constaba de ocho palabras:

1442 tramos 315°
hasta la Boca del León

Madagascar, la cuarta isla más grande del mundo, era en muchos sentidos un mundo aparte. Por ejemplo, albergaba un cinco por ciento de las especies animales y vegetales del mundo. De esas especies, el ochenta por ciento no se encontraban en ninguna otra parte: lémures de toda clase y tamaño, cocodrilos que vivían en cuevas, plantas carnívoras y escarabajos que escupían, y ciempiés gigantes, treinta y dos especies de camaleones, doscientas dos especies de aves y una serie de baobabs que parecían salidos de la mente de un director de cine de ciencia ficción. Y debido a todo ello, ninguna serpiente venenosa endémica consideraba la isla su hogar.

La historia de Madagascar no era menos singular. Aunque la historia oficial de la isla comenzó en el siglo VII, cuando los bantúes utilizaron los campamentos en el extremo norte de Madagascar como factorías para los comerciantes árabes de paso, los hallazgos arqueológicos descubiertos en décadas recientes exigían una investigación más a fondo. Dichos hallazgos hacían pensar que los primeros colonizadores de Madagascar habían llegado de Sulawesi, en Indonesia, entre 200 y 500 d.C.

Durante los siguientes mil cien años, Madagascar se convirtió en el crisol de África, poblado en su mayoría por colonos portugueses, indios, árabes y somalíes, hasta que llegó la era de la Exploración y dieron comienzo los combates por África. Tanto las fuerzas coloniales europeas como los piratas se dirigieron a toda prisa a Madagascar, y por la isla pasaron una serie de dinastías dominantes hasta finales del siglo XVIII, cuando la familia Merina consiguió, con la ayuda de los británicos, hacerse con el control de la mayor parte de la isla en una hegemonía que tocó a su fin casi un siglo más tarde con la invasión de Francia en 1883 y lo que se dio a conocer como la guerra franco-malgache. En 1896 Francia se anexionó Madagascar, y la familia real Merina fue desterrada a Argelia.

Inspeccionaron su equipo y se colocaron las mochilas antes de detenerse a contemplar el paisaje. El trayecto en coche desde el aeropuerto de Antananarivo los había llevado al este por la Ruta 2, y habían continuado desde la sierra central que avanzaba de norte a sur por el espinazo de la isla hasta donde se encontraban, en las tierras bajas del litoral, una franja de selva tropical de un kilómetro y medio de ancho y terreno lleno de barrancos apuntalado por acantilados de cuatrocientos cincuenta metros de altura entremezclados con cascadas. A sus espaldas estaba el canal de los Pangalanes, una cadena de lagos naturales y artificiales y cuevas conectadas por canales de ocho kilómetros de longitud.

Era en esa parte de los Pangalanes donde esperaban encontrar el lugar que Blaylock había indicado con su críptica anotación. A partir de allí, sería cuestión de

andar 1.442 «tramos» (que esperaban que hiciera referencia a la longitud del bastón de Blaylock) con una marcación de la brújula de 315 grados y de buscar una «Boca del León» en la que pudieran saltar o que pudieran contemplar o lo que quiera que Blaylock tuviera en mente. El problema era que Moreau, el autor del mapa, no había asistido a clase de cartografía en la Escuela de Exploradores. Su sentido de la escala y la distancia era prácticamente nulo. La exploración de Sam y Remi tendría que basarse en el método de prueba y error.

—Nunca pareció fácil —dijo Remi—, pero mirando este sitio...

Su voz se fue apagando, y sacudió la cabeza con frustración.

Sam asintió.

—La tierra de la que el tiempo se olvidó.

Sam se situó en cabeza y salió del camino de tierra a lo que parecía un sendero de caza, que desaparecía a los cien metros, donde desenfundó su machete y empezó a abrirse paso a través de la maleza que le llegaba a la frente. A cada paso que daban, unas hojas dentadas les arañaban la piel descubierta y unos tallos con espinas les tiraban de la ropa, y a menudo tenían que hacer un alto para liberarse. Después de treinta minutos habían recorrido cuatrocientos metros cuando un amplio claro se abrió ante ellos. Remi tomó una lectura con su GPS, miró a su alrededor para orientarse y señaló con el dedo. Partieron de nuevo, Sam abriéndose paso a machetazos y Remi haciendo de guía. Los treinta minutos se convirtieron en una hora. El sudor perlaba su piel llena de pinchazos, y su ropa acabó tan empapada que parecía que hubieran salido de una piscina. Pese al sol abrasador, los dos tenían un poco de frío. Después de otros treinta minutos de travesía, Sam se paró súbitamente y levantó la mano para pedir silencio. Se volvió, miró a Remi y se dio unos golpecitos en la nariz. Ella asintió con la cabeza. Humo. Cerca de allí había una hoguera.

Entonces, en algún lugar a su izquierda, sonó un murmullo. Algo se estaba moviendo en la maleza. Permanecieron inmóviles, sin apenas respirar, tratando de determinar su posición. El ruido volvió a oírse, pero más lejos.

De repente sonó una voz de hombre:

—¿Están perdidos por casualidad?

Sam miró a Remi, quien se encogió de hombros.

—Yo no diría tanto «perdidos» como «explorando al azar» —contestó Sam.

La voz soltó una risita.

—Bueno, es un principio. Si les apetece un descanso, estoy preparando café.

—Claro, ¿por qué no? ¿Dónde...?

—Miren a su izquierda.

Hicieron lo que les dijo la voz. Un momento más tarde, la punta en llamas de una rama asomó de la maleza a unos diez metros.

—Si siguen recto otros diez o doce pasos, encontrarán un sendero de caza que los traerá directos aquí.

—Vamos para allá.

Cinco minutos más tarde, salieron del sendero a un claro rodeado de baobabs enanos. En el centro del claro, cercada por un par de troncos caídos a modo de asientos, crepitaba una pequeña hoguera. Un hombre de setenta y tantos años con cabello y perilla plateados les sonreía. Sus ojos eran de un verde pícaro.

—Bienvenidos. Siéntense.

Sam y Remi se quitaron las mochilas y se sentaron en el tronco situado enfrente del hombre. Se presentaron. El hombre asintió con la cabeza, sonrió y dijo:

—Todo el mundo me llama Niño.

Sam señaló con la cabeza el revólver que el hombre llevaba en la cadera.

—¿Por eso?

—Más o menos.

—¿Es un Webley?

—Buen ojo. Modelo Mark VI, calibre cuatrocientos cincuenta y cinco. De alrededor de mil novecientos quince.

—Dejad de hablar de pistolas —dijo Remi—. Agradecemos la invitación. Parece que lleváramos dos días ahí fuera.

—En Madagascar eso son unas dos horas.

Sam consultó su reloj.

—Tiene razón. —Sam se fijó en algo parecido a una pirámide de terrones de sesenta centímetros de altura situada a los pies del hombre—. ¿Puedo preguntarle...?

—Ah, esto. Son trufas de Madagascar. Las mejores del mundo.

—Nunca había oído hablar de ellas —contestó Remi.

—La mayoría de ellas se venden en Japón. A mil dólares el medio kilo.

—Pues parece que tiene varios miles de dólares al lado de las botas.

—Más o menos.

—¿Cómo las encuentra? —preguntó Remi.

—Por el olor, el lugar, los rastros de animal. Después de diez años, es más una sensación que otra cosa.

—¿Diez años? Espero que no haya estado aquí fuera todo el tiempo.

Niño se rió entre dientes.

—No. La temporada de trufas dura solo cinco semanas. Las otras cuarenta y siete semanas tengo una casita en la playa cerca de Andevoranto. Un poco de pesca, un poco de buceo, un poco de caminata, y muchas tardes contemplando la puesta de sol.

—Suena de maravilla.

—Lo es, señora. Lo que no es tan maravilloso es la bonita colección de arañazos que tienen ustedes.

Sam y Remi se miraron los rasguños de sus brazos y sus piernas. El hombre metió la mano en una vieja mochila de lona apoyada contra el tronco, hurgó en ella y sacó un frasco de cristal sin etiqueta que lanzó a Remi.

—Una receta local —dijo Niño—. Hace milagros. No pregunten de qué está hecho.

Sam y Remi se untaron los arañazos con el hediondo unguento verdoso. El picor desapareció enseguida.

—Huele a orina de animal y...

Niño sonrió.

—Les dije que no preguntaran. —Les sirvió a cada uno una taza de café de la cafetera cubierta de hollín colocada en el borde de la lumbre—. Si no les importa la pregunta, ¿qué hacen aquí fuera, amigos?

—Estamos buscando un sitio que puede que exista o puede que no —respondió Sam.

—Ah, el canto de sirena de las tierras perdidas. Da la casualidad de que los lugares imaginarios son una de mis especialidades.

Sam metió la mano en el bolsillo lateral de su mochila, sacó el mapa de Moreau y se lo dio al hombre. Niño lo examinó durante unos segundos y se lo devolvió.

—Tengo una noticia buena y otra mala. Elijan.

—La mala —contestó Remi.

—Llegan con unos ochenta años de retraso. La zona de los Pangalanes fue engullida después del terremoto de mil novecientos treinta y dos.

—¿Y la buena?

—Ahora es terreno seco. Y probablemente yo pueda llevarlos a pocos metros del lugar que buscan.

Cuando terminaron el café, Niño echó tierra sobre el fuego con el pie y recogió sus cosas. A continuación los tres partieron, Niño a la cabeza, Remi en medio y Sam detrás. Niño se dirigió al nordeste sin necesidad de machete ni de brújula, siguiendo unos rastros que a primera vista no parecían más que claros en el follaje. Pese a su edad, se movía a un ritmo moderado y constante que reveló a Sam y a Remi que su guía había pasado más tiempo de su vida al aire libre que bajo techo.

Después de andar en amigable silencio durante cuarenta minutos, Niño dijo por encima del hombro:

—El sitio que están buscando... ¿qué tiene de especial?

Remi se volvió y miró atrás a Sam con una expresión inquisitiva en el rostro. Sam pensó un instante y contestó:

—Me parece usted un hombre honrado, Niño. ¿Me equivoco?

Niño dejó de andar y se dio la vuelta. Sonrió.

—No se equivoca. En mi vida he guardado más secretos que pasos he dado.
Sam le sostuvo la mirada unos instantes y acto seguido asintió con la cabeza.
—Siga adelante. Vamos a contarle una historia.
Niño se dio la vuelta y echó de nuevo a andar.
—¿Ha oído hablar del barco de los Estados Confederados Shenandoah?

Al cabo de una hora más la maleza empezó a volverse menos espesa, y no tardaron en encontrarse rodeados de la sabana salpicada de grupos de baobabs. A un kilómetro y medio a la izquierda, la pradera dio paso de nuevo a la selva tropical que se elevó hasta juntarse con el acantilado, mientras a la derecha podían ver el canal de los Pangalanes; más allá, el azul del océano Indico.

Se detuvieron e hicieron un descanso para beber agua. Después de tomar un trago de su cantimplora, Niño dijo:

—Ese tal Blaylock... parece todo un personaje. Remi asintió con la cabeza.

—El problema es que todavía no sabemos qué parte de la historia es verdad y qué parte es una fantasía fruto de la malaria y de la melancolía.

—Eso es lo bueno y lo malo de la aventura —respondió Niño—. Por lo que a mí respecta, nunca habría que desaprovechar la oportunidad de tomar el camino menos transitado.

Sam sonrió y alzó su cantimplora.

—Brindo por eso.

Entrechocaron sus cantimploras.

—¿Por qué no se toman un descanso? Voy a reconocer el terreno. Creo que estamos cerca, pero tengo que inspeccionar la zona.

Niño dejó su mochila y se alejó entre la hierba que le llegaba a las rodillas. Sam y Remi se dejaron caer pesadamente en el suelo y escucharon cómo las olas rompían en la playa. Un enjambre de mariposas multicolores pasó por encima de la hierba, sobrevoló sus cabezas por unos instantes y siguió adelante. En un baobab cercano había un lémur de cola anillada colgado boca abajo que los miraba fijamente. A los dos minutos, trepó lentamente al árbol y desapareció.

Niño volvió a aparecer detrás de ellos sin hacer el más mínimo ruido.

—¡Eureka! —fue lo único que dijo.

El lugar en cuestión estaba a cinco minutos andando. Cuando llegaron a lo alto de un pequeño montículo con una pronunciada ladera, Niño extendió las manos.

—¿Aquí? —preguntó Sam.

—Aquí. Después del terremoto, la cueva se cerró y el agua se evaporó, dejando solo la parte superior de la isla descubierta. Ochenta años de sedimentos marinos y de

tormentas rellenaron la depresión.

Sam y Remi miraron a su alrededor. Por suerte, el montículo no medía más de cuarenta metros cuadrados.

—Podemos buscar el centro y empezar a andar —dijo Remi.

—¿Cuántos tramos indicó Blaylock? —preguntó Niño.

—Mil cuatrocientos cuarenta y dos. Poco menos de tres kilómetros.

Niño miró al cielo.

—En tiempo de Madagascar, eso son tres o cuatro horas, la mayor parte de ellas en la selva tropical. Les recomiendo que busquen un lugar para pasar la noche.

Madagascar, océano Índico

Se levantaron poco después de que amaneciera. Ante la insistencia de Niño, Sam y Remi se dirigieron a una poza que se llenaba con la marea para lavarse mientras él preparaba un almuerzo compuesto de trufas y yuca frita. Regresaron al campamento justo cuando la cafetera estaba empezando a hervir. Remi llenó tres tazas mientras Sam ayudaba a Niño a servir la comida.

—¿Qué saben de la situación de la zona? —dijo Niño entre bocado y bocado.

—¿Quiere decir en el ámbito político? —contestó Remi—. No mucho, aparte de lo que leemos en los periódicos: un golpe de Estado, un nuevo presidente y un ex presidente en el exilio.

—Es un buen resumen. Lo que no saben es que el ex presidente ha vuelto del exilio. Se rumorea que ha regresado y que ha montado un negocio en Maroantsetra, costa arriba. Si consigue reunir suficientes hombres y armas, probablemente habrá una guerra civil; si no, será una masacre. En cualquier caso, no es el mejor momento para ser un blanco en la isla. En las ciudades no hay problema, pero aquí... —Niño se encogió de hombros—. Estén atentos.

—¿A qué?

—Principalmente si ven hombres armados con AK-47 en camionetas.

—Entonces tenemos que confiar en verlos antes de que ellos nos vean a nosotros.

—Esa es la idea. Y aunque no sea así, si ellos consideran que ustedes les van a causar más problemas de los que merecen, puede que pasen de largo. Cuando el clima político está tan revuelto, a veces los oprimidos se plantean el secuestro como una oportunidad de ganar dinero y hacer presión.

—Con suerte, estaremos de vuelta en Antananarivo antes de que anochezca.

Niño sonrió.

—Después de que hayan encontrado lo que haya escondido.

—O de que hayamos descubierto que no hay nada que encontrar —añadió Remi.

Poco antes de las ocho recogieron sus cosas, ascendieron penosamente por el montículo, tomaron un rumbo de 315 grados y partieron en fila a través de la sabana. Niño iba primero, Remi en medio y Sam cerraba la marcha con su GPS portátil, que había ajustado en el modo de rumbo/cuenta atrás: 1.442 tramos de 2,13 metros, la longitud del bastón de Blaylock, que equivalían a 3.071 metros.

—Eso confiando en que el bastón no se haya encogido o estirado en los últimos ciento treinta años —dijo Sam.

—O que Blaylock no manejara bien la cinta métrica —añadió Remi.

No habían cruzado ni la mitad de la sabana y sus botas y las perneras de sus pantalones ya estaban empapadas de rocío. Cuando llegaron al linde de la selva tropical, el borde inferior del sol ya había salido por el horizonte hacia el este; notaban su calor en la espalda.

Niño se detuvo ante la pared de vegetación y dijo:

—Un momento. —A continuación, recorrió el límite forestal, primero unos cincuenta metros al norte y luego al sur—. Por aquí—gritó.

Sam y Remi se reunieron con él. Como era de esperar, había encontrado un sendero.

Una vez que se hubieron internado tres metros en la selva, el sol se fue atenuando detrás de ellos, dejando solo débiles franjas y manchas en el follaje que les rodeaba.

—Hemos andado mil seiscientos setenta y seis metros. Nos quedan mil cuatrocientos dos —anunció Sam.

Siguieron avanzando. Pronto la pendiente aumentó cuando el terreno comenzó a elevarse hacia la sierra. El sendero se estrechó, primero a una anchura equivalente a la de los hombros y luego a unos treinta centímetros, obligándolos a andar de lado y a agacharse en determinados sitios. Las hojas cortantes y los tallos llenos de espinas volvieron a causar estragos en sus cuerpos.

Niño dio el alto.

—¿Oyen eso? —preguntó.

Sam asintió con la cabeza.

—Un arroyo. En algún lugar a la izquierda.

—Vuelvo enseguida. —Niño salió del sendero y fue engullido por la selva. Volvió diez minutos más tarde—. Está a unos treinta metros al sur. Creo que más o menos corre paralelo a su ruta. ¿Cuánto falta?

Sam consultó el GPS.

—Novecientos catorce metros.

—Dos mil setecientos en la escala de Madagascar —añadió Remi con una sonrisa animosa.

—Será más fácil avanzar por el arroyo. Tengan cuidado con los cocodrilos.

—¿Está de guasa? —dijo Remi.

—No. ¿Han oído hablar de los cocodrilos de las cuevas de Madagascar?

—No estábamos seguros de si se trataba de una leyenda —contestó Sam.

—No lo es. Madagascar es el único lugar de la tierra donde viven en cuevas. Verán, los caimanes y los cocodrilos son animales ectotérmicos: se valen del entorno para regular su temperatura corporal; el sol para el calor, y el agua y la sombra para el frío. Nuestros cocodrilos no necesitan eso. Hace unos años los del National Geographic vinieron a estudiarlos, pero siguen siendo un misterio. El caso es que a

veces utilizan los arroyos subterráneos por la mañana para salir a cazar antes de que el sol caliente demasiado.

—¿Y dónde los veremos exactamente? —preguntó Remi.

—Busquen troncos flotando en el agua. Si los troncos tienen ojos, no son troncos. Hagan mucho ruido, armen jaleo. Desaparecerán.

El riachuelo les llegaba a las pantorrillas y tenía un fondo de arena, de modo que avanzaron rápido, descendiendo lentamente hasta que la pantalla del GPS marcó 120 metros. El riachuelo torcía primero al sur, luego al norte y después otra vez al oeste antes de ensancharse en una laguna bordeada de cantos rodados. En la orilla oeste de la misma, una cascada de doce metros de ancho chocaba contra un saliente rocoso y lanzaba una nube de rocío.

Sam consultó el GPS.

—Sesenta metros.

—¿Rumbo? —preguntó Remi.

Sam señaló la cascada como respuesta.

Tras unos instantes de silencio, Remi dijo:

—¿La ves?

—¿Qué? —contestó Sam.

—La cabeza del león. —Ella señaló el punto por el que el agua caía del saliente—. Los dos afloramientos son los ojos. Debajo, la boca. Y el agua... Si la miras bastante rato, algunos chorros parecen colmillos.

Niño asentía con la cabeza.

—Que me aspen. Tiene razón, Sam.

Este soltó una risita.

—Suele tenerla.

—A lo mejor el tal Blaylock no estaba loco.

—Ya veremos.

Sam se quitó la mochila, la sujetó contra la cintura y se colocó una linterna sumergible para la cabeza. La encendió, enfocó la palma de su mano con el haz y la apagó.

—Solo es una exploración de tanteo, ¿verdad, Sam? —dijo Remi.

—Eso es. Cinco minutos, no más.

—Un momento —dijo Niño. Metió la mano en su mochila y sacó una bengala marina—. Los cocodrilos los odian. —También sacó otro revólver parecido a su Webley—. Los cocodrilos los odian todavía más.

Sam sopesó el arma y la analizó.

—No lo reconozco. ¿Otro Webley?

—El revólver automático Webley-Fosbery. Uno de los primeros y únicos

revólveres semiautomáticos. Apertura superior basculante, calibre cuatrocientos cincuenta y cinco, cargador de seis balas. No sirve de mucho a más de treinta metros, pero cuando acierta a algo lo mata.

—Gracias —dijo Sam—. ¿Cuántas Webley tiene exactamente?

—La última vez que hice recuento, dieciocho. Es una especie de hobby.

—Revólveres antiguos y trufas exóticas —contestó Remi—. Es usted un hombre interesante.

Sam se metió la bengala en uno de los bolsillos del pantalón, el revólver en otro, y comenzó a abrirse camino cuidadosamente en la orilla de la laguna, saltando de un canto rodado a otro y procurando evitar las zonas húmedas, lo que resultó prácticamente imposible conforme se acercaba a la cascada. Cuando tuvo la catarata al alcance de la mano, se volvió, hizo un breve gesto a Remi y a Niño con la mano, y acto seguido se sumergió en el raudal y desapareció.

Cuatro minutos más tarde reapareció, saltó a un canto rodado cercano, se sacudió el agua del pelo y se dirigió otra vez a la playa.

—Hay una gruta poco profunda detrás de la catarata—anunció—. Tiene unos seis metros de profundidad y unos cuatro de anchura. Está llena de aguas residuales (ramas, troncos podridos, montones de hierba que han formado un dique), pero detrás he encontrado una abertura. En realidad es una brecha horizontal, como una puerta de garaje de piedra que no se ha cerrado del todo.

—Se acabó la racha —contestó Remi sonriendo.

—¿Cómo? —preguntó Niño.

—Hasta ahora, en esta aventura no hemos tenido que descender bajo tierra —dijo Sam—, lo cual es raro, considerando a lo que nos dedicamos. Antes de que hubiera puertas con cerrojo y cajas fuertes, si querías mantener algo a salvo o en secreto solo tenías dos opciones seguras: enterrarlo o esconderlo en una cueva.

—Todavía se suele hacer en la actualidad —añadió Remi—. Debe de estar relacionado con la memoria genética: ante la duda, haz una madriguera.

—Entonces ¿nunca han vivido una aventura entera sobre tierra?

Sam negó con la cabeza.

—Por ese motivo nunca dejamos de practicar la escalada y la espeleología.

—Pues las cuevas no son precisamente uno de mis sitios favoritos —dijo Niño—. Así que si no les importa, les dejaré que se diviertan solos. Yo vigilaré el fuerte.

Diez minutos más tarde, equipados con el material adecuado, Sam y Remi volvieron a la cascada, se sumergieron bajo ella y se adentraron en la gruta. La luz del sol se atenuó detrás de la cortina de agua. Encendieron sus linternas para la cabeza.

Sam se acercó a Remi y dijo por encima del torrente:

—Apártate. Voy a ver si tenemos compañía. Ten una bengala preparada.

Remi se dirigió al otro lado de la gruta mientras Sam elegía una larga rama del montón del dique y la desprendía. Empezó a examinar sistemáticamente los restos, introduciendo la punta de la rama en agujeros y huecos y meneándola de un lado a otro. No hubo ninguna reacción; nada se movió. Se pasó otros dos minutos golpeando con el tacón los troncos más grandes, tratando de provocar alguna reacción, pero el resultado fue el mismo.

—Creo que no corremos peligro —gritó Sam.

Se pusieron manos a la obra, despejando poco a poco el montón hasta que abrieron un camino a la pared de atrás. Se arrodillaron ante la brecha de un metro veinte de altura. Un arroyo poco profundo corría por delante de sus botas y atravesaba la gruta antes de juntarse con la cascada.

Sam introdujo la rama en la abertura y la agitó de un lado a otro. Una vez más, nada se movió. Sacó el revólver del bolsillo, se inclinó hacia delante, pegó la cara a la roca y movió la linterna de su cabeza de derecha a izquierda. Se enderezó y le hizo a Remi un gesto de aprobación con la mano.

—Otra vez en la brecha —gritó ella.

—Nosotros dos, nosotros felizmente dos —contestó Sam.

—Nada como un poco de Shakespeare corrompido para crear ambiente.

Madagascar, océano Índico

Afortunadamente la entrada fue breve. Después de recorrer encorvados un metro y medio, vieron que el techo de roca subía abruptamente en pendiente y se encontraron en una cueva ovalada y alargada de treinta metros de ancho y nueve de alto, con un techo lleno de estalactitas. Las linternas de sus cabezas no tenían suficiente potencia para alumbrar más de nueve metros por delante, pero por lo que pudieron apreciar el espacio parecía dividido en «habitaciones» por columnas de mineral que emitían un brillo gris nacarado y amarillo intenso con los haces de las linternas. Las inclusiones de cuarzo de las paredes centelleaban y brillaban. El suelo, una combinación de roca dentada y sedimentos que crujía bajo sus botas, estaba dividido por un estrecho arroyo serpenteante.

—Parece un sitio lógico para empezar —dijo Sam, y Remi asintió con la cabeza.

Utilizando el curso del arroyo a modo de guía, empezaron a internarse en la cueva.

—Un poco decepcionante —dijo Remi minutos más tarde. —Lo sé, pero el día es joven.

La última aventura espeleológica en la que habían participado había acabado no solo con la solución del misterio de la bodega perdida de Napoleón, sino también con un descubrimiento que estaba ayudando a reescribir partes de la historia de la antigua Grecia.

Siguieron adelante, recorrieron treinta metros y luego sesenta. La linterna de Sam iluminó una pared con forma de cuña situada más adelante, de cuya base brotaba el arroyo. A cada lado de la pared había un túnel que formaba un meandro y se perdía en la oscuridad.

—Elige —dijo Sam—. ¿Izquierda o derecha?

—Derecha.

Saltaron por encima del arroyo y enfilaron el túnel de la derecha. Al cabo de seis metros, el suelo bajó en pendiente, y se encontraron sumergidos en agua hasta las pantorrillas. Sam enfocó la superficie con su haz y descubrió una corriente que se arremolinaba ligeramente. Siguieron andando.

Remi se detuvo y se llevó el dedo índice a los labios.

Apagó la linterna de su cabeza. Sam hizo otro tanto.

Entonces, tras unos segundos de silencio, oyeron un sonido: algo se movía más adelante en la oscuridad. Un ruido como de cuero contra piedra. Más silencio, y luego

otro sonido: como una gruesa toalla mojada golpeando una roca.

Sam y Remi se miraron y, casi al unísono, esbozaron una palabra con los labios: «Cocodrilo». El cuero era la piel escamosa frotándose contra una roca; la toalla mojada, una cola musculosa azotando una piedra. Salpicando.

Unas pisadas avanzaron pesadamente a través del agua. Sam sacó el revólver y apuntó a la oscuridad. Él y Remi encendieron a la vez sus linternas.

A seis metros de distancia y moviéndose directo hacia ellos se encontraba el hocico de un cocodrilo; justo detrás del hocico, un par de ojos de gruesos párpados los miraban fijamente. Más atrás, en el margen de los haces de sus linternas, podían ver media docena de cuerpos escamosos retorciéndose, con los ojos brillantes, las bocas abiertas y las colas agitándose.

—La bengala —dijo Sam.

Remi no vaciló. El túnel se llenó de una parpadeante luz roja acompañada de una especie de chisporroteo. Remi bajó la bengala a la altura de las rodillas y la agitó frente al cocodrilo que se acercaba. El reptil se paró, abrió la boca y dejó escapar un susurro grave.

—Niño tenía razón —dijo ella—. No les gusta.

—De momento. Empieza a retroceder. Despacio. No le des la espalda.

Moviéndose al unísono, los ojos de Remi clavados en el cocodrilo que se aproximaba, empezaron a retirarse. Sam lanzó una mirada por encima del hombro.

—Otros diez pasos y estaremos en la rampa y luego en la parte estrecha.

—De acuerdo.

—Cuando lleguemos allí, clava la bengala en la arena. Veremos si les gusta.

Cuando llegaron al lugar, Sam dio un golpecito a Remi en el hombro. Ella se arrodilló, introdujo la bengala en el sedimento y acto seguido se levantó y siguió andando hacia atrás, con la mano de Sam posada todavía en su hombro. En mitad de la rampa, el cocodrilo se paró a unos dos metros de la bengala susurrante. Se arrastró primero a la izquierda y luego a la derecha, y se paró de nuevo. El reptil dejó escapar otro susurro y bajó la rampa moviéndose hacia atrás hasta el agua. Y al cabo de unos segundos desapareció.

—¿Cuánto duran las bengalas? —preguntó Remi.

—¿Las de ese tipo? Diez o quince minutos. Con suerte, lo bastante para que registremos el otro túnel.

—¿Y si no dura tanto?

—Entonces veremos qué tal manejo el revólver.

Se internaron en el túnel de la izquierda, parando aproximadamente cada diez pasos para escuchar. A los doce metros, el túnel se ensanchó de repente y dio paso a una cámara más o menos circular. La linterna de Remi enfocó un objeto alargado y oscuro que había en el suelo. Los dos se lo quedaron mirando y retrocedieron diez

pasos, deslizando los pies en la arena.

—¿Era...? —susurró Remi.

—Creo que no. —Sam inspiró hondo y espiró—. Pero me ha dado un vuelco el corazón. Vamos.

Avanzaron hasta que los haces de sus linternas dieron otra vez con el objeto.

—Parece un poste de teléfono podrido —dijo Remi.

Y así era. Pero enseguida Sam se fijó en lo que parecía un trío de crucetas de madera fijadas al poste y una especie de ataduras, la mayoría de ellas reducidas a polvo, si bien aún podía apreciarse su forma original.

—Es una batanga —susurró Remi.

Sam asintió con la cabeza y siguió recorriendo las crucetas con el haz de su linterna hasta un punto en el que se juntaban con un montón alargado de madera parcialmente podrida, unos centímetros más larga que el «poste de teléfono», y con un diámetro cuatro o cinco veces mayor.

—Sam, es una canoa.

Él asintió con la cabeza.

—Una canoa grande. Por lo menos medía nueve metros de largo.

Rodearon la embarcación moviéndose de lado hasta el otro costado, donde encontraron una batanga con crucetas parecida. El armazón de la canoa tenía un metro y medio de anchura, y un metro y veinte de altura de la quilla a la borda, con una proa ahusada, un bauprés abultado y una popa cuadrada. En medio de la canoa, elevándose a casi dos metros y medio del casco, se hallaba lo que parecía un mástil roto; la parte superior, de unos tres metros de largo, estaba tirada en el suelo, con el extremo apoyado en la borda. Delante del mástil, el casco tenía una cubierta superficial a dos aguas.

—Atrás, Sam —susurró Remi.

Él la siguió y retrocedió unos pasos. Ella señaló el suelo debajo de la embarcación. Lo que habían confundido con una elevación del terreno era en realidad una plataforma de sesenta centímetros de altura construida con piedras cuidadosamente colocadas.

—Es un altar —dijo él.

Después de echar un vistazo a su bengala anticodrilos, que se había consumido hasta la marca de la mitad, se pusieron a examinar la batanga; Remi tomó fotografías para registrar la escala y el diseño antes de acercarse para los primeros planos. Utilizando la punta de su navaja suiza, Sam cogió muestras de la madera y de las ataduras.

—Todo está cubierto de una especie de resina —le dijo a Remi, oliendo el material—. Es gruesa. Por lo menos mide dos centímetros.

—Eso explicaría su excelente estado —respondió ella.

Sam se acercó a la batanga del lado de estribor, se dirigió a la borda y miró dentro de la embarcación. Tirado alrededor de la base del mástil había un montón de algo que solo podía describir como lona descompuesta. Moteada y gris, la tela se había convertido parcialmente en una masa gelatinosa.

—Tienes que ver esto, Remi.

Ella se reunió con él en la borda.

—Qué vela más grande —dijo, y empezó a tomar fotografías.

Sam desenfundó su machete y, mientras Remi lo agarraba del cinturón por miedo a que se cayera, se inclinó hacia delante y deslizó con cautela la hoja del cuchillo en el montón.

—Es como piel de cebolla —murmuró él.

Levantó un trozo andrajoso de la tela que estaba suelto.

Remi tenía preparada una bolsa de plástico con cierre hermético vacía. Cuando él introdujo la muestra, se partió en tres trozos. Remi cerró la bolsa y regresó junto a su mochila para depositarla con las otras muestras.

Sam se dirigió a la popa. Del espejo de popa sobresalía un objeto de madera bulboso, como un balón de fútbol americano nudoso inclinado hacia delante en el soporte de saque. Al igual que el resto de los elementos de la canoa, Sam necesitó varios segundos y varias inclinaciones de cabeza para percatarse de lo que estaba viendo. Remi se acercó a él por detrás.

—Nuestro pájaro misterioso —dijo.

Sam asintió con la cabeza.

—El del Códice de Orizaga y el diario de Blaylock.

—¿Cómo lo llamaba? El «gran pájaro enjoyado verde» —rememoró Remi—. Pero no creo que este sea al que Blaylock se refería.

Tomó una docena fotografías de la talla con su cámara digital.

—Vamos a ver el bauprés —dijo Sam—. En los barcos, estas cosas suelen aparecer por parejas.

Se dirigieron a la proa. Tal como Sam se había figurado, el bauprés también tenía una talla, esta en mejor estado que su equivalente. De hecho, el propio bauprés era una escultura: una serpiente con la boca abierta y un penacho de plumas que le salía hacia atrás de la cabeza.

—¿Sabes a lo que se parece, Sam? —preguntó Remi.

—No. ¿Debería saberlo?

—Supongo que no. Está menos trabajada y es menos estilizada, pero es casi la viva imagen de Quetzalcoatl, la gran serpiente de oro emplumada de los aztecas.

—¿Loco? Era listo como un zorro —murmuró Sam pasados unos segundos.

—¿Qué?

—Blaylock. Era listo como un zorro. Está claro que escondió el mapa de Moreau y el código juntos en su bastón por un motivo. Estaba obsesionado con algo, eso seguro, pero era algo más que el *Shenandoah* o *El Majidi*.

—Tal vez la obsesión empezó por ellos —convino Remi—, pero en algún momento debió de encontrar algo, o de descubrir algo, que desvió su interés. Pero ¿cómo metió la canoa en la cueva quien la trajo aquí?

—A menos que haya otra entrada más allá de Cocoville, debieron de desmontarla, traerla a través de la cascada y luego volver a armarla.

—Es mucho trabajo. Estamos a tres kilómetros de la playa, y pesa casi una tonelada.

—Los marineros acostumbran encariñarse de su barco, sobre todo si les ha acompañado en mares agitados o en un largo viaje. Puede que sepamos más cuando analicemos las muestras, pero si creemos la odisea de Blaylock, podría ser una embarcación azteca. Eso significaría que tiene... ¿cuántos? ¿Por lo menos seiscientos años?

—Eso significaría reescribir la historia, Sam. No hay constancia de que los aztecas viajaran más allá de las zonas costeras de México, y menos aún de que cruzaran el Atlántico y rodearan el cabo de Buena Esperanza.

—Estamos pensando en cosas distintas, cariño.

—¿Cómo?

—Tú estás pensando en un viaje del oeste al este y en el siglo XVI. Yo estoy pensando en un viaje del este al oeste y en una época mucho anterior.

—Estás de broma.

—Remi, tú misma lo dijiste: los historiadores no están totalmente seguros del origen de los aztecas. ¿Y si estamos ante un barco de una migración protoazteca?

Madagascar, océano Índico

Remi se disponía a abrir la boca para contestar cuando el estallido de un disparo resonó por la cueva. A su izquierda oyeron algo que golpeó contra una estalagmita. Apagaron las linternas y se tiraron al suelo. Totalmente inmóviles, sin apenas respirar, esperaron a que sonaran más disparos. No hubo ninguno. En la boca del túnel de la derecha, la bengala chisporroteaba, prácticamente consumida. La luz roja parpadeaba en la pared.

—¿Ves algo? —susurró Remi.

—Creo que ha venido de fuera. Espera aquí. Vuelvo enseguida.

Sam se levantó. Corrió encorvado hacia una columna mineral, se detuvo a mirar y a escuchar, y a continuación siguió avanzando, serpenteando de escondite en escondite hasta pegarse contra la pared contigua a la entrada. Sacó el revólver y se agachó en la entrada.

¡Pam!

Una bala alcanzó el suelo junto a él y rebotó en la caverna. Sam se metió en la gruta a toda prisa y torció a la izquierda hasta que llegó al lugar por donde habían entrado. Se tumbó boca abajo y se arrastró entre un par de cantos rodados hasta que su cabeza se deslizó por debajo de la cascada. Entornando los ojos contra el torrente de agua, miró al frente hasta que vio la laguna.

Seis hombres, todos armados con fusiles de asalto, estaban en la playa. Iban vestidos con téjanos raídos, camisetas de manga corta andrajosas y botas militares. Todos sin excepción llevaban un pañuelo blanco con las esquinas teñidas de rojo atado al antebrazo. Dos de ellos se hallaban arrodillados junto a las mochilas de Sam y Remi, clasificando el contenido en dos montones. Sam escudriñó la zona de la laguna y los árboles de alrededor, pero no vio rastro de Niño.

Un hombre —el líder, supuso Sam, a juzgar por sus gestos y por la pistola semiautomática que llevaba en el cinturón— gritó algo a los otros y luego señaló la cascada. Los cinco subordinados empezaron a abrirse paso cuidadosamente alrededor de la laguna.

Sam se arrastró hacia atrás, enfundó el revólver y entró de nuevo a toda prisa en la caverna. Encontró a Remi donde la había dejado.

—Seis hombres, todos armados: los rebeldes de los que habló Niño —dijo.

—¿Lo has visto?

—No, creo que ha escapado.

—Bien.

—Vienen a investigar. Tenemos un minuto, tal vez dos.

—¿Cuántos son?

—Cinco.

—Estamos en desventaja si hay un tiroteo. Propondría que recorriéramos el otro túnel y buscáramos una salida, pero no me apetece ser devorada.

Sam sonrió.

—Seguro que nuestros visitantes piensan lo mismo. Tú busca un escondite mejor y yo armaré un poco de jaleo. Vuelvo en un instante.

Sam atravesó corriendo la caverna, saltó el arroyo y enfiló el túnel de la derecha. Después de coger la bengala de la arena, bajó corriendo por la rampa hasta la orilla y encendió la linterna de su cabeza. A unos seis metros vio un batiburrillo de colas escamosas, patas con garras y hocicos con colmillos. Contó al menos tres cocodrilos. Los reptiles sisearon y se revolvieron cuando la luz los enfocó.

—Perdón por la intrusión —murmuró Sam.

Levantó el brazo y lanzó la bengala chisporroteante por el túnel. Dio en el blanco. La bengala cayó sobre el lomo del cocodrilo más próximo y rebotó en medio de los animales. Los cocodrilos sisearon y se revolvieron frenéticamente. Empezaron a alejarse en masa de la bengala y a dirigirse a la rampa.

Sam apagó la linterna de su cabeza, se volvió y echó a correr. Cuando llegó al arroyo vio que la linterna de Remi se encendió una vez junto a la pared opuesta. Corrió en esa dirección y la encontró encorvada entre una medialuna de cantos rodados. Patinó hasta detenerse y, justo al arrodillarse, oyó el eco de las voces en la entrada de la caverna.

—¿Están inquietos los nativos? —susurró Remi a Sam al oído.

—Más bien furiosos. Si la bengala sigue encendida, nuestros visitantes irán directos a ella.

—Y se encontrarán con una desagradable sorpresa.

—Esperemos que la sorpresa no se vuelva contra nosotros.

Sus visitantes tardaron menos de un minuto en hacerse notar. Después de haberse acostumbrado al torrente constante aunque amortiguado de la catarata, Sam y Remi oyeron que la pauta del sonido variaba cuando los cuerpos atravesaron la cascada. A continuación, escucharon un ruido de botas en la gruta y unas voces susurradas a través de la entrada y en la caverna principal. Los susurros cesaron, seguidos del sonido apenas perceptible de pies arrastrándose sobre piedra.

—Un hombre —susurró Sam a Remi al oído—. Un rastreador.

Era un momento decisivo de su plan. Si el rastreador decidía investigar la bengala por su cuenta, la recepción de los cocodrilos probablemente les haría huir a él y a sus compañeros. Sin embargo, si acudían en masa, la recepción de los cocodrilos y el jaleo que se armaría puede que también afectaran a Sam y a Remi.

Permanecieron inmóviles, escuchando. El sonido de pisadas se interrumpió. Una voz gritó algo. Más silencio. Luego más pisadas, solapándose, atravesando el túnel de la entrada. A continuación, el crujido de las pisadas moviéndose sobre las rocas sueltas y el sedimento. El grupo se estaba internando en la caverna. Sam y Remi, cuya vista se había adaptado a la oscuridad, podían ver claramente el tenue parpadeo rojo de la bengala en el túnel de la derecha. La cuestión era cuánto tardaría el grupo en ver la luz.

Sam y Remi volvían la cabeza a un lado y al otro, tratando de determinar la posición del grupo.

—Están cerca de la pared del fondo —susurró Remi.

El crujido de las pisadas cesó. Una voz dijo algo en un idioma que Sam supuso que era malgache, y aunque no entendió la palabra, la inflexión de la voz era de aviso y de sorpresa, como si dijera: «¡Mirad, una bengala!».

Dijera lo que dijese, tuvo el efecto deseado. El grupo continuó, pero avanzaron a un paso más cauto. Pronto Sam y Remi vieron que la primera figura entraba en la luz chisporroteante de la bengala. Luego otra. Y así sucesivamente hasta que aparecieron los cinco hombres. A continuación bajaron por la rampa de uno en uno. Sus botas chapoteaban en el agua.

—En cualquier...

Un grito gutural resonó por la caverna.

—... momento —terminó de decir Sam. Al primer grito se le unió otro, y luego más chillidos. Remi consiguió distinguir una palabra, una maldición.

—Alguien tiene un problema de incontinencia intestinal —susurró.

Sam sacó el revólver y apoyó el cañón en la roca que tenía delante.

Al otro lado de la caverna se oyeron sonidos de chapoteo en el agua y luego de botas subiendo pesadamente por la rampa de piedra. Acto seguido, los primeros disparos, vacilantes al principio, y luego en ráfagas automáticas, el pam, pam, pam rebotando en las paredes de la caverna. Los fogonazos simultáneos de las bocas de las armas emitían un parpadeo anaranjado en la boca del túnel de la derecha; bajo la luz estroboscópica, los hombres retrocedían, tropezaban y se levantaban con dificultad.

—He contado cinco —susurró Sam.

—Yo también.

Cuando estuvieron de nuevo en terreno llano, los rebeldes se volvieron y echaron a correr a toda velocidad, la mayoría de ellos directos a la entrada. Sin embargo, uno, claramente aterrado, corrió precipitadamente hacia el escondite de Sam y Remi. El hombre se metió en el arroyo dando traspiés, se cayó y cruzó el riachuelo arrastrándose hasta la otra orilla. Se levantó, dio unos pasos hacia Sam y Remi, y se detuvo para mirar a su alrededor.

Recortado contra la luz de la bengala, el hombre era una simple silueta. Sam

apuntó con la mira delantera del revólver al punto central situado entre sus hombros.

—Vuélvete, maldito... —Aunque él y Remi habían matado con anterioridad, a ninguno de los dos le gustaba la sensación. Independientemente de lo necesario que resultara, era desagradable—. Vuélvete... —murmuró Sam.

Entonces una voz gritó desde la entrada principal:

—*Rakotomalala!*

El hombre se dio la vuelta, se detuvo un instante y echó a correr hacia la entrada. Sam bajó el revólver y espiró profundamente.

Él y Remi esperaron hasta que volvieron a oír la interrupción del sonido de la cascada, y entonces Sam se levantó y se abrió camino cuidadosamente hacia la entrada y atravesó la gruta. Se arrastró de nuevo entre los cantos rodados y asomó la cabeza lentamente por la cascada hasta que vio la laguna. El grupo estaba tan asustado que ninguno de sus miembros se había molestado en avanzar entre los cantos rodados y habían vuelto nadando. En ese momento estaban llegando a la playa. Gesticulando como locos y gritando, narraron lo sucedido con los cocodrilos a su jefe, quien los miró coléricamente y luego gritó una orden. Los hombres recogieron las mochilas de Sam y Remi, y el grupo se marchó en fila india río abajo.

Sam observó hasta que desaparecieron a la vuelta del recodo y esperó otros cinco minutos por si acaso. Volvió junto a Remi.

—Ya se han marchado.

—¿Cómo podemos estar seguros?

—No podemos, pero o seguimos adelante o esperamos a que anochezca, y no me apetece quedarme. Ya hemos tentado demasiado a la suerte con nuestros anfitriones reptiles.

Remi lanzó una mirada al túnel de la derecha. Los cocodrilos se habían sosegado un poco, pero el siseo y los golpes simultáneos de las colas indicaban que el grupo no estaba ni mucho menos tranquilo.

—Tal vez sea mejor que escapemos ahora —concedió Remi.

Algo se movía en la rampa, y poco a poco un hocico alargado salió de entre las sombras. La boca se abrió lentamente, se cerró, y el morro volvió a la oscuridad.

—Definitivamente es mejor que escapemos ahora —dijo Remi.

Madagascar, océano Índico

Salieron con calma, deteniéndose primero en la gruta y luego repitiendo la inspección de Sam a través de la cascada antes de deslizarse boca abajo entre los cantos rodados hasta la laguna. Nadaron hasta la playa y salieron del agua. Mientras Remi se escurría el agua del pelo, Sam se quitó las botas y las vació.

Inclinándose hacia delante, con la cabeza ladeada, Remi murmuró a Sam:

—Hay alguien haciéndonos señas.

—¿Dónde?

Remi señaló con la vista lo que parecía un montón de maleza del que sobresalía una mano y un antebrazo. La mano sujetaba un revólver Webley modelo Mark VI. Gesticulaba violentamente como si intentara disuadirlos.

Sam se llevó la mano a la culata del Webley que tenía en la cintura.

¡Pam!

Una bala impactó en la arena entre sus piernas.

Sam se quedó paralizado, al igual que Remi, con las manos todavía enredadas en el cabello. En el montón de maleza, el brazo de Niño se puso lentamente a cubierto.

—Supongo que han vuelto sobre sus pasos —comentó Remi.

—Eso parece. ¿No habrás leído por casualidad el apartado de modales y etiqueta de la guía de Madagascar?

—Creía que lo habías leído tú.

—Lo leí por encima.

Sam levantó despacio las manos por encima de la cabeza y se dio la vuelta. Remi hizo lo mismo. Como era de esperar, en lo alto de la cabeza de león de la cascada estaban los seis rebeldes. Junto al saliente, con los brazos en jarras, el jefe gritó:

—¡No mover! ¡Entendéis, no mover!

Sam asintió con la cabeza y contestó:

—No mover.

Bajo la atenta mirada del tirador situado sobre la cabeza del león, los otros cinco rebeldes descendieron por un sendero oculto entre las rocas. Al poco rato formaban un semicírculo alrededor de Sam y Remi. El jefe dio un paso adelante, escudriñó los ojos de Sam y a continuación echó un vistazo a Remi de la cabeza a los pies. El jefe alargó el brazo, extrajo el revólver de Sam de la pretina de sus pantalones y lo levantó para examinarlo.

—Buena pistola —proclamó en su inglés chapurreado.

—Buena pistola —convino Sam.

—¿Tú eres quién?

—Sam.

—Tolotra. ¿Quién es mujer?

De repente, Sam recordó un detalle de la etiqueta de Madagascar. Bajó cautelosamente la mano derecha y señaló a Remi, con cuidado de mantener la punta del dedo índice curvada hacia sí mismo.

—Mi mujer. Remi.

Tolotra reparó en el gesto de Sam. Miró a Remi, luego otra vez a Sam y asintió con la cabeza pensativamente. Sam descubrió por el siguiente comentario de Tolotra que su reconocimiento de las costumbres de Madagascar no le iba a permitir irse de rositas.

—Sam... Remi. Rehenes ahora.

Uno de los rebeldes cogió dos trozos de cuerda de su cinturón y se adelantó como si fuera a maniatar a Sam y a Remi. Tolotra lo rechazó con un gesto de la mano y dijo a Sam:

—Vosotros escapar, nosotros disparar. No escapar. ¿Prometéis?

Sam levantó la mano derecha a modo de respuesta, cruzó ceremoniosamente el dedo índice y el corazón, y asintió con la cabeza de manera solemne.

—Ni soñarlo —dijo.

A su lado, Remi puso los ojos en blanco.

—Dios mío.

Tolotra estudió el gesto de Sam un momento y a continuación sonrió y lo imitó.

—¡Ni soñarlo!

—¡Ni soñarlo! —corearon los hombres.

—Si alguno de ellos tiene un libro de frases en inglés, estamos muertos. Lo sabes, ¿verdad?

Los colocaron en mitad de un grupo escalonado en fila india y se marcharon de la laguna. Pasaron a un metro y medio del escondite de Niño, antes de enfilear un sendero que corría paralelo al río. Cualquier ventaja lingüística que Sam y Remi pudieran haber tenido quedó contrarrestada por la experiencia de los bandidos en el manejo de rehenes. Nunca había menos de dos hombres apuntándoles, y siempre mantenían una separación mínima de tres metros. Además, la capacidad de orientación del grupo era equiparable a la de Niño, y pronto

Sam y Remi habían perdido los puntos de referencia en los que se habían basado en el camino de ida.

Después de cuarenta minutos de caminata, la selva se volvió menos espesa y el sendero salió a la luz del sol. Sam se percató de que estaban otra vez en la sabana, pero no tenía ni idea de a qué distancia se encontraban del sendero que habían seguido él, Remi y Niño ese mismo día. El mar quedaba a su izquierda y el acantilado boscoso a la derecha. Se dirigían al sur.

Después de otros veinte minutos, volvieron a la selva, esa vez siguiendo un sendero bastante recto, de modo que Sam pudo orientarse.

—Creo que estamos cerca de la carretera —susurró a Remi.

—Probablemente así es como han dado con nosotros: habrán encontrado el coche. ¿Has visto a ya sabes quién?

—No, pero anda ahí fuera.

Tolotra, que iba el primero de la fila, se dio la vuelta y gritó:

—¡Prohibido hablar!

Levantó los dedos cruzados como para dotar de gravedad a la orden. Sam repitió el gesto.

—Qué bien —murmuró Remi—. Has hecho un amigo.

—Espero no tener que dispararle.

—¿Con qué? ¿Con una pistola de gomitas invisible?

—No, con el revólver —gruñó Sam, sin apartar la vista de Tolotra—. Cuando se lo haya quitado.

—¡Prohibido hablar!

La posición estimada por Sam resultó acertada. Unos minutos más tarde, Tolotra llegó a un cruce de caminos y giró a la derecha. La pendiente aumentó hasta que tuvieron que ayudarse de raíces descubiertas y ramas bajas para ascender. Sin embargo, el terreno no hizo mella en la disciplina de los bandidos; cada vez que Sam y Remi se daban la vuelta, se encontraban como mínimo dos bocas de fusil apuntándoles.

El sendero se niveló y llegó a una serie de escalones naturales en la ladera. Sam y Remi llegaron a lo alto y se vieron en un camino de grava. A unos cuatrocientos metros al sur, había una oxidada camioneta Chevrolet blanca en el arcén; delante de ella, el Range Rover de Sam y Remi. Y elevándose por encima de los dos, los Tres Sabios.

—¿Adonde vamos ahora? —preguntó Sam a Tolotra.

Él y Remi no se hacían ilusiones. Aunque tener las manos desatadas era una ventaja, aquello no era una película de Hollywood. Sin una gran distracción, el más mínimo intento por abalanzarse sobre cualquiera de los rebeldes no solo estaba condenado al fracaso, sino que también les costaría la vida. Sus posibilidades no harían más que empeorar cuando los metieran en un vehículo.

—Sitio secreto —respondió Tolotra.

—Quieres un rescate, ¿verdad?

—Sí.

—¿Cómo sabes que valemos algo? Tolotra consideró la pregunta un instante como si estuviera buscando en su escaso vocabulario inglés.

—Mochilas, ropa, cámara... todo caro. Coche caro.

—Es de alquiler —dijo Remi.

—¿Eh?

—Nada.

Sam, que seguía confiando en que Niño no los hubiera abandonado, había estado escudriñando subrepticamente los alrededores. Entonces, por el rabillo del ojo, vislumbró movimiento en la pendiente por encima del camino. Vio aparecer fugazmente una cabeza de cabellos plateados entre un par de cantos rodados.

—Tenemos oro —dijo Sam.

La frase tuvo el efecto deseado. Los miembros del grupo que no habían estado prestando atención a la conversación se volvieron para mirar a Sam. Tolotra dio un paso hacia él.

—¿Oro? ¿Dónde? ¿Cuánto?

La cabeza de Niño apareció por detrás del canto rodado. Su mirada se cruzó con la de Sam, guiñó un ojo, señaló los vehículos aparcados en el camino y volvió a agacharse.

Sam miró a Remi. La expresión de ella le indicó que había visto a Niño.

—¿Cuánto calculas que tenemos, Remi?—dijo Sam.

—No lo sé... Un par de docenas de monedas del Águila Doble.

Aquello bastó para Tolotra. Entornó los ojos y asintió con la cabeza sabiamente.

—¿Dónde?

—En nuestro hotel en Antananarivo.

—Vosotros nos dais monedas, vosotros libres.

Era mentira, supuso Sam, pero era un paso en la dirección correcta. Incluso en el caso de que ocurriera lo peor y Niño no pudiera intervenir, a él y a Remi les iría mucho mejor si se dirigían a la civilización que si se alejaban de ella. Sin duda, el «sitio secreto» de Tolotra era lo bastante bueno para ocultarlos de las fuerzas del gobierno. Sin embargo, si la discreción de Tolotra superaba a su avaricia camino de Antananarivo, Sam y Remi tendrían que empezar desde el principio.

—Vamos ahora —anunció Tolotra.

Una vez más, el grupo se colocó en formación, con Sam y Remi en el medio. Empleando la visión periférica, Sam y Remi estuvieron al acecho por si aparecía Niño, pero no había rastro de él. Fuera lo que fuese lo que el viejo buscador de trufas hubiera planeado, tendrían que estar preparados para reaccionar e improvisar sobre la

marcha.

Alcanzaron la camioneta Chevrolet y se detuvieron. Las mochilas de Sam y Remi fueron arrojadas en la caja.

—Estate atenta —susurró Sam a Remi.

Tolotra y cuatro de los hombres se agruparon alrededor de la puerta trasera y empezaron a conversar. El sexto hombre se mantuvo tres metros por detrás de Sam y Remi, apuntándoles con el fusil a la región lumbar. A partir de los gestos de Tolotra, Sam supuso que estaba intentando decidir la mejor forma de entrar en Antananarivo: la capital del enemigo.

Remi fue la primera en darse cuenta de que el plan de Niño estaba siendo puesto en práctica. Guió la mirada de Sam dirigiendo la vista sobre el techo de la camioneta y ascendiendo por el Sabio del centro hasta la parte superior. Al principio, Sam no vio nada, y entonces, casi de forma imperceptible, un canto rodado del tamaño de un tonel empezó a moverse lentamente hacia el borde.

—Cuando yo me mueva, vete a por el Range Rover —susurró Sam.

Tolotra se volvió y fulminó con la mirada a Sam. Este se encogió de hombros y sonrió como pidiendo disculpas.

—De acuerdo —susurró Remi.

Encima del Sabio, el canto rodado había llegado al borde, donde se paró. Sam y Remi respiraron hondo. Esperaron. La roca se movió hacia delante, se detuvo momentáneamente y acto seguido se volcó por el borde y empezó a caer. La ladera del macizo formaba una pendiente ligeramente inclinada hacia atrás y totalmente lisa a excepción de unos baches cerca de la parte inferior. La combinación de la ladera, la gravedad y la fricción cinética del canto rodado lo mantuvieron adherido a la ladera. El ingeniero que había dentro de Sam sabía que el canto rodado dejaría de estar pegado a la ladera tan pronto como chocara contra el primer bache, momento en el cual se convertiría en un proyectil de artillería pétrea.

Como no sabía malgache, Sam hizo lo que creyó que provocaría más pánico: soltó un grito agudo claramente afeminado, señaló con el dedo el canto rodado y chilló: «¡Una roca!».

Tolotra y sus hombres alzaron la vista al unísono. Privados de la ventaja del conocimiento previo que Sam y Remi poseían, todos se quedaron paralizados y miraron asombrados. Sam, que había mantenido la vista clavada en Tolotra durante la mayor parte de la caminata y había ensayado sus actos, dio dos pasos avanzando a saltos, golpeó a Tolotra en la parte de atrás de la rodilla con el talón y, al caer, le arrebató el Webley-Fosbury de la cintura.

Detrás de él, el centinela de Remi gritó lo que Sam supuso era «¡Alto!», tras lo cual se imaginó que apuntaría a Remi cuando huyera. Sin embargo, Sam no le dio la

oportunidad. Con el revólver en su poder, rodeó el cuello de Tolotra con la mano izquierda y le golpeó con la pistola en un lado de la cabeza. Tolotra gruñó y se quedó sin fuerzas.

Sam giró sobre un talón y se arrodilló, interponiendo a Tolotra entre él y los otros cuatro hombres, dos de los cuales estaban retrocediendo a través del camino, mientras los otros dos rodeaban el lado opuesto de la camioneta. Gracias al giro, Sam orientó el revólver de forma natural hacia el centinela de Remi. Como había temido, el hombre estaba llevándose el fusil al hombro, apuntando con el cañón a Remi mientras esta corría hacia el Range Rover.

Sam disparó una vez y alcanzó al hombre en el esternón. Como una marioneta cuyas cuerdas hubieran sido cortadas, el hombre cayó de bruces, muerto. Sam rodeó el cuello de Tolotra con el antebrazo izquierdo, apretó más fuerte y apuntó a los dos rebeldes que retrocedían a través del camino. Los dos le apuntaban con sus fusiles, tratando de decidir si se arriesgaban a disparar. Sam desplazó la mira del Webley de un hombre al otro. Al otro lado de la camioneta, podía oír a los otros dos hombres moviéndose entre la alta hierba a lo largo del arcén.

Bum. El suelo tembló, y a continuación se partieron unas ramas. Otro temblor, como si un gigante estuviera avanzando. Sam lo notó en el pecho.

—¡La roca está rebotando! —gritó Remi.

—¿Dónde?

—¡En dirección a ti!

Bum. Esa vez más cerca.

Al otro lado de la camioneta, los dos rebeldes gritaron.

—¡Están corriendo! —chilló Remi. Los dos que estaban delante de Sam hicieron lo mismo, volviéndose y corriendo camino abajo. Bum.

—¡Agárrate fuerte, Sam! ¡La tienes casi encima! Tres, dos... uno...

Sam se hizo un ovillo. El acero se retorció sobre su cabeza. Los cristales se hicieron añicos. Notó que la camioneta daba una sacudida hacia un lado, empujándolos a él y a Tolotra sobre la grava. Una sombra pasó por lo alto. Bum. El canto rodado cayó en el lado opuesto del camino, rebotó una vez y desapareció por encima del arcén, arrollando árboles a medida que avanzaba. Al cabo de diez segundos, el sonido cesó. Sam alzó la vista y miró a su alrededor.

Camino abajo, los cuatro rebeldes que quedaban habían dejado de correr. Tras reunirse brevemente, se dirigieron de nuevo hacia Sam y Remi. Sam, que había visto a Tolotra meterse las llaves del Rover en el bolsillo, las sacó.

—Vete arrancando el coche, Remi —gritó.

Lanzó las llaves, orientó el revólver hacia el camino y apuntó a los cuatro rebeldes que avanzaban.

Uno de ellos se tambaleó a un lado, se llevó las manos al muslo y se desplomó

sobre el camino, seguido de un estallido grave una fracción de segundo más tarde. Aunque Sam nunca había oído ese sonido concreto, supuso que se trataba del disparo de una bala del calibre 455 de un revólver Webley modelo Mark VI de aproximadamente 1915.

Los tres rebeldes que quedaban se detuvieron y se dieron la vuelta hacia los Sabios.

Hubo un segundo disparo, que pasó entre las piernas del hombre del medio. El rebelde retrocedió varios pasos, seguido del segundo hombre. Sin embargo, el tercero era demasiado lento. Medio encorvado, escudriñando con la vista el terreno elevado, se llevó despacio el fusil al hombro. Recibió un balazo en la rodilla izquierda por las molestias. Gritó y cayó al suelo.

Una voz incorpórea que venía de la dirección de los Sabios gritó algo. Los dos rebeldes que seguían armados soltaron sus rifles. Otro grito. Los hombres sanos ayudaron a sus compañeros a levantarse, y el grupo comenzó a alejarse cojeando camino abajo.

Sam apartó a Tolotra, que seguía inconsciente, y se puso en pie. Remi se acercó. Contemplaron juntos lo que quedaba de la camioneta. Aparte de los cuatro muñones que formaban la cabina, el vehículo había quedado decapitado.

—Viéndolo cualquiera diría que era justo lo que yo tenía planeado —gritó una voz.

Una figura salió de entre los árboles en la base de los Sabios y avanzó a zancadas hacia ellos.

—¿No era así? —preguntó Sam a Niño.

—Nunca lo confesaré.

—Desde luego sabe cómo crear distracción.

Niño se paró ante ellos.

—Ha sido la Madre Naturaleza, querida. Y la suerte del rebote, claro.

—Gracias por no abandonarnos. —De nada.

Sam levantó el Webley-Fosbury, evaluó el arma por un instante y se la entregó a Niño, quien frunció el entrecejo y negó con la cabeza.

—Ahora es suyo.

—¿Qué?

—Hasta el día de hoy no había sido usado. Es una tradición, ¿sabe? China, si mal no recuerdo. Remi sonrió.

—Creo que está pensando en «Quien salva una vida es responsable de ella».

Niño se encogió de hombros.

—En cualquier caso, señor Fargo, ahora es suyo.

—Gracias. Lo guardaré como un tesoro. ¿Qué hacemos con estos dos? —preguntó Sam, señalando a Tolotra y al muerto del camino.

—Dejarlos. Cuanto antes lleguen a Antananarivo, mejor. —Niño reparó en las expresiones sombrías de Sam y Remi—. No se lo piensen dos veces. Ellos los habrían matado.

—¿Cómo está tan seguro? —preguntó Remi.

—Durante los últimos cinco años, ha habido sesenta y tres secuestros. Tanto si el rescate se pagó como si no, ningún rehén volvió con vida. Créanme, era ustedes o ellos.

Sam y Remi consideraron sus palabras y asintieron con la cabeza. Sam estrechó la mano de Niño y a continuación cogió sus mochilas de la caja de la camioneta mientras Remi daba un abrazo a su salvador. Se volvieron y se dirigieron al Range Rover.

—Una cosa más —gritó Niño.

Sam y Remi se dieron la vuelta. Niño metió la mano en su mochila y sacó una pequeña bolsa de arpillera que les entregó.

—Trufas por las molestias —dijo el Niño.

Acto seguido cruzó el camino y desapareció en la maleza.

Sam le dio la vuelta a la bolsa. Estampado en el lateral en tinta roja había un logotipo: la letra ce y, al lado, en letras más pequeñas, «ussler trufas».

—Es un detalle por su parte —dijo Remi—. Pero ¿qué quiere decir *ussler*?

Madagascar, océano Índico

Estaban a mitad de camino de Antananarivo y se acercaban a un pueblo llamado Moramanga en el cruce de la Ruta 2 y la 44 cuando sonó su teléfono por satélite. Remi contestó en el asiento del pasajero.

—Es Rube —dijo un instante después, y conectó el manos libres.

—Hola, Rube —dijo Sam.

—¿Dónde estáis?

—En Madagascar.

—Maldita sea. Me lo temía.

—Algo me dice que lo que te pone nervioso no es una tirria general a Madagascar.

—Alguien marcó vuestros pasaportes en el aeropuerto de Antananarivo.

—¿Cuándo? —preguntó Remi.

—Un par de días antes de que llegais.

—¿Qué significa eso exactamente? —preguntó Sam—. No nos pararon cuando pasamos por el control de inmigración.

—Eso es lo que me preocupa. Si hubiera sido una petición del gobierno, deberían haberos parado allí. En la jerga del espionaje, la marca que os han puesto se llama «observación y aviso». Alguien quería saber cuándo llegabais.

—Y no es alguien del gobierno —dijo Sam.

—En los países del Tercer Mundo, donde los ingresos anuales medios son de varios cientos de dólares, se puede comprar una petición de observación y aviso por el precio de una taza de café. Y como Rivera ha demostrado que tiene contactos en África...

—Entendido —contestó Sam—. ¿Alguna recomendación, Rube?

—Haceos a la idea de que alguien os está buscando seriamente; haceos a la idea de que os encontrará. No volváis a Antananarivo. Que Selma localice una pista de aterrizaje privada y un piloto al que no le importe trabajar por dinero y que no se preocupe por los pasaportes.

Ese era el inconveniente de ser quienes eran. Pese a distar de ser famosos, Sam y Remi tenían cierta reputación en el mundillo de los aventureros y de los buscadores de tesoros, y aunque naturalmente tenían detractores, eran respetados por la mayoría. Si los pillaban entrando y saliendo furtivamente de otros países con pasaportes falsos, podían buscarse más problemas de los que el acto en sí merecía: la cárcel, la expulsión, titulares, el sambenito de persona *non grata* y, tal vez lo más importante, la desaparición de incalculables contactos en el mundo académico. Al actuar

abiertamente en la mayoría de los casos, Sam y Remi eran objetivos fáciles para cualquiera dispuesto y capaz de sobornar a la persona adecuada en el lugar adecuado.

—Estamos al tanto de la situación política —dijo Remi—. ¿Cómo nos afecta eso?

—Gravemente. No os alejéis de la civilización y enteraos de dónde están las comisarías de policía.

—Eso puede ser un problema. Ahora mismo estamos en un sitio un poco apartado.

—No sé por qué no me sorprende. Vale, dadme un segundo. —La línea permaneció en silencio durante dos minutos, y luego Rube regresó—. Si las predicciones son exactas, a los rebeldes todavía les falta una semana para estar listos para un ataque importante, pero eso no descarta las escaramuzas. La mayoría de las ciudades a menos de ochenta kilómetros de Antananarivo no deberían correr peligro. Cuanto más grandes, mejor. Los rebeldes están concentrados en el norte. Lo malo es que...

—Rivera y sus matones pensarán lo mismo y buscarán en esos sitios —concluyó Sam.

—Exacto. Ojalá pudiera seros de más ayuda.

—Eres el mejor, Rube. Que no te quepa la menor duda. Te llamaremos cuando estemos a salvo.

La siguiente llamada que hicieron fue a Selma, quien escuchó, hizo unas cuantas preguntas y dijo: «Ahora mismo lo hago», y acto seguido colgó.

Entonces Remi estudió el mapa mientras Sam conducía.

—Tenemos dos opciones —dijo al cabo de unos minutos—. Tomamos una de las docenas de carreteras (y uso la palabra en términos muy generales) que se dirigen al sur, o nos acercamos a pocos kilómetros de Antananarivo. Hay una carretera asfaltada de doble dirección que rodea la ciudad al este y se une a la Ruta Siete que va al sur.

—¿Cómo son las carreteras que no tienen nombre?

—Como podrías esperar: de tierra o de grava, como mucho.

—Las múltiples opciones hacen más difícil seguir la pista a alguien —comentó Sam.

—Y si cogemos la Ruta Siete, habrá que añadir cinco o seis horas a la duración del viaje. Lo que nos sitúa bien entrada la noche.

—Yo voto por la carretera asfaltada —dijo Sam.

—Totalmente de acuerdo.

—Cambiando de tema... El hecho de que Rivera haya marcado nuestros pasaportes aquí, entre todos los sitios posibles, significa algo.

Remi asentía con la cabeza.

—No es difícil adivinarlo. Sabían que aquí había algo que encontrar. Pero ¿se

trata de la canoa que hemos descubierto o de algo más?

—Lo sabremos cuando sepamos qué les interesa de Madagascar. Yo creo que han estado aquí antes, pero no encontraron lo que buscaban.

—Eso plantea una pregunta: ¿en qué otros sitios han estado?

Transcurrió la tarde. Más allá de Moramanga, avanzando siempre hacia el oeste y hacia arriba, recorrieron un kilómetro tras otro de arrozales y cruzaron un pueblo tras otro, todos con nombres pintorescos que Remi describió como «parte malgaches y parte franceses, con una pizca de italiano»: Andranokobaka, Ambodigavo, Ambatonifody...

A dieciséis kilómetros al este de Anosibe Ifody, el terreno empezó a variar una vez más y dio paso a una selva tropical intercalada con escarpadas colinas marrones que a Sam y a Remi les recordaron a Tuscany. Unos escarpados acantilados de un reluciente dorado parduzco a la luz del sol se elevaban por encima de las copas de los árboles hacia el norte y hacia el sur. Poco después de las tres pararon en una gasolinera Jovenna a las afueras de Manjakandriana. Remi entró a comprar un tentempié y agua mientras Sam echaba gasolina.

Más abajo, un vehículo policial Volkswagen Passat blanco dobló la esquina y se dirigió a la gasolinera. El Passat, que avanzaba a una velocidad pausada de treinta kilómetros por hora, redujo la marcha al alcanzar el Range Rover. Unos segundos más tarde, el coche patrulla aceleró y siguió manzana abajo, donde paró a un lado de la carretera y aparcó. Sam vio a través de la luneta trasera que el conductor cogía algo del salpicadero y se lo acercaba a la boca.

Remi salió con cuatro botellas de agua y unas bolsas de galletas saladas. Sam volvió al asiento del conductor.

—Tienes cara de preocupación —comentó Remi.

—Puede que sea agotamiento o paranoia, o una combinación de las dos cosas, pero creo que ese coche de policía está interesado en nosotros.

—¿Dónde?

—Más abajo, debajo del toldo con el letrero de Coca-Cola. Remi miró por el espejo retrovisor.

—Ya lo veo.

—Ha reducido la velocidad al pasar a nuestro lado y luego ha aparcado y ha hablado por radio.

Sam arrancó el motor. Permanecieron en silencio varios minutos.

—¿Qué estamos haciendo exactamente? —preguntó Remi.

—Darle una oportunidad.

—Si es un asunto oficial, nos parará —contestó Remi—. Y si no... «observación y aviso».

—Exacto. —Sam metió una marcha—. Te toca hacer otra vez de copiloto, Remi. Vamos a volver hacia atrás.

—¿Adonde?

—Con suerte, a ninguna parte. Si no nos sigue, daremos la vuelta.

—¿Y si nos sigue?

—Entonces seremos fugitivos. Necesitaremos una de esas carreteras sin nombre que mencionaste.

—Somos fugitivos —anunció Remi minutos más tarde. Desde que habían salido de Manjakandriana, había estado mirando a través de la luneta trasera—. Está a un kilómetro y medio.

—Se avecinan curvas y pendientes. Avísame cada vez que lo pierdas de vista.

—¿Por qué?

—Si corremos mucho mientras nos sigue, sabrá que estamos huyendo; así podremos ganar distancia antes de que se dé cuenta.

—Muy astuto, Fargo.

—Solo si funciona.

—¿Y si intenta detenernos?

—No quiero ni pensarlo.

Durante los siguientes quince minutos Sam siguió las indicaciones de Remi, pisando a fondo el acelerador y contando hasta diez cuando Remi decía: «¡Dale!», antes de reducir la marcha otra vez a la velocidad máxima permitida. A un ritmo lento pero constante, aumentaron ochocientos metros la distancia entre ellos y el Passat.

—¿Alguna de esas carreteras no es de grava o de tierra? —preguntó Sam.

Remi examinó el mapa.

—Es difícil saberlo, pero la próxima parece un poco más ancha. Hasta ahora, eso ha significado que hay algún tipo de asfalto. ¿Por qué lo preguntas?

—Para no dejar una estela de polvo.

—Y para girar rápido —dijo Remi—. Puede venirnos bien para las dos cosas.

Sam frunció el ceño.

—Bien pensado. Avísame cuando llegue la curva.

Durante los siguientes minutos, Remi cotejó las carreteras y los indicadores que pasaban con las marcas del mapa.

—Debería ser la próxima curva al sur. —Midió la distancia con la uña del dedo—. Cuatrocientos metros, más o menos. Debería estar al otro lado de esa colina.

—¿Cómo va nuestro amigo?

—Es difícil saberlo con seguridad, pero parece que ha acelerado.

Alcanzaron la cima de la colina y comenzaron a descender. Más adelante, Sam vio el desvío que le había indicado Remi. Pisó el acelerador a fondo, y el Range Rover se lanzó hacia delante. Remi se apoyó contra el salpicadero con los ojos muy abiertos. A cien metros de la curva, Sam movió el pie al freno, lo pisó todo lo que pudo sin derrapar y redujo la velocidad a sesenta y cinco kilómetros por hora.

—Agárrate —dijo Sam, y dio un volantazo a la derecha.

A pesar del elevado centro de gravedad del Rover, los neumáticos se adhirieron a la carretera, pero Sam vio que se había salido de la curva. Giró con cuidado el volante a la izquierda, frenó y dio otro volantazo a la derecha. La parte trasera del vehículo giró súbitamente. El neumático trasero del lado del conductor se salió del arcén. Notaron que el Rover se ladeaba. Sam resistió el impulso de torcer a la derecha y siguió manejando el volante mientras el coche patinaba, hasta que el neumático delantero del lado del conductor se salió del arcén. Una vez alineados, los dos neumáticos del lado del arcén hicieron tracción juntos. Sam aceleró, giró bruscamente el volante a la derecha, y el Rover volvió a meterse en la carretera de un salto.

—¡Gira a la derecha! —gritó Remi, señalando un hueco en el follaje del arcén.

Sam reaccionó en el acto y frenó en seco. El Rover se paró a sacudidas. Sam dio marcha atrás, retrocedió tres metros, volvió a cambiar de marcha y metió el vehículo en el hueco. Las sombras los engulleron. El follaje rozó los lados del coche. Sam avanzó lentamente unos centímetros hasta que el parachoques golpeó una tranquera de madera para el ganado.

Remi pasó al asiento trasero por encima de la consola central y asomó la cabeza para poder ver por la luneta trasera.

—¿Estamos lejos de la carretera? —preguntó Sam.

—Muy poco. Pasará en cualquier momento. —Treinta segundos más tarde, anunció—: Por ahí va. —Se dio la vuelta en el asiento, se recostó y espiró—. ¿Podemos quedarnos un...?

En la carretera principal sonó un chirrido de frenos y luego se hizo el silencio.

Sam y Remi se quedaron paralizados.

A lo lejos, el motor aceleró y los neumáticos rechinaron.

Sam gimió.

—No me fastidies. Ponte el cinturón, Remi.

Pese a estar realmente asfaltada, la carretera era estrecha y sinuosa, sin línea central y con arcenes irregulares. Corriendo a máxima velocidad con el Range Rover, sacaron ochocientos metros de distancia al vehículo patrulla antes de oír que el Passat patinaba en la curva situada detrás de ellos. Cuando tomaron la siguiente curva, una señal pasó a toda velocidad.

Remi la vio.

—Puente angosto.

Sam aceleró, y el vehículo se tragó la recta situada antes del puente. La selva pareció rodearlos a ambos lados. Las puntas verdes de las ramas azotaban las ventanillas laterales. El puente apareció a través del parabrisas.

—¿A eso lo llaman puente? —gritó Remi.

El puente, que cruzaba un estrecho barranco, estaba sujeto a cada lado por un par de cables de acero, pero no había ni puntales centrales ni pilones de apoyo. Cada lado estaba bordeado por barandillas hechas con cercas, postes y cuerda. La superficie del puente era poco más que unas tablas de treinta centímetros paralelas sin nada más que aire y alguna que otra viga transversal entre ellas.

A cincuenta metros de la estructura, Sam pisó a fondo el freno. Él y Remi echaron un vistazo por las ventanillas; no había nada. Ni claros en el follaje, ni desvíos. Ningún lugar donde esconderse. Junto a ellos, un letrero rezaba en francés: *Prohibido pasar más de un vehículo. Velocidad máxima: 6 km/h.*

Básicamente, paso de peatón.

Sam miró a Remi, quien forzó una sonrisa.

—Como una tirita —dijo ella.

—No lo pienses. Hazlo.

—Exacto.

Sam alineó las ruedas del Rover con las tablas y pisó el acelerador. El vehículo avanzó.

Detrás de ellos sonó un chirrido de neumáticos. Remi se volvió en el asiento y vio que el Passat patinaba en la curva, viraba ligeramente y luego se enderezaba.

—Te apuesto diez a uno a que contaba con este puente.

—No hay apuesta —contestó Sam, apretando el volante con los nudillos blancos.

Los neumáticos delanteros del Rover pasaron por encima de la primera viga transversal y volvieron a las tablas. La madera chirriaba y crujía. Los neumáticos traseros cruzaron la viga.

—El punto sin retorno —dijo Sam—. ¿Está reduciendo la velocidad?

Remi, que seguía girada en su asiento, dijo:

—No... Vale, sí. Pero no ha parado. Sam pisó el acelerador. La aguja del velocímetro pasó de doce kilómetros por hora.

Remi bajó la ventanilla, asomó la cabeza y miró abajo.

—¿Necesito saberlo?

—Hay una caída de unos quince metros hasta el río.

—Un río lento, verdad.

—El Whitewater. De clase cuatro, como mínimo.

—Está bien, nena, basta de historias.

Remi metió la cabeza en el coche y echó otro vistazo por la luneta trasera.

—Casi está en el puente. Está claro que la señal no le preocupa.

—Esperemos que sepa más que nosotros. Cruzaron la mitad del puente.

Un momento más tarde, notaron que el Range Rover descendía ligeramente. Cargado por partida doble, el puente empezó a ondularse como una comba siendo sacudida en vertical por los dos extremos. Aunque el movimiento era solo de unos centímetros, los distintos pesos y posiciones de los vehículos empezaron a repercutir en uno y otro.

—Interferencia de ondas —murmuró Sam.

—¿Cómo?

—Física. Cuando dos ondas de distinta amplitud se combinan...

—Pasan cosas malas —concluyó Remi—. Lo pillo.

El Range Rover empezó a elevarse y a descender de forma irregular, quince centímetros en cada sentido, según calculó Sam. Remi notó que el estómago le subía a la garganta.

—¿Por casualidad tenemos pastillas para el mareo?

—Lo siento, cariño. Ya casi hemos llegado.

El otro lado del puente apareció ante el parabrisas. Seis metros... Tres. Sam apretó la mandíbula, aguardó a que el Rover empezara a descender y pisó el acelerador. El velocímetro sobrepasó rápidamente los veinticinco kilómetros por hora. El Rover pasó por encima de la última viga transversal y pisó tierra firme.

Remi miró por la luneta trasera. Abrió los ojos de par en par.

—Sam...

Él se volvió. Sin el contrapeso del Rover, el Passat estaba absorbiendo todo el movimiento. El puente se elevó y luego descendió súbitamente, dejando el coche suspendido por un instante. Con eso bastó. El Passat bajó pero cayó ligeramente desalineado. El neumático delantero del lado del conductor cayó en el hueco del centro. La viga transversal más próxima cedió con un crujido que sonó como un disparo. El coche se ladeó sobre la puerta del conductor y se deslizó todavía más hacia la hendidura. El tercio delantero del coche, incluido el compartimiento del motor, se estaba balanceando en el vacío.

—Dios mío... —murmuró Remi.

Llevado por un impulso, Sam abrió la puerta y salió.

—¡Sam! ¿Qué haces?

—Que nosotros sepamos, solo es un policía que está haciendo lo que le han mandado.

—¿Y si te dispara cuando te acerques a su coche?

Sam se encogió de hombros, se dirigió hacia atrás y abrió la puerta trasera del Rover. Hurgó en su mochila y encontró lo que estaba buscando: un rollo de quince metros de cordón de nailon de medio centímetro de ancho. Con cuidado de

permanecer en el «lado bueno» del Passat, recorrió la tabla hasta alcanzar la puerta del lado del pasajero. Debajo de él, el río pasaba a toda velocidad, haciendo espuma y lanzando salpicaduras. Se agachó y examinó el chasis; la situación era más precaria de lo que había creído. Lo único que impedía que el coche se cayera era el neumático trasero del Passat, que estaba encajado entre una tabla y una viga.

—¿Habla mi idioma? —gritó Sam.

Tras unos instantes de vacilación, el policía contestó con acento franco-malgache.

—Un poco.

—Voy a sacarlo...

—Sí, gracias, por favor.

—No me dispare.

—De acuerdo.

—Repita lo que acabo de decirle.

—Va a ayudarme. No voy a dispararle con mi pistola. Tome, tome... La tiraré por la ventanilla.

Sam se dirigió a la parte trasera del coche y se asomó por detrás del parachoques para poder ver la puerta del conductor. Una mano que sostenía un revólver apareció a través de la ventanilla abierta. El revólver cayó por el hueco y se perdió en la niebla de abajo. Sam se dirigió otra vez a la puerta del pasajero.

—Está bien, agárrese.

Desenrolló el cordón, lo dobló, anudó los cabos sueltos y a continuación hizo unos nudos llanos a intervalos de noventa centímetros. Una vez hechos, tiró de la barandilla del puente a modo de prueba y lanzó un extremo del cordón a través de la ventanilla del pasajero.

—Cuando le diga tiraré, y usted subirá. ¿Entendido?

—Entendido. Subiré.

Sam pasó su extremo del cordón alrededor de uno de los postes, lo agarró con las dos manos y gritó: «¡Ahora!», y empezó a tirar. El coche comenzó a balancearse y a crujir. La madera se hizo astillas.

—¡Siga subiendo! —ordenó Sam.

Un par de manos negras aparecieron a través de la ventanilla del pasajero, seguidas de una cabeza y de un rostro.

El Passat se ladeó de una sacudida y se deslizó treinta centímetros. Los cristales se rompieron en añicos.

—¡Más deprisa! —gritó Sam—. ¡Suba! ¡Ahora!

Sam dio un último tirón al cordón, y el policía salió de la ventanilla. Cayó desplomado con el torso sobre la tabla y las piernas colgando en el vacío. Sam se inclinó, lo agarró por el cuello y lo arrastró hacia delante. La viga cedió con una serie de estallidos y crujidos simultáneos, y el Passat se deslizó por el hueco y desapareció.

Un momento más tarde, Sam oyó un sonoro chapoteo.

El hombre se tumbó boca arriba jadeando y miró a Sam.

—Gracias.

—De nada. —Sam empezó a desenrollar el cordón—. Perdona que no me ofrezca a llevarlo en coche.

El policía asintió con la cabeza.

—¿Por qué nos seguía?

—No lo sé. Hemos recibido un aviso del comandante del distrito. Es lo único que sé.

—¿Hasta dónde ha llegado el aviso?

—Hasta Antananarivo y la periferia.

—¿Cuándo ha informado por última vez?

—Cuando me di cuenta de que se habían metido en esta carretera.

—¿Qué le han dicho?

—Nada —respondió el policía.

—¿Hay alguna carretera principal más adelante que venga del norte?

El policía pensó un momento.

—¿Carreteras de asfalto? Sí... tres antes de la carretera principal al oeste de Tsiarafahy.

—¿Tiene teléfono móvil? —preguntó Sam.

—Estaba en el coche.

Sam no dijo nada y siguió mirando al policía.

—Le digo la verdad. —El policía se tocó los botones de la pechera, se dio la vuelta e hizo lo mismo con los bolsillos traseros—. No lo tengo.

Sam asintió con la cabeza. Terminó de enrollar el cordón, se volvió y se dirigió al Range Rover.

—Gracias —gritó de nuevo el policía.

—No cuente nada —gritó Sam por encima del hombro—. Lo digo en serio. No les explique que le he ayudado. Si lo hace, la gente que paga a su comandante del distrito le matará.

Madagascar, océano Índico

—¿De veras crees que lo matarán? —preguntó Remi a Sam cuando este volvió a subir al coche y le relató la conversación.

—No lo sé, pero si él lo cree, será más fácil que mantenga la boca cerrada. Eso espero.

Remi se inclinó y besó a Sam en la mejilla.

—Has hecho una buena obra, Fargo. Sam sonrió.

—Probablemente alguien le ofreció el salario de un mes solo por seguir a un par de turistas. No le culpo por hacerlo. Si algún coche nos va a interceptar, seguramente vendrá de una de las tres carreteras asfaltadas que ha dicho.

—Opino lo mismo. —Remi desplegó el mapa y lo examinó un momento—. Tsiarafahy está al sur de Antananarivo en la Ruta Siete. Si podemos llegar allí...

—¿A cuánta distancia está el desvío de Tsiarafahy?

—A sesenta kilómetros. Otros veinte al este de Tsiarafahy.

Sam asintió con la cabeza y consultó su reloj.

—Podemos llegar antes de que anochezca.

Enseguida se dieron cuenta de que su optimismo probablemente era injustificado. Pasado el puente, la carretera seguía serpenteando a través de la selva, una mezcla de curvas no demasiado cerradas y de revueltas que redujo drásticamente su ritmo. Pasaron por el primer cruce sin incidentes y no tardaron en encontrarse avanzando a lo largo de un río lleno de cantos rodados: el mismo, supusieron, que habían cruzado treinta minutos antes.

—Se acerca el próximo cruce —anunció Remi—. Tres kilómetros.

Cinco minutos más tarde, Sam vio el cruce. Remi señaló con el dedo a través del parabrisas.

—He visto algo... un destello del sol.

—Es un parachoques —dijo Sam entre dientes—. Cariño, si no fuéramos pareja...

Remi se recostó en su asiento. A medida que se aproximaban a la carretera asfaltada, Sam se apretó contra el reposacabezas y echó un vistazo por la ventanilla de Remi. El vehículo, un todoterreno Nissan azul marino, estaba aparcado en el arcén a varios metros del cruce.

—¿Qué pasa? —preguntó Remi.

Sam miró por el espejo retrovisor.

—Está arrancando... Está detrás de nosotros.

Remi se incorporó, cogió los prismáticos del suelo, que estaban entre sus pies, y

enfocó con ellos a través de la luneta trasera.

—Un conductor y un pasajero. Las siluetas parecen de hombres. Veo una pegatina de alquiler de Europcar en el parabrisas.

—Malas señales. ¿Están acelerando?

—No, simplemente nos siguen el paso. Ya sabes lo que se suele decir, Sam: por cada rata que se ve...

Él asintió con la cabeza. Si realmente el Nissan los estaba persiguiendo, había bastantes posibilidades de que hubiera un segundo y tal vez un tercer coche más adelante.

—¿Cuánto falta para la siguiente carretera asfaltada?

Remi miró el mapa.

—Seis kilómetros.

Les llevó casi diez minutos recorrer la distancia. Varios cientos de metros por detrás, el Nissan seguía avanzando a la misma velocidad que ellos. Remi alternaba las consultas del mapa con la observación de sus posibles perseguidores a través de los prismáticos.

—¿Qué esperas que hagan? —preguntó Sam sonriendo.

—O que se marchen o que icen una bandera pirata.

—Se acerca un cruce. Debería estar a la vuelta de la siguiente curva.

Remi se volvió para mirar adelante. Sam levantó el pie del acelerador, tomó la curva con cuidado y volvió a acelerar.

—¡Sam!

A cincuenta metros, aparcado de costado a través de la carretera, había un todoterreno Nissan rojo.

—¡Ahí está tu bandera pirata! —gritó Sam.

Giró un poco a la izquierda y ocupó el centro de la carretera, apuntando con el capó directamente a la puerta del pasajero del Nissan. Pisó el acelerador, y el motor del Rover rugió.

—No creo que vayan a moverse —dijo Remi, con las manos apoyadas en el salpicadero.

—Ya veremos.

Remi echó un vistazo por encima del hombro.

—El coche de detrás ha acortado la distancia.

—¿A cuánto está?

—A unos treinta metros, y se acerca rápido.

—Agárrate, Remi.

Pulsando el botón con el pulgar, Sam levantó la palanca del freno de mano. En el espacio de dos segundos, la velocidad del Rover disminuyó a la mitad. Al no ver

ninguna luz de freno que le advirtiera, el conductor del Nissan tardó en reaccionar. El Nissan apareció en el espejo retrovisor de Sam. Dio un volantazo a la derecha, pisó el freno, y el Nissan viró bruscamente a la izquierda para evitar el choque. Sam miró por el retrovisor lateral y vio que el Nissan se acercaba de costado. Giró el volante a la izquierda, y fue gratificado con un crujido de metales entrechocando. El Nissan rojo llenó el parabrisas del Rover. Sam dio un fuerte volantazo a la derecha, viró alrededor del parachoques del Nissan hasta el arcén y a continuación volvió a la carretera.

—Nos ha ido de un pelo, Fargo —dijo Remi.

—Lo siento. ¿Ves el azul?

Remi miró.

—Sigue allí, a unos ciento ochenta metros por detrás. El rojo está dando la vuelta.

Al cabo de dos minutos, los dos Nissan estaban otra vez detrás de ellos intentando acortar distancia. Aunque probablemente el motor del Rover tenía más caballos, el bajo centro de gravedad del Nissan les daba ventaja en las curvas. A un ritmo lento pero constante, los Nissan redujeron la distancia.

—¿Alguna idea? —preguntó Remi.

—Acepto propuestas.

Remi desplegó el mapa y empezó a recorrer su ruta con el dedo murmurando para sí. Sacó una guía de la guantera, pasó unas páginas y siguió murmurando.

De repente alzó la vista.

—¿Se acerca algún desvío a la izquierda?

—Lo tenemos encima.

—Tómalo.

Sam hizo lo que le mandó frenando en seco e introduciendo el Rover en el camino de tierra que se cruzaba con la carretera. Un indicador pasó a toda velocidad:
LAC DE MANTASOA.

—¿Lago de Mantasoa? —preguntó Sam—. ¿Nos vamos de pesca?

—Tienen transbordadores —contestó Remi. Consultó su reloj—. El próximo sale dentro de cuatro minutos.

Sam miró por el espejo retrovisor. Los dos Nissan estaban derrapando y tomando el desvío.

—Algo me dice que no nos va a dar tiempo a comprar billetes.

—Pensaba que se te ocurriría algo ingenioso.

—Veré qué puedo hacer.

El camino dio paso a una serie de curvas cerradas de bajada bordeadas a los dos lados por empinados terraplenes. El manto de la selva los rodeó por arriba, tapando el sol. Pasaron por delante de un indicador pintado de marrón con una pe amarilla, un pictograma de un coche y «50 M».

—Ya casi hemos llegado —dijo Remi—. Esperemos que esté lleno.

Sam tomó la última curva, y el camino se ensanchó hasta dar con un pequeño aparcamiento cubierto de rayas blancas diagonales. A la derecha se veía un terraplén boscoso; a la izquierda, más allá de una franja de hierba bien cuidada, un río uniforme y en calma. En el aparcamiento había ocho coches. En el extremo opuesto, ante una pared de árboles, se encontraba una taquilla como un cenador. A su derecha había algo parecido a una vía de servicio bloqueada por una cadena colgada de dos postes.

—No veo el transbordador —dijo Sam acelerando a través del aparcamiento.

—Acaba de zarpar.

Remi señaló con el dedo.

A la derecha de la taquilla, Sam vio un abanico de espuma en la superficie del río. Bajó la ventanilla y oyeron el inconfundible chapoteo simultáneo de unas ruedas de paletas.

—Ya están aquí —dijo Remi.

Sam echó un vistazo por el retrovisor. El Nissan azul salió de la última curva acelerando, seguido de cerca por el rojo.

—Remi, se me ha ocurrido una idea ingeniosa—dijo Sam—. O una idea tonta.

—En cualquier caso, es mejor que quedarnos aquí sentados de brazos cruzados.

Sam pisó a fondo el acelerador, viró bruscamente entre los coches aparcados como un esquiador de eslalon y saltó por encima del bordillo a la hierba que había delante de la taquilla. Los neumáticos resbalaron; la parte trasera se desvió. Sam corrigió la posición del coche, giró con cuidado a la derecha y orientó el capó hacia la vía de servicio.

—Cruza los dedos para que esos postes no estén muy enterrados —dijo—. ¡Allá vamos!

Remi se encorvó en su asiento y apoyó los pies contra el salpicadero.

El parachoques del Rover chocó contra la cadena. Sam y Remi se vieron lanzados hacia delante contra sus cinturones de seguridad. Sam se dio con la frente contra el volante. Alzó la vista, casi esperando que estuvieran parados, pero vio las ramas de los árboles azotando el parabrisas al pasar. Remi miró por el retrovisor lateral. Los dos postes de la entrada se habían arrancado como tocones podridos.

—¿Nos siguen? —preguntó Sam.

—Todavía no. Continúan parados en el aparcamiento.

—Bien. Que lo debatan.

Lo que Sam había creído que era una vía de servicio era en realidad poco más que un sendero con surcos apenas más ancho que el Rover. Como en el aparcamiento, el lado derecho estaba bordeado por un terraplén; a la izquierda, entre una cortina de árboles, se encontraba la orilla del río. Agarró más fuerte el volante y trató de evitar

que el Rover se saliera del camino.

—Tienes un chichón en la frente —dijo Remi, tocándole la protuberancia en cuestión—. ¿Cuál es el plan?

—Adelantar al transbordador y correr al siguiente desembarcadero. Ahí es donde entráis en juego tú y tu guía.

Ella empezó a hojearla.

—Me temo que no es muy exhaustiva.

—¿No hay una lista de escalas?

Remi negó con la cabeza y miró el mapa.

—Y según esto, tampoco hay camino.

—Interesante. Estamos en un camino que no existe yendo a ninguna parte. ¿Nuestros amigos también son inexistentes?

Remi miró atrás y movió la cabeza a un lado y al otro para ver entre los árboles.

—No, lo siento, por ahí vienen.

—¿Y el transbordador?

—No, no lo... ¡Espera! ¡Allí está! A unos ciento ochenta metros por detrás de nosotros. —Sus ojos se iluminaron—. Es un barco de vapor como los del Mississippi, Sam.

La vía se inclinó hacia arriba, y el terreno se volvió más accidentado hasta que el Rover avanzó dando sacudidas sobre raíces descubiertas. En lo alto de la cuesta, el terreno se niveló. Sam pisó el freno. Seis metros más adelante había una pared de árboles; paralelo a ella, un sendero de excursionismo.

—El sendero de la izquierda...

—Baja al río.

Sam aparcó el coche y apretó el botón de la puerta trasera; la puerta se abrió de golpe.

—Coge todo lo que tenemos.

Recogieron sus cosas, corrieron a la parte de atrás y cogieron las mochilas.

Más abajo, el Nissan azul giró en un recodo del camino y empezó a subir la cuesta.

Sam le dio a Remi su mochila.

—¿Puedes llevarlas tú?

—Sí.

—Corre.

Remi salió pitando. Sam volvió al asiento del conductor, puso la marcha atrás y echó a trotar junto al Rover, manejando el volante hasta que los neumáticos traseros pasaron por encima del borde de la cuesta. Cerró la puerta de un portazo y saltó a un lado. El conductor del Nissan vio que el Rover retrocedía hacia él y frenó en seco. La transmisión hizo ruido cuando dio marcha atrás. Detrás de él, el Nissan rojo salió de

la curva y patinó hasta parar.

—Demasiado tarde —dijo Sam.

Los neumáticos traseros del Rover pasaron por encima de un amasijo de raíces. La parte trasera saltó y cayó con gran estruendo sobre el capó del Nissan. La puerta del conductor se abrió. Sam sacó el revólver, se agachó y disparó una bala. La puerta se cerró de golpe. Sam afinó la puntería, disparó de nuevo a través del capó del Nissan rojo por si acaso, se volvió y echó a correr.

Sam alcanzó a Remi un minuto más tarde. Se habían equivocado; el sendero no bajaba al río, sino que lo cruzaba. Remi se hallaba en el extremo de un puente peatonal. Cuando Sam se acercó a ella, esta le dio su mochila. Detrás de la pareja, entre los árboles, unas voces se gritaban entre ellas en español.

—Parece más sólido que el último puente —dijo Remi.

La construcción era extraordinariamente parecida: tablas, vigas transversales y dos cables portantes. A su izquierda podían ver la proa del transbordador virando en el recodo y su chimenea arrojando humo negro. Aparte de una docena de personas alineadas a lo largo de las barandillas y unas cuantas en la cubierta de proa, el barco estaba vacío.

—Vamos —dijo Sam, y echó a correr, seguido de cerca por Remi.

Se pararon en el centro del puente. El transbordador estaba a treinta metros. Sam miró debajo del puente. Entre los árboles vislumbró movimiento, unos brazos que se agitaban. Alguien estaba intentando subir la cuesta.

Remi estaba inclinada por encima de la barandilla.

—La caída es demasiado grande.

—Al castillo de proa, sí —convino Sam—. ¿Ves la cubierta superior que hay detrás de la timonera? Está a unos cuatro metros y medio, tal vez menos.

—¿Y por qué no el techo de la timonera? Solo está...

—Estamos intentando colarnos. ¡Saluda con la mano, Remi, llama la atención!

—¿Por qué?

—Es menos probable que Rivera empiece a disparar si tiene público.

—El eterno optimista.

Empezaron a saludar con la mano, a sonreír y a gritar. La gente situada en el castillo de proa y en las barandillas los vio y les devolvió el saludo. La proa del transbordador se deslizó por debajo del puente.

—Diez segundos —le dijo Sam a Remi—. Abraza la mochila. En cuanto caigas en la cubierta, flexiona las rodillas y rueda. ¡Vamos, arriba! —Sam la ayudó a subir por encima de la barandilla—. ¿Lista?

Remi le cogió la mano.

—Tú también vendrás, ¿verdad?

—Por supuesto. Cuando estés abajo, ponte a cubierto por si empiezan a disparar.

El techo de la timonera desapareció bajo sus pies, seguido un instante después por la chimenea. Nubes de humo negro los rodearon. Sam miró a la izquierda. A través de la bruma, vio que Itzli Rivera patinaba y se paraba en un extremo del puente. Sus miradas coincidieron por un instante, y acto seguido Sam apartó la vista, apretó la mano de Remi y dijo:

—¡Salta!

Remi cayó entre el humo. Sam notó que el puente temblaba bajo sus pies sacudido por unas fuertes pisadas. Rivera y sus hombres se acercaban. Sam subió por encima de la barandilla y miró hacia abajo. Entre los resquicios del humo vio a Remi en la cubierta, alejándose a gatas. Sam saltó.

Cayó con fuerza en la cubierta, rebotó con la mochila y rodó hacia la derecha. Remi avanzó a gatas entre el humo y lo agarró por el antebrazo.

—Por aquí.

Él la siguió arrastrándose a ciegas hasta que chocó contra lo que supuso era el mamparo de popa de la timonera. Permanecieron uno al lado del otro, hiperventilando hasta que su ritmo cardíaco volvió a la normalidad.

Una vez que dejaron atrás el puente, los gases de escape de la chimenea se despejaron. A cincuenta metros de distancia, Rivera y tres de sus hombres se hallaban ante la barandilla, mirándolos desde arriba. Uno de los hombres alargó la mano para coger algo de su cinturón y sacó una pistola semiautomática. Sam se llevó la mano a su cinturón, sacó el Webley, lo levantó por encima de su cabeza y lo agitó.

Rivera gritó algo al hombre, quien enfundó su pistola.

—Diles adiós a esos hombres tan simpáticos, Remi —dijo Sam.

Goldfish Point, La folla, California

—Los misterios han sido resueltos y los enigmas desentrañados —anunció Selma, entrando en la sala de trabajo seguida de Pete y Wendy.

Sam y Remi, que continuaban con la hora de Madagascar, estaban sentados a la mesa de trabajo, sosteniendo cada uno una taza de café exprés doble. Como en la ocasión anterior, habían dormido durante la mayor parte del viaje a casa, pero aun así estaban agotados.

Después de saltar del puente al barco de vapor, decidieron hacerse pasar por turistas y, tras lavarse lo mejor posible, se pasearon por las cubiertas y contemplaron el paisaje con sus compañeros de travesía. No solo nadie les pidió los billetes, sino que unos camareros vestidos de blanco les sirvieron cócteles y una cena en el salón principal. Después de haber pasado el día arrastrándose por cuevas, peleándose con cocodrilos, luchando contra rebeldes, sorteando cantos rodados y siendo perseguidos por la campiña de Madagascar, Sam y Remi disfrutaron de la oportunidad de relajarse y dejarse mimar.

Dos horas después de saltar a bordo, el vapor atracó en un muelle que sobresalía de una península boscosa. Sam y Remi desembarcaron con el resto de los pasajeros y cruzaron un pasaje abovedado de piedra que daba a un pulcro sendero de grava. Al final del camino encontraron una mansión de cuatro plantas, cuyo estilo arquitectónico se hallaba a medio camino entre una hacienda de antes de la guerra y una casa de campo francesa. Una placa fijada en un poste rezaba: HOTEL HERMITAGE.

Mudos de asombro por haber encontrado un lugar así en mitad de la selva de Madagascar, Sam y Remi se demoraron mientras el resto de los pasajeros del transbordador atravesaban la entrada del vestíbulo cubierta por una pérgola.

Detrás de ellos, una voz de mujer dijo en un francés impecable:

—Bienvenidos al hotel Hermitage.

Sam y Remi se dieron la vuelta y vieron a una sonriente mujer negra vestida con una falda azul y una blusa blanca almidonada delante de ellos.

—*Parlez-vous anglais?* —dijo Remi.

—Desde luego, señora. ¿Puedo ayudarles?

—Me parece que nos hemos separado de nuestro grupo de viaje. ¿Podría buscarnos un transporte para volver a Tsiafahy?

La mujer sonrió.

—*Bien sur.*

Una hora más tarde llegaron a Tsiafahy. Gracias a Selma, encontraron un hostel

donde pasar la noche, y a la mañana siguiente estaban en un vuelo chárter a Maputo, Mozambique.

Selma se sentó en un taburete al lado de ellos.

—Tienen cara de cansados.

—A lo mejor no te hemos explicado debidamente los detalles de nuestra aventura en Madagascar —dijo Sam. Selma asintió con la cabeza y agitó la mano.

—Cocodrilos, rebeldes, rocas... Sí, me acuerdo. Mientras tanto, nosotros hemos trabajado duro desembrollando lo indeseñrollable.

—Esa palabra no existe. ¿Te hemos contado lo del puente que...?

—Selma, cuentas con toda nuestra atención, aunque no estemos muy animados —intervino Remi.

—Bien. Lo primero es lo primero: envié las muestras de la canoa al laboratorio de Point Loma. Dentro de un par de días tendremos los resultados. Envié las fotos de la canoa y una copia escaneada del Códice de Orizaga al profesor Dydell, como usted me pidió, Remi. Me dijo que mañana tendrá unas conclusiones preliminares.

Remi vio la expresión inquisitiva de Sam y dijo:

—Stan Dydell. Mi profesor de antropología en la Universidad de Boston. Selma, ¿has...?

—No le di ningún detalle. Simplemente le dije que usted quería que realizara un examen superficial. En cuanto al misterioso señor Blaylock... —continuó Selma—. Pete, Wendy y yo...

—Sobre todo nosotros —dijo Wendy.

—... hemos leído de cabo a rabo las cartas de Blaylock a la hermana de Ophelia, Constance. La señorita Cynthia estaba equivocada: creemos que había amor entre Blaylock y Constance... aunque más por parte de ella que de él.

—¿Por qué dices eso?

—Las dos primeras cartas que Blaylock envió desde África hablan principalmente de viajes. Blaylock se muestra afectuoso pero con mesura. Dice que desearía corresponder los sentimientos de Constance, pero que... —Selma consultó el cuaderno que tenía delante y leyó:

—«Me temo que mi dolor por mi querida Ophelia se convertiría en una desgarradora culpabilidad». Habla mucho de sus primeros días en Bagamoyo e incluso menciona «mi misión» varias veces, pero no entra en detalles.

—O eso creíamos —añadió Pete.

—Exacto. Después de las primeras cartas, nos fijamos en que cada misiva de Blaylock contenía puntos aleatorios debajo de determinados caracteres del texto.

Sam asentía con la cabeza.

—Un código: si sacas los caracteres marcados y los combinas, obtienes un

mensaje secreto.

—Sí. Aunque Blaylock, el eterno matemático, no lo puso tan fácil. Les ahorraré los detalles, pero utilizó las fechas y los números de página para crear un filtro de sustracción. Por ejemplo, si el filtro es un tres, tomas la letra ge, le restas tres caracteres y obtienes la letra de.

—Una de las primeras cosas que descubrimos —dijo Wendy— es que Constance Ashworth trabajaba para el Servicio Secreto. Ella era el canal de Blaylock para contactar con los jefazos.

Sam soltó una risita.

—No me lo esperaba. ¿Cómo lo averiguasteis?

—El mensaje secreto de la tercera carta de Blaylock decía: «Informa de la presencia del barco de Camden en Bombay para ser reparado; tripulación, todos hombres de Maximiliano, acuartelados en Stone Town».

—¿Quiénes son los hombres de Maximiliano? —preguntó Remi.

—Cuando la guerra de Secesión terminó —contestó Sam—, el emperador Maximiliano I de México abrió las puertas a los soldados confederados dispuestos a seguir luchando. En esa época, Estados Unidos apoyaba a los guerrilleros que intentaban derrocar a Maximiliano. El emperador ofreció una compensación a los confederados: si luchaban primero para él, luego ellos se encargarían del gobierno de Estados Unidos. Las estimaciones con respecto a la cantidad de confederados que acudieron en su ayuda varían, pero fueron tantos que en Washington se preocuparon. Si sumas lo que Dudley dijo sobre los blancos que estaban tripulando *El Majidi* a la mención de Maximiliano en la carta de Blaylock... da como resultado una operación de inteligencia llevada a cabo por renegados confederados. Alguien fue a México, reclutó a unos marineros y los envió a Zanzíbar, donde estaba esperando *El Majidi*.

—¿Con qué fin?

—Me imagino que continuar donde el *Shenandoah* lo dejó. Ese barco causó enormes daños mientras estuvo en activo, y había muchas facciones poderosas en la Confederación que juraron seguir luchando a pesar de la rendición.

—Lo que me desconcierta es cómo consiguieron acceso a *El Majidi* —dijo Wendy.

—Es difícil saberlo. Lo que sí sabemos es que el segundo sultán de Zanzíbar (el hermano del hombre que inicialmente compró el *Shenandoah*) no sentía el más mínimo aprecio ni por su hermano ni por el barco, y sin embargo, cuando tuvo ocasión de hacerlo naufragar después del huracán de mil ochocientos setenta y dos, no lo hizo. De hecho, ordenó que lo remolcasen hasta Bombay para repararlo, lo que debió de costarle mucho dinero.

—A lo mejor esa camarilla secreta de confederados ya lo había comprado, y al sultán no le quedó más remedio —dijo Pete.

Sam frunció el ceño al oír ese comentario. Se levantó y se dirigió a un ordenador, donde empezó a teclear. Después de un par de minutos, se volvió en su asiento.

—Antes de morir, el primer sultán de Zanzíbar había empezado a tomar duras medidas en secreto contra el tráfico de esclavos en su país. Cuando su hermano lo sustituyó, esa política se anuló.

Selma asentía con la cabeza.

—Así, si la Confederación volvía a sublevarse, el segundo sultán tendría un mercado interno para su industria de esclavos.

—Todo son suposiciones, claro, pero parece que las piezas encajan.

—Vale, volvamos al primer mensaje en clave de Blaylock —dijo Remi—. Menciona a «Candem». ¿Quién es Candem?

—Candem, en Nueva Jersey, es donde nació Thomas Haines Dudley —respondió Selma—. Creemos que era el apodo que Blaylock usaba para referirse a él en lugar de un nombre en clave oficial. De hecho, Dudley tenía su propio mote para Blaylock: Jotun.

—Es una palabra de la mitología escandinava —añadió Wendy—. Jotun era un gigante con una fuerza sobrehumana.

—Claro —dijo Sam—. Jotun. No sé cómo no se me había ocurrido.

Remi le dio un leve manotazo en el brazo.

—Listillo. No le hagas caso, Wendy. Continúa, Selma.

—En otra carta dirigida a Dudley a través de Constance, con fecha de julio de mil ochocientos setenta y dos, Blaylock informaba de que *El Majidi* (entonces llamado *Shenandoah II*, suponemos) había vuelto al puerto con la tripulación ya a bordo. Blaylock sospechaba que las reparaciones del barco se habían terminado como mínimo un mes antes y que el barco y la tripulación habían estado en el mar desde entonces.

—¿Hubo ataques o pérdidas inexplicables en la zona durante esa época? —preguntó Sam.

—Docenas. Durante mucho tiempo, el océano índico fue un refugio pirata más importante que el Caribe. Pero no hemos podido relacionar el *Shenandoah II* con ninguna de esas pérdidas. Llegados a este punto, la historia da un giro todavía más extraño. Blaylock acaba su informe con esta frase: «He adquirido un barco seguro y he recibido las Sharps».

—¿Carabinas Sharps? —preguntó Sam; Selma asintió con la cabeza—. Dudley debía de haberlo arreglado para que se las enviaran a Blaylock.

Selma continuó.

—«La tripulación nilo-camítica aprende rápido y supera el miedo al agua; creo que estarán en condiciones de dar caza para finales de mes. Tengo la intención de agarrarlos con las manos en la masa.»

—¿Nilo-camíticos? —repitió Sam—. Nunca había oído hablar de ellos.

—Yo sí —contestó Remi—. Es el antiguo nombre de la tribu masái. Parece que nuestro misterioso señor Blaylock reclutó una guerrilla de combatientes masái para localizar el *Shenandoah II*.

—Ese hombre tenía un don para el espectáculo, lo reconozco —dijo Sam—. Según la biografía de Blaylock escrita por Morton, vivió con los masái durante una temporada.

—Así es —respondió Selma—. Que nosotros sepamos por las cartas, exploró la zona hacia el interior de Bagamoyo y se hizo amigo de algunos masái. Así es como inició el reclutamiento.

—Muy bien, es julio de mil ochocientos setenta y dos. El *Shenandoah II* tiene una nueva tripulación y está preparado para la batalla. Y entonces ¿qué?

—La mayoría de lo que pasó después lo sabemos por los informes en clave de Blaylock, y parte de esa información la hemos cotejado con las pocas entradas fechadas que hemos encontrado en su diario.

»Un par de semanas más tarde, Blaylock y su tripulación se hacen a la mar en un *boum* (básicamente, un gran *dhow* con dos mástiles) y empiezan a buscar el *Shenandoah II*, que ha zarpado unos días antes. Durante un mes, juegan al ratón y al gato. Blaylock se entera de que un barco que coincide con la descripción del *Shenandoah II* ha hundido dos buques de carga con bandera de Estados Unidos cerca del golfo de Aden. Según nuestras bases de datos, dos barcos fueron hundidos en esa zona en torno a las fechas que Blaylock menciona; los daños se atribuyeron a los piratas.

—Tampoco andaban muy descaminados —comentó Sam.

—Aunque Blaylock no es marinero, demuestra ser un capitán competente, y los masái, una tripulación hábil. Blaylock no se atreve a atacar el *Shenandoah* ni directamente ni en el mar, así que durante todo julio y agosto hace todo lo posible por seguirlo. Recaba informes de inteligencia y espera la hora propicia hasta el dieciséis de septiembre.

»Encuentra el *Shenandoah II* anclado a la altura de la isla de Sainte Anne, en las Seychelles, a unos dos mil kilómetros al este de Zanzíbar. Blaylock ancla su embarcación en una cueva cercana, y él y sus hombres desembarcan, atraviesan furtivamente el cabo y, al más puro estilo pirata, se acercan nadando al *Shenandoah II* y lo toman por asalto. No hay ni un solo disparo, pero los masái, siendo guerreros, no se muestran muy misericordiosos. De los setenta y ocho miembros de la tripulación del *Shenandoah II* solo sobreviven seis: el capitán, otro oficial y cuatro hombres alistados.

»El informe oficial de Blaylock sobre la captura llega a Estados Unidos en noviembre. Informa a Dudley de que ha desembarcado a los supervivientes del

Shenandoah II en la isla de Sainte Anne.

—¿Sabemos qué fue de ellos? —preguntó Remi.

—Por desgracia, no he encontrado nada. Blaylock reparte entonces a su tripulación entre el *boum* y el *Shenandoah II* y zarpa para regresar a Zanzíbar. A unos cuatrocientos ochenta kilómetros al este de las Seychelles, se encuentran con una tormenta, y el *Shenandoah II* se hunde.

Al oír eso, Sam y Remi se inclinaron hacia delante.

—¿Se hunde? —repitió Remi—. ¿Cómo demonios...?

—Además del informe dirigido a Dudley, Blaylock incluye un mensaje en clave para Constance. —Selma pasó una página de su cuaderno y recorrió un par de líneas con el dedo—. «Habiendo tomado el *Shenandoah*, rápidamente hicimos recuento de sus provisiones y sus bienes. Para gran sorpresa mía, en el camarote del capitán encontré un objeto extraordinario: una estatuilla de un gran pájaro enjoyado verde hecho de un mineral desconocido por mí que representa una especie que no he visto jamás. Debo reconocer, querida Constance, que me quedé cautivado.»

Sam y Remi permanecieron en silencio mientras asimilaban la información. Finalmente, Sam dijo:

—Eso explica la frase de su diario «el gran pájaro enjoyado verde».

—Y todos los dibujos de pájaros —añadió Remi—. Y tal vez lo que encontramos en el museo de Morton en Bagamoyo. ¿Te acuerdas de todos aquellos pájaros disecados que colgaban del techo, Sam? Estaba obsesionado. ¿Qué más decía en la carta, Selma?

—Parafraseo sus palabras, pero he aquí el meollo del asunto: ha cumplido con su deber hacia su país, no una sino dos veces, y entre tanto ha perdido a su mujer. Reconoce que ha mentado a Dudley con respecto al hundimiento del *Shenandoah II*. Suplica perdón a Constance y le dice que tiene intención de descubrir dónde encontró la tripulación del *Shenandoah II* el pájaro enjoyado y de recuperar el resto del tesoro.

—¿Qué tesoro? —preguntó Sam—. A esas alturas, ¿tenía alguna pista de que había más cosas por encontrar?

—Si la tenía, no escribió nada al respecto. Por lo menos, en un texto sencillo. Teniendo en cuenta el carácter de su diario, puede que todo esté escondido ahí de alguna forma.

—¿Y el cuaderno de bitácora del capitán del *Shenandoah II*? —preguntó Remi—. Si Blaylock suponía que la anterior tripulación había encontrado el pájaro enjoyado durante sus viajes, el cuaderno de bitácora sería un lugar lógico por el que empezar.

—Él no menciona en ningún momento un cuaderno de bitácora, pero estoy de acuerdo con tu hipótesis.

—Yo creo que copió en su propio diario toda la información relevante que encontró en el cuaderno de bitácora.

—En todo caso —prosiguió Selma—, Blaylock siguió escribiendo a Constance después de la captura del *Shenandoah II*, si bien sus cartas se volvieron cada vez más irracionales. Pueden leerlas ustedes mismos, pero está claro que Blaylock se estaba volviendo loco.

—Y esas solo son las cartas inteligibles —añadió Pete—. Todavía tenemos catorce por descifrar.

—A juzgar por toda esta información —dijo Sam—, Winston Blaylock probablemente se pasó el resto de su vida surcando el mar a bordo del *Shenandoah II*, escribiendo en su diario, contemplando su pájaro enjaulado y grabando glifos en el interior de la campana mientras buscaba un tesoro que puede que existiera o puede que no.

—Es posible que la cosa se complique todavía más —terció Remi—. Si el Códice de Orizaga es auténtico y la canoa con batanga es lo que creemos que es, en algún momento Blaylock pudo haber tropezado con un secreto que fue enterrado con Cortés y sus conquistadores: el verdadero origen de los aztecas.

Goldfish Pointy La folla. California

—Tenemos muchos cabos sueltos —señaló Sam. Cogió un cuaderno que tenía cerca y un bolígrafo y empezó a escribir:

- ¿Cómo/dónde consiguió Morton el diario de Blaylock, su bastón y el Códice de Orizaga?

- ¿Cómo/cuándo acabó enterrada en la costa de la isla de Chumbe la campana del *Shenandoah*? ¿Cómo se desprendió el badajo?

Sam dejó de escribir.

—¿Qué más? —preguntó.

Remi señaló el cuaderno, y él lo deslizó hacia ella. Remi escribió:

- ¿Cuanto saben Rivera y su jefe de Blaylock? ¿Cómo se metieron en esto? ¿Qué buscan?

- ¿Cómo sabía Rivera lo de Madagascar?

Devolvió el cuaderno a Sam, quien dijo:

—Tengo una ligera idea acerca de una de las preguntas... ¿*Qué buscan*? Sospechamos que Rivera trabaja para el gobierno mexicano, ¿verdad?

—Es muy posible.

—También sabemos que el partido gobernante actual, el Mexica Tenochca del presidente Garza, llegó al poder gracias a una oleada de ultranacionalismo: orgullo de la herencia precolonial de México, y demás. También sabemos que Rivera y sus matones tienen nombres náhuatl-aztecas, al igual que la mayoría de los dirigentes del Mexica Tenochca y de los miembros del gabinete. La «marejada azteca», como dijo la prensa, les valió las elecciones.

Sam miró a su alrededor, y todos asintieron con la cabeza.

—¿Y si la persona para la que trabaja Rivera sabe la verdad sobre los aztecas? ¿Y si lo supiera desde mucho antes de las elecciones?

—Hemos descubierto lo que podrían ser nueve asesinatos de turistas ocurridos en un período de siete años en Zanzíbar. Si nuestra corazonada sobre ellos es cierta, el encubrimiento se remonta como mínimo hasta entonces —dijo Remi.

Sam asintió con la cabeza.

—Si realmente Blaylock encontró lo que creemos que encontró, esa información

podría dar un vuelco a la historia mesoamericana.

—¿Es lo bastante importante para matar por ello? —preguntó Wendy.

—Desde luego —contestó Remi—. Si miembros del actual gobierno ganaron las elecciones basándose en una mentira y la verdad sale a la luz, ¿cuánto tardarán en ser expulsados del gobierno? ¿O sus dirigentes en ser detenidos? Imagínate que después de que George Washington fue elegido primer presidente de Estados Unidos, se hubiera demostrado que era un traidor. Ya sé que es como comparar naranjas con manzanas, pero lo importante es que captes la idea.

—Entonces estamos insinuando que tal vez el presidente Garza esté directamente implicado en esto —dijo Pete.

—Desde luego tiene la clase de poder que ha servido de respaldo a Rivera desde el principio —respondió Sam—. En este momento, la única base que tenemos son el diario y las cartas de Blaylock. Algo me dice que las respuestas están escondidas ahí.

—¿Por dónde propone que empecemos, señor Fargo? —preguntó Selma.

—Por su poema. ¿Lo tienes?

Selma pasó las hojas de su cuaderno y acto seguido recitó:

En el corazón de mi amor encierro mi devoción

En el gyrare de Engai confío mis pies

Desde arriba, la tierra elevada al cuadrado

Desde las manos suplicantes, mi día se parte en cuatro; el gyrare una, dos veces

Palabras de antiguos, palabras del Padre Algarismo.

—Los dos primeros versos ya los hemos descifrado: está hablando de la campana y de las espirales de Fibonacci. Ahora solo nos quedan los cuatro últimos versos.

Se dividieron en grupos. Selma, Pete y Wendy se centraron en las cartas dirigidas a Constance Ashworth, buscando pistas que hubieran podido pasar por alto, mientras Sam y Remi se retiraban al solárium para estudiar el diario de Blaylock, que Selma les había enviado a sus iPad.

Se reclinaron el uno al lado del otro en unas tumbonas bajo la sombra de las palmeras y de los frondosos helechos plantados en tiestos. El sol entraba a raudales por los tragaluces y proyectaba sombras moteadas sobre el suelo embaldosado.

Al cabo de una hora, Sam murmuró, medio para sí:

—Leonardo el Mentiroso.

—¿Qué?

—La frase del diario de Blaylock: «Leonardo el Mentiroso». Está claro que se refería a Leonardo Fibonacci.

—Famoso por su secuencia y su espiral.

—Exacto. Pero ¿por qué lo llamó «mentiroso»?

—Yo también quería preguntártelo.

—Leonardo no descubrió la secuencia de Fibonacci; él simplemente ayudó a difundirla por Europa.

—Entonces ¿mintió respecto al descubrimiento?

—No, nunca se atribuyó el mérito. Y Blaylock, como matemático, debía de saberlo. Me pregunto si la frase no sería un recordatorio dirigido a sí mismo.

—Continúa.

—Según mi investigación, en la mayoría de los casos la secuencia se atribuye a un matemático indio del siglo XII, llamado Hemachandra, que (sorpresa, sorpresa) también es el autor de un poema épico titulado *Vidas de sesenta y tres grandes hombres*.

—Otra frase del diario de Blaylock.

—Que fue escrita justo enfrente de «Leonardo el Mentiroso».

—Desde luego parece intencionado —dijo Remi—. Pero ¿qué significa?

—No estoy seguro. Necesito volver a ver esa página.

De nuevo en la sala de trabajo, Sam le dijo a Wendy:

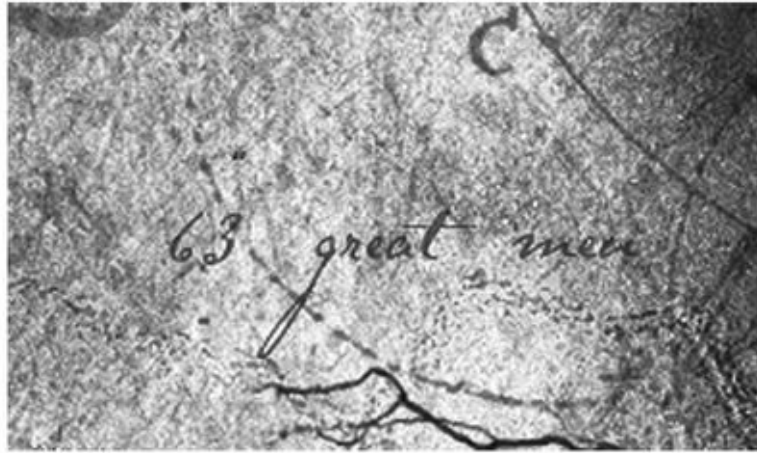
—Necesito mirar la zona de alrededor de la frase «Sesenta y tres grandes hombres».

—Eso está hecho. Un momento. —En uno de los ordenadores, Wendy abrió la imagen empleando el Photoshop, hizo unos ajustes y dijo:

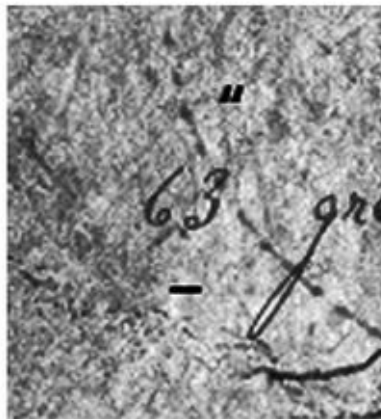
—Ya está. Debería aparecer en su pantalla... ahora.

Sam estudió la imagen.

—¿Puedes aislar y ampliar la zona de alrededor de «sesenta y tres»? —Treinta segundos más tarde, la nueva imagen apareció. Sam la escudriñó un instante—. Demasiado borrosa. Sobre todo me interesan las pequeñas marcas que hay encima y debajo del sesenta y tres.



Wendy se puso de nuevo manos a la obra. Unos minutos más tarde, dijo:
—Pruebe con esta.
La nueva imagen apareció en la pantalla.



—He tenido que hacer un pequeño cambio de color, pero estoy segura de que las marcas son...

—Es perfecta —murmuró Sam, con la vista fija en la pantalla.

—¿Te importa compartirlo con el resto de la clase? —dijo Remi.

—Hemos estado dando por supuesto que Blaylock usó la espiral de Fibonacci como una especie de herramienta de codificación en el interior de la campana. Pero ¿a qué escala? La cuadrícula inicial de la espiral puede tener cualquier tamaño. Esa es la pieza que habíamos pasado por alto. Ahora la tenemos.

—Explíquese —dijo Selma.

—La frase de Blaylock sobre Leonardo estaba pensada como una referencia a la frase «sesenta y tres grandes hombres». Mirad encima y un poco a la derecha del número tres.

—Son unas comillas —dijo Wendy.

—O el símbolo de las pulgadas —contestó Pete.

—Bingo. Ahora mirad la raya que hay justo debajo del sesenta y tres. Es un signo

de menos. Si bajas el signo de las pulgadas y subes el de menos, consigues esto...

Sam cogió un cuaderno, garabateó algo y le dio la vuelta para que todos lo vieran:

$$6'' - 3'' = 3''$$

—Blaylock nos está diciendo que la cuadrícula inicial de su espiral mide tres pulgadas, unos siete centímetros y medio.

Rápidamente se dieron cuenta de que los conocimientos matemáticos necesarios para recrear la espiral estaban fuera de su alcance. Blaylock había concebido su mezcla de campana y espiral basándose en sus nociones de topología. Para resolverlo, los Fargo necesitaban a un experto, de modo que Sam cogió una página del cuaderno de Remi y llamó a uno de sus antiguos profesores en el Instituto Caltech. Dio la casualidad de que George Milhaupt estaba jubilado y vivía a solo ciento diez kilómetros en Mount Palomar, donde había estado ejerciendo de astrónomo aficionado desde que había dejado el instituto.

La breve explicación del problema ofrecida por Sam intrigó tanto a Milhaupt que enseguida cogió su coche y se fue a La Jolla, adonde llegó dos horas después de la llamada de su antiguo alumno.

Milhaupt, un hombre bajo de setenta y tantos años con un flequillo canoso de monje, siguió a Sam a la sala de trabajo cargado con una vieja maleta de piel. Milhaupt miró a su alrededor y dijo:

—Magnífico. —A continuación, estrechó las manos de todos—. ¿Dónde está? —preguntó—. ¿Dónde está el misterio?

Sam no quería enredar las cosas, de modo que limitó su resumen al *Shenandoah*, la campana y los fragmentos destacados del diario de Blaylock. Cuando acabó, Milhaupt permaneció callado unos segundos, frunciendo los labios y asintiendo con expresión pensativa. Finalmente dijo:

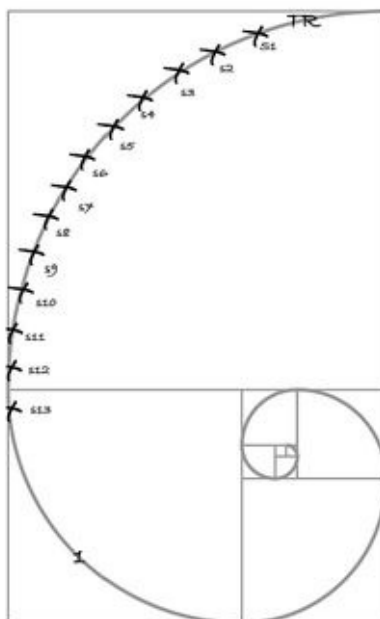
—Tus conclusiones son indiscutibles, Sam. Has hecho bien llamándome. Fuiste un buen alumno de matemáticas, pero la topología nunca fue tu fuerte. Si me traes la campana, tus cálculos y un cuaderno grande, y me dejáis solo, me enfrentaré con el señor Blaylock y veré lo que saco.

Noventa minutos más tarde, la voz áspera de Milhaupt sonó por el interfono de la casa.

—¿Hola...? Ya he terminado.

Sam, Remi y los demás regresaron a la sala de trabajo. Sobre la mesa, en medio de compases de puntas, lápices, cintas métricas flexibles y un cuaderno lleno de

garabatos, había un dibujo.



El grupo rodeó la mesa como si estuvieran jugando al juego de las sillas en cámara lenta, con la mirada fija en el dibujo, inclinando la cabeza a un lado y al otro, hasta que Sam dijo por fin:

—Nos ha dejado sin habla.

—¿Veis la anotación «ad» en la esquina superior derecha y los números al lado de la curva en la parte inferior izquierda?

—Sí—dijo Sam.

—Es mi letra, por supuesto, pero también estaban escritas en el interior de la campana. Sospecho que significa «arriba derecha».

Sam y Remi lo miraron sorprendidos.

—No las habíamos visto —dijo Remi.

—No os sintáis mal. Son minúsculas. Sin mi lupa, a mí también se me habrían pasado por alto. Las anotaciones «ad» están justo en el borde de la boca de la campana.

—Ha dicho «anotaciones» —contestó Remi—. En plural.

—Hay dos. Tengo otro dibujo, que, excepto por el orden de los símbolos, es idéntico al otro. Cuando he visto las dos anotaciones «ad», me he figurado que habían sido escritas como puntos de orientación y también como puntos finales de un par de espirales. En cuanto al motivo por el que hay dos espirales... sospecho que la respuesta está oculta en el resto del poema. Como podéis ver, cada marca X está acompañada de un indicador; cada una representa un glifo distinto. Tengo una leyenda con todo anotado.

—Increíble —dijo Sam—. Imagínese la paciencia que requirió todo esto.

Milhaupt sonrió y se frotó las manos.

—Y ahora me gustaría tratar el poema del señor Blaylock.

Selma lo leyó en voz alta.

—Estoy de acuerdo con vuestra interpretación de los dos primeros versos —dijo Milhaupt—. En cuanto a los otros versos... puede que tenga algunas ideas. Antes de nada, ese hombre era un pensador muy abstracto... lo cual es especialmente raro tratándose de un matemático.

—Era todo un personaje —convino Sam—. También creemos que podía estar un poco mal de la azotea.

—Ah, entiendo. Eso le da otro cariz a las cosas. Bueno, el tercer verso («Desde arriba, la tierra elevada al cuadrado») me hace pensar en un par de espirales vistas desde lo alto. Las anotaciones que encontré en el interior de la campana tienden a confirmarlo. ¿Estáis de acuerdo?

Todo el mundo asintió con la cabeza.

—El cuatro verso («Desde las manos suplicantes, mi día se parte en cuatro; el gyrare una, dos veces») es un poco más complicado, pero como estamos bastante seguros de la parte de la visión cenital, las «manos suplicantes» pueden representar dos manijas de un reloj apuntando hacia la medianoche. Sospecho que «mi día se parte en cuatro» significa que el señor Blaylock ha dividido su reloj en cuatro partes: medianoche, tres, seis y nueve. Y por último, siguiendo esta lógica, «el gyrare una, dos veces» probablemente signifique que tenemos que girar la primera espiral a la posición de las tres en punto y la segunda espiral a la de las seis en punto.

Milhaupt les hizo una demostración girando sus dibujos: el primero encima, con el extremo abierto de la espiral apuntando a la derecha, y el segundo debajo, con el extremo abierto de la espiral apuntando abajo. Miró de uno en uno a cada miembro del grupo.

—¿Alguien tiene alguna idea?

Nadie dijo nada.

—Yo tampoco —dijo él—. ¿Y el último verso del poema?

Selma lo recitó:

Palabras de antiguos, palabras del Padre Algarismo.

—Respecto a la primera parte («Palabras de antiguos»), sospechamos lo que Blaylock quiere decir —señaló Remi.

—¿Te refieres a los glifos aztecas del interior de la campana? —preguntó Milhaupt con una sonrisa de oreja a oreja—. Por supuesto, yo no tengo ni idea de la traducción. Supongo que vosotros sí.

Sam asintió con la cabeza.

—Son del calendario azteca: trece meses, trece símbolos equivalentes.

—Está claro que el señor Blaylock estaba cautivado por los aztecas.

—«Cautivado» no es precisamente la palabra que nosotros hemos estado usando —dijo Remi.

—La segunda parte del verso («palabras del Padre Algarismo») nos tiene confundidos —señaló Sam.

—Me alegro de decirlo que sé la respuesta. Por fin, mi afición a la historia menos conocida de las matemáticas sirve de algo. Veréis, no existe ningún Padre Algarismo. Es otra de las artimañas del señor Blaylock. «Algarismo» es la derivación portuguesa de la palabra «algoritmo». Simplemente quiere decir «dígito».

—Entonces, traducido, el último verso dice: «Palabras de los aztecas combinadas con números» —dijo Remi—. Sam, tú eres el experto en criptografía. ¿Te dice algo eso?

Sam asintió con la cabeza.

—Puede. Me parece recordar que había una página del diario que solo tenía puntos. ¿Son imaginaciones mías?

—No, yo también la recuerdo —dijo Wendy—. Voy a buscarla.

Desapareció en la cámara del archivo.

—Mi intuición me dice que le estás dando vueltas a algo —dijo Remi—. ¿Qué pasa?

—No creo que tengamos que combinar palabras aztecas con números. Creo que tenemos que traducirlas. Por ejemplo, tomar el símbolo de «sílex» y sustituir las letras por números equivalentes.

Remi estaba anotando algo en su libreta:

6, 12, 9, 14, 20

—Un simple código de sustitución —dijo Milhaupt.

—Exacto —contestó Sam—. Creo que las espirales de Blaylock solo son una fachada. Fijaos en los dos dibujos girados. Si enderezamos los extremos de las espirales, tenemos una línea horizontal y una línea vertical de glifos.

—Básicamente, una cuadrícula —dijo Remi.

La voz de Wendy sonó por el interfono.

—Sam, he encontrado la página a la que se refería. Está en la pantalla.

Selma cogió el mando a distancia y encendió el televisor. Tal como Sam había descrito, la página constaba únicamente de agrupaciones de puntos aparentemente colocados al azar: fila tras fila y columna tras columna.

—¿Cuántos grupos hay? —preguntó Sam.

Remi ya los estaba contando.

—Ciento sesenta y nueve. Trece en vertical y trece en horizontal. —Sonrió—. El mismo número que tu cuadrícula de la espiral, Sam. Y el mismo número de meses que el calendario azteca.

—Tenemos un ganador —dijo Milhaupt—. Ahora solo debéis introducir los puntos en la cuadrícula y averiguar qué significa.

Después de andar detrás de los acertijos de Blaylock durante lo que parecían meses, Sam, convencido de que estaba estrechando el cerco sobre su presa, se enfrentó al «misterio de la cuadrícula de puntos» de Blaylock con un entusiasmo que le acompañó durante la noche hasta altas horas de la madrugada.

Convertir los glifos aztecas-náhuatl en su acepción amplificada y luego en números era una tarea sencilla pero lenta. Una vez realizada, empezó a trasladar los grupos de puntos a sus correspondientes filas y columnas hasta que tuvo algo parecido a un sudoku lisérgico a gran escala. A continuación, empezó a experimentar con varios métodos criptográficos, con la esperanza de tropezar con algo que diera resultado. Y poco antes de medianoche lo encontró: un sistema de tipo binario en el que las posiciones de los puntos determinaban qué números de la cuadrícula se empleaban.

Después de oír la teoría de Sam, Remi dijo:

—¿Has comprobado si funciona? ¿Lo has probado?

—Sí. Excepto los grupos «vacíos», todos son coordenadas de latitud y longitud. Es un mapa.

Goldfish Point, La Jolla. California

A las ocho de la mañana, Sam y Remi entraron con un café en la mano en la sala de trabajo, donde encontraron a Selma, Pete y Wendy de pie ante un mapa del océano Índico de un metro ochenta de ancho pegado a la pared con cinta adhesiva azul.

Seis horas antes, debido a la insistencia de Pete y de Wendy, Sam y Remi se habían acostado y los habían dejado trazando las coordenadas en un mapa del mundo.

—De las ciento sesenta y nueve posiciones de la cuadrícula de Blaylock, ochenta y dos no eran válidas —explicó Pete—. De las ochenta y siete restantes, cincuenta y dos estaban situadas en medio del océano, lo que nos dejó treinta y cuatro puntos de latitud y longitud que coincidían con tierra firme. Es lo que ven aquí señalado.

Las coordenadas estaban marcadas con chinchetas rojas unidas por un cordón blanco. Las chinchetas formaban una gigantesca uve invertida que empezaba cerca de Madagascar, alcanzaba el punto más alto a unos cuatro mil kilómetros al nordeste de Sri Lanka y acababa a la altura de la costa central de Sumatra, a unos dos mil doscientos kilómetros al sudeste.

—¿Dónde están las otras chinchetas? —preguntó Sam.

—Hemos quitado algunas —contestó Selma—, la mayoría de ellas situadas muy hacia el interior. Queríamos que vieran primero este dibujo en concreto.

Sam y Remi reconocieron el brillo de los ojos de Selma. Durante la noche, ella, Pete y Wendy habían descubierto algo importante.

—Continúa —la apremió Remi.

—Después de que ustedes volvieran de Madagascar y propusieran la teoría de la migración de los aztecas del este al oeste, empecé a indagar. En los últimos años, varios arqueólogos y antropólogos han encontrado cada vez más pruebas de que el pueblo malgache de Madagascar llegó allí en el siglo I o II, después de navegar desde Indonesia; concretamente desde la isla de Célebes. Encontré un mapa de la ruta que se cree que siguieron los malgaches.

Selma cogió el mando a distancia y encendió el televisor al otro lado de la sala.

La ruta, representada como una línea roja en un mapa del océano Índico desde el archipiélago indonesio hasta la costa oriental de África, era casi idéntico al que había en la pared de la sala.

—Increíble —fue cuanto Sam pudo decir.

—Así que Blaylock se adelantó unos ciento veinte años a los expertos actuales en esa teoría —dijo Remi—. Es impresionante, pero no...

—Hay más —dijo Selma.

Pete y Wendy se habían subido a unos taburetes, habían quitado las chinchetas,

habían despegado la cinta adhesiva y habían retirado el mapa. Debajo había otro mapa que abarcaba desde la costa oriental de África hasta Sudamérica. Al igual que el primer mapa, estaba cubierto de chinchetas rojas unidas por un cordón blanco.

—¿Son todos de Blaylock? —preguntó Sam.

—Sí.

Las chinchetas empezaban cerca de la ciudad costera de Lumbo, en Mozambique, y continuaban a través de la cintura de África hasta la costa occidental de Angola, antes de saltar de isla en isla primero por la línea de la costa y luego hacia el oeste a través del Atlántico hasta el saliente más al este de Brasil, donde giraban al norte y seguían la costa de Sudamérica más allá de Trinidad y Tobago hasta el mar del Caribe.

—¿Tenemos que creer que Blaylock visitó todos esos sitios? —preguntó Remi.

—Capturó el *Shenandoah* en mil ochocientos setenta y dos y luego fue en busca de su pájaro enjoyado —contestó Sam—. ¡Quién sabe cuánto tiempo estuvo en el mar! Podrían haber sido décadas, no lo sé.

—Esto me suena—dijo Remi—. Pete, Wendy, colocad el primer mapa al lado de este, por favor.

Ellos hicieron lo que les pidió.

Remi se quedó mirando la configuración de los mapas durante casi un minuto entero antes de sonreír débilmente.

—¿Lo veis? —preguntó.

—¿Ver qué? —preguntó Sam.

Remi se acercó a uno de los ordenadores como respuesta.

—Wendy me ha estado enseñando a manejar un poco el Photoshop. A ver cuánto he aprendido. Sentaos todos. Puede que me lleve unos minutos.

Como tapaba el monitor del ordenador con la parte superior del cuerpo, nadie podía ver lo que estaba haciendo. Detrás de la mesa de trabajo, Sam se inclinó a un lado, tratando de echar una ojeada.

—Ni se te ocurra, Fargo —murmuró Remi.

—Perdón.

Veinte minutos más tarde, Remi se volvió en su asiento y se dirigió al grupo.

—Muy bien. ¿Os acordáis del Códice de Orizaga? Todos asintieron con la cabeza.

—¿Os acordáis del símbolo que ocupaba la mitad superior?

Más asentimientos de cabeza.

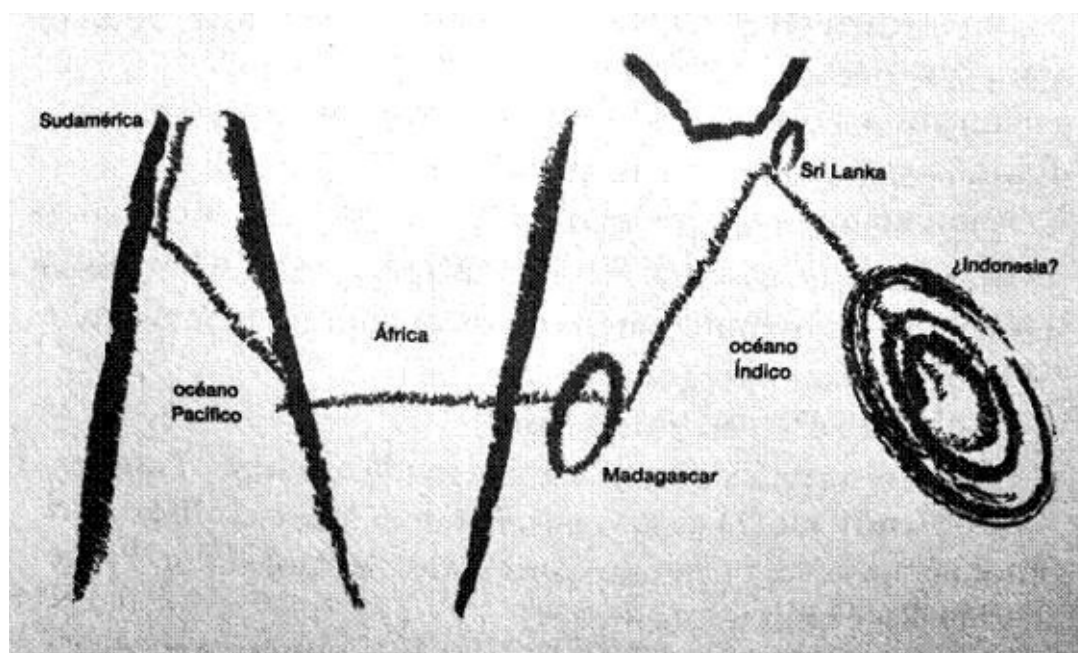
—Enciende el televisor, Selma.

—Caramba —dijo Sam—. Hemos estado mirándolo todo el tiempo. No te valdría ningún premio de cartografía, pero todas las piezas importantes están ahí. Recuérdame cuándo llegaron los malgaches a Madagascar.

—En el siglo I o II.

—¿Y cuándo aparecieron los aztecas en México por primera vez?

—En el siglo VI.



—Los malgaches abren camino desde la isla de Célebes, y unos siglos más tarde una flota más grande (unas cien embarcaciones si el Códice de Orizaga es exacto) llega a Madagascar, pero no se detiene allí. Sigue dirigiéndose hacia el oeste hasta que encuentra México.

—El viaje debería haberles llevado años —dijo Pete—. Solamente recorrer África a pie debería haber durado seis meses o más. Haciendo un cálculo aproximado, a ocho personas por canoa, estamos hablando de hasta ochocientas personas.

—Sam ya lo dijo: fue un éxodo —contestó Remi.

—¿Cómo sabemos que no rodearon el extremo sur de África? —preguntó Wendy.

—Por dos motivos —respondió Remi—. Primero, como puedes apreciar, esa zona no aparece en su mapa; segundo, tal vez lo intentaran, pero no me imagino a nadie capaz de rodear el cabo de Buena Esperanza con canoa.

—Sus aguas son unas de las más implacables del mundo —convino Sam—. Ahí va la pregunta del millón de dólares: ¿dónde queda exactamente el gran signo de interrogación en tu mapa?

—Ahí me has pillado. Indonesia es un lugar muy grande. Para Blaylock, probablemente era el lugar donde creía que encontraría el tesoro. Para los aztecas, era Chicomoztoc. Cuando el rey Cuauhtemotzin dictó el códice a Orizaga, estaba intentando indicar de dónde provenían sus antepasados, pero después de siglos transmitiendo la historia de una generación de la realeza a otra Cuauhtemotzin no podía ser más concreto.

—Lo que yo quiero saber es por qué se marcharon —dijo Pete.

Esa pregunta obtuvo una respuesta al menos parcial dos horas más tarde cuando Stan Dydell, el antiguo profesor de Remi, llamó a Selma y le solicitó una videoconferencia. El grupo se reunió alrededor del televisor de la sala de trabajo. La cara sonriente de Dydell apareció en la pantalla. En apariencia, era justo lo contrario de George Milhaupt: alto, delgado y con una tupida cabellera canosa.

—Buenos días, Remi. Me alegro de volver a verte.

—Lo mismo digo, profesor.

—Ese hombre que tienes al lado debe de ser Sam.

—Encantado de conocerle, profesor.

Sam le presentó a Pete y a Wendy.

Dydell saludó con la cabeza.

—Mi secretaria me está ayudando con todo esto. No os importa, ¿verdad? Creo que me he quedado un poco desfasado con la tecnología.

—En absoluto —dijo Remi.

—Me imagino que estáis deseando hablar de vuestro hallazgo, así que iré directo al grano. Primero, hablemos de las fotos que me enviasteis. La embarcación en sí no es especial: forma de canoa, dos batangas y un mástil. Sin embargo, el tamaño es imponente. Segundo, probablemente no os diga nada que vosotros no hayáis averiguado ya, pero la talla del bauprés se parece extraordinariamente a Quetzalcoatl, la gran serpiente emplumada de los aztecas.

—Nosotros hemos pensado lo mismo.

—Hemos hablado de Quetzalcoatl —dijo Sam—, pero ¿qué significa?

—Como en la mayoría de los sistemas míticos aztecas, Quetzalcoatl desempeña una serie de papeles que dependen del período y de las circunstancias. En algunos casos, Quetzalcoatl estaba relacionado con el viento, el planeta Venus, las artes y el conocimiento. También era el dios principal de los sacerdotes aztecas. Por otra parte, se creía que era el responsable de la separación de la tierra y el cielo, y una figura decisiva en la creación de la humanidad.

—Era un hombre orquesta —comentó Sam—. ¿Y la otra talla, la de popa...?

—Está claro que es algún tipo de pájaro, si bien no lo reconozco. En cuanto al pergamino que tenéis... Es una copia del Códice de Orizaga, pero supongo que eso también lo sabíais.

—Sí —afirmó Remi.

—¿Y también sabéis que puede que tengáis la única copia que existe?

—No, no lo sabíamos.

—De hecho, hasta ahora se creía que no había copias. Solo el original. Se decía que Javier Orizaga, de la Compañía de Jesús, llegó a México como miembro de la fuerza de desembarco de Cortés. Iba acompañado de un grupo de frailes y otros religiosos, presuntamente para ayudar a convertir a los salvajes.

»Unos meses después de que Orizaga escribiera su códice, las autoridades lo mandaron de vuelta a casa. Cuando regresó a España, la Iglesia le confiscó el códice. Orizaga fue encarcelado e interrogado durante dos años y luego liberado, después de ser denunciado por la Iglesia y el Estado. Se marchó de España y viajó a la actual Indonesia, donde se quedó hasta su muerte, que se produjo en mil quinientos cincuenta y seis.

—Indonesia otra vez —murmuró Sam—. Profesor, ¿sabemos en qué lugar exacto de Indonesia?

—No estoy seguro. Puedo consultarlo. El códice que tienes, Remi, ¿dónde lo encontraste?

—En África.

—Interesante. Si es auténtico, es un hallazgo increíble. ¿Has solicitado un análisis físico?

—Todavía no.

—Pues tendrás que hacerlo. De momento, vamos a suponer que es auténtico. Posee una serie de características que además de notables podrían ser revolucionarias.

—¿Se refiere a que el último rey de los aztecas se lo dictó a Orizaga? —dijo Sam.

—Eso y más. Tengo que reconocer que la parte superior me ha dejado perplejo. En cuanto a la parte inferior... Os diré lo que me llama la atención: la escena del centro del pergamino representa claramente un viaje por mar de un gran número de embarcaciones. En la parte inferior izquierda aparece, en mi opinión, una representación de la llegada de los aztecas a la zona que se convertiría en su capital, Tenochtitlán.

Al ver sus expresiones de estupefacción, Dydell soltó una risita y continuó:

—Dejad que refresque vuestros conocimientos sobre imaginería azteca. Según la leyenda, los aztecas supieron que habían encontrado su tierra natal cuando se toparon con un águila posada sobre un cactus que estaba devorando a una serpiente. La imagen de vuestro códice representa básicamente lo mismo. El pájaro y la flora son distintos y no hay ninguna serpiente, pero el tema está presente.

—¿Por qué no son idénticos? —preguntó Sam.

—Creo que es un caso de lo que me gusta llamar IDM: Iconografía de Desplazamiento Migracional. Es una teoría que me ronda la cabeza desde hace tiempo. Básicamente, consiste en lo siguiente: cuando los pueblos antiguos migraban, tendían a cambiar de mitos e imaginería para adaptarse a su nueva geografía. En realidad, es muy común.

»Si esos aztecas del Viejo Mundo, a falta de un término mejor, llegaron a México nueve siglos antes de que surgiera el Imperio azteca, es totalmente razonable pensar que su iconografía original hubiera cambiado drásticamente... por no hablar de su

aspecto cuando se cruzaron con la gente de la zona.

Sam y Remi se miraron.

—Me parece plausible —dijo Sam.

—Vaya, eso es bueno, porque esa es la parte sencilla —dijo Dydell—. La imagen de la esquina inferior derecha, la que claramente se hizo para representar a Chicomoztoc, es la verdaderamente llamativa. ¿Has examinado la imagen detenidamente, Remi?

—No mucho —admitió ella.

—Existen varias diferencias entre la representación tradicional de Chicomoztoc y la que vosotros tenéis. En primer lugar, no hay ningún sumo sacerdote en la entrada, y las caras que normalmente se encuentran agrupadas en cada una de las cuevas no están.

—No puedo creer que lo haya pasado por alto.

—No seas dura contigo misma. En clase apenas tocamos Chicomoztoc. Dejando eso aparte, lo que me resulta tan fascinante es lo que hay en el centro de la cueva. Me he tomado la libertad de ampliar la versión escaneada que me enviasteis. —Dydell apartó la vista de la cámara y dijo—: Gloria, ¿te importa...? Muy bien, gracias. —Volvió a mirar a la cámara—. Esta imagen está ampliada al cuatrocientos por ciento. Gloria dice que debería aparecer en vuestra pantalla. ¿La tenéis? —preguntó Dydell.

—Sí —contestó Sam.

—Lo primero en lo que seguramente os fijaréis es la criatura que está entre las dos figuras masculinas del centro de la cueva. La ubicación hace pensar que se trata de un centro de veneración. La mitad inferior de la criatura parece ser Quetzalcoatl. Pero la mitad superior es difícil de distinguir. Podría ser la cola u otra cosa.

—Una de las figuras está de pie y la otra arrodillada —dijo Sam—. Eso tiene que significar algo.

—Ya lo creo. Parece indicar que es una súplica. Por otra parte, ¿os habéis fijado en que la figura de la derecha sujeta algo?

—Es el símbolo náhuatl del sílex —dijo Remi.

—Estás en lo cierto. Normalmente, clasificaría la escena como una ceremonia sacrificial de algún tipo, pero tenéis que recordar que los aztecas tenían un lenguaje «escrito» muy metafórico. El sílex también puede representar la separación y la ruptura de antiguos lazos.

»Y aquí viene lo gordo: en los dibujos tradicionales de Chicomoztoc, aparecen dos grupos de huellas: unas que entran en la cueva y otras que salen. En vuestro dibujo solo hay un grupo.

—Y salen de la cueva —dijo Sam.

—Si lo sumáis todo (la figura suplicante, Quetzalcoatl, el sílex, las huellas), tenéis lo que en mi opinión es una ceremonia de exilio. La figura de la izquierda,

junto con todos sus seguidores, fue desterrada. Basándonos en el resto del códice, se marcharon de Chicomoztoc, embarcaron en su flota, se dirigieron al oeste y acabaron en México, donde se convirtieron en lo que la historia considera el pueblo azteca.

—Profesor, ¿sabemos qué fue del códice original de Orizaga? ¿Lo destruyó la Iglesia o está escondido en algún archivo?

—Ninguna de las dos cosas, pero estoy seguro de que no querían que viera la luz. En mil novecientos noventa y dos, la Iglesia organizó una subasta de objetos antiguos pero en general triviales: cartas, ilustraciones... Por lo visto, alguien metió la pata, y el Códice de Orizaga se incluyó en el lote. Fue comprado por un millonario mexicano, creo. Un magnate del café.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Sam.

Dydell vaciló, pensando.

—Garza. Alfonso o Armando, no me acuerdo.

Hablaron con Dydell unos minutos más y pusieron fin a la conexión. Como era habitual en ellos, Sam y Remi estaban en la misma onda. Casi al unísono dijeron a Wendy:

—¿Crees que puedes hacer algo para limpiar la...?

—Lo sé... La imagen de Quetzalcoatl. Ahora mismo me pongo.

A continuación, Sam y Remi se volvieron hacia Selma, pero ella ya se les había adelantado y estaba sentada ante su ordenador, tecleando.

—Ya lo tengo. Alfonso Garza, padre de Cristian Garza. Actualmente conocido como Quauhtli Garza, presidente de México y dirigente del Partido Mexica Tenochca.

Sam y Remi sonrieron.

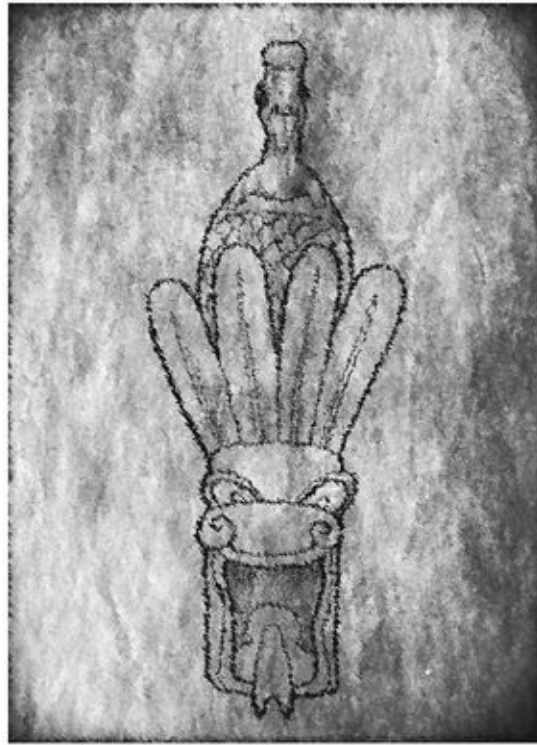
—Ahí es donde empezó todo —dijo él—. Al igual que Blaylock, Garza se apoderó del códice y se contagió. Lo consumió la curiosidad.

Remi asintió con la cabeza.

—Y lo condujo a un lugar que no esperaba.

Treinta minutos más tarde Wendy había acabado.

—He tenido que completarla echándole un poco de creatividad, pero creo que he conseguido una representación pasable del aspecto que debió de tener originalmente.



—Esa cara me suena —dijo Sam.

Remi asintió con la cabeza.

—El pájaro de Blaylock.

El día tocó a su fin con una llamada telefónica que Sam y Remi, debido al agotamiento, habían olvidado que estaban esperando. Selma cogió el teléfono, escuchó unos instantes, colgó y se dirigió a su ordenador. Un minuto más tarde, la impresora láser empezó a runrunear. A continuación, regresó a la mesa con un fajo de papeles.

—El informe del laboratorio sobre las muestras que tomaron de la canoa.

—Haz los honores —dijo Sam.

Selma echó un vistazo a las hojas y dijo:

—La madera es de durián, originario de Borneo, Indonesia y Malasia.

—Otro punto para Indonesia —dijo Sam—. Parece que hay una pauta clara.

—La resina que rasparon del casco está compuesta de la savia de una subespecie de un árbol gomero, que también se encuentra en Indonesia. Por último, la tela que extrajeron de dentro del casco... Han encontrado restos de hoja de pandano, rota y palma de paraguas.

—A ver si lo adivino —dijo Remi—. ¿Materiales utilizados en la fabricación de lona natural?

Selma asintió con la cabeza.

—Y todos originarios de Indonesia —añadió Sam.

—Está que se sale —contestó Selma—. ¿Les reservo los billetes para el vuelo ya o espero hasta mañana?

Palembangy Sumatra, Indonesia

Los neumáticos hicieron crujir la grava cuando Sam salió de la carretera y dejó el coche en punto muerto hasta que se paró bajo las ramas de una ceiba. Un flujo constante de utilitarios y motos pasaba a gran velocidad junto a la puerta de Sam, tocando el claxon y virando bruscamente como si intentaran llegar los primeros a la meta.

—Está bien, tú ganas —le dijo Sam a Remi—. Pero antes de que me juegue la vida y salga a pedir señas en medio del tráfico, déjame ver el mapa otra vez.

Como la mayoría de los hombres, Sam se enorgullecía de estar dotado de una brújula interna sobrenatural, pero también había aprendido a ceder en las raras ocasiones en las que esa brújula parecía temporalmente estropeada. Aquella era una de esas ocasiones.

Intentando ocultar su sonrisa, Remi le dio el mapa y se quedó sentada en silencio mientras Sam lo examinaba.

—Tiene que estar por aquí.

—Seguro que sí.

Como en muchos de los descubrimientos que Sam y Remi habían realizado desde que habían encontrado la campana del *Shenandoah* enterrada en las arenas de Zanzíbar, Winston Blaylock se les había adelantado. En ese caso, uno de los puntos de latitud y longitud que habían descifrado en su sistema de cuadrículas de puntos se encontraba casualmente donde Javier Orizaga, de la Compañía de Jesús, había pasado los últimos años de su vida. Sabían que no era ninguna casualidad. Aun así, quedaban muchas preguntas por responder.

Después de haberse pasado años buscando el origen de su «gran pájaro enojado verde» y de descubrir por el camino la auténtica historia del Imperio azteca, ¿se había enterado Blaylock de la existencia del Códice de Orizaga y había ido allí en busca de un ejemplar o había encontrado el código en otra parte y había deducido el emplazamiento de la misma forma que Sam y Remi? Y asimismo, ¿qué había llevado a Orizaga allí: la búsqueda de un tesoro o de la historia de un pueblo cuya destrucción había presenciado?

Una hora después de su reunión por videoconferencia con Dydell, el profesor les había vuelto a llamar para comunicarles el nombre del pueblo en el que Orizaga había residido las dos últimas décadas de su vida: Palembang, en Sumatra.

Si bien Palembang, la «Venecia de Oriente», podía haber sido considerada una

aldea durante el siglo XVI, actualmente no sólo era la ciudad más antigua de Indonesia, cuya historia se remontaba al siglo VII, sino también la más grande del sudeste de Sumatra, con una población de un millón y medio de habitantes.

Ni Sam ni Remi se habían hecho ilusiones de encontrar algo de valor, en caso de que encontraran algo, investigando en la patria adoptiva de Orizaga. Sin embargo, todas las penalidades por las que habían pasado desde su estancia en Zanzíbar parecían llevarlos en una dirección. La búsqueda de Blaylock, su diario, los mapas, el código, el propio Orizaga y ahora el informe del laboratorio: todo apuntaba a un lugar desconocido de Indonesia.

—Si Orizaga hubiera dejado una dirección, nos habría facilitado mucho las cosas —dijo Sam—. Qué falta de consideración.

—Seguro que si hubiera sabido que íbamos a venir, la habría dejado —contestó Remi—. ¿La mujer del último sitio dijo que la casa era roja o verde?

—Verde.

Desde que habían llegado a Palembang el día anterior, habían visitado seis museos y hablaba con historiadores locales supuestamente especializados en el período de la historia de la ciudad anterior a la llegada de los holandeses. Hasta el momento, ninguno de los conservadores había oído hablar de Orizaga, y todos les habían recomendado que fueran al edificio administrativo de la ciudad y buscaran alguna referencia a su amigo en los periódicos en microfichas con siglos de antigüedad que contenía.

Sam recorrió el plano con el dedo, agachando la cabeza de vez en cuando para ver los letreros de las calles a través del parabrisas. Dobló el plano y se lo devolvió a Remi con una sonrisa llena de seguridad.

—Ya sé dónde me he equivocado.

—¿En general o con la dirección?

—Muy graciosa.

Sam metió una marcha, esperó a que hubiera un hueco en el tráfico, giró y aceleró.

Después de veinte minutos recorriendo sinuosas callejuelas llegaron a un polígono industrial lleno de almacenes. Detrás, les sorprendió encontrar una tranquila calle residencial sin salida bordeada de árboles. Las casas eran pequeñas y antiguas, pero estaban cuidadas. Sam paró al final de una rotonda, enfrente de lo que podría haber pasado por una casa de estilo rancho en cualquier pueblo de Estados Unidos: contraventanas de color verde manzana y marrón y una cerca de estacas blancas medio oculta entre enredaderas con flores rojas.

Enfilaron el camino de acceso, subieron los escalones del porche y llamaron a la puerta principal. Oyeron ruido de pisadas sobre madera. Al abrirse, la puerta mostró a un hombre blanco de cincuenta y tantos años, con unos pulcros pantalones caqui y una camisa blanca con cuello de botones.

—Buenas tardes —dijo con acento de Oxford.

—Estamos buscando Sukarasi House —dijo Remi.

—Pues la han encontrado, señora. ¿En qué puedo ayudarles?

—Estamos buscando a alguien, un fraile, que pudo o no haber vivido en esta zona en el siglo XVI.

—Ah, ¿eso es todo? Creía que habían venido a venderme un aspirador o una batería de cocina —dijo el hombre con una sonrisa irónica—. Pasen, por favor. —Retrocedió para dejarles entrar en el recibidor—. Me llamo Robert Marcott.

—Sam y Remi Fargo.

—Síganme. Prepararé té y les contaré todo lo que sé sobre la Indonesia del siglo XV.

—Perdone que se lo diga, pero no parece sorprendido —dijo Remi.

—No lo estoy. Siéntense. Se lo explicaré.

Les hizo pasar a un estudio rodeado de estanterías del suelo al techo. El suelo estaba cubierto con una alfombra persa; encima había unos cuantos muebles de rota en torno a una mesita para servir el café. Sam y Remi se sentaron en el sofá.

—Solo será un momento —dijo Marcott, y desapareció por una puerta lateral.

Oyeron un tintineo de objetos de porcelana y luego el silbido de una tetera. El hombre volvió con un servicio de té, llenó sus tazas y se sentó enfrente de ellos.

—¿Quién les ha indicado dónde vivo? —preguntó Marcott.

—Una mujer llamada Ratsami...

—Una mujer encantadora. No sabe nada de la historia de Sumatra antes del siglo XX.

—Estaba convencida de que esto era un museo.

—Me temo que es un pequeño vacío idiomático: historiador en oposición a museo. El idioma oficial de aquí es el indonesio, pero abundan los dialectos. Yo ya he renunciado a intentar corregir a la gente. Hace diez años escribí un libro sobre el cristianismo en Indonesia. Y, evidentemente, eso me convirtió en un museo.

Marcott se levantó, se dirigió a un estante cercano, cogió un libro y se lo entregó a Remi.

—Dios en Java —leyó ella.

—Podría haber sido peor. Estuvo a punto de serlo. Mi editor quería llamarlo Jesús en Java. Sam soltó una risita. —Escogió sabiamente.

—Me habría visto desbordado por personas que querían saber el significado religioso del café. Habría sido una pesadilla. En cualquier caso, vine aquí a

documentarme para el libro, me enamoré de este sitio y me quedé. De eso hace quince años. ¿Ha dicho que están buscando a un fraile?

—Sí, un hombre llamado Javier Orizaga, un jesuita. Probablemente llegó aquí a finales de la década de mil quinientos veinte...

—Ah, Orizaga. Mil quinientos veintiocho —dijo Marcott—. De hecho, vivió a unos tres kilómetros al este de aquí. Por supuesto, la cabaña ya no se conserva. Creo que ahora es una hamburguesería.

—¿Qué puede contarnos de él? —preguntó Remi.

—¿Qué quieren saber?

—¿De cuánto tiempo dispone? —replicó Sam.

—De cantidades ilimitadas.

—Entonces cuéntenoslo todo.

—Se van a llevar una decepción. Era un hombre interesante y trabajó duro para ayudar a la gente de la zona, pero solo fue uno de los miles de misioneros que vinieron aquí durante la última mitad del milenio. Abrió una escuela religiosa, ayudó en los hospitales locales y pasó mucho tiempo en pueblos rurales intentando salvar almas.

—¿Ha oído usted hablar del Códice de Orizaga? —preguntó Sam.

Marcott entornó los ojos.

—No, pero teniendo en cuenta el nombre creo que debería haber oído hablar de él. ¿Tengo que sentirme muy avergonzado?

—No veo por qué —dijo Remi.

Le contó a Marcott la versión breve de la historia del códice, obviando los detalles sobre su contenido o su origen. Marcott sonrió.

—Fascinante. ¿Ese códice lo congració con la Iglesia o sucedió lo contrario?

—Lo contrario.

—Entonces apoyaba a los aztecas. Ojalá hubiera sabido todo eso sobre él. Podría haberle dedicado un capítulo entero. Circulaba una historia interesante, pero como no encajaba en el libro, no la incluí. Murió en mil quinientos cincuenta y seis, veintiocho años después de llegar aquí... o, al menos, es cuando se le vio por última vez.

—No lo entiendo —dijo Remi.

—Se dice que en noviembre de ese año Orizaga anunció a sus seguidores y colegas que creía haber descubierto un lugar sagrado en la selva (no dijo qué exactamente) y que iba a buscar... ¿Qué era? Lo llamó las siete cuevas o el mundo de las siete cuevas. Algo por el estilo. Se adentró en la selva y nunca volvió. Por lo que tengo entendido, la gente consideraba que Orizaga estaba un poco chalado.

—Es algo muy habitual —dijo Sam—. Entonces ¿se adentró en la selva y desapareció sin más?

Marcot asintió con la cabeza.

—No volvieron a verlo. Ya sé que suena muy dramático, pero incluso en la actualidad las desapariciones no son raras. Hace quinientos años probablemente estaba a la orden del día. Las selvas de esta zona son implacables, incluso para alguien tan viajado como Orizaga. —Marcott hizo una pausa y sonrió arrepentido—. Ojalá hubiera dedicado como mínimo unas páginas del libro a su historia. En fin.

—No conservará su material de referencia sobre él, ¿verdad? —preguntó Remi.

—No, me temo que no. Pero puedo hacer algo mejor. Puedo llevarlos hasta mi fuente... siempre que siga vivo, claro.

Siguieron a Marcott en su BMW de hace veinte años a otra zona residencial del distrito de Plaju, en Palembang. Allí las calles eran de tierra, las casas no tenían más de sesenta y cinco metros cuadrados, con tejados de chapa ondulada, exteriores de tablas de madera sin pintar y ventanas con mosquiteras. Al lado de prácticamente todas las construcciones había un pequeño huerto y corrales que albergaban gallinas o cabras.

Marcott paró delante de una de las casas. Sam y Remi hicieron lo mismo y salieron.

—No habla nuestro idioma y tiene noventa y tantos años, así que prepárense —dijo Marcott.

—¿A quién vamos a ver?

—Disculpen. Se llama Dumadi Orizaga. Antes de morir, Javier tuvo diez hijos con una mujer de la zona. Dumadi es un descendiente directo de Orizaga.

—Creía que era jesuita —dijo Remi.

—Lo era, pero en algún momento renunció a sus votos, incluido el celibato, obviamente.

—Tal vez por su mala experiencia con la Iglesia —propuso Sam.

Siguieron a Marcott por el camino de acceso hasta una puerta con mosquitera hecha con una malla raída. Al cuarto golpe con el puño de Marcott en la jamba, apareció un anciano con una camiseta de tirantes blanca arrastrando los pies. Apenas medía más de un metro y medio, y su cara poseía en su mayor parte rasgos indonesios con toques españoles.

Marcott dijo algo a Dumadi en indonesio o en uno de sus dialectos. El anciano sonrió, asintió con la cabeza y abrió la puerta. Los tres entraron. El interior de la casa estaba dividido en tres partes: un salón de seis por seis metros con cuatro sillas de jardín de plástico y una caja de cartón a modo de me-sita para el café, y dos habitaciones laterales: un dormitorio/cuarto de baño y una cocina. Dumadi les indicó a todos con la mano que se sentaran.

Marcott le presentó a Sam y a Remi traduciendo sobre la marcha, y luego le explicó que habían ido a Palembang a indagar sobre Orizaga. Dumadi dijo algo.

—Quiere saber por qué están interesados en él —contestó Marcott—. Aquí la gente es muy cauta con su familia, incluso después de quinientos años. La veneración ancestral es un sentimiento profundamente arraigado en los indonesios.

Sam y Remi se miraron. Como no se les había pasado por la cabeza que encontrarían a descendientes de Orizaga, no habían discutido cómo explicar su misión.

—Contémosle la verdad —dijo Sam—. Si el códice le pertenece a alguien, es a él.

Remi asintió con la cabeza, metió la mano en su bolso y sacó un sobre de manila. Repasó las fotografías y los papeles que había dentro y sacó la copia escaneada del códice, que entregó a Dumadi.

—Dígale que creemos que esto perteneció a Orizaga y que también creemos que tiene algo que ver con el motivo por el que vino aquí —dijo Sam.

Marcott tradujo sus palabras. Dumadi asintió con la cabeza mirando los papeles que tenía en las manos, pero Sam y Remi notaron que el anciano apenas había oído a Marcott. El silencio se alargó. Al final, Marcott dijo otra cosa a Dumadi, quien dejó la copia escaneada sobre la caja de cartón, se puso en pie y entró en su dormitorio arrastrando los pies. Salió momentos más tarde con un marco. Se detuvo delante de Remi y se lo dio.

Dibujado con una caligrafía estilizada, con los bordes rematados con filigranas y fiorituras, el original distaba mucho de la foto, pero para Sam y Remi lo que estaban viendo era inconfundible: el pictograma del Códice de Orizaga.

Dumadi señaló la foto enmarcada y a continuación los papeles escaneados, y le dijo algo a Marcott, quien tradujo:

—No reconoce la parte inferior, pero la superior la han ido heredando en su familia durante siglos.

—¿Por qué? —preguntó Sam.

Marcott preguntó, esperó la respuesta de Dumadi y dijo:

—Es el escudo de la familia Orizaga.

—¿Sabe qué significa?

—No.

—¿Nadie le ha dicho qué puede significar?

—No —respondió Marcott—. Dice que siempre ha formado parte de la familia. Se imagina que era importante para Orizaga, y con eso le basta.

Sam repasó el contenido del sobre y sacó la versión que Wendy había realizado del pájaro de Quetzalcoatl a partir de la ilustración de Chicomoztoc. Se la dio a Dumadi.

—¿Le dice algo esto?

Marcott preguntó y escuchó. A continuación sonrió y respondió:

—¿Qué parte, la serpiente fea o el pájaro?

—El pájaro.

Dumadi se recostó dejando escapar un gemido y acto seguido contestó.

—No le dice nada en especial —dijo Marcott—. Es solo un pájaro. Los ha visto en los zoos.

—¿Aquí? —preguntó Remi.

—No recuerda dónde exactamente. Vio uno de niño. Su padre lo llamaba pájaro yelmo por el bulto que tiene en la parte de atrás de la cabeza.

Sam abrió la boca para hablar, vaciló y a continuación dijo:

—¿Qué es? ¿Cómo se llama?

—Es un maleo. Dumadi dice que los recuerda mucho más bonitos que el de su dibujo. De tamaño medio, muy negro, con el pecho blanco, el pelaje amarillo alrededor de los ojos y un pico anaranjado. Una especie de pollo de colores.

Dumadi le dijo algo a Marcott, quien tradujo:

—Quiere saber si este dibujo tiene algo que ver con Orizaga.

—Sí—afirmó Sam.

—Le recuerda una anécdota de Orizaga. ¿Les gustaría oírla?

—Sí, por favor —contestó Remi.

—Como la mayoría de las anécdotas familiares, puede que los detalles hayan cambiado con el tiempo, pero lo esencial es que cerca del final de su vida Orizaga era conocido por la mayoría de las gentes de Palembang, quienes le tenían cariño. Sin embargo, estaban seguros de que estaba poseído por un espíritu travieso.

—¿Por qué?

Marcott escuchó.

—Es algo parecido a lo que les dije en mi casa. Vagaba mucho por la selva, hablando de cuevas y dioses, y decía que había venido en busca del hogar de los dioses... Ya captan la idea. Nadie tenía miedo a Orizaga; sospechaban que ese espíritu travieso se estaba divirtiendo con un pobre viejo.

»El día que Orizaga desapareció, anunció a todo el mundo que se marchaba otra vez a buscar sus "cuevas divinas" y que reconocería el lugar cuando encontrara un "criadero de grandes pájaros".

Yakarta, Indonesia

—¿Hasta qué punto estás segura, Selma? —dijo Sam.

Él y Remi estaban sentados en la cama de su suite en el Four Seasons. El día antes, poco después de marcharse de la casa de Dumadi y de separarse de Robert Marcott, habían tomado Un vuelo chárter de Batavia Air en el aeropuerto Sultán Mahmud Badaruddin II de Palembang para realizar el viaje de cuatrocientos kilómetros a través del mar de Java hasta Yakarta. El Four Seasons parecía un lugar adecuado como base de operaciones.

—Me he encarado con él —dijo Selma por el altavoz—. Lo ha reconocido.

—Qué hijo de puta más astuto. Me pregunto si tiene nietos en Londres que van a la universidad.

—O si de verdad se está muriendo —añadió Remi.

—Las dos cosas son verdad. Lo he comprobado. Pero sigue siendo un estafador, en mi opinión.

De las muchas preguntas y curiosidades sin respuesta que rodeaban la aventura de Sam y Remi, una en concreto había estado mortificando a Selma: ¿cómo habían sabido Rivera y su jefe, el presidente Garza, que los Fargo estarían en Madagascar? ¿Qué había motivado el soborno de la observación y el aviso? Selma creía que solo había dos posibilidades: Cynthia Ashworth, cuidadora de las cartas de Constance Ashworth, o Morton, propietario del Museo y Tienda de Curiosidades Blaylock. Habían sido las principales fuentes de material de referencia de Sam y Remi. ¿Habían utilizado también esas fuentes Rivera y Garza en algún momento?

Selma echó mano de su mejor imitación de «poli malo» y empezó por Morton, afirmando que sabía que había vendido material de Blaylock a otras personas y que si Morton no confesaba la verdad, lo llevaría a los tribunales. Morton se vino abajo al cabo de dos minutos, dijo Selma.

—No sabía el nombre de Rivera ni cómo se había enterado de que existía el museo, pero unos cinco años antes él y unos matones aparecieron y le hicieron preguntas sobre Blaylock y el *Shenandoah*. Morton dice que no se fiaba especialmente de Rivera, y sospechaba que se pondrían violentos con él si no cooperaba, así que esa noche sacó todo el material importante del almacén del museo y lo escondió en su casa. Como era de esperar, a la mañana siguiente llegó al museo y se lo encontró desvalijado.

»Rivera apareció horas más tarde, todo amabilidad. Durante la noche Morton había encontrado algunos de los papeles de Blaylock: páginas de su diario, el manuscrito original de la biografía, dibujos y mapas al azar...

—El mapa de Madagascar de Moreau —predijo Remi.

—Sí. Había visto las pequeñas palabras escritas y había arrancado esa parte, y le había dado el trozo más grande a Rivera. Terminaron la transacción, y Rivera se marchó. Como Morton es muy listo, se imaginó que Rivera no había acabado del todo, de modo que volvió a trasladar el material de Blaylock, esa vez de su casa a otro sitio.

—Y esa noche robaron en su casa —dijo Sam.

—Exacto. Morton se cuidó de pasar toda la noche fuera con unos amigos. La farsa dio resultado, dijo. Rivera no volvió nunca.

—Y cinco años más tarde aparecemos nosotros haciendo las mismas preguntas.

—¿Por qué no utilizó la misma treta con nosotros?

—Dijo que ustedes le cayeron bien. Y que quería retirarse y cuidar de sus nietos. Cuando le ofrecieron sesenta mil dólares en lugar de veinte, decidió dárselo todo y no quedarse con nada.

—Entonces no sabemos lo que Rivera sabe, ¿no? —dijo Remi.

—No —contestó Sam—. Por pura suerte, Morton le vendió lo suficiente para ponerlo en camino y que hiciera algunos progresos, pero no lo bastante para que terminara su búsqueda. Ahora, con nosotros en escena, Rivera y Garza pueden llegar hasta el final. Tenemos que contar con que van a aparecer... si no lo han hecho ya.

—Lo que me lleva al siguiente punto —dijo Selma—. Hemos terminado de descifrar el resto de las cartas de Blaylock a Constance. ¿A que no saben la fecha de su última carta?

—No —contestó Sam.

—¿Ni siquiera el año?

—Selma.

—Mil ochocientos ochenta y tres.

—Eso significa que estuvo ahí fuera buscando su tesoro once años —dijo Remi—. Dios mío.

—¿Y las cartas intermedias? —preguntó Sam.

—Solo hay unas cuantas de un año después de que capturara el *Shenandoah II*. Como era habitual en él, la parte inteligible de las cartas trataba principalmente de viajes... el hombre de aventura resuelto. En las cartas, repite casi todos los cuentos de la biografía de Morton. Eran una fachada. Uno de sus mensajes en clave a Constance hace pensar que estaba convencido de que Dudley y los demás habían descubierto su mentira sobre el *Shenandoah II* e iban a por él.

—¿Y estaba en lo cierto?

—Que yo sepa, no. Y si lo hubieran sabido, probablemente no les habría importado. El *Shenandoah II* había desaparecido. Ya no era una amenaza. Blaylock había cumplido con su misión.

—Volvamos a su última carta —la apremió Sam.

—De acuerdo. Tiene fecha del tres de agosto de mil ochocientos ochenta y tres, y fue enviada desde Bagamoyo. Cito directamente la parte relevante:

Por fin he descubierto la pista por la que he estado rezando. Con la ayuda de Dios, descubriré el origen de mi gran pájaro enjoyado verde y recogeré mi tan postergado premio. Mañana zarpo hacia el estrecho de Sundra. Calculo que el viaje durará entre veintitrés y veinticinco días. Volveré a escribir lo antes posible.

Atentamente,

W.

—Has dicho el estrecho de Sundra, ¿verdad?

—Sí.

Sam hizo una pausa. Cerró los ojos un momento, con una sonrisa esbozada en el rostro.

—¿Qué pasa? —preguntó Remi.

—Blaylock salió de Bagamoyo el tres de agosto de mil ochocientos ochenta y tres. Según la duración estimada de su travesía, habría llegado a Sundra a un día o dos del veintisiete de agosto.

—De acuerdo...

—El estrecho de Sundra era el lugar donde se encontraba el volcán Krakatoa. El veintisiete fue el día que entró en erupción.

Como buenos aficionados a la historia, Sam y Remi conocían bien la erupción del volcán Krakatoa acaecida en 1883. El archipiélago, que abarca aproximadamente veinte kilómetros cuadrados de mar, se encuentra casi en el centro justo del estrecho de Sunda entre Java y Sumatra y estaba compuesto de tres islas antes de la catástrofe: Lang, Verlaten y Rakata, esta última la mayor isla de las tres y la sede de tres conos volcánicos conocidos como Krakatoa. Después de experimentar tres erupciones importantes en los siglos anteriores a 1883, el Krakatoa se mostraba activo.

El 20 de mayo, tres meses antes de la erupción final, apareció una gran grieta en un lado del Perbuatan, el cono situado más al norte, y empezó a salir vapor junto con columnas de ceniza que se elevaron a más de seis mil quinientos metros en la atmósfera. Los habitantes de las ciudades y de los pueblos vecinos, que habían presenciado actividad parecida con anterioridad, no le hicieron mucho caso, y a finales de mes su desinterés parecía justificado. El Krakatoa se apaciguó y permaneció en calma durante gran parte del mes siguiente.

El 16 de junio se produjeron nuevas erupciones que cubrieron grandes franjas de mar y de tierra de un humo muy negro durante casi una semana. Cuando la bruma se despejó, se podían ver dos enormes columnas de ceniza saliendo de los dos conos del Krakatoa. La marea empezó a subir en el estrecho, y las amarras de los barcos anclados tuvieron que ser reforzadas para que estos no quedasen varados.

Pasaron tres semanas. A los dos conos del Krakatoa se les unió el tercero, y pronto empezó a acumularse ceniza en las islas cercanas, en algunos lugares con una espesura de hasta sesenta centímetros, que mató la flora y la fauna y convirtió los bosques antaño frondosos en paisajes lunares.

Las erupciones continuaron a finales de junio hasta mediados de agosto. El 25 de ese mes, a la una del mediodía, el Krakatoa entró en su fase paroxística. Al cabo de una hora, una nube negra de ceniza se había alzado en el cielo a casi treinta kilómetros de altura, y las erupciones eran prácticamente continuas. A veinticinco y treinta kilómetros de allí, los barcos fueron bombardeados con piedras pómez candentes del tamaño de pelotas de béisbol. A media tarde, mientras oscurecía en el estrecho, tsunamis de poca relevancia avanzaron sobre las costas de Java y de Sumatra.

A la mañana siguiente, poco antes del amanecer, el Krakatoa experimentaba sus últimos estertores. Una serie de tres erupciones, cada una más potente que la anterior, sacudió la zona. Los estallidos fueron tan estruendosos que se oyeron en Perth, Australia, a más de tres mil doscientos kilómetros al sudeste, y en Islas Mauricio, a casi cinco mil kilómetros al oeste.

Los tsunamis resultantes, uno por cada erupción, irradiaron desde el Krakatoa hacia fuera a velocidades de hasta doscientos kilómetros por hora, asolando las costas de Java y de Sumatra e inundando islas situadas hasta a ochenta kilómetros.

A las 10.02 el Krakatoa lanzó su última salva con una explosión equivalente a veinte mil bombas atómicas. La isla de Krakatoa se hizo pedazos. Los conos en erupción, que ya habían expulsado todo el magma, se desplomaron sobre sí mismos, llevándose consigo treinta y seis kilómetros cuadrados de la isla y abriendo una caldera de seis kilómetros de ancho y casi doscientos cincuenta metros de hondo. El tsunami resultante aniquiló pueblos enteros y mató a miles de personas en cuestión de minutos. Los árboles se vieron arrancados de raíz, y la tierra quedó despojada de la más mínima vegetación.

Inmediatamente después de la enorme ola llegaron los flujos piroclásticos, gigantescas avalanchas de fuego y ceniza que descendieron ruidosamente por las laderas del Krakatoa hasta el estrecho de Sunda. La oleada, que se desplazaba a ciento treinta kilómetros por hora y alcanzó temperaturas superiores a seiscientos cincuenta grados, hizo hervir la superficie del mar, lo que creó un colchón de vapor que la desplazó cincuenta kilómetros o más, y carbonizó o sepultó todo a su paso, tanto artificial como natural.

Horas después de la última explosión, lo que restaba del Krakatoa quedó en silencio. En el espacio de treinta horas, entre treinta y seis mil y ciento veinte mil personas perdieron la vida.

Estrecho de Sundra, mar de Java, Indonesia

El altavoz situado en la esquina de la terraza del café se encendió:

—Atención, a todos los pasajeros con billete: el Krakatau Explorer zarpará del puerto dentro de cinco minutos. Por favor, embarquen por la pasarela de popa.

El mensaje se repitió en indonesio, francés, alemán y otra vez en inglés.

Sam y Remi, que estaban sentados a una mesa en un rincón al lado de una espaldera cubierta de buganvillas en flor, terminaron su café y se levantaron. Sam dejó un par de billetes de cinco mil rupias sobre la mesa, y salieron de debajo del toldo al muelle.

—¿Has visto alguna señal de ellos? —preguntó Remi.

—No. ¿Y tú?

—No.

Esa misma mañana, cuando la furgoneta del Krakatau Explorer había salido de enfrente del Four Seasons, a Sam le había parecido atisbar a Itzli Rivera, pero no habían vuelto a ver nada durante el trayecto de noventa minutos de Yakarta a los muelles del complejo turístico de Carita. Aunque ir en una furgoneta llena de turistas no era el estilo favorito de vivir aventuras de Sam y Remi, eran perfectamente conscientes de que si Rivera y sus hombres estaban allí realmente, podía resultar desastroso que los pillaran a solas en una carretera apartada, en medio de la selva tropical de Java.

Además, la visita en barco a lo que quedaba del volcán Krakatoa y el recién inaugurado Museo Krakatau no solo era un primer paso a la hora de seguir el funesto rastro de Blaylock —si es que quedaba algún rastro que seguir—, sino también una forma eficaz de obligar a Rivera a salir de su escondite y de apretarle las tuercas. Lo último que el mexicano necesitaba era perder otra vez a sus presas. Para Sam y Remi, era como nadar en compañía de tiburones: mejor tenerlos a la vista que preguntarse por dónde iban a aparecer y a atacar.

Se unieron a la cola de pasajeros que embarcaban a última hora en la pasarela de popa, subieron a bordo y eligieron un lugar en la barandilla de estribor. El Krakatau Explorer era un esquife de fondo plano de treinta y seis metros de eslora, con una timonera oblonga con el techo inclinado en lo alto del castillo de proa. La cubierta de popa, que medía veinticinco metros por doce, estaba dividida en hileras con bancos tapizados de vinilo azul.

Sam estaba atento a los muelles mientras Remi observaba a los otros pasajeros; calculaba que había sesenta a bordo.

—Nada, todavía —dijo.

—Por aquí tampoco.

En el muelle, un par de empleados retiraron la pasarela y la apartaron del esquife. Un tripulante que estaba en la cubierta cerró la puerta. Las amarras fueron soltadas y subidas a bordo. Tres tripulantes más aparecieron ante la barandilla y desatracaron usando unos postes. Y con el estruendo del silbato del Explorer, los motores arrancaron y el esquife se alejó resoplando de los muelles con rumbo al estrecho.

Tres horas más tarde, una voz con acento indonesio sonó por el sistema de megafonía:

—Damas y caballeros, dentro de poco el capitán rodeará el cabo de la isla para acercarnos al museo.

Tal como habían prometido, después de unos minutos la embarcación viró hacia el puerto y se dirigió al este a lo largo de la línea de la costa septentrional de la isla. Los pasajeros se agolparon en la barandilla para contemplar el escarpado acantilado de seiscientos metros de altura: lo único que quedó cuando la mayor parte de la isla colapso en el mar.

El esquife se acercó al muelle del museo, las amarras fueron atadas y la pasarela colocada. Sam y Remi desembarcaron y se dirigieron al edificio principal. Anclado al lecho marino en el borde oeste de la caldera, el museo de más de mil quinientos metros cuadrados estaba construido con cristal templado de dos centímetros y medio de grosor y vigas transversales de acero pintadas de blanco. Según el folleto que Sam y Remi habían cogido en el Four Seasons, el museo contenía la mayor colección de recuerdos y material de referencia sobre el Krakatoa del mundo.

Todo el interior estaba climatizado, y la decoración era minimalista, con suelos de bambú, paredes gris pardo y techos abovedados. El espacio estaba dividido en distintas secciones con paredes de tres cuartos que exhibían fotografías de época, material gráfico e ilustraciones, mientras que unas plataformas independientes sostenían objetos que habían sobrevivido a la catástrofe. Cada sección también contenía una terminal multimedia, equipada con un monitor LCD y control de pantalla táctil.

Sam y Remi pasearon por su cuenta hasta que se les acercó una guía, una joven indonesa con un vestido verde mar.

—Bienvenidos al Museo Krakatau. ¿Tienen alguna pregunta?

—Nos interesan especialmente los barcos que pudieron haber estado anclados en el estrecho en el momento de la erupción —dijo Remi.

—Por supuesto. Tenemos una sección dedicada precisamente a eso. Por aquí, por favor.

Siguieron a la mujer a través de varias secciones antes de llegar a una con una etiqueta en la que se leía: los efectos marítimos. Dos paredes estaban dedicadas a

daguerrotipos ampliados del estrecho y de las bahías y los puertos de los alrededores. En la tercera había copias de páginas de cuadernos de bitácora de barcos, noticias de periódicos, cartas e ilustraciones. En las plataformas del centro de la sala había una colección de quincalla recuperada, supuestamente de las embarcaciones afectadas por la erupción.

—¿Cuántos barcos había en la zona en ese momento? —preguntó Remi.

—Oficialmente, catorce, pero un día cualquiera de mil ochocientos ochenta y tres había cientos de pequeñas embarcaciones de pesca y buques de carga navegando de un lado a otro. Naturalmente, era más fácil dar cuenta solo de los barcos debido a las demandas de los seguros. Además, hemos cotejado diarios de distintos capitanes para poder referenciar todas las embarcaciones presentes.

Situado frente a una placa en la pared opuesta, Sam preguntó:

—¿Esto es una lista de los barcos y las tripulaciones?

—Sí.

—Reconozco uno de estos nombres: el *Berouw*. La guía asintió con la cabeza.

—No me extraña. El *Berouw* tiene cierta fama. Era un vapor de ruedas laterales que estaba anclado en la bahía de Lampung a ochenta kilómetros del Krakatoa. Lo alcanzó uno de los tsunamis y lo arrastró varios kilómetros por el río Koeripan. El barco fue encontrado casi intacto, pero toda la tripulación murió.

—Solo hay trece nombres —dijo Remi.

—¿Cómo?

—En esta lista. Ha dicho que había catorce barcos, pero aquí solo aparecen trece.

—¿Está segura? —La guía se acercó a la placa y contó los nombres—. Tiene razón. Qué raro. Bueno, supongo que es un error administrativo.

Remi sonrió.

—Gracias por su ayuda. Creo que haremos un pequeño recorrido.

—Claro. Si tienen mucho interés, prueben la terminal multimedia con toda libertad. Todos los documentos de nuestra colección, incluso los que no están expuestos, se pueden consultar allí.

Remi se acercó a la pared con fotografías donde estaba Sam.

—Tenía la ligera esperanza de que el nombre del *Shenandoah* estuviera en la lista.

—¿Te sirve una foto? —dijo Sam.

—¿Qué?

Él señaló la foto superior de la pared, una ampliación de un metro veinte por un metro ochenta. La placa que tenía al lado rezaba:

MIRANDO HACIA EL NORDESTE DESDE LA CUBIERTA DEL BUQUE DE CARGA BRITÁNICO SALISBURY, ANCLADO A 17 KILÓMETROS AL ESTE DEL KRAKATOA, 27 DE AGOSTO DE 1883.

VISTA: PULAU (ISLA) LEGUNDI Y DESEMBOCADURA DE LA BAHÍA DE LAMPUNG

—¿Lo ves? —preguntó Sam.

—Sí.

En primer plano de la foto, contra el fondo de Pulau Legundi, había un clíper de tres mástiles con aparejo de cruz, con la parte superior del casco pintada de negro.

—No significa nada —dijo Remi—. Estoy segura de que en esa época había muchos barcos idénticos al *Shenandoah*.

—Estoy de acuerdo.

—Vamos a averiguarlo. El *Shenandoah* tenía setenta metros de eslora, pesaba mil doscientas toneladas y estaba equipado para el combate. Te aseguro que si un barco como ese entró en el estrecho de Sundra, cualquier capitán o cualquier oficial de guardia que se preciara debió de tomar nota.

Se dirigieron a la terminal multimedia, jugaron con la pantalla táctil unos instantes y empezaron a examinar los archivos del museo, organizados por tema, fecha y palabra clave. Después de probar varias combinaciones de palabras durante una hora, Sam encontró una entrada escrita por el capitán de un buque mercante alemán llamado *Minden*. Abrió el texto traducido en la pantalla:

26 de agosto de 1883, 14,15 horas: Nos ha pasado cerca por la popa un clíper de vapor y vela de identidad desconocida. Ocho cañoneras observadas en el través de estribor. El barco ha rehusado devolvernos el saludo. Está anclado en la parte sur de Pulau Legundi.

Sam se desplazó por unas cuantas entradas más y volvió a detenerse:

27 de agosto de 1883, 06.30 horas: Las erupciones empeoran. Casi nos inunda una ola traicionera. He ordenado a la tripulación que se prepare para una partida de emergencia.

—Allá vamos —murmuró Sam.

Tocó la pantalla táctil, y apareció otra entrada del diario:

27 de agosto de 1883, 08.00 horas: Avanzamos a velocidad máxima, rumbo 041. Espero que llegemos a la parte de sotavento de Pulau Sebesi. El clíper identificado sigue anclado en la parte sur de Pulau Legundi. Una vez más, ha rehusado saludarnos.

Sam siguió desplazándose y se detuvo.

—Se acabó. Es la última entrada del *Minden*. Podría ser el *Shenandoah*. El marco temporal es correcto, y también lo es la descripción: ocho cañoneras. El mismo número que el *Shenandoah*.

—¿Y si lo es? —contestó Remi—. La última entrada del *Minden* es de dos horas antes de la erupción final del Krakatoa. El barco que vieron probablemente huyó y o bien escapó o se vio alcanzado por el tsunami o por el flujo piroclástico.

—Existe otra posibilidad —apuntó Sam.

—¿Cuál?

—Que corriera la misma suerte que el *Berouw*. Que fuera alcanzado y arrastrado hacia el interior.

—¿No lo habrían encontrado a estas alturas?

—Puede que sí y puede que no.

—Sumatra es una isla grande, Sam. ¿Por dónde propones que empecemos?

Sam señaló otra vez la fotografía.

—Por el último sitio donde estuvo anclado.

—Hola, señores Fargo —dijo una voz detrás de ellos.

Sam y Remi se dieron la vuelta.

Delante de ellos estaba Itzli Rivera.

—No dejamos de encontrarnos —dijo Sam—. Sinceramente, nosotros podríamos vivir sin ello.

—Yo puedo solucionarlo.

—Si le ayudamos a terminar lo que no ha podido concluir solo.

—Me lee el pensamiento.

—El problema de ese plan —dijo Remi— es que al final usted nos mata.

—No tiene por qué ser así.

—No hay otra forma —contestó Sam—. Usted lo sabe, y nosotros también. Sabemos suficientes cosas sobre el pequeño secreto de Garza para derrocar su gobierno. Comparados con sus otras víctimas, nosotros tenemos mucha información. Asesinó a una mujer en Zanzíbar solo porque encontró una espada.

—Y a ocho personas más por mucho menos, seguramente —añadió Remi.

Rivera se encogió de hombros y extendió las manos.

—¿Qué puedo decir?

—¿Qué tal «¿Dónde está el edificio más alto desde el que pueda tirarme?»?

—Tengo una pregunta mejor: «¿Por qué no me entregan todo lo que han hallado investigando y le digo a mi jefe que los he matado?».

—Después de todo lo que hemos pasado juntos —dijo Remi—, ¿todavía cree que somos tan crédulos? Aprende usted despacio, señor Rivera.

—Hasta ahora han tenido suerte, pero no volverá a ocurrir.

—A ver si lo he entendido bien: opción número uno, le damos todo lo que

tenemos y usted nos mata; opción número dos, no le damos nada y vemos cuánto dura nuestra suerte.

—Expresado de esa forma, entiendo su punto de vista —respondió Rivera—. Así que cambiemos los términos: ustedes me dan lo que yo quiero y les prometo una muerte rápida e indolora. O seguimos jugando al gato y al ratón, y cuando al final los coja torturaré a su mujer hasta que me dé lo que quiero.

Sam dio un paso adelante. Miró fijamente a Rivera a los ojos.

—Debería aprender usted buenos modales.

Rivera abrió su chaqueta unos centímetros y dejó a la vista la culata de una pistola.

—Y usted debería aprender a ser más discreto.

—Eso me dice mi mujer.

—Es usted muy terco. Los dos lo son. Nos vamos a ir juntos. Si se resiste o intenta llamar la atención, dispararé a su mujer y luego a usted. Vamos. Tengo una lancha fuera. Saldremos y...

—No.

—¿Cómo?

—Ya he me ha oído.

—No es un farol, señor Fargo. Les dispararé a los dos.

—Estoy convencido de que lo intentará, pero no crea que se lo pondré tan fácil.

—Nadie me detendrá; me habré ido antes de que lleguen las autoridades.

—Y luego ¿qué? ¿De veras cree que hemos venido aquí con todas nuestras pruebas? Subestima usted mucho a la gente. Ha registrado nuestra habitación de hotel y no ha encontrado nada, ¿verdad?

—Sí.

—Lo único que llevamos encima son fotos; nada que no haya visto ya. Si nos mata aquí, todo se hará público. Cuando vuelva a Ciudad de México, todos los informativos estarán dando la noticia.

—No estarían aquí si ya tuvieran todo lo que necesitan. No tienen lo que Blaylock encontró o lo que estaba buscando.

—Ya somos dos.

—Olvida que me he dedicado a guardar este secreto casi una década. Ustedes solo llevan metidos en esto unas semanas. Encuentren lo que encuentren, y cuenten lo que cuenten, nosotros le daremos la vuelta. Saben para quién trabajo y lo poderoso que es. Aunque consigan sobrevivir, cuando hayamos acabado con ustedes serán un par de buscadores de tesoros, sedientos de dinero y ávidos de atención, que se inventaron una fantástica mentira en beneficio propio.

—Pero seguiremos gozando de buena salud —dijo Remi con dulzura.

—Y de nuestro sentido del humor —añadió Sam—. Si tan seguro está, ¿por qué

no vuelve a casa y que pase lo que tenga que pasar?

—No puedo hacer eso. Soy un soldado. Tengo órdenes.

—Entonces estamos en un punto muerto. O nos dispara o se marcha.

Rivera lo consideró unos instantes y luego asintió con la cabeza.

—Como quieran. Recuerden que les he dado la oportunidad de hacerlo todo más fácil, señor y señora Fargo. Pase lo que pase, me aseguraré de que mueran en Indonesia.

Bahía de Lampung, Sumatra

Sam disminuyó la presión sobre el acelerador del barco e hizo girar la proa hasta que tuvieron el viento de costado. El barco redujo la marcha hasta detenerse, y empezaron a balancearse de un lado a otro. A varios cientos de metros del puerto se hallaba Mutun, una de las docenas de pequeñas islas boscosas que bordeaban las dos costas de la bahía; a estribor, a lo lejos, la playa de Indah.

—Vamos, una vez más —dijo él.

—Ya hemos pasado por esto, Sam. Varias veces. La respuesta sigue siendo no. Si tú te quedas, yo también me quedo.

—Pues volvamos a casa.

—Tú no quieres volver a casa.

—Cierto, pero...

—Estás empezando a cabrearme, Fargo.

Y él lo sabía. Cuando Remi empezaba a dirigirse a él por su apellido, era señal de que se le estaba agotando la paciencia.

Después de su encuentro con Rivera en el museo, habían tomado el siguiente transbordador con rumbo a Sol Marbella, a unos veinticuatro kilómetros de los muelles de la playa de Carita. Mientras esperaban a que el transbordador zarpara, Sam vigiló la lancha motora de Rivera hasta que por fin la perdieron de vista cuando pasó por detrás del cabo de Tanjung hacia el sudoeste.

De vuelta en Java subieron a un taxi que los llevó al Four Seasons, donde recogieron rápidamente sus cosas, se dirigieron al aeropuerto y tomaron un vuelo chárter de Batavia Air que cruzaba el estrecho a Lampung. Aterrizaron poco antes de que anocheciera y encontraron un hotel al lado de la bahía varios kilómetros costa abajo, desde donde llamaron a Selma.

Cuanto antes llegaran a Pulau Legundi, mejor, pensaban Sam y Remi. Aunque esperaban que Rivera hiciera acto de presencia, su repentina aparición en el museo, unida a su amenazante promesa, subrayó la necesidad de moverse deprisa. Con ese propósito, Selma obró su magia y se encargó de que un *pinisi* motorizado de más de siete metros de eslora —un tipo de queche estrecho de fondo plano— y todas las provisiones necesarias estuvieran esperándolos en los muelles antes de que saliera el sol. En ese momento, cerca del mediodía, habían recorrido un tercio de la distancia hasta Pulau Legundi.

—Nunca nos hemos dejado intimidar por la gente como Rivera. ¿Por qué ahora sí?

—Ya sabes por qué.

Ella se acercó a él y le posó suavemente la mano en el hombro.

—Pilota el barco, Sam. Acabemos esto juntos.

Sam suspiró y sonrió.

—Eres una mujer extraordinaria.

—Lo sé. Y ahora pilota el barco.

A media tarde, lo que simplemente había sido una mancha en el horizonte encapotado empezó a definirse hasta convertirse en los exuberantes picos verdes y la rocosa línea de la costa de la isla. Con la forma de coma dentada, la deshabitada Pulau Legundi medía aproximadamente seis kilómetros de largo por tres de ancho. Como el resto de las islas del estrecho de Sundra y sus alrededores, había quedado cubierta de ceniza volcánica del Krakatoa. Ciento treinta años de viento y lluvia y la obra de la siempre paciente Madre Naturaleza habían transformado la isla en una parcela aislada de frondosa selva tropical.

Poco más de veinticuatro horas después de partir de Yakarta, cuando el sol se estaba poniendo sobre los picos de Legundi, Sam introdujo la proa del *pinisi* en una cueva resguardada en la línea de la costa oriental. Aceleró y deslizó la proa sobre una playa de arena blanca, y Remi saltó de la embarcación. Sam lanzó sus mochilas y la siguió. Amarró la bolina a un árbol cercano.

Remi desplegó el mapa turístico que habían comprado en el hotel —lo mejor que habían conseguido a última hora— y lo colocó sobre la arena. Se agacharon. Antes de salir del museo, Sam había estudiado unos cuantos mapas digitales en la terminal multimedia y había marcado mentalmente la posición del barco.

—Desde aquí hay menos de ochocientos metros hasta la parte oeste —dijo—. Si no me equivoco, el *Shenandoah*...

—Suponiendo que fuera él.

—Rezo para que fuera él. Según mis estimaciones estuvo aquí, en esta bahía. Si nos basamos en el destino del *Berouw*...

—Sí, explícamelo otra vez.

—Según la versión aceptada, el *Berouw* fue el único barco que se vio empujado hacia el interior. Las embarcaciones más pequeñas fueron arrastradas hacia el fondo del estrecho o destruidas inmediatamente por el último tsunami. Mi teoría es que lo que salvó al *Berouw* es que estaba anclado en la desembocadura de un río.

—La vía de mínima resistencia —dijo Remi.

—Exacto. Se vio arrastrado hacia el interior por un surco existente en el terreno. Si se traza una línea desde el Krakatoa a través del ancladero del barco hasta la isla, se ve...

Inclinándose sobre el mapa, Remi terminó la frase de Sam:

—Un barranco.

—Un barranco profundo, rodeado a los dos lados por picos de ciento cincuenta metros. Si te fijas, el barranco termina por debajo del tercer pico, a varios cientos de metros de la línea de la costa opuesta. Un kilómetro y medio de largo y cuatrocientos metros de ancho.

—¿Lo que equivale a decir que no acabó hecho pedazos o atraído hacia la isla y lanzado al lecho del mar? —preguntó Remi—. Estamos a cuarenta kilómetros del Krakatoa. El *Berouw* estaba a ochenta kilómetros de distancia y acabó a kilómetros de la costa.

—Hay dos motivos que lo explican: uno, los picos que rodean el barranco son más pronunciados que cualquier cosa que hubiera en el río; y dos, el *Shenandoah* era como mínimo cuatro veces más pesado que el *Berouw* y tenía un armazón de acero revestido con láminas de roble y de teca de doble grosor. Estaba diseñado para soportar penalidades.

—Tienes buenos argumentos.

—Esperemos que se traduzcan en hechos.

—Sin embargo, todavía queda un detalle...

—Dispara.

—¿Cómo habría sobrevivido el *Shenandoah* al flujo piroclástico?

—Da la casualidad de que tengo una teoría al respecto. ¿Quieres oírla?

—Guárdatela. Si resulta que tienes razón, me la cuentas. Si te equivocas, dará igual.

Después de abrir brecha durante cinco minutos en la línea de vegetación, se dieron cuenta de que los bosques de Pulau Legundi no tenían nada que envidiar a los de Madagascar. Los árboles, tan apretujados unos con otros que a menudo Sam y Remi tenían que volverse de lado para pasar entre ellos, se hallaban también entrelazados con marañas de enredaderas que serpenteaban desde los troncos hasta las ramas y el suelo.

Encontraron un claro del tamaño de un armario en la maleza y se agacharon para beber agua. Los insectos se arremolinaban alrededor de ellos, zumbándoles en los oídos y en las fosas nasales. En el manto de hojas que los cubría por encima, resonaban los gritos de pájaros invisibles. Remi sacó un envase de repelente contra mosquitos de su mochila y roció la piel descubierta de Sam antes de hacer lo mismo con la suya.

—Esto podría ser positivo para nosotros —dijo Sam.

—¿El qué?

—¿Ves que la mayoría de los troncos están cubiertos de una capa de moho y enredaderas? Es como una armadura. Lo que es bueno para los árboles también podría serlo para el casco de un barco.

Bebió otro sorbo de la cantimplora y se la pasó a Remi.

—El estado del camino mejorará cuanto más ascendamos —dijo.

—Define «mejorará».

—Más luz del sol equivale a menos enredaderas.

—Y ascender equivale a terreno más empinado —contestó Remi con una sonrisa animosa—. La vida se basa en el equilibrio.

Sam consultó su reloj.

—Faltan dos horas para que se ponga el sol. Por favor, dime que te has acordado de traer la hamaca con mosquitera...

—Me he acordado. Pero me he olvidado la parrilla, los filetes y la nevera portátil con cervezas.

—Por esta vez te perdono.

Continuaron adelante durante otros noventa minutos, avanzando a un ritmo lento pero constante por la pendiente oeste del pico, ayudándose de raíces descubiertas y de enredaderas colgantes, hasta que por fin Sam propuso parar. Ataron su hamaca con ancho doble entre dos árboles, revisaron todas las costuras de la mosquitera, y a continuación se metieron a gatas y compartieron una cena compuesta de agua caliente, cecina y fruta deshidratada. Veinte minutos más tarde se sumieron en un profundo sueño.

La sinfonía natural de la selva los despertó poco después del amanecer. Tras un desayuno rápido se pusieron de nuevo en marcha. Tal como Sam había vaticinado, cuanto más ascendían, menos denso se volvía el follaje, hasta que pudieron moverse sin la ayuda del machete. A las 10.15 se abrieron paso a través de los árboles y se vieron en una meseta de granito de tres metros de ancho.

—Esto sí que es una vista panorámica —dijo Remi, quitándose la mochila.

Ante ellos se extendían las aguas azules del estrecho de Sundra. A cuarenta kilómetros podían ver los escarpados acantilados de la isla de Krakatoa y, más allá, la costa occidental de Java. Se acercaron al borde de la meseta. Ciento cincuenta metros más abajo, al pie de una pendiente con una inclinación de sesenta grados, se hallaba el fondo del barranco. Estaba flanqueado por picos que formaban una pared norte y otra sur. El barranco era algo angosto y se curvaba ligeramente conforme se acercaba a la línea de la costa situada a un kilómetro y medio.

Sam señaló una masa de agua visible más allá de la boca del barranco.

—Aquel es casi el lugar exacto donde estaba anclado.

—Déjame hacerte una pregunta: ¿por qué no empezamos por allí y luego recorremos el barranco?

—Por dos motivos: uno, es la parte de barlovento del estrecho. Puede que esté un poco paranoico, pero prefería que estuviéramos protegidos de miradas curiosas.

—¿Y el segundo motivo?

—Es una posición estratégica mejor.

Remi sonrió.

—Tenías la ligera sospecha de que nos encontraríamos un mástil asomando entre la vegetación allí abajo, ¿verdad? Sam le devolvió la sonrisa.

—Más que una ligera sospecha. Pero no veo nada. ¿Y tú?

—No. Tal vez ahora sea el momento idóneo para que me cuentes tu teoría: ¿cómo habría sobrevivido el *Shenandoah* al flujo piroclástico?

—Bueno, tal vez conozcas el término científico, pero estoy pensando en el efecto Pompeya.

Pompeya, famosa por haber sido víctima de otro volcán, el monte Vesubio, en 79 d.C, era también célebre por sus «momias», moldes de los habitantes de Pompeya en sus últimos momentos de vida. Al igual que el Krakatoa, el Vesubio había soltado una avalancha de ceniza y piedra pómez abrasadora que había caído sobre Pompeya. La avalancha había carbonizado y sepultado prácticamente todo lo que había encontrado a su paso. Los humanos y los animales que habían tenido la mala suerte de verse sorprendidos a la intemperie habían muerto en el acto achicharrados y enterrados. Cuando los cuerpos se descompusieron, los fluidos y los gases resultantes endurecieron el interior de la cubierta.

—En realidad, creo que esa es la explicación correcta. Pero el principio aquí es un poco distinto.

—Lo tengo en cuenta. Suponiendo que el *Shenandoah* hubiera sido arrastrado hasta aquí, se habría inundado con el tsunami y habría quedado cubierto de miles de toneladas de vegetación empapada y de árboles. Cuando llegó el flujo piroclástico, toda la humedad se habría convertido en vapor y, con suerte, el manto de follaje se habría quemado en lugar del barco.

Remi asentía con la cabeza.

—Entonces todo quedó enterrado bajo centímetros de ceniza y piedra pómez.

—Es mi teoría.

—¿Y por qué todavía no lo han encontrado? Sam se encogió de hombros.

—Nadie lo ha buscado. ¿Cuántos objetos se acaban encontrando a escasos centímetros de donde todo el mundo llevaba años excavando?

—Demasiados para llevar la cuenta.

—Además, el *Shenandoah* solo medía setenta metros de eslora y diez de manga. Ese barranco es... —Sam hizo el cálculo mentalmente—. Es veinticinco veces más largo y cuarenta veces más ancho.

—No tienes un pelo de tonto, Sam Fargo. —Remi miró pendiente abajo—. ¿Qué opinas? —preguntó—. ¿Bajamos?

Sam asintió con la cabeza.

—Creo que podemos conseguirlo.

El terreno no les permitía avanzar deprisa, pero no era especialmente peligroso. Empleando los troncos de los árboles que crecían en diagonal como escalones improvisados, descendieron con cuidado por la pendiente hasta la selva más profunda. El sol se atenuó a través del manto de hojas y los dejó en la penumbra.

Sam propuso parar para beber agua. Después de tomar unos cuantos tragos, se alejó por la ladera de la montaña diciendo «Vuelvo enseguida» por encima del hombro. Regresó un minuto más tarde con un par de palos rectos y gruesos y le dio el más corto a Remi.

—¿Para hurgar? —preguntó ella.

—Exacto. Si el barco está aquí, requerirá cierto esfuerzo encontrarlo. Del mismo modo, si está cubierto por una capa de vegetación y ceniza petrificada, habrá grietas y huecos. Si sondeamos lo bastante el terreno, seguro que encontraremos algo.

—Suponiendo que...

—No lo digas.

Durante las siguientes seis horas, mientras la tarde avanzaba hacia la noche, recorrieron el fondo del barranco el uno al lado del otro y subieron y bajaron los montículos, hurgando con sus palos y haciendo todo lo posible por seguir una pauta serpenteante de orientación norte/sur.

—Las seis —dijo Sam, echando un vistazo a su reloj—. Cuando acabemos con este surco lo dejaremos por hoy.

A pesar del cansancio, Remi rió.

—¿Y nos retiraremos a los preciosos confines de nuestra hamaca...?

Avanzó dando traspiés y se cayó lanzando un «¡Uf!». Sam se acercó y se arrodilló junto a ella.

—¿Estás bien?

Ella se dio la vuelta, frunció los labios y se sopló un mechón de pelo de la mejilla.

—Sí. El cansancio me vuelve torpe. —Sam se levantó y la ayudó a ponerse en pie. Remi miró a su alrededor—. ¿Dónde está mi palo?

—A tus pies.

—¿Dónde dices?

Sam señaló abajo. La punta del palo de Remi sobresalía cinco centímetros de la marga.

—O es un truco de magia fantástico o has encontrado un hueco —dijo Sam.

Pulau Legundi, estrecho de Sundra

Retrocedieron unos pasos pisando con cuidado y escudriñaron el terreno de las inmediaciones.

—¿Has encontrado algo? —preguntó Sam.

—No.

—Súbete a ese árbol.

—Si todavía no nos hemos hundido, probablemente no nos hundamos

—Dame el gusto.

Remi retrocedió hasta que chocó con el trasero contra el tronco, se volvió y trepó a la rama inferior. Sam se quitó la mochila y la dejó en el suelo. A continuación, sujetando el palo paralelo al suelo a la altura de la cintura como un equilibrista, avanzó cautelosamente hasta situarse sobre la punta del palo de Remi. Se arrodilló, colocó su palo delante de las rodillas y sacó el de Remi. Cogió la linterna para la cabeza del bolsillo del muslo de sus pantalones y enfocó el agujero con el haz.

—Es hondo —dijo—. No veo el fondo.

—¿Qué quieres hacer?

—Lo que quiero hacer es agrandarlo y meterme ahí debajo, pero está prácticamente a oscuras. Acampemos y esperemos a que sea de día.

Apenas descansaron; pasaron las horas dormitando y hablando, imaginando lo que podría haber a escasos centímetros de su hamaca. Después de haber seguido en sentido literal y metafórico el mismo camino que había seguido Winston Blaylock durante su aventura, Sam y Remi se sentían como si llevaran años buscando el *Shenandoah*.

Esperaron hasta que se filtró suficiente luz del sol a través del manto de hojas para iluminar parcialmente su zona de trabajo, desayunaron rápidamente y subieron de nuevo el montículo hasta el agujero que había dejado el palo de Remi, equipados en esa ocasión con un rollo de amarra de nailon de nueve metros que estaba a bordo del *pinisi*.

Remi pasó dos veces una punta de la amarra alrededor del árbol más cercano; Sam hizo una collera improvisada con la otra punta, la deslizó sobre sus hombros y se la pasó por debajo de las axilas.

—Buena suerte —dijo Remi.

Sam se acercó al agujero y se arrodilló. Empezó a introducir el palo con cuidado, metiendo terrones de marga y de ceniza solidificada en los agujeros invisibles de abajo, y retrocediendo de rodillas conforme el agujero se iba agrandando. Después de cinco minutos de trabajo, el tamaño era el de una boca de alcantarilla.

Sam se levantó y dijo por encima del hombro:

—¿Me tienes cogido?

Remi agarró más fuerte la amarra, tensó la cuerda y apoyó los pies contra el tronco.

—Te tengo.

Sam flexionó las rodillas y saltó a varios centímetros por encima del suelo. Volvió a hacerlo, esa vez un poco más alto. Se detuvo y miró a su alrededor.

—¿Ves alguna grieta?

—No. Vía libre.

Sam dio un pisotón en el suelo, luego otro, y luego seis más en rápida sucesión.

—Creo que no hay peligro.

Remi ató su extremo de la amarra y se reunió con Sam en el agujero. Él desenredó la collera y la anudó alrededor de la correa de la linterna para la cabeza, y acto seguido la encendió y empezó a bajarla por el agujero, contando tramos equivalentes a su antebrazo a medida que progresaba. La amarra se destensó. En el fondo del agujero, la linterna estaba tirada de lado. Se inclinaron hacia delante y escudriñaron la oscuridad.

Un momento después, Remi dijo:

—¿Es eso...? No, no puede ser.

—¿El pie de un esqueleto? Sí, puede ser. —Sam alzó la vista hacia ella—. ¿Sabes qué? ¿Por qué no voy yo primero?

—Magnífica idea.

Después de recoger la linterna, pasaron varios minutos haciendo nudos de escalada en la amarra y volvieron a introducirla en el agujero. Sam deslizó sus pies por la abertura, se balanceó hacia delante y empezó a bajar colocando una mano tras otra.

Como un geólogo examinando la cara expuesta de un acantilado, Sam se sentía como si estuviera descendiendo a través de la historia. La primera capa de material era de tierra corriente, pero seis centímetros más abajo el color cambió, primero a un marrón claro y luego a un gris sucio.

—Estoy dentro de la capa de ceniza —gritó.

Pedazos y vetas de lo que parecía madera petrificada y vegetación empezaron a aparecer en la ceniza.

Sus pies tocaron el suelo del pozo que había excavado desde arriba. Buscó puntos de apoyo dando patadas a los lados del pozo y trasladó poco a poco su peso a las piernas hasta que estuvo seguro de que se mantenía estable. De un lado del pozo sobresalía lo que desde arriba les había parecido el pie de un esqueleto.

—Es la raíz de un árbol —gritó.

—Gracias a Dios.

—El siguiente probablemente sea de verdad.

—Lo sé.

—Dame el palo, por favor.

Remi se lo dio. Utilizando las dos manos, Sam movió el palo primero para perforar y luego para remover, golpeando y raspando el pozo hasta que estuvo satisfecho con la anchura. A su alrededor se arremolinaron columnas de ceniza. Esperó a que la nube se asentara, se puso en cuclillas y repitió la operación hasta que abrió el pozo unos centímetros más.

—¿Qué profundidad tiene hasta ahora? —gritó Remi.

—Dos metros y medio, más o menos. —Sam levantó el palo y lo puso por dentro de su cinturón—. Vamos a tener que sacar los escombros.

—Espera.

Un momento más tarde, Remi gritó:

—Bolsa va.

Una de sus bolsas de nailon cayó sobre la cabeza de Sam; anudada al cordón había una cuerda. Sam se agachó, llenó la bolsa de escombros, y Remi la fue levantando. Después de repetir la operación dos veces, el pozo quedó despejado.

Sam retomó el descenso. Con el peso de las capas de arriba, a esa profundidad la mezcla se había ido comprimiendo cada vez más hasta que por fin, a los tres metros, el color cambió de nuevo y pasó de gris a marrón y luego a negro.

Sam se detuvo súbitamente. Le dio un vuelco el corazón. Volvió la cabeza a un lado, tratando de enfocar con el haz de la linterna lo que había visto. Lo encontró de nuevo y apoyó los pies contra los lados del pozo para equilibrarse.

—¡He encontrado madera! —gritó.

Hubo varios segundos de silencio, y acto seguido se oyó la débil voz de Remi.

—Me he quedado sin habla, Sam. Descríbela.

—Es un trozo horizontal de unos siete centímetros de grosor. Veo unos veinte o veinticinco centímetros de madera.

—Un grosor de siete centímetros es demasiado fino para ser la cubierta superior. ¿Podría ser el techo de la camareta alta? Las otras estructuras elevadas que había eran la chimenea, la claraboya de la sala de máquinas, la claraboya de la cámara de oficiales y la timonera. ¿Ves algún rastro de cristal?

—No. Sigo bajando.

De nuevo, llegó al fondo de la excavación. Extrajeron más escombros, y Sam sacó los pies de los puntos de apoyo y siguió trabajando con el palo. Al primer golpe, oyó un ruido seco de madera contra madera. Repitió la operación con el mismo resultado. Escarbó lo que quedaba de pozo y estiró el cuello hacia abajo, iluminando el fondo con la linterna de su cabeza.

—He encontrado la cubierta —gritó.

Descendió hasta tocar la cubierta con los pies. La madera crujió y se arqueó con su peso. Después de apartar los escombros con una bota, dio un taconazo e hizo una grieta que lo llenó de satisfacción. Tras una docena de golpes más, abrió un agujero irregular de sesenta centímetros. El resto de los residuos cayeron por la abertura.

—Voy a bajar.

Colocando una mano detrás de otra, descendió a través de la cubierta. La claridad de la superficie se alejó y se atenuó, dejándolo suspendido bajo la luz de su linterna. Sus pies tocaron una superficie dura. Probó a descargar su peso sobre ella. Era sólida. Soltó la cuerda con cuidado.

—Ya estoy abajo —gritó—. No hay peligro.

—Voy para allá —contestó Remi.

Dos minutos más tarde estaba al lado de Sam. Encendió la linterna de su cabeza e iluminó el agujero situado por encima de ambos.

—Debe de ser el techo de la camarota alta.

—Entonces este es el camarote de la tripulación —dijo Sam.

Y una tumba, como rápidamente apreciaron, recorriendo el espacio con los haces de sus linternas. Dispuestas a cada lado del compartimento a intervalos intermitentes, había aproximadamente veinte hamacas colgadas del techo. Todas estaban ocupadas. Los restos constaban principalmente de esqueletos, salvo algunos trozos de carne reseca en partes del cuerpo que no estaban cubiertas de ropa.

—Es como si se hubieran tumbado para esperar la muerte —dijo Remi.

—Probablemente es lo que pasó —contestó Sam—. Una vez que el barco quedó enterrado, tenían tres opciones: la asfixia, la inanición o el suicidio. Sigamos. Tú eliges.

Los únicos planos del barco que habían visto eran del constructor original; no tenían ni idea de los cambios, en caso de haberlos, que podían haber realizado el sultán de Zanzíbar o Blaylock en la distribución del interior. Aquel camarote se parecía mucho al original, pero ¿qué pasaría con el resto del barco?

Remi optó por avanzar y echó a andar. La cubierta estaba casi intacta. Si no hubieran entrado por donde lo habían hecho, les habría resultado imposible saber que estaban bajo más de cuatro metros de tierra.

—Debe de ser la falta de oxígeno —dijo Remi—. Ha estado cerrado herméticamente durante ciento treinta años.

Los haces de las linternas se deslizaron sobre una columna de madera que les cerraba el paso.

—¿El palo de trinquete? —preguntó Remi.

—Sí.

Al otro lado de la columna encontraron un mamparo y dos escalones que subían a lo que antaño habían sido las dependencias de los suboficiales; desde entonces se había convertido en un almacén para la madera y la lona.

—Vamos a popa —dijo Sam—. Si Blaylock no estaba en la cubierta cuando les alcanzó el tsunami, supongo que estaría o en la cámara de los oficiales o en su camarote.

—Estoy de acuerdo.

—Me encanta explorar, pero creo que en este momento conviene ser prudente.

Remi asintió con la cabeza.

—Esto va a necesitar un equipo arqueológico entero y años de trabajo.

Se dirigieron a popa; sus pisadas hacían un ruido apagado sobre la cubierta y sus murmullos resonaban en los mamparos. Cruzaron la escotilla del camarote y se vieron delante de otro mástil, en esa ocasión el palo mayor; al otro lado había un mamparo y una escalera que subía a la cubierta principal.

—No hay salida —dijo Remi—. A menos que queramos abrirnos paso por la cubierta principal e ir a popa hacia la cámara de oficiales excavando un túnel.

—Considerémoslo el plan B. Según los planos, al otro lado de este mamparo está la carbonera, el nivel superior de la sala de máquinas y luego la bodega de popa. El sultán tenía fama de comerciar con cargamentos ilegales de vez en cuando. Veamos si hizo alguna modificación secreta en el barco.

El mamparo medía un metro ochenta de altura y recorría la cubierta de nueve metros a lo ancho. Utilizando sus linternas, Sam y Remi escudriñaron el mamparo de un lado al otro. Justo debajo del lugar donde la escalera atravesaba la cubierta superior, Remi vio una muesca del tamaño de una moneda en una de las tablas. La apretó con el pulgar, y sonó un clic. Una escotilla con bisagras se abrió hacia abajo. Sam la cogió y la abrió del todo. Se asomaron de puntillas a la abertura.

—Un espacio entre cubiertas —dijo.

—Va en la dirección correcta.

Sam empujó a Remi a través de la escotilla y a continuación se elevó impulsándose con los brazos y la siguió. Se dirigieron a popa, arrastrando las manos y las rodillas por la madera.

—Creo que estamos encima de la carbonera —dijo Sam.

Tres metros más adelante, Remi dijo:

—Se acerca el mamparo.

Se detuvieron. El sonido de los dedos de Remi tocando y palpando el mamparo resonó en el espacio. Clic.

—Eureka —dijo—. Otra escotilla.

Cruzó la abertura a gatas y desapareció. Sam oyó el ruido de los pies de Remi pisando una rejilla de acero. Se acercó gateando a la escotilla. Justo encima había un

puntal; lo agarró y lo utilizó para salir con cuidado.

Estaban sobre una pasarela con barandillas. Se acercaron al borde, enfocaron hacia abajo con sus linternas e iluminaron unas formas oscurecidas de máquinas, vigas y tuberías.

Recorrieron la pasarela hacia el mamparo de popa, donde descubrieron una corta escalera de mano que subía hacia otra escotilla más; una vez que la atravesaron, se encontraron encorvados en la bodega de popa, que medía un metro veinte de altura.

Sam recorrió el lugar con el haz de la linterna, tratando de orientarse.

—Estamos justo debajo de la cámara de los oficiales. Tiene que haber otra...

—Ya la he encontrado —dijo Remi a varios metros de distancia.

Sam se volvió y la vio delante de una escotilla que colgaba del techo. Remi sonrió.

—Menudo pájaro, el sultán —dijo—. ¿Crees que esto era para su harén?

—No me extrañaría de él.

Sam se acercó y formó un estribo con las manos. —Sube.

Una vez en la cubierta de arriba, se vieron en un pasillo de nueve metros de largo. Detrás de ellos estaba el tercer mástil del *Shenandoah*, la mesana. Repartidas a lo largo del lado de estribor del pasillo había cinco puertas. Debían de ser las dependencias de los oficiales.

Sam comprobó la primera puerta.

—El retrete —susurró.

Comprobaron las restantes puertas de una en una. El segundo y el tercer camarote estaban vacíos, pero no así el cuarto y el quinto. Tumbado boca arriba en cada una de las literas había un esqueleto.

—Enterrados vivos —murmuró Remi—. Dios mío, me pregunto cuánto duró.

—No sé cuánto duró, pero debió de ser una pesadilla.

Al final del pasillo giraron a la derecha por otra puerta y salieron al pasillo del lado de babor, que avanzaba hacia delante. En uno de los lados se sucedían más camarotes. En el otro había una puerta que daba a la cámara de los oficiales.

—¿Quieres echar un vistazo? —preguntó Sam.

—No especialmente. Habrá más de lo mismo.

—Entonces nos queda un cuarto más por mirar.

Se dieron la vuelta. A varios metros a popa había una gruesa puerta de madera de roble con pesadas bisagras de hierro forjado y una manija a juego.

—El camarote del capitán —dijo Sam.

—El corazón me late muy deprisa.

—A mí también.

—¿Entras tú o entro yo? —preguntó Remi.

—Las damas primero.

Sam enfocó con la linterna de su cabeza por encima del hombro de Remi, ayudándola a iluminar el camino. Ella se acercó a la puerta, posó la mano sobre la manija y, tras vacilar un instante, presionó la palanca para el pulgar y empujó. Casi esperando el típico chirrido de bisagras, se sorprendieron cuando la puerta se abrió hacia dentro sin hacer ruido.

Gracias a su investigación, sabían que el camarote del capitán del *Shenandoah* medía siete metros cuadrados: tres metros de largo por dos y medio de ancho. Comparado con los camarotes de los oficiales, y sobre todo con los compartimientos de literas de los marineros reclutados, era lujoso.

Sam y Remi lo vieron al mismo tiempo.

Justo enfrente de ellos, mirando hacia las cuatro ventanas de popa con parteluces, había una mecedora. Un cráneo sobresalía del cabezal, totalmente descubierto a excepción de unos cuantos mechones de pelo amarillo blanquecino y algunos pedazos de carne reseca cubierta de costras.

Remi cruzó el umbral. Sam hizo otro tanto. Enfocando la figura sentada con los haces de las linternas, avanzaron y la rodearon por los dos lados de la mecedora.

Winston Blaylock estaba sentado como lo habían imaginado durante las últimas tres semanas: botas hasta las pantorrillas, pantalones color caqui y cazadora. Incluso como esqueleto, su estatura resultaba imponente: espaldas anchas, piernas largas y pecho fuerte y robusto.

Tenía las manos sobre el regazo con las palmas hacia arriba. Allí posada, mirando a Sam y a Remi, había una estatuilla de un maleo del tamaño de un balón de fútbol americano, con sus facetas emitiendo destellos verdes con los haces de sus linternas.

Sin intercambiar palabra alguna entre los dos, Sam alargó la mano con cuidado y levantó el maleo del regazo de Blaylock. Se quedaron mirando al hombre otro minuto largo y a continuación registraron el camarote. No encontraron ni un cuaderno de bitácora ni documentos, salvo tres pergaminos. Las dos caras de cada hoja estaban llenas de los pulcros garabatos de Blaylock. Remi examinó su contenido.

—Tres cartas a Constance —dijo.

—¿De qué fechas? —preguntó Sam.

—Catorce de agosto, veinte de agosto y... —Remi vaciló—. La última tiene fecha del dieciséis de septiembre.

—Tres semanas después de que el *Shenandoah* fuera enterrado aquí.

Desanduvieron lo andado por el pasillo de estribor, atravesaron la escotilla, cruzaron de nuevo la sala de máquinas y el espacio entre cubiertas hacia la cubierta

de los camarotes.

Remi trepó por el pozo que habían excavado, esperó a que Sam atara el maleo a la punta de la cuerda y lo subió a la superficie. Luego volvió a bajar la amarra, y Sam ascendió.

Recogieron juntos un brazado de leña y ramas pequeñas, las entrecruzaron sobre el pozo y las cubrieron de marga.

—No me parece justo dejarlos allí abajo —dijo Remi.

—Volveremos —respondió Sam—. Nos aseguraremos de que se ocupen de él... de que se ocupen de todos ellos.

Absortos los dos en sus pensamientos, la ascensión a la meseta transcurrió rápido. Tres horas después de abandonar el *Shenandoah*, se abrían camino cuidadosamente por el sendero que Sam había abierto a machetazos. Remi iba primero. A través de los árboles, Sam vislumbró la arena blanca de la playa.

Su *pinisi* había desaparecido.

—Para, Remi —dijo con voz ronca.

Instintivamente, se quitó la mochila, abrió la cremallera del bolsillo superior, cogió el maleo y lo lanzó a la maleza. Se colocó otra vez la mochila y siguió andando.

—¿Qué pasa? —contestó Remi, dándose la vuelta. Vio la expresión del rostro de su marido. Se puso tensa—. ¿Qué ocurre? —susurró.

En algún lugar a su derecha, oculto entre los árboles, sonó la voz de Itzli Rivera:

—Se llama emboscada, señora Fargo.

—Atrás —ordenó Rivera—. Si recorre un metro y medio más, llegará a la arena. Señor Fargo, hay un fusil apuntando a su mujer. Un paso más, señora Fargo.

Remi obedeció.

—Quítese la mochila.

Remi hizo lo que le mandó.

—Ahora avance usted, señor Fargo. Las manos en alto.

Sam recorrió el sendero y puso el pie en la playa. Rivera salió de entre los árboles a la derecha. A la izquierda, otro hombre, armado con un fusil de asalto, hizo lo mismo. Rivera se acercó una radio portátil a la boca y dijo algo. Unos segundos más tarde, una lancha motora rodeó la península y entró en la cueva. Se paró a menos de dos metros de la playa. A bordo había dos hombres más, también armados con fusiles de asalto.

—¿Lo ha encontrado? —preguntó Rivera.

Sam no vio qué sentido tenía mentir.

—Sí.

—¿Estaba Blaylock a bordo?

—Sí.

Sam y Remi se miraron fijamente. Los dos estaban esperando la misma pregunta.

—¿Han encontrado algo interesante? —dijo Rivera.

—Tres cartas.

—Regístralos —dijo Rivera al hombre situado detrás de Sam y de Remi.

El hombre avanzó, cogió las dos mochilas y las arrastró a tres metros de distancia. Registró cada mochila y encontró sus iPhone y el teléfono por satélite. Los aplastó todos con la culata de su fusil y a continuación lanzó los trozos al agua de una patada. Por último, cacheó a Sam y a Remi.

—Nada —informó el hombre a Rivera—. Solo las cartas.

—Puede quedárselas —dijo Rivera—. A cambio, yo voy a llevarme a su mujer.

—Ni lo sueñe.

Sam dio un paso hacia Rivera.

—¡No, Sam! —gritó Remi.

El hombre situado detrás de Sam se precipitó hacia delante y le asestó un golpe con la culata del fusil en la región lumbar, justo por encima de los riñones. Sam avanzó tambaleándose, cayó de rodillas y acto seguido se puso otra vez en pie.

Respiró para serenarse.

—Rivera, no puede...

—¿Quiere que me lo lleve a usted? No, gracias. —Se metió la mano en el bolsillo, sacó un móvil y se lo lanzó a Sam—. Es de prepago, imposible de rastrear, y le quedan tres minutos en llamadas. Tiene veinticuatro horas para localizar Chicomoztoc.

—No es suficiente tiempo.

—Eso es problema suyo. Cuando lo haya localizado, marque asterisco, seis, nueve en teclado del teléfono. Yo contestaré. A las veinticuatro horas y un minuto, mataré a su mujer.

Sam se dio la vuelta para mirar a Remi.

—Todo va a salir bien, Remi —dijo.

Ella forzó una sonrisa.

—Lo sé.

—Llévatela —ordenó Rivera.

Sam se volvió de nuevo hacia Rivera, quien dijo:

—¿Hace falta que le diga que no meta a la policía en esto y que no haga ninguna tontería?

—No.

—Su barco está anclado en la otra parte de la península.

—Le daré caza.

—¿Qué?

—Como le haga daño, dedicaré el resto de mi vida y de mi dinero a darle caza.

Rivera esbozó una sonrisa.

—Estoy seguro de que lo intentaría.

Veintidós horas más tarde, sur de Sulawesi

Los ojos de Sam escudriñaban los indicadores, comprobando la velocidad aérea, la altitud, la presión del aceite, el combustible... Como el resto de las cosas a bordo del avión, las pocas etiquetas del panel de instrumentos que no se habían borrado estaban en serbio.

El hidroavión Ikarus Kurir, pintado de un feo tono azul grisáceo, tenía sesenta años; un desecho de la fuerzas aéreas yugoslavas. Entraba aire por las ventanas, el motor golpeteaba, los pontones con ruedas estaban muy abollados, y los controles estaban tan gastados que había un retraso de dos segundos entre el momento en que pisaba los pedales y la respuesta del avión.

En su vida había sido más feliz con un avión.

A mil seiscientos kilómetros al este de Yakarta, el Ikarus era el único hidroavión que se podía alquilar, comprar o robar... y, mientras no se estrellara durante la siguiente hora, lo llevaría hasta Remi. Si seguían con vida las siguientes horas o días dependería en gran medida de la credibilidad del plan de última hora que él y Selma habían tramado.

En cuanto la lancha motora de Rivera había desaparecido, Sam había recogido la estatuilla del maleo, había cogido su mochila y había elegido entre sus cosas solo lo imprescindible. Las cartas de Blaylock iban dentro de una bolsa de plástico con cierre hermético. La travesía a nado de vuelta al *pinisi* le llevó poco menos de siete minutos; el trayecto en barco hasta la civilización más próxima en la costa oriental de Lampung Bay, unos insostenibles noventa minutos. Una vez en tierra y lejos de la playa, recorrió a paso ligero un kilómetro y medio por un camino sin asfaltar hasta una serie de cobertizos de metal semicilíndricos en las afueras de una granja industrial. Consiguió que le dejaran entrar en la oficina de la planta y usar un teléfono, y llamó a Selma, quien lo escuchó y luego dijo:

—No es suficiente tiempo.

—Lo sé, pero es lo único que tenemos.

—¿Deberíamos llamar a Rube?

—No. No hay nada que él pueda hacer en este tiempo. Que Pete y Wendy me consigan un vuelo a Yakarta.

—Ahora mismo.

—Dime cuál es la situación. ¿Qué sabemos?

—Prácticamente nada.

Cinco horas después de partir de Pulau Legundi, Sam aterrizó en Yakarta. Se registró en el hotel más cercano que disponía de conexión Wi-Fi y alquiler de ordenadores portátiles, y retomó la conversación telefónica con Selma.

—Me da igual si acertamos con la localización —dijo Sam—. Solo necesito poder vendérsela a Rivera y convencerle de que tenemos que reunimos.

—Podría crear pruebas falsas. Wendy podría retocar algo con Photoshop...

—Como último recurso. —Sam miró su reloj—. Vamos a dedicar seis horas a considerar todas las opciones que tenemos. Si no llegamos a ninguna parte, seguiremos tu plan. Recapitulemos: Orizaga se marchó sin rumbo, es de suponer que en busca de Chicomoztoc. ¿Se quedó en Sumatra?

—No lo sabemos.

—Tanto él como Blaylock estaban obsesionados con el maleo. Orizaga dijo que reconocería Chicomoztoc cuando encontrara un «criadero de grandes pájaros». Tenía que referirse al maleo, ¿no?

—Parece probable.

—¿Dónde se encuentran los maleos?

—Están en la lista de especies en peligro de extinción. Solo viven en las islas de Sulawesi y de Buton.

—¿Y hace quinientos años?

—No lo sé.

—Que Pete y Wendy hagan una lista de expertos en maleos.

—Ni siquiera sabemos si tal cosa existe.

—Hay expertos en todo. Preguntad por criaderos, concentraciones, migración... Bueno, volvamos a Sulawesi: es donde vivían los malgaches antes de emigrar a Madagascar, y encontramos la canoa de Blaylock en Madagascar. Eso son dos votos para Sulawesi. ¿Qué sabemos de Sulawesi antes del siglo VI?

Sam oyó un crujido de papel.

—Los asentamientos humanos se remontan a treinta mil años antes de Cristo. Se cree que formaban parte de un istmo entre Australia y Nueva Guinea...

—Más recientemente —dijo Sam.

—He investigado muy a fondo durante los últimos días, pero he encontrado muy poca información sobre el siglo XVI, cuando llegaron los portugueses.

—¿Y el idioma o el arte? ¿Alguna similitud con los aztecas o los protoaztecas de Blaylock?

—Wendy está investigando, pero nos encontramos con el mismo problema: exceptuando unas cuantas ciudades, Sulawesi está compuesta de miles de kilómetros cuadrados de selva tropical, volcanes apagados y poco más. Hay lugares de la isla que nunca han sido explorados. Existe muy poco acceso a Internet, y todavía menos

colecciones de arte on-line. Si tuviéramos unas semanas más...

—Pero no las tenemos. Haz todo lo que puedas. Si encuentras algo que parezca azteca, aunque sea remotamente, márcalo.

—Sam, tiene que tomarse un respiro.

—Cuando haya recuperado a Remi. Volvamos a la canoa. Tienes el informe del laboratorio. Recuérdame lo que sabemos sobre los materiales utilizados.

—La madera utilizada es de durián. No sabemos dónde hay en la actualidad. Estoy investigando dónde pudieron haber crecido antes del siglo VI. Y lo mismo con el resto de los materiales: el árbol gomero, la hoja de pandano, la palma de paraguas...

—A ver si lo adivino: tampoco hay muchos expertos sobre el tema.

—No que yo haya podido encontrar.

—¿Y las cartas de Blaylock?

—Las hemos descifrado todas. A menos que haya un código oculto detrás del código, no contienen nada más. Y eso también vale para el diario. ¿Qué hay de las cartas a Constance que encontraron en el *Shenandoah*?

—No están en clave. Las dos primeras cartas tratan del viaje al estrecho de Sundra. La última probablemente fue escrita poco antes de que Blaylock muriera. Podrás leerla cuando volvamos a casa. Le dice a Constance que desearía haber regresado a casa para casarse con ella.

—Qué triste. ¿Y la estatuilla del maleo?

—Podría ser de esmeralda, de jade o de multitud de piedras preciosas que no conozco. Buscaré minerales característicos de Sulawesi, pero no creo que vaya a resolver el enigma. Necesitaré acceso a nuestro servidor para poder estudiarlo todo desde aquí.

—Claro, déme diez minutos.

—Bien, gracias. ¿Qué nos dejamos, Selma?

—No lo sé, Sam.

—Nos estamos dejando algo.

Pasaron tres horas. Sam y Selma hablaron cada veinte minutos, debatiendo los progresos, analizando minuciosamente lo que sabían y discutiendo de nuevo lo que sospechaban.

A la cuarta hora, Selma volvió a llamar.

—Hemos hecho un pequeño progreso. Hemos encontrado un libro de un botánico noruego que habla de la hoja de pandano y de la palma de paraguas. He hablado con él por teléfono. Cree que en torno al siglo IV y V las dos especies estaban muy concentradas en el tercio norte de Sulawesi.

—Pero no se limitaban a esa zona.

—No.

—Acabo de darme cuenta de lo que nos estamos olvidando.

—¿Qué?

—El códice. ¿Te acuerdas del arbusto en el que está posado el maleo?

—Sí ¿Maldita sea. ¿Cómo he podido olvidarme?

—No importa. Que Wendy amplíe la imagen, la limpie y se la enseñe al noruego.

Sam colgó y volvió a su portátil. Como había estado haciendo intermitentemente durante las últimas tres horas, se desplazó por la galería de imágenes y archivos escaneados que habían recopilado. Había docenas de cartas a Constance, cientos de páginas de diario, el Códice de Orizaga, las espirales de Fibonacci... Todo empezaba a confundirse.

Se conectó a Google Earth y siguió con su exploración de Sulawesi, buscando cualquier cosa que le dijera algo. Los minutos se convirtieron en una hora.

Enfocó con el zoom una bahía apartada de la costa del nordeste de Sulawesi. Como en todos los lugares de Sulawesi, había islotes y atolones esparcidos como confeti.

Sam se detuvo súbitamente y desplazó el dedo hacia atrás para mover el mapa. Volvió a enfocar la zona con el zoom, hizo una pausa y se acercó un poco más. Entornó los ojos. Entonces sonrió.

—Una flor hueca —murmuró.

Iba a coger el teléfono cuando sonó. Era Selma.

—Tenía razón, Sam. Hay expertos para todo. Me ha contestado una zoóloga de Macassar. Dice que hasta principios del siglo XVIII los maleos eran más migratorios. Cada año se reunían en el nordeste de la isla durante unos meses.

En su portátil, Sam alternaba Google Earth con la galería fotográfica.

—Continúa.

—También he enviado una foto del arbusto del códice a un conservador del Jardín Botánico Cibodas, en Yakarta. Cree que podría ser un durián enano. Le he insistido un poco, y ha dicho que es probable que el durián hubiera llegado del este al oeste, con lo que estaría en Sulawesi desde hace unos mil seiscientos años.

—Fantástico —dijo Sam distraídamente—. ¿Puedes conectarte a Google Earth?

—Espere. Vale, ya estoy.

Sam le dio unas coordenadas.

—Amplíalo hasta que la isla ocupe casi toda tu pantalla. —Ya está.

—¿Te recuerda algo esa forma? Imagínate los surcos de la erosión más profundos.

—No veo qué... ¡Ah! —Selma permaneció en silencio unos instantes—. Sam, parece la ilustración de Chicomoztoc a gran escala.

—Lo sé.

—Solo es una casualidad. Tiene que serlo.

—Tal vez, pero está en la zona nordeste de la isla, la misma que han mencionado los expertos. Aunque no sea Chicomoztoc, creo que puedo convencer a Rivera para que se lo trague.

—Y luego ¿qué?

—Ya se me ocurrirá algo cuando esté delante de él. Selma, necesito que me lleves a Sulawesi. Y luego que me consigas un hidroavión.

Sur de Sulawesi

Sam ladeó suavemente el Ikarus y empezó a reducir la altitud preparándose para aterrizar. Abajo y a la derecha, la pista de aterrizaje apareció entre la bruma. Sam alineó el morro con ella, descendió a través de una capa de nubes, realizó unos últimos ajustes y tocó tierra. Rodó por la pista hacia el trío de cobertizos metálicos que había en el borde del asfalto y siguió las indicaciones de un miembro del personal de tierra hasta la estación de bombeo de combustible. Sam apagó el Ikarus y salió. Como Selma ya había hecho todo el papeleo, solo tuvo que rellenar un impreso. Lo hizo y a continuación rodeó el cobertizo. Marcó asterisco, seis, nueve.

—Está apurando al máximo —dijo Rivera.

—Solo me quedan unos sesenta segundos en el teléfono. ¿Está ya en el lugar?

—Estamos a diez minutos.

—Déjeme hablar con mi mujer.

—Dígame la situación de Chicomoztoc y haré lo que me pide.

—No hasta que esté delante de ella.

—Está desafiando a la suerte —dijo Rivera.

—Y usted ya ha revelado sus intenciones. Usted mismo dijo que no dejaría que siguiéramos vivos. Si quiere saber dónde está Chicomoztoc, estas son mis condiciones. Que se ponga.

La voz de Remi sonó por el teléfono.

—¿Sam?

—¿Estás bien?

—Sí. ¿Dónde estás?

—Cerca. Aguanta.

Rivera volvió a ponerse al aparato.

—Le estaremos esperando.

La llamada se cortó.

Diez minutos más tarde, Sam estaba de nuevo en el aire con rumbo sudeste hacia la isla de Selayar. Al cabo de otros veinte minutos, descendía otra vez a través de las nubes. Abajo, el mar era de un azul apagado. Tomó una trayectoria horizontal a seiscientos metros y siguió la línea de la costa hasta que apareció el extremo sudeste de la isla. Aterrizó a varios cientos de metros de la costa y se deslizó hacia la playa. A un lado de un camino de tierra había un par de todoterrenos Isuzu. Cuando los patines del Ikarus tocaron la arena, las puertas de los todoterrenos se abrieron y salieron

Rivera, Remi y tres hombres de Pulau Legundi.

Sam apagó el motor, salió al pontón y se dirigió a la playa andando con dificultad.

—Registradlo —ordenó Rivera. Uno de los hombres cacheó a Sam y a continuación retrocedió y negó con la cabeza—. Registrad también el avión.

—Me gustaría abrazar a mi mujer —dijo Sam.

—Adelante.

Sam dejó que Remi se acercara, con la esperanza de que Rivera le permitiera situarse fuera del alcance del oído.

—Así está bien —dijo.

Sam y Remi se abrazaron.

—Colócate en el asiento número tres —susurró él—. Coge el saco de dormir y estate preparada.

Pese a lo críptico de aquel mensaje, Remi simplemente contestó:

—De acuerdo.

Se separaron. Sam le dedicó una sonrisa tranquilizadora, y ella retrocedió junto a Rivera. El hombre al que Rivera había mandado que registrara el avión llegó a tierra vadeando.

—No hay nada a bordo. Ninguna arma. Solo sacos de dormir, mantas y material de acampada.

—Por si tenemos que hacer noche.

—Ese avión es una reliquia —dijo Rivera—. ¿Seguro que nos llevará a donde vamos?

—Ni de lejos —contestó Sam—, pero es lo que se consigue con un plazo de veinticuatro horas. Si lo prefiere, podemos cancelar el viaje.

—No, iremos.

—Solo puedo llevar a tres personas.

—Bien. ¿Cuál es nuestro destino?

—Una bahía de la costa oriental. Que yo sepa, ni siquiera tiene nombre. Tardaremos dos horas y media.

—Si alguien nos está esperando, les dispararé a los dos.

—Y morirán en el accidente resultante —respondió Sam—. Debo reconocer que tiene cierto atractivo.

—Sé pilotar un avión como usted saber pilotar un helicóptero. En marcha.

Sam debería haber compensado mejor la eficacia del Ikarus. Pasaron casi tres horas hasta que la línea de la costa apareció a través del parabrisas. Llevó a cabo una lista abreviada de comprobaciones e inició el descenso. Ladeó el avión suavemente hacia el norte y apuntó con el morro a la desembocadura de la bahía con forma de medialuna. En el asiento trasero, al lado de Remi —quien, tal como le había mandado

Sam, se había colocado en el asiento situado detrás del de su marido—, Rivera se inclinó hacia delante para ver mejor.

—Es una bahía pequeña —comentó.

—Cuatrocientos metros de anchura en la desembocadura y un kilómetro y doscientos metros en la parte más ancha. Seis islas.

—¿Y está seguro de que Chicomoztoc es una de ellas?

—En ningún momento he dicho que lo estuviera. Es mi mejor estimación en base a todo lo que sabemos. Me parece que se olvida de que mi mujer y yo hemos conseguido en unas semanas lo que ustedes no han logrado en casi una década.

—Felicidades con retraso —dijo Rivera—. ¿Cómo la ha encontrado?

—Es una larga historia, pero dentro de poco verá la guinda del pastel. La pregunta es: ¿la reconocerá?

Sam descendió a trescientos metros de altura, pasaron entre unos cabos y llegaron a la bahía.

—¿Dónde está? —preguntó Rivera.

—Paciencia.

Un minuto más tarde, Sam ladeó ligeramente el morro de forma que la isla densamente poblada de árboles se viera bajo el ala de estribor.

—Por la ventana lateral —dijo.

Rivera se inclinó hacia un lado y miró abajo.

—¿Esto es todo? —preguntó con incredulidad—. Es diminuta.

—Doscientos setenta metros de ancho y sesenta metros de altura por encima del nivel del agua.

—No es lo bastante grande para ser una isla.

—Un islote, entonces. En cualquier caso, es lo que ha estado buscando.

—¿Por qué el centro es cóncavo?

—Se llama caldera. Está buscando un volcán extinto —contestó Sam—. Todavía no la ve, ¿verdad?

—¿Ver qué?

—¿Remi?

Rivera asintió con la cabeza, y Remi se inclinó por encima de su hombro y miró por la ventana.

—Entorna los ojos. Piensa: «una flor hueca».

Remi sonrió de oreja a oreja.

—La has encontrado, Sam.

—Dentro de poco lo averiguaremos. ¿La ve ya, Rivera?

—No.

—¿Conoce la ilustración tradicional que representa Chicomoztoc? Imagínese esa ilustración vista desde arriba. Ahora imagínese las puntas de la isla redondeadas y

más pronunciadas.

Instantes más tarde, Rivera murmuró:

—La veo. Increíble. ¡Increíble! ¡Baje!

—¿Está seguro?

—¡Sí, maldita sea, baje!

—Lo que usted diga.

Al pasar a sesenta metros de altura, Samladeó el Ikarus por última vez, siguiendo la línea de la costa oriental hasta que el morro del hidroavión apuntó otra vez al norte. Treinta segundos más tarde, los pontones besaron la superficie del agua; el fuselaje del Ikarus vibró, y las ventanas hicieron ruido. Sam mantuvo el morro ligeramente elevado, dando brincos sobre la superficie conforme la velocidad disminuía.

Observó cómo la aguja bajaba a sesenta nudos y luego a cincuenta. Cuando pasó por debajo de cuarenta, dijo:

—Remi, ¿cuántos sacos de dormir tenemos?

Ella se inclinó hacia delante en su asiento, cogió el montón de sacos y los colocó sobre su regazo.

—Tres.

—Yo tengo otro —contestó Sam, señalando el saco relleno situado entre su asiento y el del pasajero—. Rivera, ¿cuántos tiene usted?

—¿De qué demonios está hablando?

Sam dirigió la vista rápidamente al panel de instrumentos.

La aguja marcaba treinta y cinco nudos. Se volvió hacia el hombre sentado en el asiento del pasajero.

—¿Y usted?

El hombre abrió la boca para contestar, pero las palabras no llegaron a brotar de ella. Con un movimiento fluido, Sam bajó la mano derecha en diagonal, apretó el botón que desabrochaba el cinturón de seguridad del hombre y acto seguido cogió el saco de dormir, se lo llevó al pecho y empujó la palanca de mando hacia delante.

El Ikarus capotó y se estrelló contra el agua.

Como nunca había llevado a cabo un aterrizaje forzoso a propósito, el plan de Sam consistía en una combinación de instinto y buen dominio de la física. Al viajar a treinta nudos —aproximadamente cincuenta y cuatro kilómetros por hora—, el Ikarus tenía suficiente energía cinética para arrojar a todos sus pasajeros violentamente hacia delante contra sus cinturones de seguridad, pero no lo bastante para hacer que el hidroavión volcara.

El impacto también bastó para arrancar el asiento del pasajero y el trasero de los soportes que Sam había aflojado antes de despegar de la pista de aterrizaje.

El secuaz de Rivera sentado en el asiento del pasajero, que tenía el cinturón desabrochado, se vio impulsado de cabeza contra el parabrisas, se partió el cuello y murió. Rivera, que seguía con el cinturón abrochado, salió despedido hacia delante y se estrelló contra la parte de atrás del asiento del pasajero, mientras que Sam, aferrando el saco de dormir por delante de la cara y el pecho, chocó contra el panel de instrumentos. En el asiento trasero, el impacto de Remi quedó amortiguado por dos sacos de dormir. Ella fue la primera en volver en sí después del impacto.

Se desabrochó el cinturón de seguridad y se inclinó hacia delante entre los asientos. Agarró a Sam por los hombros y lo echó hacia atrás con cuidado. En la cabina entraba agua a chorros por el agujero que había dejado el hombre de Rivera en el parabrisas. El Ikarus, que ya tenía el morro hundido en el agua, empezó a inclinarse hacia delante con el peso del motor, levantando la cola del agua.

—¡Sam! —gritó Remi—. ¡Sam!

Él abrió los ojos de golpe. Parpadeó unas cuantas veces y miró a su alrededor.

—¿Ha dado resultado? —preguntó.

—Los dos estamos vivos. Yo diría que ha sido un éxito.

—¿Y Rivera?

Remi miró a Rivera, que se hallaba desplomado hacia delante, doblado por la cintura.

—Está inconsciente o muerto. Ni lo sé ni me importa. Tenemos que pensar en salir, Sam.

—¿Qué tal ahora mismo?

—¡Genial!

Sam apoyó los pies contra el panel de instrumentos, luchando contra la gravedad, y apretó el botón para desenganchar el cinturón de seguridad. Intentó abrir la puerta. No cedía. Lo intentó otra vez.

—La puerta está atascada. Prueba la puerta del lado de Rivera.

—La tiene tapada.

Sam apretó con las piernas y arqueó la espalda, deslizando la parte superior de su

cuerpo en el asiento trasero.

—Coge su cinturón.

Remi apretó el botón para desabrocharlo. Rivera se deslizó hacia delante sobre las manos extendidas de Sam, quien dejó que la gravedad hiciera el resto, y Rivera cayó de bruces contra los restos del asiento del pasajero y su amigo muerto.

Remi se arrastró a través del asiento y agarró la manija de la puerta.

—¿Estás listo?

—Cuando tú digas.

—¡Respira hondo!

Remi abrió la puerta por la fuerza. Un torrente de agua entró en la cabina. Dejaron que esta se llenara, y acto seguido Remi salió nadando. Sam estaba cruzando la puerta cuando se paró y se dio la vuelta. Se colocó en el asiento delantero y empezó a palpar el suelo con las manos. Debajo de la bota del muerto encontró lo que estaba buscando: la pistola semiautomática que el hombre había estado sosteniendo. Se la metió en el cinturón.

Volvió a salir y se dirigió a la superficie moviendo los pies. Emergió al aire libre al lado de Remi. A tres metros a su derecha, la cola del hidroavión sobresalía del agua.

—No se hunde —dijo Remi.

—Probablemente haya una bolsa de aire en la cola. Voy a volver para ver qué puedo recuperar. Mi plan no incluía esa parte. Te veré en la playa.

Sam se llenó los pulmones de aire, se dio la vuelta y se zambulló. Agarró el borde anterior del ala con la mano y se impulsó a través del fuselaje antes de entrar por la puerta.

Se detuvo.

Rivera había desaparecido. Sam miró la sección de cola, no vio nada y revisó el asiento delantero. Vio un movimiento por el rabillo del ojo y volvió la cabeza. Una sombra se dirigió a toda velocidad hacia su cara. Notó algo duro que le golpeó en la frente. El dolor le nubló la visión hasta que todo se oscureció.

—¡Sam! —oyó a lo lejos. La voz se apagó y luego volvió—. ¡Sam!

Notó unas manos en su cara. Reconocía ese tacto: Remi.

Abrió los ojos haciendo un esfuerzo. Su mujer estaba inclinada sobre él, con su cabello castaño rojizo goteando sobre su cara. Remi sonrió.

—¿Cuántos dedos tengo levantados?

—Muy graciosa. Ninguno. Estoy bien. Ayúdame a incorporarme.

—Quédate quieto. Tienes un corte muy feo en la frente.

—Rivera... ¿Dónde está...?

—Estoy aquí, señor Fargo.

Sam echó la cabeza atrás. A tres metros de distancia, un Rivera invertido estaba de pie en la playa de arena negra.

—Maldita sea —murmuró Sam—. Lo reconozco, Rivera, es usted un cabrón de lo más duro.

Sam se apoyó en los codos y acto seguido se incorporó con la ayuda de Remi. Se dio la vuelta. Rivera se encontraba en mal estado: tenía la nariz rota, un ojo tan hinchado que no podía abrirlo y el labio inferior partido. Sin embargo, sostenía la pistola en su mano derecha con gran firmeza.

—Y usted es más listo de lo que le conviene —dijo Rivera—. En cuanto se encuentre mejor los mataré a usted y a su mujer.

—Puede que haya intentado matarle, pero no le he mentado con respecto a este sitio. Podría estar equivocado, pero no lo creo.

—Bien. Les mataré a los dos y luego buscaré la entrada. La isla no es tan grande.

—Ahora no parece gran cosa, pero cuando se meta en la selva se volverá mucho más grande. Podría llevarle meses encontrarla.

—¿Y a usted cuánto le llevaría?

Sam consultó su reloj.

—Ocho horas desde que entremos en la caldera.

—¿Cómo lo sabe con tanta exactitud?

—Solo es una estimación.

—¿Está intentando ganar tiempo?

—En parte. Nosotros tenemos tantas ganas como usted de encontrar Chicomoztoc. Puede que más. Simplemente tenemos una motivación distinta a la suya.

—Le daré cuatro horas.

Rivera se levantó.

Remi ayudó a Sam a ponerse en pie. Él se apoyó en ella como si estuviera mareado.

—Me duele la cabeza —dijo en voz alta. Acto seguido susurró a Remi al oído:

—Tenía una pistola.

Ella sonrió.

—La tenías. Ahora la tengo yo.

—¿En la cintura?

—Sí.

—Si se te presenta la oportunidad, dispárale.

—Con mucho gusto.

—Yo intentaré distraerlo.

Después de haberse curtido a lo largo de las últimas semanas, primero en Madagascar y luego en Pulau Legundi, Sam y Remi encontraron la caminata por la boscosa pendiente de la isla relativamente cómoda. Sin embargo, Rivera avanzaba con esfuerzo. Su nariz rota le obligaba a respirar por la boca, y cojeaba. Aun así, se notaban sus años de soldado. Seguía el paso de los Fargo, manteniendo una distancia de tres metros entre ellos y su pistola.

Por fin llegaron a la cumbre. Debajo de ellos, las pendientes de la caldera descendían treinta metros hasta el fondo del valle. La forma cóncava, que había hecho de embudo de la lluvia durante siglos, había permitido que los árboles y la vegetación crecieran más deprisa que sus parientes del exterior.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Rivera.

Sam dio la vuelta sobre sí mismo, orientándose.

—Mi brújula estaba en el avión, así que tendré que calcularlo aproximadamente... —Sam se dirigió a la derecha, abriéndose paso con cuidado entre los árboles otros quince metros, y se detuvo—. Debería estar por aquí.

—¿Aquí?

—Debajo de nosotros.

—Explíquese.

—Y después nos disparará. No, gracias.

La boca de Rivera se tensó en una fina línea. Sin apartar los ojos en ningún momento de los de Sam, Rivera movió la pistola ligeramente hacia la derecha y apretó el gatillo. La bala atravesó la pierna izquierda de Remi. Ella gritó y se desplomó. Rivera apuntó de nuevo a Sam con la pistola y lo detuvo en pleno paso.

—Déjeme ayudarla —dijo Sam.

Rivera echó un vistazo a Remi. Sus ojos se entornaron. Se acercó cojeando a donde ella estaba tumbada, se agachó y cogió la pistola que se le había caído de la cintura. Rivera retrocedió.

—Ya puede ayudarla.

Sam corrió junto a ella. Remi le agarró con fuerza la mano, mientras cerraba los ojos para contener el dolor. Sam se palpó los bolsillos, sacó un pañuelo y lo presionó contra la herida.

—¿Me prestará ahora toda su atención? —dijo Rivera.

—Sí, maldita sea.

—La bala le ha dado en el músculo cuádriceps. No morirá desangrada y, a menos que se quede aquí más de un par de días, hay pocas posibilidades de que se le infecte. Entre estas dos pistolas, tengo treinta balas. Empiece a colaborar o seguiré disparando.

Descendieron al fondo del valle, Sam primero con Remi en brazos y Rivera detrás. Encontraron un pequeño claro en el centro aproximado de la cuenca, y Sam dejó a Remi en el suelo. Rivera se sentó en un tronco caído en el borde del claro. Sin desviar la pistola ni por un momento del pecho de Sam, se levantó la camisa; en el lado izquierdo del abdomen tenía un cardenal negro del tamaño de una pelota de béisbol.

—Eso debe de doler —dijo Sam.

—Solo es un cardenal.

Sam se arrodilló junto a Remi. Le levantó el pañuelo del muslo. La hemorragia se estaba reduciendo a un goteo de sangre.

—Rivera tiene una hemorragia interna —susurró.

—¿Cómo de grave? —preguntó Remi apretando los dientes.

—No estoy seguro.

—Haz tiempo hasta que caiga redondo.

—Lo intentaré.

—¡Basta de cuchicheos! —gritó Rivera—. Apártese de ella. —Sam obedeció—. Cuénteme su teoría sobre la entrada.

Sam vaciló. Rivera apuntó a Remi con la pistola.

—Se basa en las ilustraciones —dijo Sam—. Chicomoztoc siempre aparece como una caverna con siete pequeñas cuevas alrededor... como una flor. La caverna está debajo de una montaña. Los dibujos varían, pero los detalles importantes se mantienen... incluida la localización de la entrada.

—Al pie de la montaña —dijo Rivera.

—Eso es. Pero si estoy en lo cierto y estamos en el lugar exacto, la forma exterior de la isla era tan importante para ellos como la interior.

—¿Cómo pudieron verla desde arriba?

—No la vieron. Navegaron alrededor de ella y levantaron un mapa del sitio. Con lo pequeña que es la isla, no debió de costarles hacerlo con exactitud.

—Continúe.

—Si contempla la ladera de la ilustración como una imagen bidimensional, la entrada de Chicomoztoc está abajo. Si la contempla desde arriba (y ellos se orientaban con los cuatro puntos cardinales, como la mayoría de las culturas), la entrada queda al sur.

Rivera consideró aquellas palabras y acto seguido asintió con la cabeza despacio.

—Bien. Vaya a buscarla. Tiene cuatro horas. Si para entonces no la ha encontrado, los mataré a los dos.

Rivera dejó claras las reglas básicas: Sam buscaría la entrada mientras él vigilaba a Remi. Rivera gritaría el nombre de Sam a intervalos indeterminados. Si Sam no contestaba al cabo de diez segundos, Rivera volvería a disparar a Remi.

Como él y Remi habían hecho en Pulau Legundi, Sam se las arregló con lo que tenía a mano: un palo robusto de un metro ochenta de largo y paciencia. Mirando hacia lo que creía que era el sur, comenzó a subir por la pendiente de la caldera, hincando el palo por delante.

El primer tramo hasta la cumbre le llevó veinte minutos. Una vez en el borde giró a la derecha e inició el descenso de la pendiente. Se sentía ridículo. Aunque su método era fiable y se seguía usando en determinados casos, la gravedad de su situación, lo que estaba buscando y el reloj que marcaba el tiempo de vida de Remi se mezclaban y le provocaban una molesta sensación de impotencia.

Pasó la tarde. Subía por la pendiente y bajaba a intervalos de veinte minutos. Arriba, abajo, repitiendo la operación hasta que hubo recorrido seis tramos, luego ocho y después diez.

Poco antes de las cinco, mientras el sol descendía hacia el horizonte al oeste, estaba abriéndose camino cuidadosamente entre un grupo de árboles especialmente denso cuando se paró para coger aire.

Al principio el sonido solo era un tenue susurro. Sam contuvo el aliento y se esforzó por identificar el lugar del que procedía. Parecía que sonara por todas partes.

—¡Fargo! —chilló Rivera.

—¡Aquí! —contestó Sam.

—Le quedan treinta minutos.

Sam se abrió paso otros tres metros cuesta abajo. Se detuvo. El susurro se había apagado ligeramente. Avanzó tres metros a la derecha y volvió a escuchar. Ahora se oía más alto. Repitió la prueba, subiendo y bajando por la pendiente, hasta que se encontró delante de un promontorio en la ladera. Clavó el palo en él; la punta desapareció.

El corazón empezó a latirle con fuerza en el pecho.

Se arrodilló y metió la cabeza por la abertura.

El volumen del susurro se multiplicó por dos.

—Olas —murmuró.

Se apartó, se metió la mano en el bolsillo y encontró la linterna. La encendió, pero no pasó nada.

—Vamos...

Desenroscó la parte inferior, tiró las pilas al suelo y utilizó su camisa para

secarlas de una en una. Volvió a montar la linterna y apretó el botón. Esa vez obtuvo un radiante haz de luz.

Volvió a meter la cabeza por la abertura y enfocó con la linterna. Un pozo de paredes lisas de casi un metro de anchura descendía en diagonal por la pendiente. En el borde del haz de la linterna, el túnel torcía a la derecha y desaparecía en la oscuridad.

—¡Fargo!

Sam sacó la cabeza.

—¡Aquí!

—Le quedan veinticinco minutos.

Debía tomar una decisión. Al no tener ni idea de adonde llevaba aquel túnel ni contar con el equipo adecuado, podía verse perfectamente fuera del alcance del oído de Rivera o, peor aún, oír la llamada de confirmación de Rivera pero ser incapaz de responder dentro de los diez segundos previstos. No le cabía duda de que cualquiera de esas circunstancias harían que Remi recibiera otro disparo.

—Nos va a matar de todas formas —dijo Sam para sí—. Juégatela.

Introduciendo primero los pies, Sam se deslizó por el agujero y empezó a bajar.

No había descendido tres metros cuando Rivera gritó:

—¡Fargo!

Sam subió gateando con dificultad por la pared del pozo y asomó la cabeza a la luz.

—¡Aquí!

Consultó su reloj: diecinueve minutos.

Volvió a introducirse en el pozo y se deslizó, frenando con las punteras y con las palmas de las manos hasta que llegó a la curva, donde tuvo que arquear su cuerpo para pasar por el ángulo. El desnivel se hizo más pronunciado, siguió otros tres metros y de repente se ensanchó. Sam notó que sus piernas se balanceaban en el aire. Arañó las paredes, tratando de detener el descenso, pero la gravedad se impuso. Perdió sujeción y empezó a caer.

El descenso duró menos de un segundo.

Cayó de pie en un montón de algo blando, rodó hacia atrás dando una voltereta al revés y se quedó de rodillas. Su linterna estaba tirada a unos metros de distancia. Se acercó a rastras, la cogió y enfocó con ella.

El montón sobre el que había caído era de un blanco casi immaculado. Lo primero que pensó es que era arena, pero entonces lo olió: el inconfundible olor acre de la sal. El torrente de las olas resonaba a su alrededor, rebotando en las paredes, desvaneciéndose y multiplicándose como si estuviera atrapado en el auditorio de una casa de la risa.

Sam consultó su reloj: dieciséis minutos.

Alzó la vista. La rampa desde la que había caído estaba tres metros por encima de su cabeza. Se dio la vuelta y recorrió el lugar con su linterna. La pared más próxima brillaba como si tuviera incrustados pequeños espejos. Se acercó a ella.

—Sal —murmuró.

Bajo su capa blanca con facetas distinguió una veta más oscura. Era verde, de un verde translúcido. La franja subía por la pared, se ensanchaba en una banda de treinta centímetros de grosor y volvía a cambiar, bifurcándose en docenas de vetas más. Las ramificaciones continuaban hasta formar un gigantesco entramado debajo de la sal blanca.

La caverna era más o menos ovalada y tenía un diámetro de menos de doce metros de ancho. Con la mirada fija en el techo, empezó a cruzar la caverna. Notó un chorro de aire que le subió por la pierna. Se paró y se agachó.

En el suelo había un agujero de un metro y veinte centímetros de ancho perfectamente camuflado por una capa de sal, salpicado de agujeros por los que el aire salía a presión. Sam se levantó y miró a su alrededor. Ahora que sabía lo que tenía que buscar, vio docenas de agujeros dentro de la zona que iluminaba el haz de su linterna.

Llegó al centro de la caverna. Separadas a intervalos regulares a su alrededor, había algo parecido a estalagmitas incrustadas de sal, cada una aproximadamente de un metro y medio de alto. Había siete. Advirtió que eran montones de piedras ceremoniales. Cada montón era una metáfora, tal vez.

—El Lugar de las Siete Cuevas —murmuró—. Chicomoztoc.

Teniendo cuidado de dónde ponía el pie, se acercó al montón más cercano, se arrodilló y pegó el frontal de la linterna a su superficie. Debajo de la sal cristalizada vio un brillo verde apagado. Utilizó la parte posterior de la linterna para golpear suavemente la superficie. Al tercer golpe se desprendió una costra de sal, seguida de una piedra del tamaño de una pelota de ping-pong. La recogió. Era de un verde

translúcido, igual que la estatuilla del maleo. La piedra absorbió el brillo de la linterna y produjo destellos, hasta que el interior pareció brillar y relucir por sí mismo. Sam se metió la piedra en el bolsillo.

—¡...argo! —gritó la voz débil de Rivera.

—¡Maldita sea! —murmuró Sam.

Se volvió, arrojando luz por todas partes. Necesitaba un plan. Necesitaba algo... El haz de la linterna se posó sobre un montón de sal. El germen de una idea cobró forma. Era vaga como mucho, pero era lo único que tenía.

Regresó corriendo al montón de sal sorteando agujeros.

Cogió un puñado y se la metió en el bolsillo. Recorrió con la linterna la pared situada junto a él. Formaba una curva a la derecha. La siguió. El suelo bajó en pendiente, a continuación subió y luego torció a la izquierda. El susurro de las olas se desvaneció detrás de él. A la derecha vislumbró una tenue fuente de luz. Corrió hacia ella. Las paredes se estrecharon y el techo descendió hasta que tuvo que correr encorvado.

Atravesó una pared de follaje dando traspiés y se cayó hacia delante.

—¡...argo!

Sam se dio la vuelta y recobró el aliento.

—¡Aquí!

—Once minutos.

Permaneció inmóvil treinta segundos, puliendo su plan hasta que estuvo convencido de que podía funcionar. Pero decir que «podía funcionar» distaba mucho de afirmar que «funcionaría». No tenía alternativa, ni otras opciones, y prácticamente se le acababa el tiempo.

Se abrió camino despacio al fondo de la cuenca y regresó al claro.

—He encontrado algo.

—¿Me está mintiendo? —contestó Rivera.

—No.

Rivera se levantó.

—Vamos.

—Un momento.

Sam se acercó a Remi y se sentó a su lado. Ella abrió los ojos y le sonrió.

—Hola.

—Hola. ¿Te duele?

—No. Es un dolor sordo. He estado contando los latidos de mi corazón para pasar el rato. Sam se rió entre dientes.

—Nunca te aburres, ¿eh?

—Nunca.

—He encontrado algo. Voy a llevar a Rivera.

—¿Es...?

—Creo que sí. Creo que lo he encontrado. —Se inclinó y la besó en la mejilla—. Voy a llevarlo allí dentro —susurró—. Con suerte, saldré solo.

—Entonces te veré cuando vuelvas.

Sam se levantó y se volvió hacia Rivera.

—Listo.

—Enséñeme el camino.

Sam llevó a Rivera a la salida, le dio la linterna y se apartó mientras el mexicano asomaba la cabeza por la entrada. Rivera lanzó la linterna a Sam.

—¿Qué hay ahí dentro?

—No he llegado lejos.

Rivera hizo una pausa. Sam sabía que se estaba planteando si los Fargo se habían convertido en un lastre.

—Pero hasta donde he llegado, me he perdido tres veces. En uno de los túneles laterales hay una bajada; más allá, he visto algo en la pared. Una especie de símbolo.

Sus palabras surtieron efecto. Rivera indicó a Sam con la mano que entrara en el túnel. Él se metió y avanzó encorvado hasta que las paredes y el techo se ensancharon. Rivera iba unos pasos por detrás de él.

—¿En qué dirección?

Sam fingió confusión durante unos segundos y a continuación torció a la derecha y siguió los declives y las cuestas del suelo en pendiente hasta que finalmente aparecieron en la caverna de sal.

—¿Eso son olas? —preguntó Rivera, mirando a su alrededor.

—Creo que sí. Probablemente haya un laberinto de cuevas marinas allí abajo.

—¿Y las paredes? ¿Sal cristalizada?

—Sal marina, arrastrada desde las cuevas. ¿Ve las vetas oscuras? —Sam enfocó la pared más cercana con la linterna—. Eche un vistazo.

Apuntando a Sam en el pecho con la pistola, Rivera se acercó de lado a la pared.

—Es una especie de filón de mineral —dijo Sam—. Esmeralda o jade.

Asintiendo distraídamente con la cabeza, Rivera siguió con la mirada las vetas que subían en espiral por la pared y atravesaban el techo.

—¿Qué es este túnel lateral?

Sam enfocó al otro lado de la caverna, con cuidado de no iluminar el suelo con el haz. Contuvo el aliento, temiendo que Rivera se fijara en los montones de piedras y en su distribución, pero no reparó en ellos.

—Adelante.

Sam empezó a cruzar el suelo. Con el corazón palpitante, trató de mantener un paso regular, observando la colocación de sus pies al pasar por encima de los

agujeros y a lo largo de sus bordes. Al cruzar el punto central de la caverna, se oyó un crujido, como el hielo de un estanque al ceder. Rivera soltó un juramento.

Sam se dio la vuelta.

—¡Maldita sea, no me alumbre los ojos!

Rivera había pisado uno de los agujeros más pequeños y se había caído hasta la entepierna. Luchó por salir, esforzándose por sacar su pierna libre de debajo de su cuerpo. Lo intentó dos veces más y se detuvo.

—Tendrá que venir aquí y ayudarme a levantarme. Si...

—Lo sé —respondió Sam—. Me disparará.

Sam avanzó con la linterna en la mano izquierda. Enfocó a Rivera en los ojos y a continuación bajó otra vez al suelo. Al mismo tiempo, se metió la mano derecha en el bolsillo, cogió un puñado de sal y lo sacó.

—¡Maldita sea! —gruñó Rivera—. Aparte la luz...

—Perdón.

—Ahí está bien. Déme la muñeca. No me agarre.

Sam alargó la muñeca. Rivera la cogió y empleó el contrapeso de Sam para salir. Sam notó que el peso de Rivera se desplazaba hacia delante. Le dio vueltas a la linterna entre sus dedos y enfocó directamente a Rivera a los ojos.

—Perdón —dijo otra vez.

Al tiempo que pronunciaba las palabras, se movió de lado a la izquierda, aprovechando la ceguera momentánea de Rivera para esquivar el cañón de la pistola. Balanceó la mano derecha hacia delante como si estuviera lanzando una pelota de béisbol. La sal alcanzó a Rivera de lleno en los ojos. Consciente de lo que se avecinaba, Sam se tumbó boca abajo.

Rivera gritó y empezó a apretar el gatillo. Las balas impactaron con un ruido sordo en las paredes y el techo. Cayeron cristales de sal, brillantes a la luz de la linterna de Sam. Rivera daba vueltas como loco, tratando de recuperar el equilibrio mientras se tambaleaba por el suelo, el revólver dando sacudidas en su mano.

Sam se arrodilló, flexionó las piernas como un corredor en los tacos de salida y echó a correr con intención de atacar. Rivera oyó el crujido de las pisadas de Sam y se volvió en dirección al sonido mientras disparaba. Sin dejar de correr, Sam se tumbó otra vez boca abajo y se deslizó a través del suelo; los cristales de sal le desgarraron el pecho y la mejilla. Permaneció inmóvil. Contuvo el aliento.

Rivera se dio la vuelta otra vez, tratando de localizar el sonido. Volvió a perder el equilibrio, se tambaleó de lado y pisó otro agujero. Sus piernas se hundieron con un crujido como el de una cremallera. Extendió los brazos para detener la caída. La pistola se le cayó de la mano y se deslizó por el suelo cubierto de sal hasta parar junto a la cara de Sam.

Él cogió la pistola y se levantó.

—¡Fargo! —gritó Rivera.

Sam se acercó al agujero. Rivera tenía los brazos totalmente extendidos. Solo las palmas de sus manos tocaban tierra firme. Le temblaban los brazos; los tendones de su cuello estaban en tensión bajo la piel. Cegado aún por la sal, Rivera volvía la cabeza como loco de un lado a otro.

Sam se agachó a su lado.

—¡Fargo!

—Estoy aquí mismo. Se encuentra en un pequeño aprieto.

—¡Sáqueme de aquí!

—No.

Sam enfocó el agujero con la linterna. De las paredes sobresalían afloramientos rocosos incrustados de sal como púas, que solo dejaban un hueco de sesenta centímetros en el centro. Mucho más abajo, Sam oía el rugido de las olas azotando la roca. Cogió una piedra del tamaño de una pelota de béisbol que había cerca, la tiró y escuchó cómo rebotaba en las rocas hasta que el sonido se desvaneció.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Rivera.

—Es la llamada del karma —contestó Sam—. Unos treinta metros de karma más o menos, según la segunda ley de Newton.

—¿Qué cono significa eso? ¡Sáqueme de aquí!

—No debería haber disparado a mi mujer.

Rivera gruñó de la frustración. Intentó impulsarse hacia arriba, pero solo consiguió elevarse unos centímetros. Volvió a desplomarse. La cabeza se le hundió por debajo del nivel del suelo. Bajo la camisa, sus músculos temblaban del esfuerzo.

—Acabo de darme cuenta de una cosa —dijo Sam—. Cuanto más le sudan las manos, más se disuelve la sal debajo. Creo que es lo que los expertos en economía llaman rendimiento decreciente. No es una metáfora perfecta, pero creo que capta la idea.

—Debería haberlo matado.

—Consuélese con esa idea. Dentro de poco será lo único que le quede.

La mano izquierda de Rivera resbaló por el borde. Por un instante, arañó el suelo con la mano derecha, y sus uñas se hicieron trizas antes de que se ladeara y empezara a descender. Cayó boca arriba sobre uno de los afloramientos y se partió la columna. Gritó de dolor, se deslizó y siguió desplomándose, golpeándose la cabeza contra una roca tras otra antes de desaparecer.

EPÍLOGO

Dos semanas más tarde, Goldfish Point, La Jolla, California

Remi entró cojeando en el solárium y se sentó con cuidado en la tumbona al lado de la de Sam. Sin levantar la vista de su iPad, Sam dijo:

—Tendrías que usar el bastón como mínimo otra semana.

—No me gusta el bastón.

Sam la miró.

—Y me llamas a mí terco... ¿Qué tal la pierna?

—Mejor. El médico dice que estaré perfectamente dentro de unas semanas. Teniendo en cuenta la desagradable alternativa, no podría estar más contenta.

—Con desagradable me imagino que te refieres a morir de inanición dentro del cráter de un volcán apagado.

—Es exactamente a lo que me refiero.

Aunque Remi no había corrido peligro de morir desangrada en la que desde entonces habían denominado isla de Chicomoztoc, Sam sabía que el riesgo de infección y de septicemia era muy real. Solo había tenido dos opciones: quedarse quieto y esperar a que Selma enviara ayuda, algo que sin duda ella iba a hacer, aunque la rapidez con que su petición de auxilio recorrería los canales adecuados del gobierno indonesio era un misterio; y, como segunda opción, dejar a Remi sola y partir por su cuenta en busca de ayuda. Al final, conociendo a su marido como lo conocía, Remi lo animó a que le dejara la pistola y se marchara. Eso dejó a Sam la duda de qué dirección tomar.

A la mañana siguiente se despidió de Remi y trepó al borde de la caldera, donde estuvo un rato oteando el horizonte. Casi había decidido dirigirse al sur cuando vio una tenue estela de humo elevándose desde el bosque a varios kilómetros al norte.

Corrió serpenteando pendiente abajo, se metió en el agua y nadó ochocientos metros hasta la orilla, donde se dirigió al norte hasta que llegó a un río. Siguió el río hacia el interior, sin apartar en ningún momento la vista de la columna de humo hasta que llegó a un pequeño claro, en el centro del cual había un hombre con un chaleco de safari y una gorra azul con el logotipo de la BBC.

Al ver aparecer a Sam desaliñado, el director del documental gritó: «¡Corten!» y empezó a preguntar quién acababa de estropearle el plano.

Dos horas más tarde Sam estaba de vuelta en la caldera con Remi, y una hora después el helicóptero de la BBC aterrizaba en la playa. Al día siguiente se hallaban en Yakarta y Remi se encontraba metida en la cama.

—Tenemos que empezar a tomar decisiones —dijo Sam.

—Lo sé.

Estaban guardando unos secretos enormes. Dado el carácter trascendental de lo que habían descubierto las semanas siguientes a la extracción improvisada de la campana del *Shenandoah*, se habían sorprendido al darse cuenta de que aparte de ellos, Selma, Pete, Wendy, los profesores Milhaupt y Dydell, y Niño, nadie estaba al tanto de lo que habían encontrado. La canoa de Madagascar seguía encaramada sobre su altar en la cueva de la Cabeza del León; el *Shenandoah* seguía en el barranco de Pulau Legundi, enterrado bajo casi cinco metros de ceniza del Krakatoa; la estatuilla del maleo que habían rescatado del *Shenandoah* estaba guardada en la cámara de su sala de trabajo; y la caverna ceremonial situada debajo de la caldera permanecía oculta e intacta.

Aunque tenían la firme intención de ofrecer esos descubrimientos a la comunidad arqueológica y a la comunidad antropológica internacional, también reconocían el acierto de tomarse unas semanas para considerar las consecuencias de lo que habían descubierto y para prepararse para el revuelo mediático que se levantaría después de la emisión de los comunicados de prensa.

Sam y Remi entendían ahora por qué Garza nunca había permitido que el símbolo del Mexica Tenochca, la estatuilla de jade de Quetzalcoatl, fuera examinada físicamente. Si el Quetzalcoatl de Garza se sometiera alguna vez a análisis, Sam y Remi estaban seguros de que los resultados coincidirían con los que ellos habían obtenido con el maleo. El pájaro enjoyado no estaba hecho en realidad de esmeraldas ni de jade, sino de un extraño tipo de granate conocido como demantoide magmático. Salvo el minucioso esculpido del maleo, sus características eran idénticas a las de la piedra que Sam había cogido de la caverna.

Dónde y cómo había encontrado Blaylock el maleo, su sorprendente estado original y el extraordinario destino del *Shenandoah* se habían aliado para dejar pruebas más convincentes: unos restos microscópicos de pigmentos específicamente indonesios que parecían indicar que la estatuilla había estado pintada, tal vez para representar mejor al ave.

Durante los días que siguieron a su regreso a casa, varios secretos de menor importancia que habían estado preocupando a Sam, a Remi y a los demás se fueron solucionando poco a poco: el diario de Blaylock, cuyas excentricidades seguían desvelándose con cuentagotas, permitió resolver el misterio de la campana cuando

Pete encontró dos páginas pegadas. Blaylock describía dramáticamente con sus propias palabras que había sido atacado por piratas cuando el *Shenandoah* se encontraba anclado frente a la isla de Chumbe, dos días antes de que zarpara hacia el estrecho de Sundra. A fin de que la campana, el «corazón de Ophelia», no cayera en malas manos, Blaylock la echó por la borda después de quedarse con un recuerdo, el badajo, con la intención de reunir ambas piezas cuando volviera a Bagamoyo. En ese mismo ataque, Blaylock perdió su espada de artillería, un arma corta del estilo del gladius, la misma que Sylvie Radford halló mientras practicaba submarinismo ciento veintisiete años más tarde.

El querido diario de Blaylock y su bastón, objetos de los que rara vez se separaba, se los había dejado a una de sus concubinas el día antes de que el *Shenandoah* zarpara a Indonesia; finalmente llegaron hasta Morton y el Museo y Tienda de Curiosidades Blaylock. Sam y Remi no podían por menos de preguntarse si el enigmático Winston Blaylock había intuido de alguna forma que no volvería a casa.

Al final, la paranoia del presidente Quauhtli Garza determinó su suerte. Como buen soldado, Rivera no había dejado ningún rastro que pudiera incriminar a su jefe, de modo que Sam y Remi idearon una trama de desinformación aprovechando que el cuerpo de Rivera seguía sin aparecer. Se llevaron una sorpresa cuando vieron los espectaculares frutos de su plan.

Armados con sus sospechas sobre los turistas asesinados por Rivera en Zanzíbar y las pruebas que apoyaban su teoría sobre el verdadero origen de los aztecas, utilizaron los contactos de Rube Haywood para iniciar una filtración que acabó convirtiéndose en torrente: Itzli Rivera estaba vivo, y en lugar de ser extraditado a Tanzania estaba colaborando con las autoridades, que poseían datos no solo de los asesinatos sino también del intento de Garza por ocultar la verdad sobre su estatuilla de Quetzalcoatl y la estratagema para seguir en el poder del Mexica Tenochca. Horas después de que la noticia llegara a los canales informativos por cable de Estados Unidos, las cadenas mexicanas no cesaban de difundirla. Al cabo de unos días, los partidos de la oposición y los legisladores mexicanos exigían una investigación, y cientos de miles de manifestantes se habían echado a las calles de Ciudad de México, rodeando los edificios gubernamentales y paralizando prácticamente la ciudad.

Después de haberse pasado casi una década protegiendo un secreto que tenía el poder de encumbrarlo y al mismo tiempo de destruirlo, Quauhtli Garza comprendió que todo estaba perdido. En el espacio de unas semanas todo se había esfumado, hecho pedazos por un par de buscadores de tesoros, nada menos. Estadounidenses... Imperialistas como Cortés y sus huestes. Era injusto. La historia se repetía. ¿Cómo lo habían conseguido los Fargo? ¿Y tan rápido?

Malditos ellos, y maldito también el traidor mal nacido de Rivera, pensaba Garza.

Él no correría la misma suerte que sus antepasados. Estaba solo, pero su destino todavía estaba en sus manos.

El quinto día después de que se diera a conocer la noticia, Garza, atrapado en su despacho por la multitud que gritaba «¡Da la cara!» y «¡Garza a la calle!», despachó a su personal de seguridad y a sus empleados y se quedó mirando por la ventana los que solo horas antes habían sido sus seguidores devotos, convertidos ahora en pérfidos conquistadores que habían vuelto para destruir todo lo que él había construido. Al ponerse el sol, un Garza con los ojos hundidos salió de su despacho, subió a la azotea de su edificio con vistas al Templo Mayor, contempló por última vez su ciudad y lo que podría haber sido, y saltó al aire sin ceremonia alguna.

Rodeado de miles de atónitos espectadores, su cadáver despedazado yacía en lo alto de los irregulares escalones de la pirámide, el último vestigio del desaparecido Imperio azteca.

La voz estridente de Selma sonó por el altavoz encima de la tumbona de Remi:

—Estoy lista. Cuando quieran.

—Vamos para allá —contestó Remi.

Encontraron a Selma en la sala de trabajo, de pie al final de la mesa.

—Acabo de introducir los últimos datos: una recreación aproximada realizada por el Instituto Geológico de Estados Unidos hace unos años —anunció Selma.

Había recabado información de docenas de organismos geológicos y de universidades de todo el mundo además del IGEU.

—¿La has visto? —preguntó Sam.

—¿Y aguarles la fiesta? Ni hablar.

Una de las preguntas más difíciles que seguían sin respuesta —o, al menos, sin una respuesta que les convenciera— era por qué después de recorrer casi veinte mil kilómetros a través del mundo, los protoaztecas habían elegido el lago Texcoco como su hogar definitivo. Según la leyenda, un águila posada sobre un cactus con una serpiente en el pico los había guiado hasta allí, pero la teoría de la IDM —Iconografía de Desplazamiento Migracional— del profesor Dydell hacía pensar que la imagen había sido inicialmente un maleo posado sobre un durián.

—Adelante, Selma.

Selma apuntó a la pantalla de LCD con el mando a distancia, y un momento después apareció una imagen cenital de la isla de Chicomoztoc similar a las de Google Earth. La cámara se alejó para abarcar las islas cercanas y la bahía. Selma pulsó otro botón.

Poco a poco al principio, y luego cada vez más deprisa, la imagen empezó a

transformarse mientras una línea temporal situada en el margen retrocedía a intervalos de diez años. El nivel del mar ascendió y descendió; las líneas de la costa se retiraron y se extendieron; las selvas se hicieron menos espesas y más densas. Una columna de humo se elevó a través de la bahía, seguida de otra.

—Espera —dijo Sam, y Selma detuvo la animación—. ¿Volcanes?

Remi asintió con la cabeza.

—Eso parecen.

Selma pulsó de nuevo el botón de reproducción. El nivel del agua aumentó y disminuyó rápidamente. Y entonces la tierra empezó a moverse.

—Ahí está —murmuró Remi.

—¿Puedes reducir la velocidad? —preguntó Sam.

Selma tocó un botón del mando a distancia.

La línea temporal de la pantalla indicaba 728 d.C. La velocidad de la animación disminuyó a intervalos de un año por segundo. Sam y Remi observaron, perplejos, cómo los cuernos de la bahía empezaban a surgir poco a poco del mar y a acercarse entre ellos mientras todas las islas de la bahía menos Chicomoztoc desaparecían bajo la superficie. Cuando la línea temporal llegó al año 419 d.C, la bahía se había quedado sin acceso al mar. Solo quedaba una solitaria isla, con el contorno de la cueva con forma de flor de la ilustración de Chicomoztoc, en medio de lo que se había convertido en un lago.

—No me extraña que ese terreno pantanoso en medio del lago Texcoco les atrajera tanto —dijo Remi—. Era como volver a su hogar.

Sam y Remi dieron las gracias a Selma y regresaron al solárium.

—¿Cuál quieres hacer primero?

—¿Cuál qué?

—¿Qué excavación: la canoa de Madagascar, la isla de Chicomoztoc o el *Shenandoah*? Cuando lo anunciemos, no creo que tarden en formarse expediciones. Me gustaría pensar que nosotros podemos escoger primero.

Remi lo pensó un momento y a continuación se encogió de hombros.

—¿Y tu?

Sam sonrió.

—Cada una tiene su encanto. —Se metió la mano en el bolsillo y sacó una moneda de un cuarto de dólar. Cerró el puño y colocó la moneda sobre la uña de su dedo pulgar—. Dos lanzamientos. ¿Elegimos lo que salga?

Remi asintió con la cabeza.

Sam lanzó la moneda al aire, y esta giró hacia el cielo.

CLIVE CUSSLER posee una naturaleza tan aventurera como la de sus personajes literarios. Ha batido todos los récords en la búsqueda de minas legendarias y dirigiendo expediciones de NUMA en pos de recuperar restos de barcos naufragados, de los cuales ha descubierto más de sesenta de inestimable valor histórico. Asimismo, Cussler es un consumado coleccionista de coches antiguos, y su colección es una de las más selectas del mundo. Sus novelas han revitalizado el género de aventuras y cautivan a millones de lectores. Entre ellas cabe destacar: *Sáhara*, *El secreto de la Atlántida*, *La cueva de los vikingos*, *El buda de oro*, *La odisea de Troya* y *Viento Letal*. Vive en Arizona.

GRANT BLACKWOOD, coautor de las novelas de la nueva serie Fargo, *El oro de Esparta* e *Imperio perdido*, es un veterano de los marines que pasó tres años en una fragata lanzamisiles como especialista de operaciones y socorrista de pilotos. Es también autor de otros tres libros en solitario, protagonizados por el agente secreto Briggs Tanner. Vive en Colorado.

Notas

[1] En castellano en el original. (N. del T.) <<

[1] Error de traducción. En el original: *Blaylock Museum "and curiosity store"*. Serían esas tres últimas palabras las escritas con otra letra. (N. del E.) <<

[1] En el original *Got Milk?*. (N. del T.) <<